EN EL DÍA DE HOY,
cautivo y desarmado el ejército faccioso,
han alcanzado las tropas republicanas
sus ultimos objetivos militares.
La guerra ha terminado.

Madrid, 1 de abril de 1939.

Manuel Azaña,
Presidente de la República

Jesús Torbado

En el día de hoy

Lectulandia

En el día de hoy arranca de una hipótesis novelesca muy sugestiva: en 1939, la República ha ganado la guerra civil, Azaña y Negrín se han retirado. Besteiro es presidente e Indalecio Prieto jefe del gobierno. El general Franco, con algunos de sus incondicionales como Dávila y Carrero, se refugia en la Cuba del dictador Batista, mientras sus partidarios andan dispersos por el mundo, unos luchando bajo bandera portuguesa en Angola, otros, como Queipo, a las órdenes de Hitler; Serrano Suñer en Bolonia traduciendo obras jurídicas, y las primeras figuras de la Falange en Roma.

Sobre la base de esta ficción histórica, Jesús Torbado imagina una posguerra española que a simple vista parece todo lo contrario de lo que fue este periodo en la realidad; pero el humor y la ironía que presiden el relato subrayan una serie de aspectos paradójicos, que ahondan en una visión histórica ajena a cualquier partidismo.

Lectulandia

Jesús Torbado

En el día de hoy

ePub r1.1
ugesan64 02.07.13

Título original: *En el día de hoy*
Jesús Torbado, 1976
Corrección de erratas: darthdahar

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Todas las penas pueden soportarse
si las ponemos en una historia o
contamos una historia sobre ellas.

ISAAK DINESEN

EN EL DÍA DE HOY, cautivo y desarmado el ejército faccioso, han alcanzado las tropas republicanas sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

El presidente de la República,

AZAÑA

Madrid, 1 de abril de 1939.

CAPÍTULO PRIMERO

Madrid era una fiesta

(Abril–setiembre de 1939)

1

DECIDIERON BAJAR TEMPRANO para conseguir un buen lugar y no perderse detalle alguno del ansiado espectáculo. La mayor parte del millón y cuarto de madrileños que había conseguido sobrevivir a los bombardeos y al hambre estaría en las calles para gritar y aplaudir, para mirarse a la cara sin temor y respirar el aire dichoso de la victoria. La mañana parecía haber sido enviada a propósito: manchones dorados navegaban por el espeso azul del cielo como grandes pájaros hinchados de alegría.

A pocos metros de la verja oxidada, joya de la artesanía religiosa andaluza, cruzó la calle un gato negruzco, delgado como una sombra; debía de haber perdido en la guerra cuatro o cinco de sus siete vidas. La mujer escupió tres veces en el suelo para librarse del maleficio y después dijo en voz baja:

—¡Puerco fascista!

—Vamos, Simplicia, que los gatos… —empezó a decir el hombre.

—No quiero que me llames Simplicia. Ya lo sabes.

—¿Y qué culpa tengo yo de que te pusieran ese nombre?

—Tampoco yo la tengo.

—Pues le reclamas a tu madre.

—Hace un rato, en la cama, no me llamabas de ese modo.

—Perdona —dijo el hombre.

—¡Maldito gato! Y en un día como hoy. Va a traernos mala suerte.

—Yo no puedo tener una suerte peor, Sim, —dijo el hombre.

—Por lo menos, no van a fusilarte. Si hubierais ganado los fachas, a estas horas no estaba yo contigo. Me habrían devuelto a mi marido para empezar. Eso si no me encerraban. ¡Salud!

Aniceto levantó tímidamente el puño imitando a su compañera ante la mirada estúpida de un hombrecillo hundido bajo una boina grasienta y un haz de madera vieja que los había saludado del mismo modo. Jamás lo habían visto por los alrededores, pero Sim había decidido que hoy era un día de universal fraternidad dentro de lo posible, y ni siquiera un gato diabólico iba a arrebatarle su buen humor.

—¿No sabes levantar un poco más el brazo? —preguntó—. Podías intentarlo.

—Por favor, Sim. Ya hemos hablado de eso. Si no vas a callarte es mejor que vayas tú sola.

—A la orden, monseñor —dijo la mujer. Se inclinó ante su compañero y luego, sonriéndole, se colgó de su brazo y le besó la mejilla. No sólo no estaba enfadada, sino que pretendía demostrar que lo quería. O, por lo menos, que estaba de su parte.

Aunque la noche había sido muy movida y sólo muy tarde habían logrado dormirse, exhaustos ya, el canto de un lechero los había despertado al alba y, después de consumir como desayuno algunos manjares particularmente raros en Madrid (café,

azúcar, mantequilla, pan blanco), se dispusieron a salir de casa y bajar andando hasta el centro de la ciudad. Se ahorraban el precio del tranvía y podían disfrutar de una mañana espléndida.

Dejaron atrás la zona de casitas y viejos palacetes empobrecidos de Las Cuarenta Fanegas y penetraron en el reino de los traperos, A ambos lados de la calle de La Menta, separadas por un terreno cubierto de carbonilla y agujereado como la piel de un variólico, se alzaban las casas de una sola planta, semiocultas por las riquezas que sus propietarios habían ido almacenando en los últimos meses; montañas de hierros, papeles, ropas usadas y podridas se extendían detrás de las fachadas. Los traperos, que eran indiferentes a todo lo que no se relacionase con su negocio, no habían regresado de sus viajes nocturnos y la calle estaba desierta.

Por razones de oficio y de vecindad, Aniceto Ortuño conocía a varios de ellos e incluso a sus mujeres y a sus hijos. No deseaba que lo vieran acompañado de Sim y cruzó la calle en dirección al canalillo.

Un tranvía roncaba pesadamente por la carretera de Chamartín.

—Nadie hubiera dicho hace un año que amanecería un día como hoy —dijo Aniceto.

—Y muchos decían lo contrario —repuso Sim.

—Estábamos seguros de ganar. Franco había conseguido victorias continuas, en todos los frentes. ¿Cómo podíamos imaginar lo del Ebro?

—Porque los fascistas nunca tuvieron imaginación —dijo Sim.

—Se trata de hechos, no de interpretaciones.

—Se trata de que no se te ha pasado el cabreo desde entonces.

—Y con razón —dijo Aniceto.

Media docena de perros levantó la cabeza para verlos pasar. Casi todos estaban gordos, tan gordos como sucios. No parecían ir con ellos las escaseces. O habían tenido el instinto suficiente para unirse a los traperos y formar una banda salvaje y astuta que transformaba en alimento todos los desechos de una gran ciudad castigada y miserable.

—De no ser por los franceses, a buenas horas mangas verdes —dijo Ortuño mirando de soslayo a los perros para responder a su posible acoso—. Franco les daba sopas con honda, fíjate lo que te digo.

—¿Y qué me dices de los alemanes y de los italianinis? —preguntó Sim—. Ellos tenían derecho a mandar aviones y todo lo demás, pero los franceses estaban obligados a cerrar la frontera. ¡Amos anda! La no intervención para unos y la ayuda para los otros. ¿Conque no lo habías imaginado? Tampoco Franco se lo creyó hasta que las bombas le estallaron delante de la barriga. Tuvieron que correr igual que conejos.

—Bueno, sin exagerar —dijo Aniceto.

—Y no han parado aún. Salieron del Ebro y siguieron corriendo hasta llegar a Cuba, que es donde deben de estar ahora. Ya me dirás cómo se llama eso. ¿O crees que Franco se dejó ganar por las buenas? Lo que pasa es lo que pasa.

Aniceto Ortuño tragó saliva y la abultada nuez pareció querer escapársele del cuello, primero hacia la boca y luego hacia el pecho. Escupió con fuerza hacia las aguas del canalillo, como si quisiera suicidar una idea en aquel escenario de tantos suicidios, pero no llegó. Sabía muy bien lo que pasaba y lo que había pasado. Sabía muy bien que, de pronto, el Ejército Popular, teóricamente copado a la izquierda del Ebro, cruzó una noche el río y desde entonces nada había sido igual. Los franceses dejaron pasar trenes y trenes cargados de armamento traído de media Europa y durante cuatro meses se desencadenó una de las más sangrientas batallas de la historia del mundo. ¿Con qué iba a ganar la República sin aquellas armas? ¿Alzando los puños? ¿A base de las arengas de los poetas y de los comisarios comunistas?

—Seguro que tienen sarna —dijo el hombre señalando con la cabeza otro grupo de perros.

—Más de uno hay con sarna. Sarna en el corazón —dijo Sim.

—Yo no he estado en ningún bando, Sim, no quieras dártelas ahora de ganadora. Y si no te gusta estar conmigo, pues te largas y santas pascuas. Al fin y al cabo, cada vez que te vienes conmigo me cuesta una fortuna. Y que no me entere de que andas llamándome fascista por ahí.

—Pues entonces no vengas con que no lo entiendes. Te hubiera gustado que Franco y Yagüe los encontraran a todos con una mano delante y otra detrás, ¿no? Y llegaban los moros con la cimitarra y los capaban tranquilamente. Muy bonito. Te hubiera gustado que Rojo y *el Campesino* llamaran a los muchachos y les dieran una estaca para enfrentarse a los tanques italianos y un tiragomas para derribar los aviones de Hitler… Que se me seque esta mano si tú no eres un facha quintacolumnista.

Levantó la mano izquierda y se quedó mirándola un momento.

—No se te ha secado —dijo Aniceto.

—Por lo menos podías estar alegre en un día como hoy —respondió la mujer sin ocuparse más de la mano—. Y después de esta noche.

Sonrió con una mueca de picardía, Aniceto respondió pasándole un brazo por los hombros. Sus ojos opacos eran un pozo de tristeza.

—Eres muy buena conmigo, Sim. Perdona.

—Me pagas por ello.

—¿Sólo eres buena conmigo por el dinero?

—Y por el café, el azúcar, la carne…

—¿De veras?

—Bueno, a la larga también te quiero un poco. Y si me apuras te diría que he

empezado a quererte de verdad, aunque seas un facha enmascarado y aunque te hubiera gustado ver a nuestro ejército ahogado en el Ebro. ¿Qué culpa tenemos nosotros de estas cosas?

—¿Culpa? —preguntó Aniceto.

—¿Por qué vamos a preocuparnos de lo pasado? Eso es lo que quiero decir —dijo Sim—. Vamos, que ya terminó todo. Por eso digo que hoy deberías estar contento.

Desde las colinas de Chamartín la capital brillaba en silencio como si fuese creciendo, pura y limpia, de las entrañas de la tierra. Los merenderos permanecían cerrados, salvo la Casa Pepe, en donde se estaban preparando ya los festines con que algunos privilegiados se obsequiarían después del desfile.

—Cuando termine, te llevaré a comer —dijo Ortuño.

—Tengo que ver a mi madre, Ani. No he estado con ella desde el día uno, cuando fui a darle la noticia.

—¿Y cuándo volverás conmigo?

—¿Mañana otra vez? —preguntó Sim.

—Yo lo resisto muy bien. Eres tan guapa que nadie podría cansarse. Algún día no saldrás más de mi casa.

La mujer se apretó contra él como si intentara evitar un árbol que se interponía en su camino. No sentía deseo alguno de volver a casarse con nadie, después de su desgraciada experiencia, pero lo había pasado tan mal hasta hacía unos meses que tal vez aceptase una proposición seria de Aniceto Ortuño. Una proposición sin más, porque todo lo que Aniceto hacía era perfectamente serio y meditado. Si en alguna ocasión se atrevía a preguntarle que por qué no se casaba, era ni más ni menos porque había tomado la decisión de casarse con ella. Claro que para eso tendría que renunciar a algo que consideraba sagrado. La Iglesia no reconocía validez a la ley republicana que había instaurado el divorcio en 1932, un año antes del matrimonio de Sim, y si ella estaba ahora divorciada, él seguía siendo un católico lleno de fervor.

En cualquier caso, a Sim no le importaba mucho vivir sin los papeles en regla en la casa de Las Cuarenta Fanegas, rodeada de objetos valiosos y convenientemente alimentada. Aniceto era un buen hombre y ella no conocía a demasiados. La mayoría de los hombres conocidos, buenos y malos, pretendía tan sólo gozar de su cuerpo con ciertas prisas, pagar lo estipulado y largarse. El monseñor se preocupaba de besarla y acariciarla después de haber quedado satisfecho y la rodeaba de atenciones de todo género. Claro que el monseñor no se había asomado a la guerra y los otros eran quienes hacían la guerra. Podían disculparse sus prisas y sus desdenes.

—Lo dices por cumplir —dijo Sim.

—Lo digo en serio. Digo que eres muy guapa y que me gustaría que te quedases conmigo.

—¿Guapa, eh? ¿Crees que pueden quedar mujeres bonitas en España? Tú no has

debido de enterarte de cómo hemos vivido estos tres años. ¿Sabes cuándo me hice este vestido? En el treinta y cinco. No puedes creértelo, ¿verdad? ¿Y sabes las veces que he comido carne desde la rebelión? Pues… unas cuarenta veces, tirando por lo alto. Si no he tenido ni jabón para lavarme…

—Bueno, bueno, eso va a arreglarse —dijo Aniceto.

—Sí, pero lo otro no lo arregla nadie.

—¿Qué otro?

Sim no respondió. A la altura del viejo hipódromo, donde comenzaba realmente Madrid, los paseos de la carretera y la carretera misma estaban llenos de gente precariamente endomingada que bajaba a pie, en carretas, burros, camiones, bicicletas y otros vehículos para situarse lo más cerca posible de las tribunas de la Castellana. Los desfiles se contemplan mucho mejor cerca de las tribunas; de no ser así, no pondrían las tribunas donde las ponen.

Algunos grupos de chiquillos jugaban en los solares en que Prieto quería construir los nuevos ministerios, saltaban a pídola y se perseguían con cruces de palo en forma de espadas.

—¿Qué otro, Sim? ¿Qué otro dices? —preguntó Aniceto.

—No quiero ponerme triste ahora.

—Es que no sé a qué te refieres. ¿Tengo yo la culpa?

—No la tienes tú, no —dijo con una sonrisa apenada la mujer—. De todo esto hay que culpar a la guerra. ¿Dónde podía yo trabajar durante la guerra? ¿Cómo podía ganarme la vida? Y eso ya nadie puede remediarlo.

Aniceto iba a responder que no tenía demasiada importancia, pero no lo hizo porque estaban rodeados de gente y temía ser oído. Al fin y al cabo, él podía considerarse tan culpable como Sim, ya que se había aprovechado de la guerra para invitarla un día a comer, y después otro día a cenar en su propia casa, y finalmente la convenció para que se metiese en la cama a su lado. Se anduvo quizá con más rodeos que los otros, pero eso no limpiaba su pecado. Sencillamente, llevaba cierto tiempo derribar las barreras morales con las que él mismo había conseguido hasta aquel momento contener su vida. Cada vez que se ponía en busca de una mujer, fuera prostituta o no, lo fuera por gusto o por las necesidades que traía de la mano aquella guerra torpe, tenía que recordar su vida, arrepentirse de parte de ella, renegar de algunos principios, sentirse profundamente culpable y sacar la fugaz alegría de los oscuros manantiales del pecado. Todo eso implicaba un gran esfuerzo.

—Todavía eres joven y muy hermosa.

—Pues muchas gracias, chico.

—Es cierto. No me dirás que no.

Sim tiró de él para evitar un encontronazo con otra pareja y siguió andando con la mirada fija en los irregulares adoquines del suelo. Tal vez era joven aún, pero se

sentía demasiado abatida para tener en cuenta su edad. Acababa de entrar en la treintena y sus últimos éxitos en la obligada profesión que no amaba habían devuelto a su rostro ese aspecto saludable tan raro en las demás mujeres. Se habían borrado las finas arrugas de su rostro y todo su cuerpo vibraba al moverse como un bloque armónico de vitalidad y de fuerza. El descanso y la buena alimentación habían conseguido, por ejemplo, detener la caída de los pechos, aquella laxitud de los muslos, la hinchazón del vientre, pero tenían perdida la batalla de sus ojos. El color gris claro en que habitaban antes todas las luces de la vida había empezado a oscurecerse y no era posible ya desterrar de él los vestigios de odio y de tristeza. La mirada de Sim contradecía aquel atractivo que emanaba de su cuerpo: era apagada, opaca, indiferente a todo. La boca grande que reía con cierta tosquedad, aquella boca sensual e inacabable en la risa que tanto sorprendía a sus compañeros ocasionales porque era una llamada precisa a los gozos de la carne, no terminaba de encajar en el rostro delgado, en la oscuridad fija de los ojos.

—Si encontramos a mi hermano, podremos verlo todo desde la primera fila. Él siempre tiene buenas recomendaciones.

—No creo que le guste mucho encontrarte a mi lado —dijo Aniceto.

—Pero si no te conoce.

—Por eso. Va a pensar que…

—A él no le importan estas cosas —dijo Sim—. Además, ya lo sabrá. Desde que anda con ese americano, Alejo lo sabe casi todo.

Aniceto Ortuño prefería no encontrarse con él.

—Seguro que por aquí ya podemos verlo bien —dijo. Habían ido bajando por la Castellana. La multitud se espesaba cada vez más y hacia Recoletos se vislumbraba un verdadero enjambre de personas. Cuanto más se acercaban a las tribunas, más difícil era abrirse paso y encontrar claros junto a la calzada. Los acosaban ya los inevitables vendedores de todo tipo de objetos: corbatas, cacahuetes, medias, diarios, sombreros. Sus gritos ásperos se destacaban del pesado rumor que flotaba en el aire. Para no perderse a causa de los empujones, Aniceto tomó con fuerza el brazo de su compañera, a la altura del codo, y se colocó delante de ella para abrirse camino. Había salido de casa sin sombrero, para sentirse más unido al pueblo, y ahora el sol empezaba a picarle en la cabeza.

—Va a pegar fuerte el calor —dijo—. Será mejor que nos pongamos debajo de un árbol.

—¿No buscamos a Alejo? —preguntó de nuevo Sim.

—Como quieras. Con el gentío será difícil dar con él.

Se oyeron a lo lejos motores de aviación.

—No falta mucho —dijo Sim—. Casi es mejor que nos quedemos aquí. Si perdemos tiempo no podremos ver nada.

Lograron acercarse a una acacia cuyas hojas, aún pequeñas, brillaban como si hubieran sido bañadas por el rocío. Frente a ellos se alzaban los muros desnudos de una casa alcanzada por las bombas del último intento alemán de destruir Madrid; encima de ellos se habían sentado algunos muchachos que gritaban para que los demás admirasen su osadía. Ondeaban banderas tricolores y uno de ellos hacía arriesgados equilibrios sobre una montaña de cascotes.

Nadie parecía sentir lástima ante aquel símbolo patente de las tragedias pasadas. No era hoy un día de tristezas. Los escombros no habían sido aún retirados porque se presentaban tareas más urgentes. Sin embargo, ellos dos, lo mismo que la mayoría de los asistentes, estaban habituados y no prestaban demasiada atención. Las ruinas arquitectónicas eran menos dolorosas que las ruinas del alma. En su paseo desde Las Cuarenta Fanegas habían pasado frente a varios edificios destrozados que mostraban al sol abrileño una desnudez sobrecogedora, a veces incluso siniestra; no obstante, los habían desdeñado como objetos normales de la vida cotidiana.

—¿De verdad que no quieres comer conmigo? —insistió Ortuño—. Seguramente tu madre no tiene nada preparado.

—Se las arregla siempre, no te preocupes. Estará intranquila por mí. Constantemente me pide que me quede en casa con ella, que no ande por ahí como un gato solitario. Alejo ha empezado a ganar bastante dinero. Seguro que tienen una gallina en pepitoria o algo semejante.

Sim estaba colocada en primera fila, sobre el bordillo de la acera. Aniceto había quedado un poco rezagado, de modo que contemplaba el espacio vacío de la calzada por encima del hombro de la mujer. Individuos de la Guardia Republicana defendían del público el pavimento por el que pasaría el desfile. Un hombre que llevaba en la mano una especie de periscopio fabricado con tubos de cartón empujó a Ortuño y éste se abrazó a Sim para mantener el equilibrio. Ella volvió la cara sonriendo.

—Aquí no, Ani. Qué van a pensar.

Aniceto Ortuño, que no había pensado en nada, se puso de pronto completamente colorado, como un adolescente encontrado con las manos en los bolsillos rotos. Así lo habían encontrado muchos años atrás, mientras hacía fila para entrar en el refectorio común, y el vigilante le había pegado una bofetada monstruosa, delante de los demás alumnos, sin explicarles a los otros por qué. Su miedo a todo tipo de autoridades le hizo fijarse en la nuca rolliza del guardia que estaba a su derecha y había vuelto la cabeza para amansar con la mirada el momentáneo revuelo. Esperó la guantada de reglamento, porque era muy fiel a sus recuerdos, pero sólo encontró en la mejilla el roce del cabello de Sim. El tipo del periscopio había desaparecido.

—No me pongas en evidencia, por favor —dijo.

—Hijo, eres más áspero que un cardo.

—Sabes de sobras que yo… —empezó Aniceto, pero ella se había desentendido

por completo del asunto. Miraba las nubes en busca de aviones. Con la entrada de la mañana, los brochazos dorados se habían ido diluyendo y ahora sólo podían verse en el cielo masas de altos cirrocúmulos que pesadamente viajaban hacia el Sur.

Sim dejó de contemplarlos y se acomodó a la cintura el vestido de color verde deslavado. De alguna manera sentía que estaba comenzando un tiempo nuevo, un mundo nuevo, y se dispuso a esperar en silencio.

2

DESENTONADOS, roncos, ululantes, bajaban la avenida con las armas al hombro y, los que no tenían armas, con los puños en alto. Al lado de las canciones entrecortadas, las viejas canciones del campo de batalla que mezclaban el amor y la muerte, el odio y la tristeza, entre los himnos partidistas entonados con sentimientos antiguos y los versillos populares a los que se habían colgado palabras nuevas, brotaban ocasionalmente los gritos del casi olvidado ritual de la esperanza.

—¡No pasarán! ¡No pasarán!

Parecía tan grande su fatiga que sólo estas dos palabras podían pronunciar sin cansarse, sin omitir una letra. De los demás cantos se oían tan sólo retazos prontamente apagados por los versos que se iniciaban en alguna otra región del desfile y que, a su vez, se desvanecían antes de completarse bajo los gritos insistentes como cañonazos.

Los espectadores se habían contagiado muy pronto y ahogaban la voz de los soldados con estas palabras ya sin sentido pero que, muchos meses antes, habían caldeado los corazones e hinchado los músculos.

En vano los altavoces de campaña colgados de los árboles pretendían imponer un sola y marcial melodía. Los técnicos de Unión Radio aumentaban el sonido hasta distorsionarlo, pero ni aún así lograba imponerse su música a los gritos de los soldados y de la multitud que contemplaba el desfile. *Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero* se repetía más que *El tren blindado* y *El Puente de los Franceses*, que intentaban corear los espectadores, moría en el silencio bajo el bramido del *rumba, la rumba, la rumba, babá* de *El paso del Ebro*. Y después se repetía el grito inagotable en las gargantas de los madrileños:

—¡No pasarán! ¡No pasarán!

Aconchado detrás de una acacia y cubierta la cabeza con el lienzo negro de su

máquina de retratar al minuto, Alejo Rubio empezaba a marearse. El vocerío, el polvo, el calor y los empujones había conseguido ponerlo de mal humor. A su lado, el robusto periodista americano de hirsuto bigote se ajustaba los lentes y defendía a codazos el delicado aparato de su amigo, blasfemando de vez en cuando entre dientes. No estaban allí Capa, el holandés Joris Ivens, que era el mejor *cameraman* del mundo, el dulce Xanapa…, ninguno de sus antiguos compañeros estaba allí. Y también por eso blasfemaba. Alejo no podía entender sus palabras, aunque después de algunos meses de camaradería había terminado por aprender los vocablos más vigorosos del idioma inglés. En un claro de silencio, sin embargo, oyó distintamente lo que Ernesto Hemingway decía a quienes lo rodeaban:

—¡Imbéciles! Habéis ganado la guerra y seguís con el «no pasarán». La victoria es un plato demasiado fuerte para todos vosotros y se os ha indigestado. ¡Maldita sea!, ¿no pueden desfilar con un poco más de orden? Y estos tipos no pararán de empujarnos… ¡Apartaos, coño!

El gigantón, que llevaba como siempre la zamarra atiborrada de papeles, cajetillas de tabaco, botellines de whisky, latas de conserva y algunos otros tesoros alimenticios conseguidos unas horas antes en la Embajada, pedía demasiado al victorioso ejército que desfilaba aquel catorce de abril por el paso de la Castellana. ¡Una alegría ordenada!

—Deje, don Ernesto, deje. Que me van a salir movidas —dijo Rubio. Estaba cruzando entonces por delante del retratista la Brigada Femenina Victoria Kent, que había tenido una actuación destacadísima en la liberación de Salamanca. No era propiamente una brigada, desde luego: sólo unas trescientas mujeres que en un principio habían estado asignadas a los Servicios Médicos y de Intendencia y que terminaron apoderándose de los fusiles y de las ametralladoras de sus compañeros muertos para colaborar con los vivos en el asalto a la plaza Mayor. Su gesta había dado la vuelta al mundo, gracias entre otros a Ernesto Hemingway, que escribió una larga crónica donde mezclaba a Agustina de Aragón, María Pita (ambas por consejo de Alejo Rubio) y a Juana de Arco con la comandante de la improvisada brigada, con la cual, mientras escribía, había pasado parte de una noche en el hotel Florida en que estaba hospedado: Julia Acevedo, alias *la Capitana*.

Desfilaban muy erguidas, los pechos rígidos y levantiscos bajos las blusas blancas y desabotanadas en su parte superior, descubiertos los antebrazos y las desnudas rodillas entrevistas al paso por encima de los calcetines toscos, de lana roja, que *la Capitana* había elegido como uniforme en los últimos días de la guerra, cuando el grupo había tornado ya a sus vendajes y a elaborar pan con cualquier tipo de harina que encontraba a mano.

Cuando estaba frente al retratista, Julia Acevedo levantó el puño cerrado en un gesto viril y eufórico, y gritó despreciando todas las ordenanzas militares:

—¡No pasaron, americano!

Luego sonrió con algún despojo de ternura a Ernesto Hemingway y prosiguió su intento de coordinar el paso de sus camaradas.

Como la mayor parte de los integrantes del ejército que bullía aquel primaveral 14 de abril, tampoco ellas habían tenido mucho tiempo de aprender los misterios del paso rítmico, de la media vuelta, del armas al hombro. Habían salido de las fábricas, de los talleres y de los campos directamente a la lucha, y antes de saber lo que era una unidad armada habían descargado ya muchas veces los fusiles e incluso se habían sorprendido de aquel gesto absurdo en que terminaba la muerte de un fascista apestoso. El desfile, pues, no podía ser sino maravilloso paseo callejero. Sentirse violentamente orgullosas de los pechos apenas velados y mantener una arma firme era suficiente para provocar gritos y aplausos, puños en alto y canciones en la espesa muchedumbre de los bulevares que durante mil días se había alimentado tan sólo de esperanzas y recuerdos.

Detrás de la Brigada Kent se apretaba un bloque de mujeres que había ido saltando a la calzada, a pesar de las reiteradas órdenes de los altavoces, para unirse a la comitiva. En un lateral de la primera fila Alejo descubrió a Delia Sánchez, que se había anudado a la cintura una bandera tricolor y mostraba los muslos al caminar, lo mismo que en los escenarios de preguerra, y cantaba a voz en cuello el himno de las heroínas de Salamanca:

Mujeres españolas, unidas en las armas, luchemos
contra el fascio traidor;
salgamos de la fábrica, salgamos del hogar.
¡A la calle, a la calle con honor!

La multitud aplaudía con delirio aquel bailoteo lúbrico que hasta entonces había estado reservado a los ricachos de la CEDA y luego a los generales rebeldes. Todo el mundo sabía que Delia Sánchez había sido amiga del manco Millán Astray, pero antes de la ofensiva de Galicia se había pasado a la República y nadie se preguntó si los fachas la habían tenido cautiva o era ella una facha como los otros que había abandonado el campo cuando el asunto se les puso feo a los generalitos. Había declarado al periódico *Pueblo Socialista* que no había sido más que un rehén y aducía como prueba el hecho de que todas sus joyas y vestidos habían quedado en Madrid, con el gobierno, como ella misma quiso y no pudo hacer. Si durante la guerra había enseñado el vientre a los falangistas y a los militares facciosos, había sido únicamente en calidad de prisionera. Para demostrarlo pasaba ahora ante el pueblo fiel con la bandera invicta airosamente enrollada a las caderas.

Un muchacho de unos dieciocho años, que no había tenido tiempo de dejarse crecer el pelo para disimular su estilo joseantoniano y lo llevaba aún echado hacia

atrás y pegado al cráneo, quiso contemplar más de cerca las carnes venales de la diva y se abrió paso junto al ayudante de Ernesto. El empujón hizo tambalear la vieja cámara sobre su trípode de varillas ajadas. Alejo Rubio lo miró con odio. Un combatiente borracho le había destrozado varias semanas antes la espléndida Kodak americana, que ahora estaban reparando en Praga, y en este desfile iba a concluir la historia gloriosa de su máquina de fuelle construida en Embajadores.

—Queda mucho facha suelto por ahí. Verás cuando empiecen las investigaciones, pollo. Van a reventar las cárceles.

El muchacho dio unos pasos por la calzada de adoquines y se reintegró a los espectadores, unos metros más abajo. En seguida se perdió de vista.

—Ahora todos cantan victoria —dijo Ernesto.

—Hasta ese hijo de puta —dijo Alejo—. Tendrían que fusilarlos a todos por traidores.

Las mujeres que seguían en procesión a *la Capitana* no tenían tan buen aspecto como la *vedette*. Alimentadas demasiado tiempo con las «píldoras del doctor Negrín» y con el famoso «cocido inglés», que no sólo no tenía sustancia sino ni siquiera garbanzos, parecían viejas escapadas de una tragedia griega. Vestidas la mayor parte de ellas con harapos negros, en vano los pañuelos rojos anudados al cuello o a la cintura ponían un destello de color sobre las mejillas marchitas, pálidas unas y quemadas las otras por la intemperie y el trabajo callejeros. Eran todavía recientes presas arrojadas por la guerra al aire limpio de una ciudad festiva, no habían tenido tiempo de cambiar el doliente maquillaje dibujado en sus cuerpos por el hambre, los bombardeos, la iniquidad y la muerte. La que había conseguido comida tuvo que pagar por ella el precio de su cuerpo, la que no había llorado ante una tumba tenía a un hermano con los fascistas vencidos, aquella que había logrado utilizar un vestido hermoso no había podido lavarse con agua caliente en los siete últimos meses… Y, sin embargo, todas ellas cantaban.

—¡Saca a las mujeres, Alejo, saca a las mujeres! —gritaba Hemingway en la oreja del retratista.

Alejo Rubio, pequeño, jorobado y desnutrido, intentaba realizar con toda rapidez el cambio de placas y manipular diestramente el difícil obturador. Algunas de sus fotografías darían la vuelta al mundo para proclamar el repentino fulgor de aquellos rostros que tanto habían sufrido. Y quizá con los dólares de su amigo podría al fin establecerse en un estudio elegante de la calle de Atocha o incluso en el barrio de Salamanca, si es que los ricos iban a seguir viviendo allí y si es que quedaban ricos.

—Se me van a terminar las placas y queda mucho desfile.

—Guarda unas cuantas para los internacionales —dijo Ernesto—. Lo demás no interesa.

Mientras las imágenes recién captadas de las mujeres reposaban en la cubeta de

los ácidos, atada como una cacerola bajo la cámara, el retratista se abrió el cuello de la camisa y se puso a contemplar el bullicioso panorama. Todavía recordaba la foto que consiguiera ocho años antes, el día increíble en que se proclamara en España la II República. Ocho años justos. Bajo el foco aparecía una masa de cabezas minúsculas, retratadas desde un tejadillo de la Puerta del Sol, y por encima de ellas se adivinaba el aire agitado por los gritos y las emociones.

Ocho años justos.

Pero todos ellos, especialmente los tres últimos, eran un calendario de muertes, lagunas de sangre, ríos de lágrimas, hambres y sufrimientos, desolación y esperanza. ¿Empezaba ahora a cumplirse aquella larga esperanza? ¿Habían sido aniquilados por fin quienes tan firmemente se oponían a ella? ¿Qué significaba este octavo aniversario? ¿Por qué la Niña Bonita no había logrado hasta ahora crecer y desarrollarse?

—¿Qué va a pasar ahora, Ernesto?

—Vamos, amigo, no te preocupes por eso. ¿No ves que huele a victoria? ¿No oyes cómo cantan? ¿No escuchas los aplausos? La República está viva.

—Muchas veces he visto todo esto —dijo Rubio—. Pero ¿qué va a pasar?

Ernesto Hemingway, que sólo conocía retazos de esa historia de ocho años, que veía la muerte como un espectáculo prodigioso, que en el fondo era y se sentía extranjero, pese a sus esfuerzos por disimulárselo a sí mismo, se raspó con las uñas la pelambrera híspida, miró a su derecha y con un gesto triste o impotente o frívolo respondió:

—Ellos lo sabrán.

A unos doscientos metros estaban, políticos y generales mezclados, juntos los que habían conocido la Regencia, los que habían colaborado con la Monarquía e incluso con la Dictadura de Primo de Rivera, y los recién llegados: políticos que habían subido los peldaños del poder con la misma facilidad que la cómoda escalinata de un palacio, militares que apenas habían tenido tiempo de coserse una barra dorada cuando tenían ya otra en la mano.

Unos aparecían impávidos, acaso tan ignorantes e inquietos como el propio Alejo; otros sonreían o vociferaban al paso de las unidades del Ejército Popular. El presidente del Consejo tan pronto apretaba en silencio las duras mandíbulas como levantaba el puño y bramaba en destellos de pasión. Indalecio Prieto vestía un traje negro, elegante pero de calle, se había negado a aparecer de gala porque si la ocasión era de gloria, se asentaba sobre demasiados cadáveres, y él se sentía hombre piadoso: el desfile era también un duelo. Los arranques de violenta alegría eran en su gesto como un oleaje traído por alguna emoción personal ante el espectáculo. Sin embargo, la nueva investidura tras de la terca dimisión de Negrín le obligaba a enmascarar tanto sus risas como sus lágrimas.

No había cambiado para la circunstancia el aire iluminado de Dolores Ibárruri. *La Pasionaria*, también vestida de negro y sin un solo adorno femenino, se agitaba en la tribuna, apoyada en la barandilla de madera. Como ministro de Relaciones Sociales —cartera que abarcaba desde la ayuda a los ex combatientes hasta la juventud y la familia—, se sentía un poco madre de todos los soldados y de quienes los aplaudían. Ante cada banderín alzaba el brazo y gritaba:

—¡Viva la República!

Gritaba con aquella voz ronca y armoniosa que tanto atractivo poseía para sus seguidores. Incluso se volvía de vez en cuando a su marido–amante Paco Antón, para el que sólo había logrado un puesto de secretario personal, a fin de azuzarlo y empujarlo hacia la calle. Don Inda la miraba de soslayo, a medias enojado e irónico, pero sin intervenir.

Los demás ministros, diplomáticos y militares habían acopiado el obligado aire de ceremonia. Sólo don Julián Besteiro, increíblemente delgado y pálido, volvía de vez en cuando la cabeza para toser con disimulo; luego, en sus mejillas de cera aparecían gotitas de sudor que el recién nombrado presidente de la República procuraba enjugar con un pañuelo blanquísimo. El veterano profesor de Lógica a quien habían tenido que suplicar que sostuviera con sus manos inocentes los destinos inciertos de la República después del abandono derrotista de don Manuel Azaña, parecía un poco sorprendido ante aquella explosión de gozo caótico imposible de frenar. Nunca había sido un «político de chistera» y, en consecuencia, no estaba muy seguro de que fuera suyo aquel puesto en la presidencia de la tribuna.

—Besteiro tiene tanto miedo como yo —dijo entre dientes Alejo.

—¿A qué tienes miedo? —preguntó el americano.

—No lo sé. Por eso tengo miedo.

—La guerra ha terminado —gritó Hemingway repentinamente contento—. ¡Viva la República! ¡No han pasado! —Sacó de un bolsillo la petaca del whisky, bebió un trago, la miró contra el dulce sol de la mañana, volvió a beber y luego se lo tendió, casi vacío, al retratista.

—Gracias.

—Eh, facha, ¿todavía tienes vino? —gritó un soldado del desfile; pero lo dijo riendo y siguió su paso hacia la tribuna, camino de la Cibeles.

El ruido feroz de los aviones vencedores apagó la respuesta del retratista. «Chatos», «katiuskas» y «moscas» pasaban rozando casi los aleros de los palacetes de la Castellana, perfectamente formados en grupos de tres y de cinco. Detrás de ellos, aparatos solitarios conseguidos al enemigo o comprados por embajadores y emisarios a traficantes de medio mundo aleteaban como pájaros satisfechos e inclusive, al igual que las escuadrillas de aviones rusos, realizaban en la recién nacida paz las acrobacias que en la guerra habían forjado su leyenda. Algunos pilotos habían

atado banderas a las portezuelas y se asomaban con el puño en alto.

Entre los espectadores todavía algunos se dejaban dominar por la aterradora rutina que actuaba como un reflejo condicionado y agachaban la cabeza o se escudaban detrás de los árboles, esperando de un momento a otro el fragor de las bombas. Un solitario Savoia apresado intacto en la base de Santiago de Compostela llevaba colgando de una rueda un tosco muñeco atado por las piernas y un cartelón que pregonaba el nombre aborrecido de Benito Mussolini. Ernesto Hemingway se llevó al verlo las manos al vientre y se dobló a causa de las carcajadas.

—¡Están locos, están locos! —dijo.

El bramido de la aviación era el prólogo de lo que se avecinaba. Todo el armamento pesado y ligero que había participado en la contienda y había conseguido llegar a Madrid se mostraba ahora en su esplendoroso poder. Maltrechos casi todos los vehículos, aún sucios algunos de ellos y con secretos manchones de sangre en las ruedas de oruga, hacían temblar el irregular adoquinado de la avenida. Abría la marcha un grupo de nueve BT-5 con sus doce mil kilos de muerte cada uno. Los tanquistas rusos, uniformados de negro, asomaban por las torretas de los carros rostros perfectamente herméticos y circunstanciales. Participaban en un desfile, no en un carnaval.

Venían detrás carros más pequeños, dirigidos por el glorioso y enlutado *King Kong* de la Columna Durruti, los estrechos Renault que habían entrado en los decisivos momentos de la batalla del Ebro, las motocicletas francesas, los autos blindados con su extraño aspecto de frankensteins de la guerra, los cañones sobre sus pesadas ruedas de hierro, arrastrados por mulos y camiones, camiones que incluso habían participado en las primeras guerras de África junto a los modernísimos comprados en Checoslovaquia, las ametralladoras Maxim, los viejos vehículos temblequeantes pero fuertes aún…

Si el espectáculo de los combatientes había arrancado oleadas de aplausos, el fragor de las máquinas dejaba mudos de admiración a los madrileños. La mayor parte de ellos —ancianos, niños, mujeres— sólo conocía sus hazañas, sólo había visto sus fotografías. Y nunca hubiera podido imaginar que aquellas masas de hierros móviles poseyeran una identidad tan pura como los mismos hombres. ¿Cuál era el avión de Tinker, el piloto americano que había derribado más de dos docenas de aparatos enemigos? ¿En qué carro viajaba el gigante Pavlov, cuyo solo nombre hacía correr incluso a la caballería mora? ¿Dónde estaba el artillero Vorónov? Máquina y hombre formaban una sola persona, de modo que también los polvorientos vehículos parecían gritar el mismo estribillo de los guerreros.

Alejo Rubio, que había recobrado fuerzas con las gotas de whisky del frasco del periodista americano, intentaba enfocar los blindados.

—Deja eso para otro día. Nos faltan los internacionales.

—Pero también esto interesa.

—Pagan más por los otros y eso no son más que máquinas —replicó Ernesto—. A una buena foto de los internacionales puedes sacarle doscientos dólares.

—¿Qué brigadas prefieres? Me quedan pocas placas.

—Las americanas claro. Son las más valientes —Hemingway soltó una carcajada.

—¿Y cuáles son las americanas? Dicen que al final se han mezclado todos: franceses con australianos, chinos con yugoslavos, polacos con mejicanos…

—Yo los conozco. Ya te diré —dijo Ernesto.

—De acuerdo; y mañana me traes más placas si quieres ver al gobierno.

—Nos hacen falta para esta misma tarde. Prieto y los embajadores irán a la corrida y hay que retratarlos allí.

—¿Tienes entradas? —preguntó Alejo con los ojos brillantes.

—Regaladas por la propia Luisa Paramont Barrera. Apuesto a que va a ser mejor que todo esto.

—No creo —dijo el retratista.

Pasaban ante ellos compactas columnas de soldados con sus uniformes caquis y las estrellas y barras conseguidas en campaña. Cada grupo tenía una historia distinta, una gloria particular, una leyenda propia. Sólo los estandartes podían revelar, y exclusivamente a unos pocos, las hazañas pasadas. Si los nombres de las batallas y los hechos heroicos habían aparecido en diarios, revistas, carteles y noticiarios cinematográficos, si las apasionadas ondas de la radio los habían difundido por todos los puntos de la estrella de los vientos y corrían de boca en boca como una verdad sagrada, sus grandes protagonistas, vivos o muertos, continuaban anónimos. Los retratos del *Campesino*, de Rojo, de Modesto, de Líster, de Mera, del mártir Durruti y de algunos otros adornaban las fachadas del paseo, junto a centenares de banderas tricolores, pero los hombres que apenas conseguían marcar rítmicamente el paso sobre los adoquines no tenían rostro ni nombre ni historia.

Sólo las compañías de guardias de asalto, con sus monos azules, y unidades de carabineros y de marinos avanzaban con la marcialidad y galanura exigibles en un gran desfile victorioso. Casi todos los soldados habían salido de casa tres años atrás como milicianos, con el fusil en la mano, y no habían tenido ocasión de practicar las leyes escénicas del desfile. Vanos habían sido también los esfuerzos de los comisarios políticos por ofrecerles una cultura de circunstancias. Habían aprendido a leer y sabían que eran pobres y que luchaban por un mundo mejor, sabían que el enemigo eran tan fuerte como ellos y estaba mejor organizado. Ese enemigo desfilaba mejor y saludaba con gallardía y era rico y quería destruir la República y la libertad. A los milicianos sólo les quedaba un corazón en el pecho para sostener el fusil y ganar la guerra. Eso había sido suficiente.

—¡Salud!

—¡Salud!

Puños en alto, voces enronquecidas, paso desmañado, nostálgicas canciones de las soledades de campaña e himnos amenazadores de partido. ¡Trabajador, trabajador, no más sufrir!

A pesar de las reticencias con que las facciones políticas habían recibido al nuevo gobierno, proclamado apenas dos meses antes del final de la contienda, a los luchadores cualquier gobierno les parecía bueno con tal que fuera republicano. Implicaba una garantía de libertad y algunas posibilidades de justicia. Al pasar frente a la tribuna hinchaban el escuálido pecho con ese torpe orgullo del humilde hacia quien lo manda, levantaban más los brazos, intentaban colocar adecuadamente el fusil sobre el hombro, apretaban las mandíbulas, desdeñaban las rozaduras de las botas —tantas de ellas arrancadas a los cadáveres enemigos—, el dolor reumático contraído bajo las nevadas, los desarreglos estomacales y caminaban como ángeles. Únicamente ante su presencia las mujeres y los viejos lloraban.

El polvo que levantaban sus botas y las alpargatas de esparto que algunos calzaban aún olía a primavera; los trapos enrollados a los pies a guisa de calcetines eran los más hermosos brotes del abril de la victoria. En el cielo, nubes redondas y purísimas acompañaban el desfile por la inmensidad del azul; brillaba la mañana como en el primer día del nacimiento del mundo. Los espantosos horrores de la guerra eran pesadillas lejanas. Las primeras flores de los geranios expandían su ácido aroma como revulsivo de toda aquella sangre perdida: los mayores dolores se difuminaban bajo las pisadas indecisas y humanas de los guerreros victoriosos. Nadie quería volver la vista atrás. El suave viento de las montañas se llevaba los recuerdos y la fetidez de los cadáveres insepultos desparramados por campos y riberas.

Entre las inacabables columnas de soldados populares, antiguos milicianos, destacados desde todas las provincias de España para el desfile madrileño, apareció un manchón verde coronado de relucientes tricornios. Los escasos guardias civiles que habían permanecido fieles a la República, aquellos pocos hombres que no habían quebrantado el sagrado juramento de defender el legítimo gobierno de la legítima patria, pasaban ahora agrupados por última vez y vestidos con sus antiguos uniformes —pues el cuerpo había sido ya disuelto— en una compañía heterogénea y valiente. Hombres de Asturias y de Almería, de Gerona y de Badajoz, de Toledo y de Navarra, de Orense y de Huelva desfilaban juntos y orgullosos. Y el público comenzó a aplaudir con vigor redoblado. Si en los desfiles de los tiempos de paz siempre los civiles habían sido recibidos con ensordecedor abucheo, con silbidos violentos; si la multitud los había odiado siempre, ahora que venían de combatir con los uniformes que durante la guerra habían tenido arrinconados y que nunca volverían a usar, ahora que se presentaban como habían sido, sin los disfraces del Ejército Popular ahora, y

por primera vez en muchos años, eran recibidos con cariñosos aplausos. Ni siquiera los niños se escondían al verlos.

—Esto bien vale una placa, don Ernesto —dijo Rubio, que volvía al usted cuando estaba emocionado—. ¡Están aplaudiendo a los civiles!

—Si García Lorca lo viera —dijo el americano.

—Pues se han portado bien. Son pocos, pero se han portado bien.

Los de la tribuna debían de comprender el esfuerzo de inaudito heroísmo, porque también aplaudieron con fuerza. No sólo habían luchado, sino que habían aguantado la soledad en que la deserción de sus compañeros los había dejado. Don Julián Besteiro levantó las manos para saludarlos.

Una reducida compañía de soldados negros, con uniforme colonial, cerraba la presencia de tropas regulares en el desfile. Eran los pamues de la Guardia Colonial que habían ganado la guerra en Guinea, al frente de las milicias de madereros, después de haber estado el territorio en manos de los ricos triunfadores unidos a los facciosos. Ellos, junto a los marineros del mercante *Fernando Poo*, habían dominado la sublevación sin apenas gastar una libra de pólvora. Su uniforme y el color de su piel levantaron oleadas de entusiasmo.

—¿Y qué hacen éstos aquí?

—Son nuestros moros —contestó Alejo riendo a golpes—. En un solo día metieron en un barco a todos los fascistas de África. Y me han dicho que ni siquiera saben leer.

—¡Maldita sea, tenías que fotografiarlos! ¡Ganar una guerra los negros!

Ya era tarde. El medio centenar de guineanos desaparecía hacia «la bella tapada», la diosa Cibeles que resplandecía más hermosa que nunca desde que le quitaron el bunker de ladrillos con que la habían rodeado los madrileños por miedo a que la destrozaran los bombardeos.

Y, por otra parte, había llegado el momento que el periodista americano esperaba tanto. De los cuarenta mil extranjeros que habían entrado en España a lo largo de la guerra para conjurar el peligro fascista, sólo unos trescientos habían sido designados, como representantes de todos, para desfilar en Madrid. Aquellos grupos de hombres representaban también a los casi veinte mil que habían muerto en el empeño, soldados casi siempre anónimos, de la mayoría de los cuales nadie supo nunca el auténtico origen y el paradero final. Sencillamente, estaban pudriéndose junto a los españoles a los que habían venido a defender. De todas maneras, las dos compañías habían sido sacadas de las cinco brigadas en que habían sido agrupados los combatientes extranjeros. Y procurando que estuvieran presentes todas las nacionalidades, incluso los españoles adscritos a las brigadas mixtas.

Allí estaban, pues, los hombres de los batallones Dabrowsky, del Thaelmann, de la Comuna de París, del Garibaldi, del Dimitrof, del Papinau, del «Batallón de la

Muerte»… y del Lincoln.

—Ahí los tienes, Alejo, ahí los tienes —gritó Hemingway.

Se refería, naturalmente, a los americanos, a los hombres del batallón Lincoln, de la XV Brigada, y del Washington. Robert Merriman, un estudiante de 29 años, desfilaba a la cabeza de sus hombres, visiblemente satisfechos de su actuación. Habían muerto tantos americanos en Brunete, sobre todo judíos, que los dos batallones tuvieron que fusionarse en uno solo. El negro Oliver Law, comandante del Lincoln hasta julio del 37, daba savia nueva a las viejas encinas próximas a Madrid.

Al frente del Mackenzie-Papineau desfilaba un antiguo amigo de Ernesto, el capitán Thompson, un aventurero lleno de jovialidad y de arrojo. Eran muchas caras conocidas.

—Vamos, no te entretengas. Estos muchachos van a pasar a la historia.

—No te preocupes —dijo Alejo.

Pero Ernesto Hemingway no podía oírlo. Saltó a los adoquines de la calzada y se colocó en el flanco de los hombres que presidía Thompson, cantando con ellos, los brazos en alto como un director de orquesta y los faldones repletos de la zamarra golpeándole la cadera.

—¡Hemos vencido, hemos vencido!

Gritos y aplausos lo acompañaron hasta la altura de la tribuna presidencial. Allí un asalto obligó al americano a dar la vuelta, pero siguió aplaudiendo. Luego se llevó un pañuelo de rayas a la nariz. En realidad, las lágrimas de los ojos se le habían estancado en el bigote.

—¿Has visto, Alejo, los has visto bien? ¡Qué tipos Dios!

—Como si ellos solos hubieran ganado la guerra —dijo Rubio.

—Os echaron una mano, ¿no? Siempre hay que agradecérselo.

Los brigadistas abrieron el camino a una nueva exposición de material bélico y a unas docenas de asaltos a caballo que cerraban la comitiva. Detrás de ellos comenzó a agolparse el público. De nuevo brotaron con ímpetu los himnos de siempre.

Hijo del pueblo,
te oprimen cadenas,
y esa injusticia no puede seguir;
si tu existencia es un mundo de penas
antes que esclavo prefiere morir…

Ernesto levantó los dos puños para gritar.

—¡No pasarán, no pasarán! ¡Salud, camaradas!

—No han pasado, Ernesto —corrigió el retratista.

Desde la tribuna, Dolores Ibárruri intentaba hacerse oír por la muchedumbre de la calle, pero nadie se detenía a escucharla. No obstante, *la Pasionaria* continuó

vociferando. Con el puño cerrado daba golpes sobre la barandilla cubierta con la bandera republicana. Como si quisiera derribarla.

Solo junto a la acacia, subido al alcornoque, Alejo Rubio se aprestó a recoger los bártulos. Guardó las placas ya reveladas, plegó el fuelle negro y se cargó la cámara al hombro. Hasta las cuatro de la tarde no volvería a ver a su patrono frente al portalón de Las Ventas. Otra vez volvían los toros. Otra vez llegaba la paz. Se metió calle arriba por la del Almirante y se sintió contento porque su madre había conseguido chorizos, patatas y huevos, y tendrían una buena comida. Incluso estaría presente en el festín su hermana Simplicia, si es que a última hora no le había convencido algún amigo para que la acompañase a los merenderos del Manzanares.

Lamentaba únicamente no haber tomado un buen plano de la famosa artista Delia Sánchez enseñando los muslos. Eso quizá le hubiese valido más dinero que los barbudos rostros de los internacionales, a pesar de lo que Ernesto dijera. La guerra había terminado y era preciso comenzar a trabajar por la paz.

—Pues no han pasado, ya lo creo —dijo en voz alta, como si por fin se diese cuenta de lo sucedido o como si no lo creyera de verdad.

3

La caravana de automóviles y camiones que costeaba hacia Oporto se veía entorpecida por la multitud de refugiados. Docenas de miles de personas habían atravesado el puente internacional de Tuy y se iban diseminando por todas las carreteras con sus asnos, sus chillonas carretas tiradas por lentos bueyes, la muchedumbre de perros hambrientos. Aunque las autoridades portuguesas se habían apresurado a organizar un gigantesco campo de refugiados cerca de Viana do Castelo y se estaba construyendo otro en Barcelos, los soldados eran impotentes para detener los racimos humanos; muchos fugitivos conseguían librarse de los controles y seguir camino del Sur.

—¡Van a entrar, van entrar! —gritaban a los soldados lusos con el terror asomado a los ojos.

Y seguían corriendo, cada vez con menos equipaje, hacia la dudosa salvación del Sur.

Los últimos días de marzo habían sido una verdadera pesadilla. Ya desde comienzos de febrero se había iniciado el éxodo, bajo la presión de las tropas

republicanas, pero con la rendición oficial sobrevino la gran traca del sálvese quien pueda. La estricta contabilidad de Oliveira Salazar calculaba que unos trescientos mil españoles habían cruzado las fronteras portuguesas. ¿Qué hacer con ellos? En su despacho de Lisboa había recibido ya una comunicación del gobierno español, fechada el 28 de marzo, en que le pedía la devolución de todos los exiliados a cambio del olvido de su ayuda al grupo faccioso. La nota entrañaba un leve amago de amenaza y ese reto había corrido en seguida de boca en boca tanto entre la población lusitana como entre los fugitivos. Se rumoreaba que el gobierno republicano estaba dispuesto a invadir Portugal y arrasarlo en pocos días si no se impedía de inmediato el paso a los rebeldes.

—Permita al menos su excelencia que tengan cobijo los jefes del alzamiento; sin su ayuda serán pasados por las armas —había pedido unos días antes, casi llorando, el embajador de los facciosos Nicolás Franco.

Pero su excelencia intentaba sopesar los pros de sus intereses y los contras de sus fidelidades. Porque también, como el hermano del general rebelde, tenía miedo, un miedo distinto: el oscuro y viejo miedo de su país.

Desde hacía más de seis siglos los portugueses estaban esperando una invasión española, y este momento parecía el más adecuado. Salazar había decidido esperar unos días mientras enviaba a Inglaterra una urgente petición de anticipado socorro. Y entretanto reunía sus modestas existencias de bacalao y patatas para sostener los cuerpos de los soldados vencidos. Convenía mantenerlos en pie porque le serían de gran ayuda en caso de la temida invasión. Entre ellos sobraban hombres expertos y curtidos en la lucha para detener la ofensiva. Centenares de militares de rango superior, oficiales provisionales y falangistas militarizados pululaban entre la población civil, sin uniformes o con una parte de los mismos; desarmados, famélicos y rencorosos. Formaban una fuerza todavía unida y muy importante si se hacía preciso echar mano de ella.

Sin embargo, nada podía hacer con la población civil que había logrado rehuir el internamiento. A ella se había mezclado buen número de militares que se apresuraron a arrojar papeles, armas y uniformes antes de abandonar Galicia. Era una mancha oscura que se movía pesadamente por las cunetas de las carreteras principales y por los polvorientos caminos del interior, dejando a su paso las huellas de su peregrinaje: niños y ancianos muertos, enfermos sin esperanza, colchones podridos, latas vacías de comida, ropas inútiles, utensilios de cocina, escopetas y fusiles sin munición, viejas fotografías familiares, zapatos sin suelas…

Una escolta de cuatro motoristas intentaba abrir paso a los vehículos, y para ello tenía a veces que pasar sobre los cuerpos agotados que no tenían tiempo de arrojarse a las cunetas. De ese modo la marcha de la caravana era relativamente rápida, tal como había sido ordenado desde Lisboa. Franco se había negado rotundamente a

viajar en avión: no había olvidado el destino trágico de Mola y Sanjurjo.

Era muy urgente para Salazar hablar con los jefes sublevados y decidir su destino antes de que se cumpliera la implícita amenaza española. Por otro lado, en la desembocadura del Miño hacían guardia el *José Luis Diez* y el *Cervantes,* después de que el resto de la flota bajara hacia el Estrecho. Habían dejado de disparar sus cañones el mismo día de la rendición, pero continuaban apuntándolos amenazadores hacia La Guardia y Caminha, e incluso a veces navegaban orgullosos y terribles frente a las costas lusitanas.

En el segundo de los automóviles, un impresionante Chevrolet negro, los pasajeros contemplaban en silencio el soleado paisaje costero. Luis Carrero, que en su calidad de jefe de operaciones del Estado Mayor de la Armada había sido encargado de preparar los barcos para la fuga, miró por la ventanilla trasera, para lo cual tuvo que aprisionar el brazo derecho del Generalísimo.

—No se preocupe; vienen detrás —dijo el general Fidel Dávila, sentado al otro extremo del asiento—. No va a ocurrirles nada.

Se refería a las esposas de los tres, por las que el marino había mostrado desde el principio del viaje tanta inquietud. Incluso había insinuado que lo hicieran en el mismo automóvil que ellos, abandonando en el siguiente al cardenal Gomá, con su propio séquito de curas y sacristanes. Sin embargo, el general Franco había decidido que Gomá se sentara delante de ellos, junto al chófer. De alguna manera podía servirles su compañía, por ejemplo si algunos fugitivos exaltados se lanzaban a atacarlos culpándolos de la derrota. En la coyuntura podía ser más eficaz el cardenal que el requeté armado de metralleta sentado junto a él, delante de Dávila.

Por lo demás, las mujeres iban muy seguramente acompañadas del propio hermano del general, el embajador Nicolás, quizás el único hombre en quien Franco confiaba y entre cuyas manos se había ido forjando su destino.

El joven marino hizo un gesto de indecisión y volvió a acomodarse en el asiento de cuero granate.

—¿Está bien preparada la entrevista? —preguntó ahora Franco.

—Desde luego, mi general. Vendrán a vernos apenas lleguemos. Su hermano lo dejó todo perfectamente atado y bien atado.

—Que Dios os ilumine —dijo entre dientes Gomá.

No sabía desde luego a qué entrevista se refería el general, pero lo consideraba una especie de arcángel san Miguel y necesitaba la iluminación de Dios para que siguiera siéndolo. Si Él lo había dejado de su mano en aquellos penosos momentos, que por lo menos salvase la religión y el honor, o el honor de la religión tan sólo. En cualquier caso, su persona dependía enteramente del militar.

El cardenal, después de pensado esto, inclinó la pesada cabeza cubierta por el solideo morado sobre el crucifijo colgado al pecho y casi inmediatamente empezó a

dormitar. Le vibraba la gorda sotabarba y el aire silbaba roncamente al brotarle de la boca. Les tres militares del asiento trasero, un poco intimidados por la multitud que se agolpaba en las calles de Oporto para contemplar el fúnebre cortejo, intentaban adoptar un aire marcial y recompuesto. El general Franco no se ocupaba de las miradas; llevaba la suya clavada en la lejanía, como un dardo brumoso que pasara a igual distancia de la nuca del cardenal y de la del chófer y fuera a perderse en el horizonte imposible.

Dávila daba más muestras de preocupación, aunque por otros motivos. Sabía que gran parte de los jefes rebeldes había conseguido pasar las fronteras: la mayoría huyó a Portugal, otros embarcaron rumbo a Italia, unos cuantos abordaron los últimos Junkers alemanes que habían quedado en España para su socorro y estaban ya en Berlín aprendiendo a vestirse el uniforme nazi. No obstante, muchos oficiales de baja graduación y miles de soldados habían sido encerrados en las sucesivas bolsas que los generales Rojo y Miaja fueron ordenando al final de la lucha: Algeciras, Huelva, Irún, Málaga… Y, por fin, los más valerosos de ellos habían caído en manos de los estibadores y obreros vigueses mandados por algunos supervivientes del barrio de Lavadores. Si tan dura había sido contra éstos la represión a partir del 26 de julio de 1936, era de esperar que los anarquistas se vengasen ahora en los cuerpos de los prisioneros. Sólo con que pagaran con la misma moneda ya era demasiado duro de imaginar desde el rápido automóvil… El general Dávila, que tantas campañas victoriosas había dirigido, se sentía desalentado e inquieto ante el porvenir de todos aquellos compañeros.

—Es terrible, terrible —dijo como respuesta a sus pensamientos, sin dirigirse a nadie en particular. El cardenal adormilado y los hombres sentados a su derecha no le preguntaron de qué estaba hablando; debían de saberlo muy bien.

En silencio continuaba el viaje. Todos tenían prisa por llegar a Lisboa y no se permitían descanso alguno. Aunque Carrero había insinuado la conveniencia de detenerse a comer, sobre todo porque doña Carmen y las otras mujeres habían de estar muy fatigadas, el general Franco, impenetrable y receloso como de costumbre, no hizo el menor signo de haber escuchado. Era su forma de denegar.

Poco a poco las muchedumbres fugitivas iban haciéndose escasas. En realidad, pasado Oporto, tan sólo encontraban algunos coches y camiones de matrícula española, requisados por los falangistas, y unas pocas carretas de los que habían salido en días anteriores. De todas maneras, ninguno de los prófugos tenía intención de acercarse tan pronto a Lisboa. Pasaban más inadvertidos en los campos y montañas del interior del país, por lo menos hasta ver qué rumbos tomaba la decisión de Salazar.

Cuando el sol empezaba a hundirse en el Atlántico, y después de haber soslayado el centro de Lisboa, los tres primeros automóviles de la comitiva llegaron a Cascais.

El jefe de la expedición decidió adelantarse al resto del convoy. Sobre todo los camiones con los objetos de valor sacados del país eran demasiado lentos, y esperarlos supondría entorpecer el programa.

Así pues, los generales más notables y sus esposas llegaron en solitario y casi en secreto a la hermosa ciudad veraniega. Ni siquiera les dio tiempo a cambiarse de ropa. Un capitán del ejército portugués se cuadró al abrir el primero de los coches y se dirigió ostensiblemente, incluso con cierta camaradería, al general Franco:

—Mi general, su excelencia el primer ministro ha salido ya. Ha ordenado que le esperen ustedes en el saloncito Magallanes.

El saloncito Magallanes, completamente tapizado en azules, estaba a mano derecha del vestíbulo. Era un hotelito de sólo tres plantas, a un centenar de metros de la playa y perdido entre palacetes y villas semejantes en una maraña de árboles recién florecidos, enredaderas y parterres de arbustos. Aparentemente modesto en su exterior, por dentro presentaba el aspecto de un club privado inglés de gran lujo. Maderas nobles traídas de África, cueros trabajados en Oriente, alfombras afganas de colorido suave, cuadros de veleros en las paredes, anchos divanes en todos los rincones… El saloncito Magallanes estaba presidido por un gran retrato del navegante y el pavimento había sido cubierto, bajo las alfombras, con una moqueta de tonos azulados, lo mismo que ciertas partes de los muros. Por otro lado, una gigantesca lámpara de cristal iluminaba el conjunto con semejantes matices, ya que en torno a las bombillas de vela colgaban rombos de vidrio que brillaban como esmeraldas.

—Es mejor que ustedes esperen arriba, excelencias —dijo el capitán dirigiéndose a las mujeres.

Nicolás, Carrero, Dávila y Franco acataron la orden sin comentario. El cardenal Gomá se había quedado en la puerta, sin saber adonde ir.

—Convendría que también usted nos esperase, eminencia —dijo Franco—. Más tarde le informaremos de la entrevista.

—Perdone, mi general. He convocado por mi cuenta a otro visitante —dijo el cardenal—. Espero que discierna si me he equivocado o era prudente llamarlo. El Vaticano tiene grandes esperanzas puestas en él.

—¿Otro cura? —preguntó Dávila un poco brusco.

—No es eso, no es eso —dijo Carrero con voz suave.

—Está bien, eminencia. Quédese durante la entrevista con el príncipe de Asturias —dijo Franco—. No sólo el Vaticano piensa que deberíamos contar con él. El capitán de fragata Carrero también lo había llamado por orden mía.

Gomá miró a los cuatro hombres un poco sorprendido. Por vez primera desde que se unió a ellos en Santiago se dio cuenta de que lo mantenían fuera de su juego. Entonces ¿por qué habían insistido en que los acompañara? Había sido él quien había

luchado en Roma, a través de terceras personas, para que el legítimo rey de España usara todo su prestigio en beneficio de una religión que quedaba en ruinas y, de paso, en beneficio de los derrotados. Los gobernantes rojos, si bien no mostraban un excesivo afecto a su majestad, el cual incluso se había atrevido a divulgar que se consideraba un soldado más al servicio de Franco (y de esta manera abdicaba como rey de por lo menos la mitad de los españoles), podía al menos considerarlo interlocutor válido si fuera necesario. Por otro lado, nadie sabía lo que podría ocurrir a la Iglesia de ahora en adelante y era preferible multiplicar los amigos. Así pues, y gracias a la diplomática actuación del arzobispo de Santiago, que había sido uno de los primeros en retratarse saludando a la manera falangista, el rey había accedido a enviar secretamente a Portugal a su sucesor. Claro que en los ánimos de Alfonso XIII había influido mucho más la opinión de Serrano Suñer, tempranamente exiliado en Italia, que la de monseñor. Franco y los suyos eran la única baza que podía jugar si quería que los Borbones regresaran alguna vez a España. Y la derrota podía no ser definitiva.

—Pero siéntense, por favor —dijo el capitán portugués.

Cuando los cinco estuvieron frente a una mesita de mármol, tan baja que apenas les llegaba a las rodillas, el capitán continuó:

—Si me lo permiten, ordenaré que les sirvan el té. Imagino que están ustedes muy cansados y hambrientos.

Salió de la habitación y regresó en seguida. Mientras estuvo fuera, a Luis Carrero le dio tiempo para comunicar a los otros que, en su opinión, aquel capitán los vigilaba más que los protegía. Ninguno respondió.

—Ha sido una pena, mi general, que fallara el golpe de Estado —dijo el capitán con cierta indiferencia, paseando junto a la puerta—. Se han cometido algunos errores tácticos, si no le importa que me entrometa. ¡La batalla del Ebro! Nos confiamos demasiado en su falta de armamento.

—¿Por qué dice nos confiamos? —preguntó el embajador Nicolás Franco.

—Yo estuve luchando en España al mando de una compañía —dijo el capitán—. Intervine en algunas acciones.

—No lo recuerdo —dijo Dávila mirándolo atentamente.

—Me llamo Antonio de Spínola, mi general. Es lógico que no me haya visto. Empecé en Badajoz y…

Le interrumpió la entrada de dos camareros vestidos de frac. Pusieron en el centro de la mesa un búcaro de cristal amarillo con media docena de frescos claveles rojos, A Carrero le pareció un extraño homenaje póstumo a la bandera de los rebeldes, pero no dijo nada. Luego, los dos hombres organizaron muy meticulosamente los cinco servicios del té.

Spínola señaló una de las tartas.

—Pueden servirse, no se preocupen.

Los otros continuaron inmóviles.

—Son órdenes de su excelencia el primer ministro. No quiere que lo esperen hambrientos —sonrió.

Los tres militares, el prelado y el embajador comenzaron a repartirse la apetitosa tarta de grosella. Gomá fue llenando de humeante té las tazas de los otros y la suya propia, con tanto boato como si se tratase de una ceremonia religiosa.

—¿No le apetece, capitán? —preguntó sin tacto.

—Oh, gracias; no es el momento, comprenda. ¿Quieren que llame al príncipe? Está en sus aposentos.

Franco hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

El príncipe don Juan, heredero al trono de España y tercer hijo varón de su majestad Alfonso XIII, hizo una entrada un poco teatral. Antes de pronunciar una palabra abrazó al general Franco, saludó a Dávila, Nicolás y Carrero, y finalmente besó muy respetuoso el anillo del cardenal. Cuando se irguió, se dieron cuenta de lo alto que era, sobre todo al lado de Gomá y de los tres militares. Era un joven guapo y fuerte de veintiséis años, con un perfil que parecía haber sido fabricado ex profeso para acuñar moneda. Nadie hubiera negado que era un auténtico Borbón, y con las mejores virtudes físicas de los Borbones.

—Su majestad, señor, lamenta hondamente lo ocurrido —dijo a Franco—. Le suplica que acepte sus sentimientos de consternación y que cuente con su augusta ayuda en todo lo que precise.

—Gracias —dijo Franco—. Transmítale mi agradecimiento, alteza.

—Insistió mucho, mi general —prosiguió el príncipe en un tono de voz que obligaba a creer que hablaba con letras mayúsculas—, en que cuente con su ayuda, tanto moral como material. Si lo decide, puede viajar hasta Roma y será honrada nuestra casa con su presencia.

El príncipe miró al cardenal.

—También, eminencia, su majestad se pone a su disposición. Ha sido un duro golpe para la Iglesia en España, mas todos confiamos en que habrá una solución a largo plazo. El Trono y la Iglesia han sido las fuertes columnas de la patria, y sin ellas terminará desmoronándose.

—¿No quiere sentarse, alteza? —preguntó Nicolás en vista de que don Juan ni siquiera lo miraba.

—Debo salir en seguida, antes de que llegue el primer ministro. Tengo preparado un avión para volar a Roma. Pueden acompañarme, si quieren, o sus esposas.

—¿Por qué no las enviamos a Italia? —dijo impulsivo el capitán de fragata Carrero, que soportaba mejor los celos que el riesgo imaginado de un viaje por mar —. Estarían más seguras que en América y no tendrán que sufrir la larga travesía.

—En efecto —dijo Franco, y luego se dirigió a don Juan—. Quedaríamos muy agradecidos si pudiese llevar hasta Roma a doña Carmen y a sus acompañantes. Tal vez sea muy duro el porvenir para ellas.

—Yo creo Paco —dijo el embajador Nicolás—, que tal vez fuera conveniente mi presencia en Roma. Como embajador en Lisboa no puedo serte útil, puesto que no tenemos país al que representar. Sin embargo, en Roma puedo aunar esfuerzos y…

—Más tarde hablaremos de eso —respondió sin afecto alguno el general—. Irás a Italia con ellas.

—En todo caso —puntualizó Carrero— podremos reunimos con ellas y con usted dentro de un par de meses como máximo. Ahora sólo es posible esperar los acontecimientos.

—El porvenir no es muy esperanzador —dijo don Juan.

—Yo prometo a su alteza —dijo el general Franco, con una sonrisa débil pero con voz menos aguda que de costumbre— que don Juan III no se hará viejo esperando la Corona de España. Infórmele de esto a su augusto padre. Contamos con ayuda suficiente para intentarlo y no tardaremos en volver a la lucha.

—Confiemos en Dios —respondió Gomá para no sentirse postergado en la conversación. Ninguno de los cuatro lo miraba.

—A su servicio está nuestro brazo —agregó el generalísimo—, y nunca aceptará el cansancio ni la amargura de la derrota.

—Nosotros volveremos a las catacumbas —dijo su eminencia con un gesto un poco melodramático—, pero en ellas fructificará la semilla y de esa semilla nacerán los frutos para mayor gloria de Cristo y de su majestad don Alfonso.

—Cardenal —dijo Franco—, si no le importa, acompañe a su alteza. Más tarde nos reuniremos con ustedes.

El capitán Spínola había abierto la puerta del salón al oír las sirenas del cortejo del primer ministro. Apenas habían salido el cardenal y don Juan, dos militares de la escolta se apostaron a ambos lados de la puerta y muy pronto apareció Antonio de Oliveira Salazar. Vestía un traje azul muy oscuro y su rostro aparecía sumamente pálido. Era un hombre delgado, alto, de penetrante mirada, perfectamente frío ante cuanto le rodeaba. No dirigió la mirada a parte alguna, excepto al general Franco, que estaba de pie entre Carrero y Dávila, ocultando la mesita de té. Le tendió la mano con una sonrisa forzada y luego presentó a su acompañante sin mucho entusiasmo.

—Siéntense, por favor, señores.

Ocupó él un solitario sillón separado por la mesa de un largo diván de cuero que señaló con mano seca. Su acompañante le sirvió inmediatamente una taza de té y Salazar la tomó en la mano. Se fijó entonces en el búcaro de claveles y su ojo izquierdo comenzó a parpadear violenta y rápidamente, presa de un tic nervioso. El primer ministro se llevó los dedos al ojo para sujetar el párpado y después sonrió a

los otros.

—Siento alergia a los claveles, disculpen. ¿Puede retirarlos, capitán?

Spínola cogió el búcaro con una mano, hizo un saludo marcial y se retiró.

—Bien —dijo entonces Salazar—, disponemos de informes según los cuales el gobierno rojo podría atacar Portugal en cualquier momento, aun antes de celebrar su victoria. No conviene que se queden mucho tiempo entre nosotros, así que mañana por la mañana zarparán ustedes hacia Cuba en el yate *Esperanza*. Esta misma noche pueden cargar sus pertenencias, ya he ordenado que el puerto esté bien vigilado. En caso de un ataque español, confiamos en que usted y todos sus hombres disponibles nos ayuden.

Dicho esto, Oliveira Salazar sorbió un trago de té. Daba la impresión de que había recitado una ordenanza insignificante y que no esperaba respuesta alguna. Levantó luego la cabeza, adornada de una sonrisa de máscara.

—No puede dudarlo un instante —dijo Franco—. Incluso podemos aprestarnos ahora mismo a la defensa, si lo estima conveniente.

—Ya me lo comunicó su embajador, pero no, ahora no. Todavía no —dijo Salazar.

—El verdadero pueblo español —continuó Franco— agradece la hospitalidad que nos concede la nación hermana y lamentaría mucho que esto representase algún contratiempo para su excelencia —todavía Franco no había perdido la costumbre de identificarse con España y con el pueblo español.

—Oh, no se preocupe. Portugal está muy inquieto ante el rumbo de la política española, pero intentará a toda costa mantener su neutralidad. Es mejor aceptar los hechos que volverse contra ellos, ¿no lo cree así?

—Claro, claro —dijo el general—. Comprendo sus dificultades. Portugal ha ayudado mucho a nuestra causa y eso nunca podrá olvidarlo el pueblo español.

—Tampoco nosotros nos hubiéramos negado a intervenir en los asuntos portugueses caso de que las alteraciones se hubieran manifestado aquí —explicó Carrero con cierto nerviosismo.

—Precisamente —intervino Dávila prosiguiendo la conversación del general—, el capitán que nos ha conducido aquí estuvo luchando con nosotros.

—Sí, es un buen muchacho —dijo Salazar—. Confiamos mucho en él. Tiene un gran futuro.

—Nuestra Cruzada —dijo Franco— ha sido un crisol para los buenos soldados. Esto no podrá olvidarlo la historia.

—Sin embargo, esos buenos soldados no han tenido la paga que merecían, la debida recompensa —Salazar, con su taza de té en la mano, quería humanizarse, mostrar toda su sensibilidad—. ¿Qué va a ser de ustedes ahora? Prefiero que abandonen en seguida el país, pero me inquieta pensar en su futuro. Sé que el coronel

Fulgencio Batista los recibirá con los brazos abiertos, y tal vez ustedes mismos no precisen otras ayudas. Pero ¿cómo van a vivir tantos gloriosos generales, comandantes, capitanes? —Salazar se detuvo un momento para terminar el té—. Ustedes saben que, además de primer ministro, soy ministro de Finanzas. Puedo ayudarles en este sentido. Además, comunique usted a sus hombres que Portugal los recibirá muy gustosos en sus colonias. Allí podrán seguir al servicio de las armas o reintegrarse a la vida civil. En todo caso, nos ocuparemos de que encuentren un medio de vida digno y honorable.

El veterano general Dávila intentó levantarse para agradecer estas palabras que le emocionaban, pero le contuvo su superior. Francisco Franco sólo dijo:

—Se lo agradezco, excelencia. Y aceptamos esa generosidad.

Antonio de Oliveira Salazar tomó delicadamente una pasta de la bandeja y se la llevó a la boca; mordió un extremo y dejó el resto junto a la taza vacía. Sabía que era un momento doloroso para sus invitados, que la conversación sólo podía arrojar vinagre sobre heridas tan abiertas. Así pues, comenzó a elogiar la figura del príncipe de Asturias y la de su egregio padre, de quien tan buenos recuerdos conservaba, y de ahí pasó a analizar los problemas de la política mundial con el afán de distraer a los tres militares vencidos. Lamentaba no poder apoyar abiertamente a Hitler y Mussolini debido a la tradicional amistad portuguesa con Inglaterra, pero al mismo tiempo comprendía la necesidad de crear países fuertes, independientes, cristianos y enemigos de la corrupción que el comunismo por un lado y las democracias por otro estaban sembrando en el espíritu humano.

Los españoles lo escuchaban con atención, añadían algunas palabras al monólogo y bebían el excelente té traído de Macao. Cuando ya el primer ministro estaba en pie para irse, abrió los brazos en un gesto que había aprendido en sus días de seminario y no conseguía dominar, y dijo:

—Estoy seguro de que volveré a verlos muy pronto, incluso antes de lo que creemos… Van a devorarse entre sí. Y luego sólo tendrán que regresar ustedes para enterrar la carroña. Los conozco bien y no me equivoco. Van a disputarse como perros el banquete de la victoria. Tengo buenos informadores en España y les comunicaré todo lo que sepa.

En el vestíbulo del pequeño hotel se oyeron los taconazos de los soldados que se habían quedado allí de guardia. Luego, reapareció el capitán Spínola frotándose los ojos, como si el tic del primer ministro se hubiera contagiado a sus párpados. Aquellos claveles rojos debían de estar envenenados.

—Mi general, cuando gusten —dijo.

Mientras salían, el general Dávila repitió lo que Franco y Carrero habían oído cien veces. Dávila había participado en la guerra de Cuba y nunca podría olvidar la belleza de la isla, la alegría de vivir que en ella se respiraba. También allí lo habían

derrotado, ciertamente, pero conservaba fresco, después de tantos años, el recuerdo del viento silbando entre las cañas de los bohíos y el suave contoneo de las mulatas. Pretendía alegrar el semblante inexpresivo y cerrado de su superior, del que fuera el más joven de los generales de Europa y ahora tenía que huir, vencido, en compañía de unos pocos de sus adictos.

Cuando empezaban a subir las escaleras, las mujeres les comunicaron que el cardenal Gomá, desdeñando la heroicidad e incluso el martirio de las catacumbas españolas, había decidido acompañarles a Roma. Al prelado tampoco le gustaban los bohíos ni las mulatas. En la Ciudad Santa hallaría sin duda un refugio más seguro y menos aventurado que en los dominios del antiguo sargento taquígrafo cubano. Luis Carrero se alegró. Él había sido designado para mandar el yate *Esperanza* y la carga prevista era peligrosa para una navegación tan larga y tan llena de riesgos.

El general Franco estaba ya en el descansillo de la escalera, dispuesto a encerrarse en su habitación en compañía de su hermano. Oyó que lo llamaban un poco toscamente desde el vestíbulo. Un teniente portugués subió a grandes zancadas la escalera para tenderle un cablegrama urgente que se acababa de recibir en Italia.

—Gracias —dijo Franco mientras lo abría.

Era un texto muy breve; «Condolencias derrota y augurios un futuro mejor. Stop. Programada acción a través emisario que se reunirá su excelencia isla de Cuba. Stop. Conde Ciano».

4

DOÑA ROSA, mientras arrastraba sus muchas arrobas por entre los veladores de costroso mármol, iba tosiendo a causa del tabaco de noventa que fumaba a solas, a causa de las copitas de ojén que trasegaba desde la mañana a la noche y a causa de una tuberculosis mal curada que contrajo cuando niña, allá por los tiempos de Maria Cristina.

A través de los lentes empañados miraba la abundante clientela que aquella noche había acudido a La Colmena a celebrar una vez más la victoria. La Colmena era un cafetín muy próximo al hotel Florida y ya en los últimos meses de la guerra había adquirido cierta notoriedad gracias a los periodistas extranjeros y a los poetas españoles que se acercaban por allí en busca del excelente café y del coñac añejo que entraba de estraperlo en la capital. Los tanquistas rusos y, sobre todo, los aviadores

franceses de Malraux proveían a doña Rosa de tan suculentas mercancías a cambio de la compañía de algunas muchachas que la señora ponía graciosamente a su disposición en las habitaciones superiores del mismo edificio.

La costumbre no se había extinguido, y si antes se celebraban aviones derribados al enemigo, rupturas de frentes, apresamientos de generales rebeldes, ciudades capturadas y pasos de ríos, ahora La Colmena era el gran cenáculo de la euforia contenida y el destino y origen de cientos de noticias que los censores de la Telefónica no permitían circular aún; media docena de severos especialistas rusos en cuestiones de política interior y exterior apuntalaban cada vez con más ahínco los lapiceros rojos con que unos cuantos funcionarios republicanos tachaban en sus madrigueras las palabras que no era conveniente escribir o divulgar por el momento.

Se juntaban, pues, en La Colmena ex combatientes —todos ellos heroicos, a juzgar por sus relatos—, eternos cesantes, periodistas imberbes y grandes poetas con un pie en la Academia. A Ernesto Hemingway le gustaba La Colmena no sólo por las pupilas de doña Rosa, sino también por el ambiente abigarrado que se respiraba allí y por las informaciones *sotto voce* que luego él aderezaba para sus lectores americanos y que más tarde transformaría para el nuevo libro que se proponía escribir con el título de *Madrid era una fiesta*.

La fiesta en Madrid no era, a decir verdad, demasiado llamativa. Empezaba más bien la gran resaca de la guerra y sus efectos habían comenzado a sentirse aquella misma tarde en la plaza de toros de Las Ventas. Ernesto y Rubio, junto a algunos otros colegas, estaban aplaudiendo la faena en el cuarto de Sidney Franklin cuando sonó entre las palmas un disparo de pistola. La bala fue a incrustarse en una pata de la silla de Prieto. A pesar de la general hostilidad republicana a la fiesta brava, el presidente del gobierno había accedido a celebrar junto al pueblo la última corrida solemne de la feria organizada para celebrar la nueva paz, y ese disparo había sido la primera respuesta.

—Han sido los fachas. Hay que fusilarlos a todos.

—Tuvo que ser un anarquista; se había escondido junto a la bandera. Tienen que darles un escarmiento. Quieren que prohíban los toros de una vez. Y ya es hora de que desaparezca esa ceremonia sangrienta e indigna, desde luego, aunque no a tiros.

—Era un fulano del POUM. Lo vio una señora y se lo dijo a los asaltos, pero no lo pescaron.

A pesar de las numerosas informaciones que la policía recibió, al anochecer ni se había detenido a nadie ni nadie sabía a ciencia cierta quién era el autor del disparo. Don Inda, acostumbrado como estaba a este género de atentados, había regresado a su casa sin darle demasiada importancia al incidente, y en La Colmena se alternaban las opiniones junto a una viva y generalizada discusión en torno a las dos orejas concedidas a la rejoneadora ex miliciana Luisa Paramont, que abrió plaza.

Cuando Ernesto entró en el café, venía seguido del fotógrafo Alejo y de otro americano que canturreaba entre dientes con la música del *Red River Valley*, la famosa canción dedicada a la batalla del Jarama por un poeta irlandés muerto poco más tarde en la carretera de la Coruña:

There's a valley in Spain called Jarama.
It's a place that we all know too well;
for'tis there that we wasted our manhood
and most of our old age as well…

Seguramente era un ex brigadista ya sin empleo ni sueldo, uno de aquellos tipos vitales y extraños de que solía rodearse el periodista. Ernesto pidió una copa de anís seco y fue a sentarse ante una mesa arrinconada junto a la escalera de bajada a los urinarios. El otro americano solicitó un vaso de tinto y Rubio un café. Apenas se habían acomodado, se les acercó un muchacho joven y de pequeña estatura que había conseguido cierta popularidad en Madrid gracias al relato de sus aventuras como comisario político de una brigada anarquista. La clara mirada brillaba en su rostro curtido de aldeano y constantemente se movía inquieto por La Colmena.

—Dime, Papa, ¿sabes quién disparó contra Prieto? —preguntó a Ernesto.

—Cualquier loco de los vuestros. ¿No habéis tenido bastante con una guerra, que ya queréis comenzar otra?

—Han sido los comunistas, Papa. Te lo podría jurar. Los comunistas quieren acabar con España y con todos nosotros. Ya viste lo que ocurrió en la guerra. ¿No lo has leído en mi libro?

Efectivamente, en *Bandera negra* José Luis Serena había iniciado un ataque feroz contra los intentos comunistas por disgregar el ejército y hacerse con el poder. El relato era una apasionada defensa de los anarquistas y sindicalistas que de buena fe se dejaron dominar por los rusos y ahora estaban siendo dados de lado. El mismo Serena, según explicaba prolijamente, podía haber llegado a comisario de división, pero su afinidad a las ideas de Ángel Pestaña lo había enfrentado a los «vendidos de Moscú». El libro le había proporcionado ya algunos quebraderos de cabeza y temía ser obligado a tornar a su escuela rural de Guadalajara, de la que salió al comenzar la guerra. De momento, le habían negado un puesto entre los burócratas del Ministerio de Instrucción Pública y Propaganda que capitaneaba Rafael Alberti.

El joven José Luis Serena contaba estas cuitas a los tres hombres, que le escuchaban con más resignación que complacencia, y por fin decidió sentarse.

—Me juego el cuello a que fueron los comunistas, y no te lo digo porque me tengan en cuarentena, sino porque lo sé de muy buena tinta.

Se volvió al oír el chirrido de la puerta de madera y cristales para ver quién entraba. Don Pío Baroja, acurrucado bajo su boina y con gesto sombrío, apareció

acompañado de su hermano Ricardo. Detrás de ellos un jovencito resuelto y atildado sostuvo el picaporte mientras dejaba adelantarse a otros dos conocidos personajes a quienes guiaba. El poeta León Felipe paraba muy poco por Madrid, paraba muy poco en todas partes, pero su hermano el doctor Camino se había hecho famoso en la capital sobre todo desde que algunos de sus pacientes, evidentemente tocados de ala en su cordura, quedaban hipnotizados sólo al ver su fotografía colgada detrás de un cristal en la puerta de su consulta. Ni el doctor Freud había logrado éxitos semejantes en Viena.

—Ahí tienes a ése, Papa —dijo Serena doblemente furioso—. Ha luchado como sargento con los rebeldes y ahora no sólo tiene un buen puesto en *Pueblo Socialista*, sino que le dejan trabajar en el Parlamento. ¿Qué te parece eso? Aquí hace falta una buena depuración.

Hemingway se puso de pie para saludar a don Pío y al pintor. El joven sargento empujó a los hermanos Camino hacia el americano. Hizo presentaciones muy detalladas de todos.

—A León Felipe casi lo matan los comunistas por haber escrito un poema contra ellos, ¿no es cierto? —dijo Serena—. Me sé de memoria los versos de *La Insignia* que se refieren a ellos. Como aquellos sobre *Franco, el sapo iscariote y ladrón en la silla del juez*…

—Ustedes los poetas son realmente quienes ganaron la guerra —dijo Ernesto—. Ni un solo intelectual de prestigio vendió su alma a Franco. Eso hay que recordarlo. Es el mejor argumento para demostrar que no tenía razón.

—Olvida usted al falangista Pemán —dijo riendo Alejo. Y luego, dirigiéndose con gran respeto al farmacéutico zamorano—: También yo recuerdo algunos versos suyos. «Contando muertos este otoño, en el paseo del Prado, creí una noche, que caminaba sobre barro, y eran sesos humanos que llevé por mucho tiempo pegados a las suelas de mis zapatos… He visto a un niño con la cabeza rota y doblada sobre un velocípedo, en una plaza solitaria, cuando todos habían huido a los refugios». Los recuerdo muy bien porque yo he visto algo parecido y se me han manchado los zapatos de sangre.

—Y quién no, muchacho, quién no.

—Hemos hecho todo lo posible contra esa canalla inhumana —dijo don Pío.

—Incluso algunos se excedieron —señaló, picajoso, Ricardo Baraja—. Fíjese que un hombre como don Antonio Machado, que era más bueno que el pan blanco, llegó a decir que cambiaba su pluma por la pistola de Líster.

—No tenía más armas que sus palabras —dijo Hemingway—. Y, en aquel momento, esas palabras eran muy hermosas.

—A muchos les bastaron unas pocas palabras para ser perdonados —dijo Serena señalando al antiguo sargento, que había ido a sentarse en una mesa apartada junto a

una mujer que le había estado aguardando.

—¿Cómo logró el perdón? —preguntó Ernesto.

—Supo escapar a tiempo —dijo Serena—. Cuando vio la cosa negra, tiró los galones de sargento y se pasó a los nuestros. Aquí han perdonado a demasiada gente.

—Nunca es malo perdonar —dijo don Pío.

—Dígaselo usted a los rusos, a ver si le hacen caso y nos dejan en paz de una vez.

—Se lo diré, no se preocupe. Al primero que vea.

—Y que vayan a censurar sus propios libros, si eso les divierte —dijo León Felipe.

Separó los dos grupos el trasero imponente de doña Rosa, que al inclinarse a fregar la mesa con un paño húmedo estuvo a pique de derribar al doctor Camino. Limpió la losa de mármol y luego apoyó los puños para hacerse oír con más autoridad.

—¿Van a estar toda la noche hablando o quieren algo de beber?

—Siéntense con nosotros, caballeros —dijo Rubio—. No vale la pena hablar ahora de los rusos. ¿Cómo va su consulta, doctor Camino?

—Debe de ir muy bien. Cada día hay más locos —dijo Baroja.

—Sólo que nadie tiene dinero para pagar —dijo el médico.

—¿Quieren ustedes un ideal? —preguntó el pintor.

—Y de beber, ¿qué? —insistió doña Rosa.

—Tráiganos café, mujer —dijo don Pío.

—¿Y no querrán los jóvenes señores alguna muchachita para pasar el rato? Son tiempos muy duros y desaboridos.

—Dejemos a las putitas en su sitio, doña Rosa. ¿No se da cuenta de con quién está usted hablando? —dijo el fotógrafo, que realmente estaba pensando en su hermana.

—¡Uy, perdone! Ni que fuera usted un ministro o las encontrara a manta y pelo, ¿eh? ¿Le hace, don Ernesto?

—Ande, deme más anís —dijo Hemingway.

—¿No creen ustedes —José Luis Serena se estaba poniendo muy pesado—, no creen ustedes que han sido los comunistas los que quieren cargarse a Prieto? Sólo uno de ellos se atrevería a disparar contra el presidente en estas circunstancias. Se han quedado con buenas tajadas, pero quieren todo el guiso.

—Hombre, seguro que él lo sabe. ¿Por qué no se lo pregunta y nos deja de monsergas? —dijo el doctor Camino.

Don Pío había echado la cabeza sobre el respaldo de peluche del largo asiento y miraba embobado, al ras de la boina, los oropeles del techo. Su casa de la calle Mendizábal, donde incluso se había presentado obritas de Valle-Inclán, había sido aniquilada por los obuses mientras él estaba en Francia, y eso era muy difícil de

perdonar a los facciosos; los libros apenas le daban para comer: todo era amargo y sucio. En cuanto a León Felipe, contemplaba en silencio a los contertulios apoyado en la cantonera de su bastón.

—¿Por qué ése? —preguntó Serena mohíno.

—Dicen que conoce todos los secretos del gobierno. Es un muchacho de gran porvenir en la política.

Se referían al joven ex sargento, reportero de *Pueblo Socialista*, un diario recién fundado por la facción más radical de los socialistas, ásperamente opuesto a don Julián Besteiro y fuerte competidor en calidad de *El Sol*, *El Debate* y el *ABC*. Abilio Robledo se había convertido en poco más de un mes en la gran *vedette* de los escritores de periódicos. Siempre sabía algo que los demás ignoraban sobre las personas en el poder o en la oposición, siempre podía sacar a relucir un dato comprometedor de quien se le pusiera enfrente, incluso de los que estaban a su lado, y no dudaba en airearlo en su panfleto cuando cuadraba bien a sus intereses, siempre tenía algún apoyo, alguna ayuda que nadie sospechaba entonces. En La Colmena pensaban casi todos que era trotskista, pero otros lo consideraban un agente de Franco, ya que Robledo procuraba desenmascarar de vez en cuando a los fachas revestidos con pieles de cordero, sin duda para disimular su propia máscara.

José Luis Serena se levantó de la silla y se acercó a la mesa de Robledo, que estaba ahora acompañado por una espectacular jovencita de pechos prominentes y escasamente tapados, bailarina de un cabaret de Argüelles.

—Oye, Robledo, perdona que te interrumpa. ¿De verdad no sabes quién disparó contra Prieto en la corrida de esta tarde?

—Dicen que un facha desesperado —dijo Abilio.

—Ya, pero seguro ¿no se sabe nada?

—Estaba la plaza abarrotada. Alguien dice que lo vio, pero nadie lo conocía y los policías andan despistados.

—¿Y qué hay de los generales? —preguntó Serena para aprovechar el viaje.

—Se sabe que han llegado a Cuba y que algunos pretenden marcharse a Alemania y a Italia, sobre todo Yagüe. El conde Ciano les ha prometido organizar una invasión de España si ellos colaboran. Lo decían todos los periódicos de Roma en primera página.

—¿Una invasión de italianinis? —chilló Serena—. Cuando vean los cangrejos de las playas de Levante se vuelven a sus casas muertos de miedo. ¿Y qué piensa hacer Franco? ¿Sabes algo?

—Cualquiera sabe lo que piensa hacer Franco. Eso nunca se ha sabido ni se sabrá. Probablemente ni él mismo lo sabe. Estará conspirando para volver o se habrá hecho amigo de Batista para que le deje mandar en Cuba —Abilio rio—. No creo que se resigne a ser un don nadie. Es el más zorro de todos.

—Bueno, si yo me entero de algo ya te avisaré. Estoy muy preocupado por lo de Prieto. Tengo que mandarte mi libro a ver si me haces un comentario en el periódico. Hay algunos aspectos que pueden interesarte.

—A Susana le ha gustado mucho —dijo Robledo—. Acaba de contarme que lo leyó de un tirón. Te estás convirtiendo en otro Sender.

—Gracias —dijo Serena a la bailarina con una leve inclinación.

—Fue usted un valiente —dijo la chica.

—En esta guerra todos hemos sido valientes. Por lo menos, ahora. Tendré mucho gusto en ir a ver su espectáculo, señorita —dijo a modo de despedida.

Cuando Serena se alejaba hacia la otra mesa, dijo Robledo al oído de su amiga algo que la hizo estallar de carcajadas. Doña Rosa, en jarras ante el mostrador, miró con ceño fruncido al periodista. Susana no pertenecía a su rebaño y tenerla allí era una irregularidad que algún día debería enmendar.

Lo mismo ocurría con la otra cantante que últimamente aparecía mucho por La Colmena y estaba ahora sentada junto a un coronel ex miliciano, ante el único ventanal del café. Delia Sánchez, cuya fotografía del desfile había sido publicada incluso en los periódicos americanos, se había hecho muy amiga del ayudante del general Modesto, un tal Miranda, y lo llevaba al local de doña Rosa sin duda para que los intelectuales la vieran. Hemingway la miraba de vez en cuando desde su sitio, arrugando los ojos y mostrando su hermosa dentadura. Se había encontrado con ella en una de las corridas de la feria, feria que por presiones de los partidos de izquierda se había reducido a tres días, y no le había disgustado la muchacha, según el suave término que empleaba. Lástima que ahora prefiriese los uniformes.

A su lado, el poeta León Felipe había comenzado a comerse el bollo suizo que le había traído el camarero. Lo mojaba en el café y luego se lo llevaba a la boca. Unas cuantas gotas y algunas migajas le cayeron en las solapas de la chaqueta. Don Pío estaba poniendo de chupa de dómine a Ortega —que por fin se había quitado la máscara, decía—, al difunto Unamuno y a Giménez Caballero.

Hablaba despacio y en voz baja sobre la oreja de su hermano. A Baroja le perdonaban todos el mal genio y los insultos que prodigaba por escrito o de viva voz porque se había convertido en una especie de héroe nacional después de su huida de las garras fascistas junto a Vera. Le interrumpió Alejo.

—Don Pío, ¿qué piensa usted de Azaña? Se lavó las manos como Pilatos y ahí os las den todas.

—Azaña era capaz de hacer una revolución sólo porque leyeran sus libros, jovencito, ya lo habrán oído. Pero como vio que ni aun así se leían esos libros, tuvo que marcharse a Francia. Acaso allí inventa otro truco y hasta llegan a ponerle un drama en la Comédie. Cosas más sorprendentes se han visto.

—Parece que quiso hacerle una interviú el mismísimo Koltsov y se negó a

recibirlo —dijo Hemingway.

—Estuvo muy acertado con la dimisión. Azaña nunca, y menos aún durante la guerra, entendió a los españoles —dijo el doctor Camino.

—¿Y alguien los ha entendido alguna vez? —preguntó Ernesto con una carcajada —. ¿Los entiende usted mismo?

—Por lo menos andamos intentándolo —dijo el médico.

—A mí me preocupa poco Azaña —dijo Serena—. Ha encontrado su paraíso de tranquilidad y nadie va a sacarlo de él. Me temo que no quiera volver nunca a España. Sin embargo, no creo que Besteiro haya conseguido un gobierno como el que necesitamos en estos momentos. Ha querido contentar a todos y poco faltó para que pusiera a Saliquet de ministro de la Guerra. Bueno, tal vez no lo puso porque no lo encontró a mano. El generalito estaba en Cuba con sus amigos, desde luego. Pero ¿piensan ustedes que ha servido de algo la guerra si volvemos a las andadas? Miaja pone a parir a Rojo, y a Modesto y al *Campesino* no hay quien los apee de sus barras. Dicen que ellos son tan generales como los otros, aunque por la vía rápida. ¿Y qué me dicen de lo que pasa con el gobierno? Lo mismo. Los que no han pegado un tiro juran que la guerra la han ganado ellos solitos y que el pastel es suyo. ¿Te has fijado, Papa, que no hay un solo sindicalista en el gobierno? ¿Y qué me dices de los seguidores de Durruti? Como él cayó por la espalda y a traición, a los demás que les den morcillas. Así no vamos a ninguna parte.

—Se exalta usted demasiado —dijo Ricardo Baroja—. No han comenzado a gobernar y ya nos dice usted que lo están haciendo mal.

—Tiene aquí razón este señor —dijo el fotógrafo—. Hay que tener un poco de paciencia y sosiego.

—¿Cómo paciencia? —gritó Serena—. La República tuvo paciencia con Sanjurjo y ya visteis lo que pasó. Tuvo paciencia con Franco, confió en él y por poco consigue ahogarla. Tuvo paciencia con Juan March y pagó a los facciosos seiscientos millones. Hace falta mano dura, dura y rápida.

—Parece que la República es su propia madre —dijo el poeta.

—Como si lo fuera. Por eso no admito que haga de puta con todo el mundo. ¿No se habla también de perdonar a Ridruejo? Vamos, hombre. Tratan a la gente con cortesía y luego se cagan en el padre de uno. Equivocada, débil y todo lo que usted quiera, pero la República es lo mejor que tenemos. ¿O quiere que vuelva Alfonso XIII a cazar en la Granja?

—Si sólo es cazar, no importa —dijo Hemingway—. Hay que ser respetuosos con el gusto de los demás. No sería malo tomar otro trago. ¿Hace un vinito, don Pío?

—Bueno, muchacho. Un blanco.

—Don Pío —dijo Rubio para alejar los demonios de la discusión—, quisiera hacerle un retrato cualquier día de éstos, si no le importa. Seguro que terminan

dándole el premio Nobel y su foto va a dar la vuelta al mundo.

—Lo merece mejor que cualquiera de nosotros, ciertamente —dijo Ernesto.

—Tenemos demasiado humo aquí, ¿no les parece? —dijo Ricardo.

—Espera que termine el vino y nos vamos.

El doctor Camino hizo ademán de sacar dinero, pero Hemingway le agarró un poco bruscamente la muñeca para señalar que se hacía cargo del gasto. Luego, el poeta vagabundo a quien la guerra parecía haber envejecido diez años, se dirigió a la salida apoyándose en el bastón y haciendo un gesto vago a algunos de los clientes de doña Rosa. De espaldas, algo encorvado y torpe, contrastaba su andadura con la de su hermano el hipnotizador, erecto y juvenil.

El café estaba completamente abarrotado; incluso ante el mostrador de cinc había una doble fila de parroquianos que pedían a gritos sus bebidas. Era ya la hora de cenar, pero muchos de ellos no tenían dinero para cenar en parte alguna y se contentaban con un cafetito caliente y una media de pan untado con manteca, o un bollo suizo, o un par de churros aceitosos, secos y sin azúcar, fabricados por la mañana. El humo pestilente del tabaco, de las hojas de patata ligadas con malvavisco y anís que hacían sus veces, rodeaba a los desocupados de las mesas de un nimbo traslúcido, y las pesadas luces amarillas de los lamparones colgados del techo ampliaban el efecto de hallarse en una iglesia en la que las preces se rezaban a gritos entrecortados. La misma incierta pesadez de todas las noches, después de la euforia del día, caía como un manto sobre los haces de palabras.

La mayor parte de los asiduos a La Colmena vomitaba teorías sin pararse a tenerlas digeridas o a sazonarlas con las del oponente. Los nombres botaban de lengua en lengua con tanta rapidez que parecían no pertenecer ya a nadie. *La Pasionaria* había dicho. Serrano Suñer pensaba. El general Queipo vestía uniforme de. El otro general se había suicidado. Se sabía que. El doctor Negrín padecía de. Ahora resultaba que Largo Caballero era de derechas. Y que Gil Robles de.

—¡Pues nos ha *merengao*! —reía doña Rosa—. ¿Dice usted que si me gustaría tener en la cama a Paco Antón? Yo no me meto en la cama más que con mi gato *Azafrán*. ¿Qué tiene ese Antón para que *La Pasionaria* le dé tanto carrete? Hombres más hombres que él hay aquí mismo, sin ir a buscarlos a las minas de Asturias. ¡Gabriel, leñe, trae el chocolate de los señores!

Abilio Robledo tomaba notas a hurtadillas en su elegante bloc cosido con alambre espiral. Había escuchado una conversación cuyo contenido le interesaba archivar. Susana se atusaba el escote con los blancos dedos y parecía que iba a dejar la blusa más abierta, pero finalmente la mantuvo en su sitio. Miraba con indiferencia la agitación de su compañero.

Ernesto Hemingway levantó de pronto toda su corpulencia, de modo que parecía más fuerte y más grande. Posó la mano en el hombro de su amigo americano, que

apenas había dicho una palabra hasta entonces, y luego, con pasos largos, todo lo largos que la proximidad de las mesas entre sí le permitía, se dirigió hasta el velador ante el que Delia Sánchez y el coronel Miranda departían entre largos silencios. En seguida saltó Alejo Rubio tras del americano.

—Buenas noches, coronel —dijo Ernesto—. Me gustaría hacer una entrevista al general Modesto. ¿Podría usted echarme una mano?

—Es Ernesto Hemingway, el periodista —explicó rápidamente Alejo, por si el otro no lo conocía.

—Claro, claro, señor Hemingway. Seguro que le gustará al general. Ya sabe que precisamente está en una posición muy delicada. Hay muchos que no quieren verlo en la cumbre y que le niegan el agua y la sal. Tal vez usted podrá echarle una mano. Recuerdo aún lo que escribió cuando la batalla del Ebro.

—¿Es esta señorita la famosa Delia Sánchez? —preguntó muy cortés el americano. Sólo había acudido a hacer esta pregunta inútil.

—La misma.

—Mucho gusto. Mi fotógrafo ha divulgado su imagen por todos los Estados Unidos, cuando desfilaba usted. Fue inolvidable. ¿Ya se lo habían dicho?

—Oh, mil gracias. Tendré que darle un beso.

Delia Sánchez enderezó el busto y obligó con las manos a Rubio a agacharse. Le plantó un beso sonoro en la mejilla.

—Pero el responsable auténtico fui yo, señorita —dijo Ernesto con una pizca de ironía.

—Claro, a usted también.

Y los labios embadurnados de pintura violácea rozaron apenas la crecida barba de Hemingway.

—¿No le habrá molestado, coronel? —dijo el americano.

—Por favor, caballero.

—También tendré mucho gusto en escribir algún día sobre usted —continuó Ernesto—. Es usted una figura capital de la fiesta de Madrid.

—Cuando quiera, mi amigo —dijo Delia—. Puede venir cualquier tarde a mi camerino del Romea, a partir del sábado. Con mucho gusto lo recibiré.

—Mañana pasaré a ver al general Modesto, coronel. Intentaré ayudarlo.

El coronel Miranda se puso en pie y quedó rígido para agradecer la promesa del periodista y decirle adiós.

Regresó con Alejo a su mesa. Hemingway pagó las consumiciones, dejó una propina generosa y emprendió la salida. Los Baroja se habían ido poco antes. José Luis Serena proseguía sus cábalas en torno al atentado en una mesa vecina. Alejo Rubio, un poco jorobado por los muchos años de trabajo y por el cansancio del día, caminó chambón detrás de los dos americanos, dejando una fugaz mirada en la

espetera de la amiguita de Robledo. Su hermana Sim no tenía nada que envidiar a aquella *vedette*; podría ser rica y famosa si se lo propusiera.

La reaparición de mujeres hermosas era la noticia más clara de que la guerra había terminado. Por La Colmena aparecían algunas y eso era sin duda uno de los alicientes mayores para que acudiesen al cafetín periodistas, militares, escritores extranjeros e incluso políticos. Había transcurrido casi un mes desde el parte último de Azaña y la tensión comenzaba a ceder, por lo menos en la calle. En los distintos palacios, sin embargo, el nerviosismo continuaba latente. Los embajadores corrían como conejos de una oficina a otra, los partidos políticos vomitaban diariamente sus proclamas y algunos diarios como *El Sol* se habían visto obligados a aumentar el número de sus páginas para dar cabida a las informaciones y a las sospechas en torno al mundillo oficial y a la suerte de los vencidos. Diríase que tenían ahora más importancia que durante las acciones bélicas, y el sosiego permitía diseñar perfiles que entonces habían sido dibujados con trazos muy gruesos. La demanda de noticias sobre su paradero era insistente, lo mismo que las lucubraciones en torno a una posible reunificación de las fuerzas en Italia para derrocar a la República mediante el sabotaje y las guerrillas. Los gobernantes, de momento, hacían gala de una protección superior a la que usaban durante la guerra. Se hablaba de agentes infiltrados, de compañeros de viaje, de espías, de dinamiteros fascistas, y hasta el propio Hemingway llevaba algunos días intentando encontrar a alguno de esos enemigos de España para escribir un artículo; le interesaban sobre todo las bandas de *maquisards*. Los servicios secretos soviéticos se portaban con el mayor sigilo y su frenética actividad apenas era conocida de las masas.

De todas maneras, las primaverales calles de Madrid hervían de gente y en algunas esquinas se reunían pandillas de hombres que cantaban a voz en cuello. Seguramente no tenían nada que comer, pero no podían olvidar sus propias glorias y por eso cantaban. A unos pasos de La Colmena estaban haciéndolo tres borrachos:

Los de Madrid somos la hostia,
somos la madre que nos parió;
los de Madrid somos más grandes,
somos más grandes que el mismo Dios.

Para una ciudad de anticlericales y descreídos, el cante no estaba mal.

5

¿De verdad no quiere usted un vasito de grappa? —preguntó Galeazzo Ciano una vez más.

—De verdad, conde; no suelo beber a esta hora.

—Tenemos por aquí un buen jerez de su tierra, ¿le apetece?

—Se lo agradezco de veras, pero es muy temprano para el alcohol.

—¿El señor ministro del Interior es abstemio quizá? —insistió con mirada socarrona el joven y vigoroso ministro italiano.

Ramón Serrano Suñer pensó que aquel título con que le honraba encerraba algunas dosis de ironía. Efectivamente, parecía un contrasentido la figura de un ministro del Interior de un gobierno inexistente y asilado en un país extranjero. De todas maneras, ya constituía un honor que lo hubiese llamado a su despacho e insistiera tanto en ofrecerle de beber; aunque esto último era un viejo truco del italiano para justificar sus constantes coqueteos con toda clase de botellas, judías, nubias o cristianas.

Galeazzo Ciano, que contaba solamente treinta y seis años de edad, era un hombre robusto, violento, de un aristocratismo populachero y fanfarrón. Había luchado mucho —incluso había luchado realmente como aviador de combate en Abisinia— para que el pueblo italiano viese en él a una reencarnación cualquiera de los viejos dioses romanos. El esfuerzo no fue arduo, ya que tenía todo lo que los italianos pedían entonces a sus dirigentes fascistas. Para colmo, había conseguido casarse con la hija del Duce, lo cual levantaba un auténtico delirio entre los suyos. En esto tenía cierto parentesco con su visitante, que también en España, según los malintencionados, había acaparado tanto poder gracias al extravagante título de Cuñadísimo de Franco, conseguido después de haberse casado con Zita, una hermana de la esposa de aquél.

Si Ciano tentaba la bebida con demasiada frecuencia no era por remordimientos o amarguras; su padre lo había hecho rico y él supo enriquecerse mucho más gracias al Fascio. Era quizá para dar una imagen todavía más vigorosa y altanera de sí mismo, para ofrecerse a los ojos de los italianos desquiciados como una mezcla de Marte, Apolo y Baco, aunando a un tiempo la soberbia romana y las pasiones latinas.

Ciano vestía un impecable uniforme oficial lleno de jaeces y rutilancias, medallones y botoneras. En su honor, y por consejo de los emisarios, también Serrano Suñer vestía uniforme, pero no el de ministro de España, cosa que en realidad no era, sino el del partido. Había omitido tan sólo el correaje sobre la chaqueta negra, como expresión de derrota; tampoco ostentaba medallas ni condecoraciones. Todo ello hubiera sido excesivo para un hombre que se ganaba modestamente la vida traduciendo del italiano al español gruesos estudios de ciencia jurídica en tanto no

mejorasen las cosas. Esa empresa y alguna conspiración inútil de vez en cuando llenaban la vida del hombre sin duda más envidiado y no poco temido de la España fascista.

—No soy abstemio, no —dijo—. Es la hora.

Vivía Serrano Suñer en un hotelito de Bolonia, ciudad que amaba intensamente desde que realizara en ella parte de sus estudios. Prefirió establecerse allí para estar lejos de la avalancha de falangistas que pululaba por Roma e intentaba locamente volver a su patria con las armas en la mano. Las exaltaciones épicas del ministro habían dejado paso a la amargura que destilaba su impotencia ante la muerte de sus dos hermanos ingenieros asesinados en Paracuellos del Jarama. Prefería la soledad pesada y lúcida a las utopías desaforadas de sus compañeros. De hecho, ni siquiera había llevado consigo a su esposa. Ella se había quedado en Suiza con su hermana Carmen, en espera de la decisión de sus maridos. Así pues, el primitivo ideólogo de los fusiles de Franco pasaba sus días leyendo la prensa de todo el mundo y realizando unas traducciones minuciosas, elaboradísimas y perfectamente inútiles. El derecho mussoliniano no iba a resultar muy aprovechable al gobierno de Indalecio Prieto y, de momento, tampoco lo era para los generales vencidos.

—¿Cómo marchan sus trabajos? —preguntó Ciano.

—Alentadores —dijo su invitado.

Un modo de pasar el tiempo y recibir un salario. Cometió el error de escapar de la quema sin las provisiones que otros astutamente habían acaparado durante la gran traca y ahora eran muy pocos los que se acordaban de él. En efecto, permitía que se dijera que había sido amigo íntimo de José Antonio, incluso que lo había superado en las teorías políticas, pues era mucho más cerebral y sereno que el fundador de la Falange, pero en los últimos meses de la guerra el partido se había convertido en un mundo caótico y surgían por todas partes falangistas–franquistas, falangistas–socialistas, falangistas–demócratas, falangistas–trotskistas, y, además, hedillistas, joseantonianos, cuestistas, gironistas, sanchezmazistas, gimenezcaballeristas y hasta besteiristas (una facción que supo entregarse a tiempo a los vencedores).

Pero no había quedado un solo serranista. O nunca lo hubo. O estaba escondido. El único en quien acaso podía confiar, Dionisio Ridruejo, se había quedado en España, probablemente quitando las lápidas conmemorativas que con demasiada prisa había colocado en las iglesias, y no tenía noticias de él. Todos los demás huyeron, como él mismo, y si esperaban que una voz los levantase de sus tumbas, pocos eran los que confiaban en que fuera Serrano Suñer el encargado de dar esa voz.

Había quedado muy sorprendido, por lo tanto, de que el conde Ciano lo citara a su despacho. Había sido el italiano un ardiente defensor de la causa rebelde, y gracias a él las ayudas habían sido copiosas, pero, conocido el final de la partida, eran pocas las jugadas que quedaban por hacer. No obstante, allí estaba el ministro de Asuntos

Exteriores italiano, sonriendo detrás de la botella mediada de grappa y comparando mentalmente la belleza de su camisa negra con la belleza de la camisa azul de su huésped.

—No es bueno ahogar las derrotas en el alcohol, desde luego, pero tampoco puede hablarse exactamente de una derrota.

—Sin embargo, conde, España continúa con el mismo gobierno corrompido e inoperante. Masones y comunistas llevan su contubernio a extremos delirantes —dijo Serrano.

—Quizá por poco tiempo, no se preocupe. Pero siéntese al menos y fume si le apetece. ¿Sabe que el Duce le tiene gran simpatía? Yo también, ciertamente, pero fue él quien me la inculcó. Su partido podía haber hecho grandes cosas en España si no se hubieran precipitado los militares.

—No podíamos evitarlo. Y parecía una buena oportunidad.

—Desde luego, estoy de acuerdo. Pero cayeron ustedes en manos de ellos como cerezas maduras. ¿Por qué unirse con esos vejestorios carlistas, con los curas, con los capitalistas, y precisamente en el puño de un militar? Fue un error demasiado grave.

—Una guerra da poco tiempo para pensar —dijo Serrano Suñer.

—Por lo menos, podían ustedes haber convertido a Franco al falangismo, y no a la inversa. Tampoco hubiera sido muy laborioso. Según tengo entendido, el general no es un ideólogo ni tenía preferencia por idea alguna, aparte la idea del poder absoluto. Un poco conservador, como es propio de los jefes militares, pero nada más. Usted podía haber hecho de él un buen falangista y las cosas hubieran sido diferentes.

—Franco se hizo falangista.

El conde Ciano se echó hacia atrás en su sillón y comenzó a reírse a gritos. Se contuvo al fin para servirse un trago.

—No me diga que también lo engañó a usted. ¿Recuerda usted que Franco gritó «¡Viva la República!» cuando inició el levantamiento? Y no le niego que admiraba al general Primo de Rivera, pero ¿hizo lo mismo con su hijo? Y ¿por qué no se empeñó hasta el cuello para salvarlo cuando estaba prisionero en Alicante? No, amigo mío; se equivoca usted. Para Franco y sus colegas, y muy especialmente su hermano Nicolás, esa especie de Luciano Bonaparte trabajando en la oscuridad, la Falange era sólo una sombra. Y o bien la borraban o bien la acomodaban a su andadura. Y al final la acomodaron. Claro que con tanto genio que ni ustedes mismos se dieron cuenta. Y estoy seguro de que usted sí era un auténtico falangista…

Serrano Suñer se revolvió incómodo.

—Aquélla era una verdadera guerra, conde. No podían ponerse en práctica las ideas del partido; estábamos todos combatiendo. La Falange habría llegado al poder con la victoria, estoy seguro, y desde allí habría hecho su revolución. Ni el mismo Franco hubiese podido evitarlo.

—Bien, bien, no voy a robarle a usted sus ilusiones. Sólo siento haber hecho el ridículo enviándoles mi ayuda. Si José Antonio y Goicoechea hubieran dado mejor destino a todo el dinero que les regalamos durante los años anteriores a la guerra; si nos hubiera dejado Franco bombardear Barcelona; sí… Mire lo que ha quedado en España del Fascio. ¡Ruinas!

—Ruinas y cadáveres —puntualizó el ex ministro español.

—Los cadáveres importan poco cuando se han llevado consigo las ideas. Y, por otro lado, tanto usted como su cuñado siguen con vida —dijo Ciano—. ¡Qué maravilloso imperio hubiéramos formado juntos! ¡Otra vez Roma dueña del mundo! Tarde o temprano nuestras tropas se abrazarían victoriosas en el corazón de África y luego subirían juntas a beber una cerveza con las alemanas en Moscú… ¡Un imperio como la Humanidad no pudo jamás soñar otro igual! Ni Alejandro, ni Ciro, ni Carlomagno, ni Felipe II, ni el mismo Julio César pudieron llegar tan lejos. El Mediterráneo sería otra vez un lago italiano, una modesta piscina de nuestra gran patria…

—Tal vez —insinuó Serrano—, si hubiera usted mandado las armas y los hombres que le pedimos durante la batalla del Ebro.

—¿Más hombres? Según mis datos, les enviamos a ustedes más de ciento veinte mil. Y el material alcanzó un valor de más de catorce mil millones de liras. ¿Cómo piensan ustedes pagarnos esto? ¿Y qué me dice de los cincuenta mil italianos que murieron o fueron heridos en su país? ¿Y qué vamos a hacer ahora para rescatar a los casi treinta mil soldados que tienen prisioneros en Levante? ¡Más hombres! Mejor habría sido que antes de empezar la guerra hubieran ustedes aprendido a hacerla.

Estas últimas palabras hicieron enrojecer a Serrano. Precisamente durante la contienda le habían dado demasiados quebraderos de cabeza —aún más a Franco— los soldados italianos como para que ahora el conde elogiase su valor; incluso el Generalísimo estuvo a punto de devolverlos a su tierra en vista de que lo único que con ellos conseguía era desbaratar todos los planes estratégicos.

—¿Me ha llamado para eso, señor ministro? De un modo u otro pagaremos la deuda y, en cuanto a los soldados, tal vez hayan aprendido algo en España y le sirvan para levantar su imperio.

Ciano volvió a soltar la carcajada.

—Vamos, vamos, amigo mío. No se enfade usted por estas minucias. Dejemos a un lado la utilidad de nuestras divisiones y de nuestras escuadrillas aéreas, que no fue escasa, por cierto. No le he llamado para eso.

De pronto intuyó el español un motivo. Quizá sin pretenderlo, el conde lo había llevado al terreno deseado.

—De alguna manera podremos ayudarle a rescatar a los prisioneros. Seguramente Prieto no sabe qué hacer con ellos.

—¿Los prisioneros? Claro que nos los devolverán. Se quedarán con sus armas y sus provisiones y tal vez con el general Gambara, con Roatta, con Bergonzoli *Barba Elettrica* y quizá con algún otro jefe, pero tarde o temprano tendrán que soltarlos. Tal vez —añadió después de una pausa— tengamos que pagar algún precio por ello, pero Bastianini ha preparado ya un plan en el que intervendrá el Vaticano.

—No creo que el Papa pueda contarle muchas cosas a Madrid —dijo Serrano.

—Entre él y nosotros tenemos alguna fuerza, no se preocupe. También los franceses nos echarán una mano.

—¿Los franceses? —casi gritó Ramón Serrano—. ¿Acaso ignora usted lo que está pasando en Argelès, en Fort Collioure, en Septfonds? Miles de falangistas han sido internados en campos de concentración y son ofrecidos a los campesinos de la zona para que los utilicen en sus granjas. Llegan y les palpan los bíceps como a esclavos y se llevan la buena mercancía, mientras los senegaleses y los *spahis* argelinos se mueren de risa. Así respetan el derecho de asilo. ¿Y cree que van a ayudarle a rescatar a sus italianos? Tal vez para llevárselos a las minas del Lorena.

Ciano lo miraba con cara sonriente. Sin duda ocultaba en la manga alguna carta que no quería descubrir al español. Hizo un gesto con la mano como si espantara una mariposa y dijo:

—No le he llamado por los prisioneros. Ya imaginaba que no es mucho lo que puede usted hacer en ese campo. Por otro lado, treinta mil italianos son apenas unos batallones en el gran ejército del Duce y, al parecer, no muy buenos. Olvídese del asunto. De un momento a otro volverán a casa cantando *Giovinezza* y la República española se sentirá muy contenta de librarse de unas cuantas bocas hambrientas —Ciano hizo un ademán interrogativo hacia la botella, pero ante la negativa del falangista, y después de vacilar un segundo, la dejó donde estaba—. El motivo de que lo hayamos arrancado de la dulce Bolonia, y no dudo que me disculpará por ello, es otro. Necesito de usted una carta de presentación para el general Franco. Un amigo mío tiene que ir a visitarlo y le serían de mucha utilidad unas letras de su mano.

—Ni siquiera sé dónde está mi cuñado —respondió precavido Serrano Suñer.

—Oh, eso no tiene importancia. Lo sabemos nosotros. Le daré su dirección actual por si quiere escribirle particularmente. —Ciano anotó unas líneas en una tarjeta y se la tendió al ex ministro.

—¿No le importa, conde, que le pregunte la razón de esta visita?

—Claro que no. Este amigo mío es también un gran amigo de España. Estudió en Salamanca, ¿sabe usted? Es un hombre muy preparado. Tenemos interés en que regrese a su país y realice algunos trabajos importantes para nosotros. Pero antes conviene que informe cumplidamente a su cuñado y a los amigos que lo acompañan, ¿comprende?

—¿A qué lo manda a España? —preguntó sin poder reprimir la curiosidad el ex

ministro del Interior.

Sonó en ese instante uno de los teléfonos arracimados en una mesilla y Ciano lo descolgó con rapidez. Estuvo escuchando unos momentos.

—Pero, guapa —dijo luego en un italiano barriobajero—, no puedo andar todas las noches exhibiéndome contigo. Puede molestarse el Duce, ¿por qué no nos vemos en tu casa?

Hizo una pausa.

—Claro que te lo llevaré, claro.

Siguió escuchando con gesto sonriente. Después habló en un dialecto que Serrano ignoraba, muy de prisa y con palabras rotas por la risa. Duró el diálogo diez minutos largos. Cuando hubo terminado, el conde miró con gesto risueño a su invitado; parecía que iba a comunicarle un secreto, pero dijo:

—¿Desea usted llevar otra vez orgulloso este uniforme por las calles de Madrid? ¿Desea o no que la Falange vuelva a cantar el *Cara al sol* en las plazas de toros de España, en las escuelas, en los montes, en las tabernas?

—Me temo que es demasiado tarde, pero ¿puedo preguntarle los detalles?

—Parece que no tiene muchas ganas de volver a la lucha, amigo mío.

—Efectivamente, también del poder se cansa uno, sobre todo cuando el poder está empapado en sangre. Discúlpeme, conde; en mi retiro de Bolonia repaso todo cuanto ha sucedido y sólo descubro amargura. Salvé la vida gracias a mis hermanos, y esto no es justo, no es justo.

—Comprendo ese sentimiento y permítame que lo comparta, aunque no creo que el poder entrañe fatiga, no para mí, al menos —dijo Ciano—. Por eso no pretendo implicarlo a usted en mis proyectos. Sólo deseo comunicárselos y pedirle esa carta. Cuando llegue el momento, le consultaré si desea usted vestir de nuevo la camisa azul o no.

—Aún no me la he quitado —repuso con un amago de sonrisa, que pareció aún más helada que sus ojos, el español.

Galeazzo Ciano no se detuvo a estudiar esa sonrisa. Había dirigido los ojos a una campanita de oro que tenía en la mesa y la agitó vigorosamente. Serrano pensó en lo extraño que el oro sonaba.

—Haga entrar al *commendatore* —dijo Ciano al ordenanza que se había deslizado por una puerta entreabierta.

Ramón Serrano volvió los ojos.

—Le presento al señor Salvatori. Llevará su carta al general Franco. El señor ministro del Interior de España.

Salvatori había llegado al centro de la gran habitación sin hacer ruido sobre las alfombras. Tal vez ni siquiera esperó a que el ordenanza lo mandara entrar. Era un hombre de parecida edad a la de los dos ministros, tal vez un poco más joven. De

mediana estatura, más bien pequeño, parecía robusto en su delgadez. Aunque tenía la piel y los cabellos oscuros, sus ojos eran verde claro y no parecían muy adecuados en aquel rostro duro, tostado, un poco tenso. Miró a Serrano Suñer con un destello de dulce simpatía, como si tuviera miedo del conde o de sí mismo, o como si se burlase al mismo tiempo de los tres. Daba la impresión de que pedía disculpas por haberse presentado en el lujoso despacho sin ningún tipo de uniforme, ataviado con un holgado traje marrón no demasiado nuevo.

—Encantado, *commendatore*.

—No es *commendatore* realmente —dijo Ciano—, pero me gusta llamarle así. Tiene el grado de capitán en nuestro ejército. Por supuesto, conviene que usted no lo haya conocido nunca. Al menos, por ahora.

—Será una tarea difícil la suya, capitán.

—Estoy preparado —dijo Salvatori con una sonrisa luminosa.

—Bien, puede usted sentarse y escribir la carta. Sencillamente dígale a Franco que Salvatori es amigo mío y que intentará ayudarnos a todos. Yo mismo añadiré una nota personal para que no quepan equívocos.

Ramón Serrano Suñer, cuyos ojos gélidos pero algo agobiados recorrían el rostro del emisario, decidió obedecer a su anfitrión después de dudarlo un segundo. Redactó un texto brevísimo y aséptico dirigido al general, sin ningún tipo de reticencia o familiaridad, lo firmó resuelto y se lo entregó al conde Ciano.

—Confíe en nuestra amistad —dijo éste al recibirlo.

—No podemos admitir lo sucedido —quiso una vez más mostrarse amistoso Salvatori.

—Deseo que le acompañe la suerte, capitán.

El ex ministro español tendió la mano a Salvatori. Éste salió de la habitación y el conde volvió a sentarse a su mesa. Los dos hombres, a quienes tantas cosas unían, volvieron a mirarse a los ojos. El conde Ciano, como suprema cortesía, contó a Serrano Suñer algunas anécdotas de su suegro el Duce, el hombre que había nacido para algo grande porque tenía cabeza de estatua. De allí pasó Galeazzo Ciano a despotricar contra los ingleses y a elogiar a los alemanes, con evidente satisfacción de su contertulio. Checoslovaquia había dejado prácticamente de existir y la codicia de Hitler afilaba ya los dientes para lanzarse sobre Danzig. Polonia formaba parte de los países más reaccionarios de Europa, junto a España, Portugal y Hungría, y el Führer planeaba su poderosa sombra sobre los fértiles y prodigiosos campos de patatas de Polonia. A Ciano le llenaban de gozo —ligeramente enturbiado por los celos— todas estas cosas, pero era una alegría mínima comparada con la satisfacción de buen italiano que le causaba la campaña de Albania. Aquel viernes santo de 1939 había sido un día de gloria para el Fascio. Es cierto que al nuevo Papa, Pío XII, elegido el 12 de marzo, le había molestado un poco que Mussolini escogiese precisamente ese

día dedicado a la penitencia para adueñarse del pequeño país balcánico, pero el asunto no había sido grave; en el fondo, el cardenal Pacelli se había mostrado siempre simpatizante o, por lo menos, condescendiente con la causa fascista. Su enfado era el mismo que el Duce había tenido que reconocer ante la anexión alemana de Bohemia y Moravia. Hitler no había cumplido lo pactado —especificó Galeazzo Ciano— y de alguna manera había humillado, intentado humillar, mejor dicho, a los italianos, pero éstos se habían sacado cumplidamente la espina con la victoria de Albania. El Duce era grande.

—A propósito —dijo el conde—, ¿sabe usted qué animal deberíamos elegir como símbolo del fascismo? Y también de la Falange, por supuesto —puntualizó.

—No —respondió Serrano.

—El elefante.

—¿Por lo grande?

—Oh, no. Porque hace el saludo fascista y después se harta de comer.

Ciano coronó la historieta, una de las mil que circulaban por toda Italia acerca del partido y que el español había escuchado más de una vez, con una risotada que hizo temblar la grappa de la botella semivacía. Pero la alusión a aquella actividad generalizada entre los suyos y el movimiento del transparente líquido le dieron sed y se sirvió una copa más de aguardiente. Luego, se puso de pie, hizo al aire el saludo del elefante y se encaminó a la puerta para dar por concluida la entrevista.

Sobre Roma caía un atardecer oloroso y limpio. Ramón Serrano Suñer pidió al chófer que lo llevara hasta la *piazza* Navona, donde sus antiguos camaradas lo estaban esperando para llevarlo a cenar a una mísera *trattoria* del Trastévere. Hubiera preferido caminar solitario por las calles ruidosas de gentío, tan parecidas a las de su lejano Madrid, encerrarse de nuevo en su amarga soledad, aliviar de su mente el peso de aquella carta cuyo significado final intuía sobradamente. Sin embargo, no podía hacer el feo al conde, que le había brindado un estupendo Fiat para que gozara al menos de un poco del lujo perdido.

No tenía ganas de encontrarse con los antiguos compañeros, sobre todo porque cada uno de ellos, embriagado con una épica para siempre derrotada, se consideraba el primero en algo. Giménez Caballero había sido el primero en introducir el Fascio en España; Juan Aparicio había ideado el símbolo del yugo y las flechas; Rafael Sánchez Mazas, lo de «Arriba España» y otros sublimes eslóganes; el palentino Teófilo Ortega se vanagloriaba de haber sido el primero en utilizar el adjetivo azul (había hablado de la «guerra azul»); José María Pemán, por su lado, hablaba de ángeles y bestias… ¿Qué habían inventado a su vez Eugenio Montes, Jesús Suevos, Manuel Halcón, García Serrano, José María Alfaro y el resto de la pandilla? Era en verdad agobiante.

Temía lo peor de aquella cena. Giménez Caballero, que era el cabecilla ideológico

del grupo, se empeñaba, según su propia expresión, en pensar con los testículos y eso, después de la derrota, era muy triste. Escribía constantemente artículos en las revistas italianas repitiendo un poco lo que había dicho en su tierra. Se atrevía a aconsejar a Mussolini, como había hecho antes a Franco, que se dejara una barba abundante, tal vez para parecerse más a Dios. Y llenaba sus ensayos de Césares, laureles, luceros y una vasta panoplia de luminosidades pretéritas que, más que otra cosa, parecían adornar la entrada a un cementerio; el cementerio de todos ellos. Y, sin embargo, todos continuaban limpiándose los dientes con lejía, como expresión suprema de virilidad.

Incluso el aristocrático Manuel Halcón, que siempre le repelía un poco sin saber por qué; y el ingenioso y simpático Eugenio Montes, que no parecía haberse enterado de lo sucedido; y el pintoresco conde de Foxá… Toda una fauna milagrosamente salvada de las bombas. O quizá no tan milagrosamente. Por alguna razón mandaban en alguna parte.

Allí estaban todos —una docena larga— abriéndole la puerta del coche oficial, como en los mejores tiempos. De alguna manera todavía confiaban en él, siquiera por mera cuestión de supervivencia espiritual. Alzaron vigorosos el brazo para saludarlo y lo rodearon con el ansia de recabar noticias. Escondían el viejo odio bajo las sonrisas de compromiso.

6

ANICETO ORTUÑO se estaba portando como un cagón y eso era algo que ella no podía soportar. Un hombre podía ser violento, injusto, desagradable: podía ser pobre y estar loco, como su marido Ramón, pero no soportaba que tuviese miedo. En todo caso, tampoco era terrible que tuviese miedo, sino que lo manifestara constantemente. Aniceto Ortuño leía dos periódicos cada día y escuchaba no sólo la radio de Madrid, sino algunas estaciones extranjeras, estaciones de Roma, de Berlín que lograba sintonizar de madrugada. Con todas esas informaciones, en vez de utilizarlas para imponer la razón, cocinaba su cotidiana pitanza de miedos y de cobardías ineluctables.

—Pero si no pasa nada, hombre de Dios.

—Anoche dijeron en Berlín que Franco volvería a atacar desde Portugal y que los italianos vendrían por mar hasta el Estrecho.

—Mira, no sueltes el mirlo, que no estoy para cantos —dijo Sim.

—Cómo hablas, mujer.

—Pues qué quieres. Aburres a un muerto, Ani. ¿Qué me importan a mí Franco y los italianos? Que se vayan todos a la mierda. Si en vez de pasarte el día husmeando los vientos te dedicaras a trabajar como todo el mundo, no me darías tanto la tabarra.

Aniceto apretó los labios y se quedó mirando las grandes pupilas de su amiga, brillantes y negras como el fondo de un pozo en un día de sol. Estaba acostumbrándose a tenerla cerca: lo libraba del terror y de la soledad. Empezaba a empaparle una felicidad difusa como una niebla cada vez que miraba aquellos ojos o pensaba en ellos.

—Debes comprenderme, Sim. Algún día vendrá alguien a buscarme.

—Ya no buscan a nadie, hombre. Ha pasado todo, no te preocupes. Ya no buscan a nadie. Además, tú no has hecho nada, ¿no? ¿Por qué vas a tener miedo?

—Hacer no —dijo Aniceto—, pero quién sabe. Algún día podré contarte…

—No, no me cuentes nada, por favor. Déjalo. Todo el mundo está empeñado en contarme cosas, pero nadie quiere escuchar lo que podría decir. Ahora, de pronto, a todo el mundo le da por ahí. Vamos, mujer, escucha mi historia, anda. Y lo malo es que todos te hablan de desdichas, de penas. Hasta los héroes. Todos tienen un par de muertos a la espalda y, si los dejas, te abren el grifo de las lágrimas y no quiero decirte. ¿Por qué me lo cuentan a mí? Cada uno debe tener piedad de sí mismo, si es piedad lo que busca.

—Bueno, algún día —insistió Aniceto, con un tono de voz que parecía decir otra cosa.

Sim estaba segura de lo que deseaba comunicarle, pero prefirió no insistir en el asunto. ¿Valdría la pena casarse con aquel hombre asustadizo, receloso y sombrío? Conocía a algunos otros que habían logrado seguir siendo ricos después de los mil días de guerra, claro que ninguno estaba tan dispuesto como Ortuño a solicitar su pecadora mano.

—Oye, Ani, ¿podrías regalarme veinte duros?

—Claro, mujer.

—Quiero hacer un regalo a mi madre y tengo que comprar algunas hierbas.

—Siempre tus hierbas. Un día te vas a envenenar.

—Qué sabes tú de hierbas —dijo Sim.

—Saber, nada, pero ten cuidado. ¿Quieres que vaya contigo?

—Es mejor que no nos vean juntos.

Ortuño agachó la cabeza. Siempre tenía que acomodarse a los deseos de aquella mujer, aunque fueran absurdos. Y un viejo hábito monacal le impulsaba a inclinar la cabeza cuando obedecía. Le ofreció el último churro que quedaba en la bandejita y ella fue mordiéndolo con gesto melindroso para no mancharse los labios de aceite.

—De todas maneras, tengo que volver a la tienda —dijo Aniceto.

Estaban desayunando en un bar de la Puerta del Sol, frente a un ventanal que les permitía contemplar a los transeúntes y gozar del fino sol de la mañana. Sim daría media vida por disponer de tales placeres y no le importaba perder media hora en tranvías, con el estómago vacío, con tal de sentarse en una de aquellas sillas de madera, beber un café aguado y disfrutar del trajín de la calle sin sobresaltos ni inquietudes. No había muchas mujeres en Madrid que pudieran permitirse esos lujos.

—Pasaré más tarde por allí, si me da tiempo —dijo la mujer.

—Nunca está uno seguro contigo: todo lo pones en condicional.

—Bueno, y qué quieres. ¿Cómo voy a saber ahora de qué humor voy a estar más tarde? ¿Cómo voy a saber si tengo algo que hacer? A veces necesita una estar sola para pensar en sus cosas.

—Si es sola… —dijo Ortuño.

—No me salgas celoso, Ani. Todo aquello está pasado.

Hizo ademán de besarlo, pero no se atrevía en público. Se limitó a poner su mano sobre la de él y a mirarlo fijamente con aquellos ojos grises que destruían cualquier desconfianza. Luego, recogió el bolso, se puso el abrigo de entretiempo con el que podía presumir de gran señora, y se fue a la calle dejando a Ortuño ante los despojos del desayuno.

Aunque lo necesitaba, no sentía muchos deseos de entrar en el comercio del viejo don Enedino. Entre los perfumes de sus hierbas aromáticas flotaban algunos recuerdos que Sim no deseaba volver a encontrar. Pero se le había terminado la belladona y no conocía otro producto que mantuviera dilatadas sus pupilas. Sin aquel dulce veneno sus ojos adquirían la dureza de una piedra mojada por la lluvia: nadie podía mirarlos con amor y resultaban inútiles sus esfuerzos por atraer a alguien con aquella mirada agresiva en cuyo centro apenas era visible una pupila minúscula, incluso en las sombras, afilada y fría como una espada. Una sola gota de belladona transformaba por completo su rostro, reducía el círculo gris y ensanchaba la negrura pasional y cálida. Todos los hombres conocidos le habían hablado de aquel imán misterioso sin saber que no era propiamente suyo, sino ciencia del botánico de la calle de Fuencarral.

No había logrado don Enedino, sin embargo, salvar de la muerte al chiquillo, y su espíritu navegaba perdido por entre los botes de porcelana y los frascos de cristal. Cuando Sim cruzaba la puerta y la campanilla rompía el húmedo silencio del herbolario, Manolito resucitaba de las cenizas del recuerdo y se le aparecía con sus manitas escuálidas, la suave sonrisa de enfermo, el relámpago rojizo de la fiebre, los balbuceos inescrutables que a veces estallaban en gritos de dolor.

—Hola, Sim, ¿cómo marchan las cosas? —preguntaba el viejo.

¿Por qué se había negado tan ferozmente a tener más hijos? ¿Iba a ser el destino

tan duro que se lo llevase también?

—Tienes razón. En estos tiempos nadie puede estar seguro —decía don Enedino raspándose los pelillos blancos que aún brotaban de su cráneo liso.

Y, sin embargo, ella deseaba otro hijo. Un hijo de nadie, un bastardo de guerra. No podía, no.

Manolito tenía tres años cuando el catarro empezó a estallar en su pecho. Logró Sim comunicarse con su marido, que andaba conduciendo locomotoras entre Oviedo y León, para suplicarle dinero, pero el hombre no contestó nunca: seguía odiando. A cambio de un bote de leche condensada para el pequeño ofreció ella por vez primera su cuerpo en el confuso mercado de la retaguardia. Don Enedino le regaló cuantos remedios tenía a su alcance. Pero una tarde Sim se lo llevó a la tienda, devorado ya por la pulmonía, y durante toda una noche el viejo estuvo poniéndole en la espalda cataplasmas hirvientes a base de harina de mostaza y salvado humedecido entre dos paños blancos. El calor arrancaba alaridos en el pequeño y el frío de los pulmones emprendía la retirada y volvía. Manolito lloraba por las quemaduras de la piel frágil y alzaba los delgados bracitos hacia el cuello de su madre. Durante toda la noche inacabable se afanó don Enedino con sus sinapismos milagrosos, calentados sobre un infiernillo de petróleo, pero el hielo de la muerte había tomado ya posesión definitiva de los pulmones del niño y al amanecer yacía como un pájaro solitario encima de las sucias sábanas del herbolario. Apenas había llorado; su cerebro infantil no había tenido tiempo de hacerse preguntas. El mundo exterior era tan hosco y agrio que su muerte no podía alterar los partes de guerra.

Entonces Sim se sintió realmente sola. Ni la desaparición de su marido ni la hostilidad de su madre y de Alejo habían logrado convencerla de que la guerra es sobre todo soledad, porque tenía a su lado al niño. ¿Cómo iba a vivir en adelante sin él?

—Puedes sentirte libre ahora —le dijo don Enedino.

—¿Para qué libre?

—No te he servido de mucha ayuda. Estas enfermedades…

No se daba cuenta el viejo de que había establecido un vínculo definitivo con aquella mujer que no sabía llorar, que miraba como una extraña el cuerpecillo inútil de su hijo. Sim se sintió profundamente ligada a él. Puesto que a nadie podía contar lo que le iba sucediendo mientras España se desgarraba por todas partes, acudía de vez en cuando a la tienda y confesaba como a un sacerdote sus pecados y profundas incomprensiones, mientras el anciano asentía con la cabeza, sin decir palabra, y la obsequiaba al final con una bolsita de hierbas variadas cuyas tisanas calmarían el corazón de Sim. La ayudó más tarde a salir del atolladero del nuevo embarazo, porque tener un nuevo hijo significaba morir de hambre los dos. Fue un aborto fácil y sin dramatismo alguno.

—Usted comprenda, don Enedino. Así no puedo seguir trabajando. ¿Y de qué voy a comer?

—Claro, claro, hija. Supongo que Dios nos perdonará.

Ella estaba segura de no creer ya en Dios, especialmente después de la muerte de Manolito, pero contestó:

—Tiene que perdonarnos todo. ¿Para qué está ahí? Pero como no tenía ya ánimos para dirigirse a Él, y menos a sus representantes, acudía a la tienda a media tarde y charlaba mientras los clientes, cada vez más escasos, iban comprando sus raciones de manzanilla, de espliego, ajedreas contra la impotencia y la frigidez, gavanzos para el riñón, retamas y celidonias contra el reuma, siempre en voz baja como si estuvieran hablando del diablo. Don Enedino no hacía caso de las alarmas aéreas, bajaba la persiana metálica y se quedaba allí escuchando las explosiones lejanas y la voz monótona de la mujer a la luz lívida de un carburo.

Sim solía empezar sus confesiones con Manolito, que seguía estando más cerca que nadie, y de él pasaba a Ramón, su padre, un obrero agrícola que se volvió loco a consecuencia de una paliza de los hijos del patrón. Había sido un hombre trabajador, sumiso y obediente al que incluso no importaba votar por los candidatos de don Facundo a cambio de medio saco de harina, ni trabajar de sol a sol sin exigir nada, ni poner las perdices a tiro de los señoritos por un trago de vino picado. Pero cuando le pegaron aquella paliza monstruosa, solamente porque levantó la voz al mayor de los hijos, que se paraba mucho a contemplar las corvas de Sim mientras arrancaba las matas secas de los garbanzos, Ramón tomó la decisión súbita de hacerse anarquista y abandonar por completo el trabajo para irse a la capital a escuchar lo que allí decían de Ferrer y de Bakunin, de Mateo Morral y de Proudhon.

—Ya he amado bastante —dijo un día—. Ahora voy a odiar.

—Era como otro hombre, don Enedino —decía Sim—. Le brillaban mucho los ojos, parecía un loco. Tan pronto decía que todos éramos hermanos como que había que poner bombas en todos los caminos y en todas las haciendas. Una paliza no es cosa tan importante, a mí me han dado muchas en mi vida, ¿comprende? Pero fue como si el alma se le saliera de los goznes y el corazón se le subiera a los ojos.

Fue él mismo quien decidió largarse, cuando aún el niño no había nacido. No porque odiase a Sim, no porque hubiera dejado de gustarle, sino porque estaba dispuesto a apoderarse del mundo junto a sus compañeros, y a esa conquista debía acudir sin trabas ni historia. La bomba que arrojó contra el caserón de don Facundo sólo mató una yegua e hirió de gravedad a una vieja sirvienta llamada Luisa. Desde aquella noche no volvió Sim a ver a su marido, aunque supo, cuando ya vivía en Madrid con su madre y Alejo, que trabajaba en las minas de Asturias y que estaba más febril y extraño cada día.

Aquellos primeros tiempos en Madrid, siempre con el pequeño en los brazos,

fueron más terribles que su infancia en el pueblo. La madre la culpaba del abandono de Ramón, y Alejo llevaba una vida independiente y solitaria. Hasta la enfermedad del pequeño, en plena guerra, no consiguió darse cuenta de que estaba viva y de que era joven aún. El recuerdo del marido se iba borrando en el humo de una hoguera en la que ardían también los mítines aldeanos de preguerra, las miradas calientes del hijo de don Facundo, los interminables surcos de legumbres cuyos tallos ásperos se clavaban en la piel, las frías aguas del río a las que iba con su madre y un balde de blancas sábanas ajenas, las requisitorias del cura y del maestro para atraerse los votos a sus respectivas facciones, la muerte del padre, la miseria rodeándola siempre como un abrazo intenso…

Y un día Alejo aseguró tener noticias ciertas del marido. Había muerto en el interior de un túnel, en el puerto de Pajares, dijo.

—Forzaban mucho las locomotoras y una de ellas se les reventó en el interior del túnel; ni siquiera han podido encontrar un trocito de los maquinistas. Pero dicen que Ramón iba en ella como guardián y que siempre era él quien pedía que forzaran las calderas. Todos dicen que era él uno de los que murieron allí.

—¿Cómo puedo enterarme de si era él o no? —preguntaba Sim a don Enedino.

El viejo no sabía contarle.

—Si no aparece cuando termine todo esto, querrá decir que habrá muerto. De todas maneras, ¿qué más te da a ti?

—Era el padre de Manolito.

—Ya —respondía el herbolario.

No era necesario que Sim explicara mucho más. Hablaba constantemente de Ramón, de lo fuerte y risueño que era en los bailes, de lo cariñoso y bueno y trabajador y honrado… Hasta aquella locura sorprendente e incomprensible, porque palizas habían dado siempre a todos los pobres y no se hundía el mundo por ello.

—Esos hombres con los que andas no se parecen a él, ¿verdad? —preguntaba don Enedino mientras liaba lentamente un cigarrillo de excelente tabaco cultivado por él mismo.

Sim hacía un puchero, se frotaba los ojos para destruir el origen de las lágrimas y no respondía.

—Quizá vuelva, mujer. La guerra curará todas las locuras.

—Dice Alejo que eran muy valientes aquellos hombres. Se atrevían a bajar de Oviedo a León, e incluso más abajo, con vagones llenos de combatientes y de cañones de Trubia y de carbón, y como sólo tenían máquinas viejas, las forzaban mucho y luchaban dentro de los túneles con un humo negro que se les pegaba a la garganta, sin ver nada, temiendo que las vías estuviesen minadas, y Ramón les iba gritando para que le dieran presión, más presión para subir el puerto. Hasta que la caldera reventó.

—No sabemos que fuera él.

—¿Y cómo podíamos averiguarlo?

—Deja que pase el tiempo, muchacha, deja que pase el tiempo. Esto no puede durar mucho. Una guerra así no será muy larga.

—Desde luego, mi Ramón era un hombre muy valiente. Fíjese que él no tenía miedo a los hijos de don Facundo y a uno de ellos casi le saca un ojo durante la pelea…

Entonces se echaba a llorar.

El delgado sonido de la campanilla despertó de golpe este manojo de recuerdos. Una parte de Sim había quedado entre las hierbas aromáticas después de tantas confesiones, tantos sufrimientos, tantas esperanzas. Don Enedino lamentaba solamente que con la guerra habían desaparecido no sólo los clientes del comercio, sino incluso los productos. Ahora prácticamente sólo vendía té. A su pesar iba a tener que incorporar el café a su negocio.

—Estás cada día más guapa, Sim —le dijo.

Ella sonrió como si estuviera ante su padre. Para ello no necesitaba abrir la boca sensual y enorme; bastaba con estirar los labios.

Se sentó donde siempre y estuvo charlando un rato sobre el hombre que tenía deseos de casarse con ella.

—Es un carca, no crea usted, rico como Felipe II, pero no es malo. Ha estado solo toda su vida.

—Pues anímate, mujer.

—Es que debo esperar a Ramón. Quizá vive aún y se presenta un día.

—Pero legalmente estás divorciada, ¿no?

—Ya lo sé, ya. Me divorcié yo sola. Él no quiso saber nada.

—¿Entonces?

—Es que tal vez me quiere todavía y podemos casarnos de nuevo.

Don Enedino se puso las gafas de montura de acero y cogió el cuaderno de sus cuentas.

—¿Cómo está tu madre?

—Más fuerte que nunca.

—Bueno, me alegro.

Silencio. Los tarros de hierbas continuaban inmóviles en los anaqueles.

—¿Y ya has dejado de andar por ahí de noche?

—Ahora sí. Estoy casi siempre con ese señor. Se llama Aniceto Ortuño. Tiene una buena casa por Las Cuarenta Fanegas. Casi un palacio, con muebles preciosos.

—Me invitarás a la boda.

—Le llamaré de padrino —respondió Sim mirando al suelo. Y luego añadió—: Venía a comprar belladona.

—Deberías dejarla ya. Sabes que es un veneno.

—Para mí no. Me sienta muy bien. ¿No le gustan mis ojos?

—Ay, hija, si yo fuera más joven… Ese carca que dices iba a tener que luchar mucho para llevarte.

Sim prefirió salir pronto de allí. Empezaba a acorralarla el fantasma de Manolito y la más dolorosa bruma de otro hijo que no llegó a nacer. Tuvo que beber incontables tisanas de baya de enebro, litros de agua del remojo de los garbanzos, pero no lograba provocarse el aborto. Era una mujer muy fuerte. Entonces don Enedino recurrió al perejil, que era un sistema mucho más peligroso. Ella misma se introdujo las ramitas en el vientre mientras su amigo buscaba una comadrona por la Gran Vía para que no se desangrase. Nunca había vuelto a hablar de ello ni probablemente lo harían nunca. Tampoco quería Sim insistir en el paradero de Ramón. Su amigo no podía ayudarla. Tanto si estaba muerto como si seguía dominado por su demencia, sería para ella otro fantasma apostado entre los fracasos de hojillas bienolientes. ¿Valía la pena insistir en despertarlo?

—Voy a traerle un regalo un día, don Enedino —dijo Sim.

—Anda, mejor que te lo compres para ti. Ya sabes que yo no necesito nada. Sólo que digas a tus amigos que me compren a mí el té. Es el mejor de Madrid. Me lo traen de la China, de veras.

El viejo sonrió. Sim conocía de sobra en qué montañas crecía el té de la China de su amigo.

—Ahora voy a comprarle unas zapatillas a mi madre. Adiós a la miseria —dijo Sim.

No obstante, allí dentro iba a terminar por llorar. Si continuaba en la tienda hablaría otra vez de lo mismo y eso era como pedir compasión al viejo botánico. Cuando caminaba por la acera recordó un trozo de canción que una vez le había cantado un cliente ruso mientras la tomaba del hombro y la conducía a un hotel: ¿«Quién tendrá compasión de nosotros si no la tenemos nosotros mismos»? Había logrado traducirla y explicar que era una canción de los estibadores de Astrakán. Ella no sabía lo que era un estibador ni dónde estaba Astrakán, pero los versos le parecían muy hermosos.

7

DESPUÉS DE TANTAS LÁGRIMAS, hasta los hombres más tristes tenían ganas de cantar. O, por lo menos, de escuchar canciones. A *la Pasionaria* se le había ocurrido la idea de organizar un gran concierto en el Teatro del Pueblo. Era al mismo tiempo la despedida oficial de los brigadistas, muchos de los cuales habían abandonado España en el transcurso del mes de abril, y el colofón de la jornada revolucionaria del primero de mayo.

Durante el día, los partidos políticos supervivientes habían paseado incansables las calles de Madrid, lo mismo que las de todas las grandes y pequeñas ciudades. Los incidentes habían sido graves, sobre todo en Barcelona y Zaragoza. En esta última ciudad murieron dos personas en un enfrentamiento entre la FAI y el partido comunista; los anarquistas aragoneses intentaban proseguir sus prácticas colectivistas iniciadas en la guerra y sus eternos enemigos se oponían violentamente a ese deseo. En Barcelona los sucesos habían sido tan confusos que las noticias resultaban aún contradictorias. El gobernador militar, general Rojo, se vio obligado a sacar las tropas a la calle para apaciguar las pasiones, pero la batalla de la plaza de Cataluña fue incluso tan importante como las del verano del 36. Los comunistas del POUM no podían perdonar que su fundador, Andreu Nin, hubiera sido asesinado por la policía secreta rusa en una checa de Alcalá de Henares en julio del 37. La herida estaba aún fresca y supuraba más que las otras llagas abiertas por el estalinismo en el duro cuerpo del anarquismo y del comunismo españoles. También Durruti había caído con el pecho destrozado en la Ciudad Universitaria madrileña, y los seguidores del minero leonés no aceptaban que la causa fuese un disparo enemigo. Eran, pues, muchos los dirigentes y los compañeros que no podían participar en los desfiles del primero de mayo y en su memoria volvieron a sonar las pistolas, volvieron a estallar algunas bombas y corrió nuevamente la sangre.

Por lo menos cinco personas habían muerto en Barcelona y cerca de cien habían sido hospitalizadas con heridas serias. La propia Federica Montseny tenía dos costillas rotas de un culatazo. Espadas y garrotes se habían mantenido en alto durante la guerra, habían asestado algún golpe aquí y allá, pero era llegado el tiempo de dirimir las cuestiones pendientes que se habían acumulado en vez de disolverse durante la lucha. Demasiados mártires obreros dormían en los cementerios como para que sus correligionarios cantasen los viejos himnos sin odio.

El ministro de la Gobernación, el comunista Jesús Hernández, recibía en su mesa las noticias que daban cuenta de los altercados. De vez en cuando llamaba a Prieto para resumirle la situación. Hernández opinaba que debían atajarse con dureza los desmanes de los anarquistas, pero don Indalecio, hundido en su sillón de Presidencia, respondía invariablemente:

—No podemos empezar otra guerra. Hable con los dirigentes de los partidos para que impongan la calma. ¿Se están volviendo locos? Y, si se niegan, métalos en la

cárcel de una puta vez. Incluidos los comunistas, ¿comprende?

¿Cómo encontrar el día primero de mayo a los dirigentes de los partidos obreristas? ¿Y quiénes eran éstos, al fin y al cabo? La victoria sobre los facciosos había dado un vuelco a las organizaciones. En cada rincón de España surgía un nuevo líder y sobre todo los partidos libertarios se habían escindido, ante la presión estalinista, en docenas de grupúsculos que no obedecían a nadie porque, en el fondo, a nadie tenían que obedecer. Los socialistas estaban perfectamente controlados por el propio presidente, que continuaba a la cabeza del partido junto a Besteiro, y hasta los mismos comunistas habían acatado los consejos llegados de Moscú a través de Hernández. Pero ¿qué iban a hacer ellos si en plena calle los insultaban, los apaleaban, los escupían? Las mismas centrales sindicales carecían de fuerza para someter a sus afiliados, sobre todo con la rapidez que se les exigía. Las organizaciones de la CNT y de la UGT estaban haciendo agua ante el empuje de los dirigentes políticos más extremistas salidos de su seno y las continuas trampas urdidas por los soviéticos.

Así pues, el gobierno tenía que contentarse con ver cómo los españoles volvían en nombre de la libertad a romperse la cabeza. Hernández hizo saber a *la Pasionaria* que sería conveniente anular el acto anunciado para las nueve de la noche en el antiguo teatro Real.

—Es un día de luto más que otra cosa —dijo el ministro de la Gobernación.

—Unos pocos muertos no pueden hacernos olvidar el agradecimiento a los brigadistas, Jesús. El pueblo no sabe con certeza lo que ha pasado y esos muertos más no van a hacerle perder el ánimo. Esta noche daremos por primera vez un ejemplo de unión y de patriotismo.

Fue también el argumento que esgrimió ante Prieto y Besteiro, que la hicieron llamar con el mismo propósito. La apasionada revolucionaria había trabajado mucho en el concierto multitudinario, tenía preparado su discurso e incluso estaba decidida a olvidar por aquella noche las diferencias partidistas a fin de que la República se presentara ante el mundo como un bloque unitario, sensato, agradecido y feliz. En el gran coro seleccionado para la ocasión figuraban cantantes de todo el país y de todas las ideologías, y Dolores Ibárruri estaba segura de que cantarían con el mismo ímpetu la *Joven Guardia* que *A las barricadas*, el *Himno de Riego* que la *Internacional*. Por otra parte, Estrellita Castro y Angelillo ofrecerían un recital de canciones tradicionales españolas, como reconocimiento oficial por sus actuaciones gratuitas ofrecidas a los soldados durante la guerra.

Además, un grupo de técnicos rusos había traído a Madrid una compleja maquinaria para grabar todo el acto, discursos incluidos, y luego los discos se venderían en el mundo entero a beneficio de los niños huérfanos de la guerra. ¿Cómo podía desperdiciarse una operación propagandística y humanitaria de tanta

envergadura? Todos sabían que el primero de mayo había de ser violento y que la sangre volvería al sitio natural que parecía tener en España: las calles. ¿Qué importaba todo eso?

Por fin Prieto telefoneó al ministro de Propaganda, Rafael Alberti, para ordenarle que se censuraran lo más posible y de momento todas las informaciones relativas a los muertos en Barcelona, Zaragoza, Málaga y Oviedo. En todo caso, el gobierno autorizaría la muerte de tres o cuatro, y nunca a manos del ejército o de los asaltos. Alberti transmitió la orden a las oficinas de la Telefónica e hizo entrar en su despacho al barbero para que lo afeitara, más o menos como estaban haciendo los demás ministros y altos funcionarios que debían presidir el acto de la noche.

Ernesto Hemingway, al igual que todos los escritores corresponsales, había recibido una invitación para presenciar el concierto desde el patio de butacas. Sin embargo, al americano le gustaba poco codearse con la gente del poder, y menos aún vestido de gala. Había decidido, en todo caso, escuchar las canciones mezclado al pueblo en la plaza de Oriente, de cuyos árboles colgaban racimos de altoparlantes. Había pasado la mañana cazando en el monte del Pardo junto a su amigo el doctor Moreno. Comieron los dos en un chiringuito de Puerta de Hierro y a media tarde Ernesto salió a la Cibeles para regalar uno de los conejos cobrados a un limpiabotas viejecito llamado Rosendo, amigo suyo desde 1921. El otro lo dejó para Rubio, que acudiría al hotel a recoger la entrada al teatro.

—Hoy no voy a cobrarte el trabajo —dijo el limpia después de haber raspado y cepillado a conciencia las botas de piel del americano.

—¿Qué no vas a cobrarme? ¿Qué clase de amigos somos?

—Bueno, bueno, Ernesto, no te enfades. Dame una peseta.

—Eso está mejor, maldita sea. Y ahora vamos a beber un vaso de vino.

Alejo Rubio lo esperaba en el vestíbulo del Florida, vestido de traje negro y con un lazo brillante anudado al cuello. Hemingway no pudo contener una carcajada.

—Lo he alquilado, don Ernesto —respondió muy nervioso el fotógrafo—. La ocasión lo merece.

—¡Mierda, don Ernesto! —dijo Hemingway—. ¿Cuándo vas a llamarme Ernesto o Papa, como los demás?

—Es que… tú eres el patrón.

—¡Maldita sea, el patrón! La próxima vez que me llames don Ernesto no vuelvo a comprarte una foto. ¿Te atreves a llevarte un conejo con esos vestidos?

—¿Has ido de caza? Pues claro que sí. Mi madre los guisa de maravilla. A ver si encuentra mañana unas zanahorias. ¿Te vienes a comerlo con nosotros?

—¡Estupendo! Me tienes preparadas las últimas fotos y les echamos un vistazo. Tienes que trabajar con el mundo callejero de Madrid para el libro. Tipos de la calle,

no políticos.

Alejo Rubio escondió el conejo bajo la axila, tapado con la elegante chaqueta. Todavía las calles madrileñas estaban llenas de manifestantes, muchos de los cuales habían bebido más de la cuenta, y no era aconsejable pasearse entre ellos con un hermoso conejo se monte. Bajó a la Puerta del Sol y subió por la calle del Príncipe, cruzó Atocha y consiguió llegar a su casa de la calle del Ave María, cerca de la plaza de Lavapiés, sin que nadie se fijase en su mercancía.

Hemingway, por su parte, se dio una ducha y se sentó a su mesa de trabajo para continuar la ordenación de las notas sobre *Madrid era una fiesta*. Se había desentendido por completo de la jornada del primero de mayo, porque no encajaba exactamente en su concepto de fiesta; por lo tanto, ni había visto las manifestaciones madrileñas ni sabía los resultados que habían tenido en otras ciudades. Dejó encima del tablero su petaca de vodka para ir bebiendo mientras escribía y esperó que pasara la tarde. Ya de noche pensaba ir solo a cenar al callejón de la Ternera. O, mejor, llamaría a Sefton.

Entretanto, concluían los últimos preparativos para el concierto. El día antes habían llegado de Barcelona Eduardo Toldrá y de Granada Manuel de Falla, que dirigían respectivamente los coros y la orquesta. A Falla había tenido que convencerlo personalmente su amigo el ministro de Propaganda, ya que rechazaba, como Ernesto, las presentaciones en público. Toldrá, en cambio, accedió muy gustoso e incluso reclutó a buen número de cantantes de su ciudad, casi todos ellos ex milicianos que años antes le habían seguido por las calles bulliciosas cantando la versión castellana de *La Varsoviana*.

¡A las barricadas, a las barricadas
por el triunfo de la Confederación!

Si la actuación catalana durante la guerra había costado a la región la fulminante pérdida de su autonomía, ya que a juicio del gobierno en ningún momento se vio en Barcelona auténtico espíritu republicano y luchador, al menos iban a contribuir los catalanes con un grupo nutrido de cantantes y músicos, incluida una cobla. En cierto modo, Companys estaba dispuesto a mejorar la imagen de los catalanes en la época de paz y se había volcado en la ceremonia ideada por la Ibárruri, aun a costa de algunas críticas de servilismo y sometimiento a los madrileños, como no podía ser menos. En cualquier caso, la soñada autonomía podía volver por el camino más insospechado y era útil en estos momentos difíciles amagar algún tipo de unidad patriótica e incluso política.

Los anarquistas se habían contentado con los despojos del banquete, sobre todo a causa de la falta de líderes, y las simpatías de los hombres de relieve se repartían, como en el resto de España, entre socialistas, comunistas e izquierdas republicanas,

de corte burgués. Si unos y otros se habían negado de momento a hablar de autonomías regionales, no se habían mostrado enemigos de los antiguos dirigentes. Casi todos ellos habían conseguido puestos notables en el gobierno, bien dentro de las efímeras regiones autónomas, bien dentro de Madrid. El que fuera fugaz ministro de Asuntos Exteriores de la República Autónoma de Santander, tenía ahora, por ejemplo, el cargo de comisario del Teatro del Pueblo y colaboraba estrechamente con *la Pasionaria* en la organización del acto.

Todo él estaba cortado por el patrón de las manifestaciones soviéticas. Grandes multitudes, disciplina rígida, puntualidad exacta y una gota de frialdad en la explosión artística. De hecho, Dolores Ibárruri había pretendido demostrar a los socialistas, cuya desorganización quedó patente en el desfile de la Victoria, que las experiencias de Moscú resultaban mucho más eficaces, tanto en los conciertos como en todo lo demás. Así pues, cuando llegó la hora señalada se cerraron las puertas y se inició la ceremonia con el *Himno de Riego*.

En los palcos más destacados se habían ido sentando los representantes del gobierno y los embajadores acreditados. Desde las butacas sonaron algunos aplausos cuando aparecieron juntos el presidente de la República, don Julián Besteiro, y el presidente del gobierno, don Indalecio Prieto. La ovación fue mucho más ruidosa para los ministros militares y comunistas. Gran parte del ejército era comunista —o eso pretendían los comunistas— y sólo a regañadientes había aceptado la sustitución de Azaña y de Negrín por Besteiro y Prieto. La mayoría hubiera preferido ver en el gobierno a todos los ídolos militares: Modesto, Líster, *el Campesino*, Tagüeña…, sin tener en cuenta los dramáticos riesgos de todo gobierno manipulado por militares. Probablemente no sabrían gobernar, pero ¿quién garantizaba que supieran hacerlo un profesor de Lógica demasiado tímido, demasiado intelectual, demasiado transigente, y el periodista asturiano que fuera desplazado por el doctor Negrín y se había largado a Chile cuando se sintió derrotado y solo? ¿Cuántos errores no habían cometido los dos en las épocas en que tuvieron el mando en sus manos?

Prieto advirtió desde el palco esta frialdad del público.

—Parece que Moscú nos sigue tocando el baile, don Julián.

El presidente sonrió con tristeza.

—Mientras no bailemos usted y yo a su son…

—*La Pasionaria* y Hernández lo intentan con ahínco. Y no son ellos solos. Stalin ha decidido poner en España una sucursal de su sistema y no sé cómo leches vamos a impedírselo.

—Los españoles terminarán por darse cuenta ellos mismos. Y seguro que los propios anarquistas no les dejarán.

—Deberíamos tenerlos más a nuestro lado —dijo don Inda.

—Pero no se dejan. ¿Quién ha podido nunca domeñar el anarquismo? Aunque tal

vez las consecuencias de la guerra lo hagan.

En el escenario decorado con banderas tricolores se iniciaron los himnos. *La Pasionaria* había sido muy exigente en este sentido: se cantarían todos los himnos, todas las canciones de los grupos que habían participado en la Victoria, incluso las letrillas de las unidades más pequeñas. Los nombres de Franco y de otros generales saltaban cubiertos de ridículo y de denuestos sobre las cabezas de los asistentes. Durante más de una hora se sucedieron las estrofas satíricas, poéticas. Incluso se había permitido la interpretación de *Els segadors* y del *Euzko Gudari*, después de fuertes discusiones en el palacio de Oriente.

Afuera, en los alrededores del teatro y en el amplio frescor de la plaza, cuyas históricas estatuas parecían respirar el dulce aroma de las primeras lilas del año, una muchedumbre agitada y fervorosa escuchaba las voces a través de los altoparlantes y a veces acompañaba al coro repitiendo a destiempo las letras o gritando versículos aislados.

—No sé a qué hemos venido —dijo Ortuño a su compañera—. Me molesta todo este ruido.

—Pues déjame sola. Yo quiero escucharlo. Podía estar adentro con mi hermano. Tenía entradas.

—Entonces ¿por qué me pediste que te acompañara?

—Es que no quiero deberle favores —dijo Sim.

Parecido éxtasis brotó dentro del teatro cuando Eduardo Toldrá dio el primer golpe de batuta para iniciar la *Internacional*. Alejo Rubio conocía perfectamente la letra en ruso y en castellano de aquel himno agobiante y pasional. Cuando vio que en las filas anteriores a la suya se ponían de pie algunos espectadores, se levantó también él, enderezó cuanto pudo la modesta joroba y sacó el pecho para entonar la canción. No levantó el puño porque le parecía irreverente. Él no era comunista ni tampoco había dejado de ser comunista. Se sentía más próximo a los anarquistas, aunque le molestaban sus violencias. En realidad, el fotógrafo no era nada concreto, no sabía lo que era exactamente. Desde que andaba con Ernesto se consideraba un anarquista pacífico y benevolente, como el americano, y, desde luego, odiaba profundamente a los fascistas de dentro y de fuera de España. Por lo tanto, tenía algunas razones para cantar la *Internacional* en medio de los presentes.

Se asomó al pasillo central y distinguió en las primeras filas y en los palcos a los verdaderos protagonistas del acto. Modesto, Valentín, Tagüeña y Líster ocupaban con algunas mujeres una platea próxima a la de los ministros. Levantó Alejo tímidamente la mano izquierda para saludar a Enrique, que parecía mirarlo, pero el general no se dio cuenta.

—Aquí tienes lo que debemos hacer en España, mira, mira.

Recordaba sus paseos con el antiguo cantero por las gélidas calles moscovitas.

Alejo había ido a Rusia con otros muchos a trabajar en el Metro de Moscú, aquella maravilla del impulso creador del proletariado, y allí había hecho amistad con Enrique Líster, que estudiaba en la Escuela Leninista, seguía cursillos de instrucción militar en una escuela especializada y, además, estaba empleado como barrendero en las obras del Metro. Su forma tumultuosa de gozar de la vida en todas las formas posibles le había atraído rápidamente y le agradaba cómo infundía a los camaradas su fe y sus esperanzas en las realizaciones del comunismo internacional.

—Aquí tienes, Alejo, mira, mira.

Y el joven solador que también seguía de noche cursos de fotografía en un centro estatal, respondía que sí, que eso era lo que había que hacer. Una estación de Metro en la plaza de Lavapiés con grandes arañas luminosas y anchas escalinatas de mármol y cuadros de Goya colgados en los andenes. Los vendedores de agua de cebada iban a reírse mucho con las expresiones estúpidas de los antiguos reyes que el sordo aragonés había retratado sin compasión ni sometimiento. Eso era lo que había que hacer.

En lugar de ello, Alejo se estableció de fotógrafo especializado en bodas y banquetes y su amigo Enrique había hecho la guerra como coronel; en los primeros ascensos de la Victoria había sido nombrado general. Tal vez Líster era un buen comunista —incluso a pesar de las reticencias de otros comunistas más severos, como Castro Delgado y Carrillo— y Alejo no lo era, aunque le hubiesen enseñado incluso el texto ruso de la *Internacional* y todo lo que se podía aprender sobre la dictadura del proletariado. Si Lavapiés continuaba con su estación sórdida de azulejos desconchados y amarillentos, con sus tenues bombillas tapizadas del polvo de los años y de excrementos de moscas, él andaba colgado de su máquina de retratar al minuto después de que un borracho hiciera añicos la flamante Kodak que el partido le comprase en Leningrado a Nahum Luboshez. Menos mal que Ernesto había pedido ya otra Kodak a su país, un aparato moderno que la Embajada había prometido conseguirle para su amigo. Con ella hubiera podido fotografiar esta noche la imponente masa coral del escenario y también a los grandes hombres que ocupaban las sillas de los palcos y las butacas de las primeras filas.

Reconocía a muchos por haberse rozado con ellos en sus trabajos o por haberlos visto en los periódicos, retratados por otros.

Allí estaba André Marty, el temible jefe de la base albaceteña que soñaba con espías fascistas y al levantarse mandaba fusilar a unos cuantos brigadistas inocentes. Allí estaban, ocupando toda una hilera del teatro, los héroes italianos: Luigi Longo, Pietro Nenni, el general Candido Testa y la periodista Teresa Noce, alias *Stella*, Palmiro Togliatti, los jefes de la columna de Gastone Sozzi, Fausto Nitti, comandante del intrépido Batallón de la Muerte… Eran como un ejército antimussoliniano que se removió en sus asientos cuando el coro inició los compases de *Bandiera Rossa*. Por

suerte para la República, todos aquellos italianos se parecían muy poco a los ciento veinte mil cobardes que el Duce había regalado a Franco.

Las docenas de rusos se distinguían por su porte severo y hasta rígido. Los anglosajones eran los más elegantes de todos. Los representantes de los brigadistas franceses, hispanoamericanos, asiáticos, centroeuropeos eran menos numerosos y se confundían con periodistas extranjeros y españoles y otros invitados de relieve. Alejo era uno de éstos.

Sin embargo, los luchadores anónimos ya no estaban en Madrid. Miles de ellos habían ido saliendo, una vez disueltas las unidades, para empuñar las armas en otras tierras. El mes de marzo anterior, cuando en España ya se cantaba la victoria, Hitler había decidido aplastar la resistencia de los checos que se habían opuesto a la anexión. En toda Europa hacían falta brazos que se enfrentaran al empuje nazi. Gran parte de los jefes que representaban a lo mejor de esa fuerza había llegado a Madrid para el acto de despedida oficial y, de paso, para solicitar ayuda recíproca. Muchos antiguos milicianos habían comenzado a alistarse en una llamada División Roja para luchar fuera de su patria contra los fascistas vencidos dentro de ella.

—¡Camaradas, camaradas! ¡Atención!

Había subido al escenario Dolores Ibárruri y pedía con ademanes bruscos que se sentasen los espectadores. El coro, concluida la *Internacional*, se había replegado un poco y enmarcaba a aquella mujer robusta, completamente vestida de negro y con el pelo recogido en la nuca como una gitana de opereta.

Se agarró al micrófono y comenzó a hablar en un tono bajo y un poco ronco, sin apenas gesticular. Lo hacía muy rápidamente, pero no como si tuviera prisa por terminar pronto. Recordaba una historia que todos conocían: cómo se organizaron las brigadas, quiénes participaron en ellas, de dónde habían venido. Citaba nombres en todos los idiomas y, como si supiera de memoria hasta los menores detalles, mencionaba batallones, hazañas, fechas. Se detuvo un momento antes de ejemplificar con el Batallón Chapaiev, que contaba con 389 hombres de veintiuna nacionalidades distintas: 79 alemanes, 67 polacos, 59 españoles, 41 austríacos, 20 suizos, 20 palestinos, 14 holandeses, 13 checos, 11 húngaros, 10 suecos, 9 daneses, 9 yugoslavos, 8 franceses, 7 noruegos, 7 italianos, cinco luxemburgueses, cuatro ucranianos, dos belgas, dos rusos blancos, un griego, un brasileño…

—Es sólo una muestra del interés del mundo entero por la causa española —gritó *la Pasionaria*—. Nos envió a hombres de sesenta años y a chiquillos de diecisiete, agricultores y mineros, obreros de la industria y profesores de la universidad, marineros y poetas… Les damos las gracias. ¡Camaradas de las Brigadas Internacionales! El interés de esta misma causa por la que habéis ofrecido vuestra sangre con generosidad sin límite obliga a que os vayáis ahora, algunos de vosotros a vuestros países, otros al forzado exilio. Podéis volver con la cabeza bien alta.

Vosotros sois la historia. Vosotros sois la leyenda. Vosotros sois el ejemplo heroico de la democracia solidaria y universal. Nunca os olvidaremos, y ahora que el olivo de la paz se cubre nuevamente de hojas mezcladas a los laureles victoriosos de la República española, seguid con nosotros. Quedaos cuantos queráis, porque el pueblo español os ha hecho ya un hueco en su corazón y en su historia.

En el interior del teatro se oyeron los rudos aplausos que ascendían como un oleaje en la plaza de Oriente. Dolores Ibárruri se detuvo un momento para respirar, levantó al aire ambos brazos en un gesto dramático y volvió a gritar, ahora con todas sus fuerzas:

—¡Madres! ¡Mujeres! Cuando hayan pasado los años y se hayan cicatrizado las heridas de la guerra; cuando el recuerdo de estos días de miseria y de sangre quede borrado por un presente de libertad, de amor y de bienestar; cuando hayan muerto los rencores y todos los españoles sin distinción conozcan el orgullo de vivir en un país libre, entonces hablad a vuestros hijos. Habladles de las Brigadas Internacionales. Contadles cómo, atravesando los océanos y las montañas, pasando fronteras erizadas de bayonetas, perseguidos por perros ávidos de destrozar su carne, llegaron estos hombres a nuestro país como cruzados de la libertad. Lo abandonaron todo, su patria, su pueblo, su casa, sus bienes, padres, madres, esposas, hermanos, hermanas e hijos, y llegaron hasta nosotros diciéndonos: «Aquí estamos. Vuestra causa, la causa de España, es la nuestra. Es la causa de toda la Humanidad que quiere el progreso». Muchos se han ido ya y otros, que ahora me escuchan, van a marcharse muy pronto. Muchos de ellos, millares de ellos quedan aquí, con la tierra española por sudario. Todos los españoles se acuerdan de ellos y les guardamos los más profundos sentimientos.

La Pasionaria dejó caer los brazos y luego se limpió el sudor de las mejillas. Pero no lloraba. Los gritos y los aplausos arreciaron tanto dentro como fuera del teatro. Una voz anónima inició el *There's a Valley* y parecía que Madrid entero los estaba despidiendo.

La leyenda de los internacionales no había tenido tiempo aún de despojarse de sus brillantes vestidos y nadie tenía ganas de contar su otra cara: el desengaño de muchos, las violencias de algunos dirigentes, el dinero con que se pagaba a los que acudían como simples mercenarios, el obligado sometimiento a ideologías que no compartían, sobre todo al estalinismo, y las vidas de hombres de buena fe que eso había costado, el oportunismo de muchos… Madrid estaba todavía en fiesta y no deseaba ponerse a contar estas cosas.

En el palco presidencial, Besteiro recogía cuanto había de válido y de sincero en el fogoso discurso de su ministro de Relaciones Sociales. Efectivamente, muchos de aquellos hombres lo habían dejado todo para luchar por la libertad de los españoles y esa decisión los había llevado a la muerte. Había, al menos, que darles las gracias.

Y ya que no se les podía pagar de otro modo, decidió conceder una pensión vitalicia a cuantos hubieran intervenido no mercenariamente en acciones de guerra, aunque no hubieran sido heridos. De este modo la República no sólo los parangonaba a los luchadores españoles, sino que incluso los ponía por encima de ellos. Se le ocurrió la idea allí mismo y en voz baja se la comunicó a su primer ministro.

—¿De dónde vamos a sacar el dinero? —preguntó don Inda.

—Tenemos que conseguir indemnizaciones de Italia y de Alemania.

—No pagarán una peseta.

—Sabremos obligarlos —dijo Besteiro.

—A Mussolini podemos venderle los treinta mil italianos que tenemos prisioneros en el campo de Cartagena. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Lo malo es que no los querrá. ¿De qué van a servirle? —rio meneando la cabeza, un poco compasivo, Besteiro.

—Es una cuestión de orgullo. Son sus legiones, don Julián. Que pague lo que han destruido entre todos.

—Pero no se puede poner precio a la vida de un hombre.

—Deje que yo me ocupe del asunto. Sería feo comerciar con prisioneros, pero es una manera de obligar al cabrón del Duce a que pague su intervención en la guerra. Diré a Zugaza que empiece a incordiar con el tema. Treinta mil italianos son un verdadero tesoro para negociar. Voy a hacer cálculos y tendremos para pagar a los brigadistas, que se lo merecen. Si hubiéramos capturado también a la puta de la Legión Cóndor…

—Pero no lo plantee como un mercado de hombres, por favor —dijo Besteiro—. Esto debe quedar muy claro.

—De todas maneras —dijo don Inda—, un fascista vencido no vale gran cosa… Aunque tal vez quiera aprovecharlos para invadir Francia o Grecia. Andan muy envalentonados los muy hijoputas.

—Con tal que no intenten aparecer aquí —dijo el presidente.

Alejo Rubio los vio salir conversando del teatro. Se había encaramado a un poyete clavado en la acera y veía perfectamente por encima de los morriones de la guardia. Los dos caminaban sonrientes, lo mismo que el resto de los ministros. Pretendía el fotógrafo contemplar de cuerpo entero a su viejo amigo Enrique Líster, pero abundaban tanto los uniformes de toda índole que no logró distinguirlo de la multitud. Pensó que debería visitarlo algún día en el Cuartel General.

Las calles inmediatas a la plaza de la Ópera eran un hervidero de gente. Se oían las voces de los vendedores que asaltaban al público con cestas de mimbre colgadas al cuello. Pregonaban naranjitas de Valencia, frescas y olorosas, semillas de girasol, caramelos, helados, flores, los periódicos de la tarde, pliegos de cordel con las canciones interpretadas por el coro de Toldrá, barquillos, agua anisada de botijo…

Alejo intentó encontrar a algún conocido entre la muchedumbre para comentar el éxito del espectáculo; sabía que su hermana andaba por allí. Antes de la guerra, Madrid era una ciudad que resultaba pequeña y no era difícil encontrarse con conocidos en cualquier parte, sobre todo a quienes habían nacido o vivido muchos años en la capital. Pero también la guerra había alterado estos hábitos. ¿Quiénes eran todos aquéllos? Había desde luego muchos rusos —Rubio sabía distinguirlos de lejos por su aire un poco marcial y ausente, su pelo corto y sus ojos inquietos—, muchos militares de otras ciudades, muchos politiquillos que se arrimaban al calor del gobierno para encontrar rápidamente puestos de poder, aunque fuesen modestos; había provincianos que dejaban sus campos desolados y yermos para encontrar en Madrid las hambres más aterradoras y la tibia intemperie de las noches de primavera; había gentes que no eran de aquí, pero ¿de dónde habían surgido todos aquellos rostros? Las vestiduras de gala no podían ocultar la desnutrición de los cuerpos, como las boinas repentinas no lograban enmascarar el gesto autoritario del facha camuflado. La masa confusa se movía en todas direcciones, agrupada a veces, dejando ostentosos claros en las aceras, y Alejo no podía distinguir a nadie. Una España distinta acababa de cruzar la calle. Tenía aún en los oídos la música de las canciones y por un momento creyó que ése era el nuevo sonido de su patria. Era la respuesta a aquella dramática pregunta de Zugazagoitia cuando la batalla del Ebro parecía perdida: «¿A qué suenas tú, España, cuando no suenas a muerte?» O tal vez no, porque al margen de los ojos alterados por la emoción, detrás de los labios que se abrían en una sonrisa quedaba el mismo interrogante. ¿A qué suena todo esto? Y, sobre todo, ¿quiénes son estas gentes, Dios mío?

El fotógrafo movió la cabeza para recriminarse aquella debilidad de utilizar la palabra Dios. Tampoco era grave. Veía a los asistentes al concierto como un trozo de película en cada uno de cuyos fotogramas inmóviles apareciera un rostro distinto. Así no podía reconocerse a nadie. Así daba la impresión huidiza de que nadie estaba realmente seguro, realmente vivo.

8

AL SALIR DEL CINE se dio cuenta de que, por fin, había llovido. En las calzadas de adoquines se había formado un barrillo oscuro que saltaba en burbujas cuando los tranvías se abrían paso sobre los rieles cenagosos. Las baldosas de las aceras parecían

modestos espejos en los que apenas brillaban los lechosos faroles de gas recién encendidos.

Acababa de anochecer y Alejo tuvo como siempre la desagradable sensación de haberse perdido un buen momento, un aroma, una luz especial. No le gustaba por eso meterse a media tarde en un cine y descubrir a la salida que, por ejemplo, había llovido sobre la ciudad, que había refrescado el ambiente y llegado la noche. Se quedó parado contemplando el escaso tránsito de motocicletas renqueantes y automóviles andrajosos, heridos de muerte por las requisas. Frente a él, al otro lado de la calle, una casa había sido partida en dos por los bombardeos y se veían las íntimas paredes encaladas, el marco de una ventana de madera pintada de verde, cables confundidos entre los escombros; tal vez de día se viera también la sangre de los niños que jugaban en aquella habitación cuando aparecieron silbando los obuses.

Alguien le rozó un hombro. Una muchacha con una larga falda negra se metía un poco a hurtadillas en el cine y ni siquiera lo había visto: estaba traicionando su luto. Por alguna razón desconocida nadie se fijaba en Alejo Rubio, aunque estuviera dando gritos en medio de una plaza. Sólo cuando arrastraba sus enormes cámaras alguien volvía los ojos a su figura menuda y como desgastada, pero chocaba la mirada con la chepa torcida y se quedaba fija allí, sin saltar hasta el rostro del fotógrafo.

Había sido una sesión pesada. El programa doble se componía de *Los marineros de Kronstadt* y *Alejandro Nevski*, cintas demasiado largas y demasiado llenas de héroes y de muertos para su gusto. Era muy buena la música de la segunda, pero terminaba uno atragantándose con tanto guerrero furioso. Se decía en Madrid que Delia Sánchez había comenzado a rodar una película sobre tangos con un muchacho gitano que quería aprender a bailarlos, pero pasarían meses o años quizá hasta que estrenaran la cinta. Casi todo lo que daban en los cines eran recuerdos de la guerra. Incluso había visto ya tres veces la película que escribiera su amigo Ernesto, *La tierra española*, que era muy buena pero se notaba de lejos que no había intervenido en ella ni un solo español. Todo estaba lleno de extranjeros, hasta las películas, y se encontraba uno un poco como en Moscú, un poco como fuera de casa. Eso sí: hacían unas fotos como nadie, sobre todo los rusos. Por eso iba de vez en cuando a ver sus cintas e intentaba aislar alguna imagen para aprender un poco más.

Un arrapiezo de unos ochos años, vestido únicamente con unos pantalones que debieron de ser de su padre y con una camiseta roja sin mangas, se le acercó mostrándole una brazada de periódicos.

—¿Quiere uno, señor? Hay muchas noticias.

—Hombre, ¿qué noticias?

—No sé, yo no sé leerlas —dijo el niño.

—Bueno, dame *Mundo Obrero*.

—Es más divertido *Pueblo Socialista*. Trae una foto de una gachí que casi enseña

una teta.

—De acuerdo, dame los dos —dijo Rubio—, pero no deberías fijarte en esas cosas.

—Y qué quiere —dijo el niño.

Recogió los cuarenta céntimos y continuó calle adelante. Alejo dobló los diarios y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta sin mirarlos. Lo haría más tarde, en casa, con tranquilidad. Ni siquiera echó un vistazo a la muchacha. Estudiaría luego el enfoque y la postura; los pechos que pudiera tener no le atraían demasiado. Incluso había visto media docena de ellos al natural, dos durante la guerra, en la base de Albacete, y otros cuatro en Moscú, pero no había encontrado en ellos nada que le interesara especialmente. Eran dos bolas de carne encima del estómago, con unos brotes sonrosados de pequeño tamaño, aunque una de las prostitutas rusas los tenía más gordos que la cabeza del jilguero de su madre, unos brotes que a su amigo Líster le volvían loco, según dijera. Líster había sido siempre tan aficionado a las mujeres como al vino y hasta se decía que en su puesto de mando tenía frecuentemente un par de putas con las que cogía unas borracheras fenomenales. Podían ser calumnias de los socialistas, pero Alejo juraría que la historia era cierta.

A él, en cambio, nunca podrían acusarlo de algo parecido. En tres ocasiones había intentado hacerse hombre, mas no lo había conseguido nunca. No valía para esas cosas. En su pueblo de Cáceres no se habían dado cuenta porque se había largado muy joven de allí, en el veinticuatro, y más tarde nadie se había preocupado del asunto. La maldición del embarazo incestuoso había perseguido a toda la familia. Su madre en ocasiones le insinuaba algo, pero en el fondo pensaba que la culpa de todo la tenía la joroba, y ella era la culpable de la joroba por no haberlo concebido y echado al mundo en la forma debida. Alejo se había enterado tarde, y no por ella, de que era hijo de su abuelo, pues el abuelo había tumbado a la hija en un pajar una noche de verano, cuando la muchacha apenas tenía diecisiete años. Como en Madrid llegaba frecuentemente tarde a casa, la madre estaba convencida de que su hijo —como Sim— tenía sus amistades, e insistía tanto en la epidemia de sífilis que corría por el Arroyo del Abroñigal como en la necesidad de que se casara pronto, antes de que alguien lo desgraciara para toda la vida.

Cuando llegó a Moscú después de un larguísimo viaje en tren y comenzó a colocar azulejos y mármoles en las paredes del Metro, elegido por la delicadeza que había logrado con su antiguo oficio de alfarero; cuando se sintió solo y tuvo dinero, aceptó las presiones de sus camaradas para visitar un burdel especialmente dedicado a los trabajadores extranjeros, con muchachas que incluso sabían decir «te quiero» y guarrerías estupendas, pero no sintió nada donde tenía que sentirlo, aquello no se enderezó a pesar de la codicia profesional de la chica, y decidió entonces no pensar nunca más en lo que tan ocupados tenía a los otros. En La Colmena le había contado

un escritor que a mucha gente no le bajaban los testículos y que entonces era inútil esforzarse, ya por toda la vida; parece que eso le ocurría a Azorín, que en aquel momento estaba saliendo del café para meterse en un cine. Y Azorín escribía tan mal porque tenía los testículos escondidos.

—Me lo ha contado Abilio —dijo el escritor.

Subió despacio los amplios y chirriantes escalones de su casa. Vivía en el segundo piso y tenía un balcón de hierro en chaflán al que su madre se pasaba las horas asomada, junto al jilguero, esperando la llegada de la hermana. La vivienda constaba únicamente de dos habitaciones, pero bastante grandes: la cocina —con el retrete incluido— y el dormitorio. La madre estaba cocinando en una sartén un manojo de salchichas rojas que despedían un pesado olor a tocino. Alejo Rubio le dio un beso y se sentó en una banqueta, detrás de ella.

—¿Crees que le gustarán las salchichas a tu amigo? —preguntó.

—Seguro que sí. Una vez me dijo que en América comían muchas.

—Pero no como éstas. Los americanos son muy ricos.

—Le fríe también un par de huevos. ¿Ha comprado usted vino?

—Me ha costado un ojo de la cara, hijo mío. Ya ni vino tenemos.

—Se lo bebieron todo los moros y los brigadistas. O habrán arrancado las cepas con las bombas, quién sabe.

Rubio abrió uno de los periódicos y se puso a leer un artículo sobre los problemas del gobierno que firmaba en primera página de *Pueblo Socialista* Abilio Robledo. Al lado mismo del texto estaba la fotografía de la mujer semidesnuda: era una albanesa que había sido violada por las tropas fascistas de Mussolini en medio de la calle. Todo, según decía la noticia, porque se había negado a darles comida.

—¿Sabe lo que dice éste, madre?

—¿Qué dice?

—Pues que ni Besteiro ni Prieto saben lo que se traen entre las manos. Que no hay comida y que…

—Para saber que no hay comida no hace falta gastarse los cuartos en esos papeles.

—Es mi trabajo, madre.

—Pues ese Prieto seguro que sí come. Está hinchado como un carnero. Y seguro que tampoco los otros se contentan con mondas de patata.

—No se queje usted, que otros están peor. ¿Cuántos cree que van a cenar salchichas esta noche?

—Serán de perro —dijo la mujer.

—De lo que usted diga, pero son salchichas de carne. Eso es como si fuéramos ricos.

—Lo que yo digo es que la guerra terminó y estamos como antes. Si hubieran

ganado los fachas seguro que no faltaba comida.

—Madre, no diga usted eso. Que peor están otros.

Era una mujer arrugada y con el pelo blanco, aunque apenas sobrepasaba los cincuenta años. Sobre el vestido negro que se había puesto el 21, cuando el marido cayó en África, llevaba una toquilla de lana tejida por ella misma. No se la quitaba nunca; aseguraba que tenía el frío pegado a los huesos.

Después de la lluvia había vuelto el bochorno del comienzo del verano. La madre mantenía abierta la ventana de la cocina y al otro lado se oían los gritos que vomitaban sobre el estrecho patio de luces una docena de familias en trance de cenar. En la cocina hacía un calor espeso, pero la madre seguía con la toquilla encima de los hombros.

—Yo creo —dijo Alejo sin levantar los ojos del periódico— que dejaron el gobierno a los socialistas porque nadie se quería hacer cargo de él, o para que se estrellaran solos. Sin embargo, va Prieto y nombra ministros a comunistas, a un católico e incluso a dos anarquistas. ¿Quién puede entenderlo? Abilio Robledo opina que debería haberse quedado el doctor Negrín al frente de la República, ¿no te digo? Era como meterse a los comunistas en la cama, que debe de ser lo que quiere Robledo. Y en vez de Prieto, Largo Caballero, para jorobar más la marrana. ¡Vaya pareja! Y no es que tenga nada contra los comunistas, usted lo sabe, pero España es España y no hay por qué aguantar a los *soviets*.

—Pues bien que los llamabas en la guerra. ¡Qué manden más armas, que manden más gente! Ahora querrán cobrarse los favores.

—El doctor Negrín decía que eran los únicos que hacían caso a la República. ¿Cómo se portaron los ingleses y los franceses? ¡No intervenir!, y los alemanes nos freían. Había que echar mano de lo que hubiera, ¿no? Él se servía de los rusos, pero los rusos no se servían de él para apoderarse de España, bien claro lo confesó. Claro que si él sigue no hubiera podido contenerlos. Es un hombre muy listo y yo creo que por eso se fue. Les dijo: «Señores, muchas gracias, pero hablen ustedes con éstos para los demás asuntos, la cuestión del pago, que ellos mandan». Un tío muy listo.

—Tan listo que nos ha dejado a todos con la barriga vacía.

—Una guerra es una guerra, madre.

—Sí; y tú la ganaste, ¿verdad?

—Pues claro —dijo Rubio—. Y usted.

—Nosotros no hemos ganado nada —dijo áspera la madre. Ernesto Hemingway se hacía esperar, cosa muy rara en él. Había quedado en llegar en torno a las diez, y eran las once y media. La madre de Alejo, terminada su faena en la cocina, se había puesto a cenar sola, sin sentarse siquiera. Tomó unas patatas cocidas el día anterior y dos salchichas que fue cortando con el cuchillo, a pesar de lo delgadas que eran, sobre una rebanada de pan oscuro. Se felicitó en secreto de tener un hijo que ganaba

para comprarle salchichas y ofrecerle conejos y, como siempre, susurraba aún del pueblo lejano. Cada día se enteraba de una noticia nueva, o de un matiz pasado por alto en noticias anteriores. A Fulanito lo fusilaron los falangistas, pero es que por lo visto un día le había pegado un puñetazo a Menganito, cuando estaba en el campo con los cochinos, y ese Menganito se había hecho falangista más tarde. Y se había hecho falangista sólo para vengarse de Fulanito, pero ahora resultaba que su mujer había pertenecido a la UGT y quería salvarlo, pobre mujer, de la condena, gracias a sus amigos del sindicato, y quiere salir inocente…

Alejo no escuchaba. Terminó de leer un periódico y comenzó con *Mundo Obrero*, que reproducía otro más de los cientos de discursos que *la Pasionaria* había pronunciado desde la Victoria. Estaba dirigido a sus más fieles seguidores y ponía de hoja de perejil a los supervivientes de la FAI y del POUM que empezaban a organizarse de nuevo.

—¿Por qué no vendrá más a menudo esta muchacha? —dijo la madre.

—¿Qué muchacha?

—Simplicia, ¿quién va a ser?

—Ella tiene sus ocupaciones.

—Me ha dicho que piensa casarse de nuevo.

—¡A estas horas! —dijo Rubio.

—Ha encontrado a un hombre que no le importa.

—Estará tan chalado como el Ramón. No sé dónde los encuentra. ¿Qué no le importa lo que ha estado haciendo? No lo sabrá.

—Sí lo sabe porque ella misma se lo dijo. Pero son gajes de la guerra, no voluntad —dijo la madre—. Ella no es así.

—Verás como aparezca el Ramón y la encuentre casada con otro. La fríe a fuego lento. Primero deja que se muera el niño y ahora a casarse con otro. Tienes que decírselo.

—Yo no le digo nada. ¿Te lo digo a ti?

—Mire, madre, allá ella. A mí ni me importa que se case ni deja de importarme. Cuando no aparece por aquí será por algo, ¿no? No le hemos hecho ningún mal usted y yo.

Eran más de las doce de la noche cuando Ernesto llamó tímidamente a la puerta. Abrió Alejo y vio en seguida que su amigo no sólo había cenado ya, sino que también había regado copiosamente la cena.

—Perdona, muchacho, perdona —dijo el americano—. Me he metido en líos y me estabas tú esperando. Soy un puerco. Fallé la noche del conejo y te he fallado hoy. No se ofenda, señora.

—No, yo… —dijo la madre.

—¿Seguro que has cenado?

—¿Y no sabes con quién? —preguntó Hemingway.

—No.

—Con Delia Sánchez. Con la misma. La he llevado al Palace y no tuve más remedio que invitarla a cenar. ¿Me perdonas?

—Claro —respondió Alejo—. Pero fue una cena larga…

—Es que después de la cena… ¿Me comprendes? Las cosas nunca terminan así. Lástima que me estuvieras esperando, porque al final tuve que dejarla sola.

—Oh, no importaba. Podías no haber venido, ya sabes.

—No podía hacerte eso. Es una mujer estupenda, de verdad, pero tú eres mi amigo. Le brota la vida del cuerpo, como una planta que no se cansa de dar flores. Algo magnífico. Nadie como las españolas para entender el gozo de la vida.

—Señor, yo tengo que acostarme, estoy dormida —dijo la madre.

De hecho, llevaba un buen rato cabeceando en una butaquita de cretona que ocupaba un rincón de la única salita–dormitorio de la vivienda, frente a los barrotes del mirador. Sólo de vez en cuando entreabría los ojos para contemplar el jilguero, que temblaba en sueños.

—No se preocupe. Nosotros miraremos las fotos y no haremos ruidos.

Estaban los tres en la habitación principal de la casa. El cuarto aparecía abarrotado de muebles viejos y objetos de toda índole, incluidos los adminículos fotográficos de Alejo. Una cama turca hacía las veces de sofá, pero los promontorios del colchón de borra quedaban marcados apenas alguien se sentaba en ella. Hemingway se hundió en la borra frente a una mesa camilla cubierta con hule de cuadros blanquiazules. Alejo echó sobre él un puñado de fotografías de tamaño grande que había ido reuniendo para el libro del americano.

—¿Quieres beber algo?

—He traído whisky. Toma —dijo Ernesto. Sacó del profundo bolsillo de su zamarra de cuero una petaca llena hasta el tapón.

La madre se quitó la toquilla, la dejó encima de una banqueta y sacó de la pared una cama empotrada que se escondía detrás de una plancha de madera oscura y brillante. Sobre ella estaba clavado con chinchetas un retrato de Sim sonriendo; el niño Manolito le tiraba del pelo y sonreía también.

Aunque la cama era estrecha y corta, ocupaba el único espacio libre de la habitación. Ernesto miró atentamente las manipulaciones de la mujer. Desató primero las fuertes correas que sujetaban el colchón, se tumbó encima sin desnudarse y volvió a pasar las correas por encima de su cuerpo, una a la altura de las rodillas y la otra por debajo de los brazos. Luego, como si realizara un ejercicio gimnástico habitual, se agarró de una cuerda que colgaba en el interior del armario y se fue izando con el impulso hasta que la cama volvió a quedar empotrada en la pared. La mujer había

quedado atada y en posición vertical, a sólo unos centímetros del muro. Cuando el mueble quedó nuevamente cerrado, Ernesto hizo un gesto de sorpresa al fotógrafo.

—Está acostumbrada.

—Pero ¿va a dormir así?

—No quiere molestarnos.

—No podrá descansar —insistió Hemingway.

—Se acostumbró durante la guerra. Aprendió a dormir de pie en un vagón del Metro, atada a los barrotes. Dice que no es muy incómodo.

—Pero ahora…

—Se enfadará si le decimos algo. Siempre que tengo visita hace lo mismo. Es una mujer muy educada y fuerte.

Ernesto destapó la petaca y bebió un trago. Mientras se frotaba los ojos tendió la bebida a su compañero. Después miró la plancha de madera, incapaz de entender tanto la actitud de la madre como la del hijo. Pero Rubio se había olvidado ya de la mujer. Tomó las fotos y comenzó a pasarlas despacio ante la mirada del periodista, señalando de vez en cuando algún detalle particularmente hermoso por el contraste de luces y sombras. Ernesto realizó una selección previa y luego se recostó contra la pared, cada vez más hundido en el colchón, para mirarlas más despacio y decidir si podrían servirle para su libro. No podía alejar de su mente la figura de la mujer emparedada, que se estaría asfixiando con el horrible calor de la noche veraniega. Él se había despojado ya de la zamarra y tenía subidas las mangas de la camisa.

—¿Era simpática la Delia? —preguntó Alejo.

—Mucho, mucho.

—Dicen que está haciendo una película de baile y hasta parece que se atreverá a bailar flamenco.

—Hará bien cualquier cosa. Te avisaré un día que nos veamos para que charles un rato con ella. Y no me importa que intentes traerla y tumbarla aquí mismo.

Alejo Rubio sonrió. Conocía de sobra los devaneos de su patrono, pese a que estaba casado, pero nunca había pretendido engancharse a ellos. Por otro lado, aunque Ernesto era un amigo de una fidelidad total, normalmente se mostraba reconcentrado y silencioso; no le gustaba demasiado hablar de sí mismo, y menos aún de lo que hacía. Ni le permitía ver sus escritos, a no ser cuando estaban ya publicados, ni se extendía en el relato de sus aventuras, actuales o pasadas. Sólo cuando asistían a una corrida o cuando algunos toreros intentaban arrastrarlo a la juerga a pesar del juramento que había hecho solemnemente al terminar la guerra de no volver nunca más a tener relación personal con ellos, hablaba Hemingway de sus curiosas interpretaciones del valor y de la muerte, de España y de las violencias del amor.

—La gente no tiene calma para el amor —dijo el fotógrafo pensando más que en

otra cosa en la precipitación con que su amigo había abandonado a Delia Sánchez.

—¿Y qué falta hace la calma? El amor es más puro entre la furia y la sangre. ¿No has visto en la guerra a los hombres muriendo y buscando mujeres al mismo tiempo? Ésa es la España que me gusta.

—Una España que sigue en peligro, Ernesto —dijo a media voz Alejo—. Todos los periódicos hablan sin parar de los comunistas, de la venganza que preparan los anarquistas.

—Deja en paz los periódicos. Sólo dicen politiquerías y falsedades. No se enteran de lo que verdaderamente está pasando.

—Hablan del hambre, y eso es verdad.

—Bueno, el hambre es verdad, desde luego —dijo Ernesto—. Pero sólo eso.

—¿Y las dificultades del gobierno? Los comunistas están rabiosos.

—Están rabiosos porque Stalin ha dicho que se estén quietos, que por ahora no quiere el comunismo en España, no se le echen encima las democracias occidentales. Por él hubiéramos perdido la guerra. Teme que se vuelvan en su contra todos los países si intenta aprovechar su ayuda a la República para establecer en España la dictadura del proletariado. Así que les ha dicho que tengan calma y a ellos no les gusta.

—Pues ahí está —dijo Rubio—. Que son capaces de mandar a Stalin a hacer puñetas y ponernos un gobierno comunista a su manera.

—Pero ¿cuántos comunistas hay en España?

—Ah, millones.

—¿Millones? —dijo Hemingway—. ¡Tonterías! ¿Eres tú comunista?

—Bueno, sí, a mi manera —respondió el fotógrafo—. Estuve en Moscú y me enseñaron.

—¿Lo ves? Todos sois comunistas a vuestra manera y eso no les soluciona nada a los *soviets*. Lo único que tienen los comunistas en España es propaganda, eso sí. Montañas de propaganda. Y muy bien organizada, hay que reconocerlo. Propaganda y organización. Antes de la guerra nadie encontraba a un comunista por ningún lado, pero vinieron los rusos, empezaron a hablar, y de repente todos se hicieron comunistas.

—De boquilla, claro.

—Eso es, de boquilla —dijo Ernesto—. Y para aprovecharse. Como los pequeños burgueses tenían un miedo atroz a los anarquistas y a los obreros que se agitaban, como temían que les iban a robar y a matar, se hicieron comunistas. Los únicos comunistas que hay en España son burguesitos oportunistas y timoratos, y por eso mismo no lo son de verdad. Les gusta el orden y Stalin pone orden, incluso en las reivindicaciones de los sindicatos. ¿Son comunistas Negrín y Largo Caballero? Ni mucho menos. Aceptaron la organización y la propaganda de los rusos, y sus armas,

pero no todas sus ideas. España ha sido siempre un país de anarquistas, y eso es lo que más me gusta de tu país. Tipos como Ferrer e incluso como Mateo Morral, que intenta matar a los reyes por un fracaso amoroso. Comunistas y militares lo único que quieren es echarlo todo a rodar y cubrir el país de sangre.

—Pero ahora los comunistas pretenden…

—No importa lo que pretendan. ¿A cuántos anarquistas han matado? ¡A miles! Estaban las checas más llenas de anarquistas que de fascistas, y lo están aún. ¿No intentó *la Pasionaria* desprestigiar a toda costa a Durruti, como hiciera Marx con Bakunin? ¿Y por qué gritaban tanto que *el Campesino* y Modesto eran comunistas fieles a Moscú? Sencillamente porque no lo eran. Eran sólo guerrilleros anarquistas que se dejaban guiar en las operaciones bélicas por los consejeros rusos ¿Cuándo se ha visto a un general ruso con dos putas y un garrafón de vino en el puesto de mando? ¿Cuándo se le ha visto echar a correr detrás del enemigo con una pistola, dejando de lado los mapas y las estrategias? Quieran lo que quieran los comunistas, no podrán hacer nada. Todavía si Stalin estuviera de su parte… Pero ni eso. Bien fuerte aplaudió ese cerdo cuando Negrín se largó y dejó el gobierno en manos de los socialistas más moderados. Y Prieto nombró a *la Pasionaria* y a Hernández porque necesita aún el apoyo de los rusos para reorganizar la economía del país, para dar de comer a la gente. ¿Quieres otro trago?

—Bueno —dijo Rubio.

—¿Estás seguro de que tu madre está cómoda ahí dentro?

—A ella no le importa.

—Oye, ¿quién es esa de la foto?

—Mi hermana, la pequeña.

—¿No vive con vosotros? —preguntó Ernesto.

—Ésa hace su vida, ¿comprendes? Está divorciada y no se le ve mucho el pelo.

—Pues es más guapa que tú.

—Ya lo creo, está muy bien —dijo muy serio Alejo.

—Muy bien, eso parece, muy bien. Anda, trae.

Ernesto engulló el resto de la bebida. Detrás de las gafas redondas se veían sus ojos enrojecidos. El izquierdo, que solía llevar entrecerrado, era apenas una línea rodeada de arrugas. En el centro de la mesa estaba el montoncillo de fotografías seleccionadas. Por encima del bochornoso silencio se oyeron en la calle unos pasos indecisos y luego una voz que se puso a entonar una soleá cargada de repeticiones y carraspeos:

Cuándo querrá Dios del cielo
que la justicia se vuelva
y los pobres coman pan
los ricos coman mierda.

—¿Cómo ha dicho? ¿Cómo ha dicho? —preguntó Hemingway.

Alejo repitió la coplilla, que ya había escuchado más veces. Ernesto se puso trabajosamente a escribirla en el reverso de una de las fotos. Luego miró al armario–cama y se levantó. Si no se iba pronto, la mujer acabaría ahogada, suponiendo que no lo estuviera ya. Guardó las fotos en un viejo sobre amarillo y se puso de pie con dificultad.

—Bajo contigo.

Una tormenta había ocultado las estrellas. La noche era oscura y sólida, como una bola de alquitrán hirviente. Se oían voces lejanas, algún retazo de canción, ladridos y el chuzo de los serenos, pero como si llegaran desde otra ciudad, desde otro país. Ernesto se negó a que su amigo lo acompañara hasta el hotel y comenzó a trepar por la acera. Se le había olvidado calarse la gorra de visera y lo hizo bajo una farola de gas, cuya luz destelló un instante sobre los cuadros del tejido. Alejo Rubio sentía náuseas porque tenía hambre y sólo había ingerido alcohol; sin embargo, le daba vergüenza vomitar en la calle, aunque era lo que de algún modo estaban haciendo todos. ¿Stalin? ¿Prieto? ¿Delia Sánchez? Todos vomitaban en las calles y los ciudadanos andaban embadurnados hasta el cuello. De momento, y como siempre, los pobres seguían comiendo mierda de todas las calidades. Pero a él no le habría importado mucho si hubiese tenido el estómago en condiciones.

9

ALGUNOS RECUERDOS RECIENTES le habían quitado el sueño. En realidad, Ernesto Hemingway se había levantado a mediodía y, a pesar de la borrachera, seguía rumiando en alguna región de su cerebro la velada con la Sánchez y su posterior pelea, de la que no quiso dar cuenta a Alejo. Contrariamente a lo que le ocurría durante el día, el alcohol le tornaba triste e insomne por la noche. En una fuente pública de la calle de Atocha se lavó la cara y dejó que el agua le escurriera del bigote y del pelo bien cortado. Sin secarse volvió a colocar en su sitio la gorra a cuadros, las gafas y se quitó la zamarra para remangarse la camisa. Así, con el pesado chaquetón bajo el brazo, continuó andando por las calles vacías.

En la Puerta del Sol aún había un grupo de hombres y mujeres que tomaba el fresco y charlaba en silletes de juncia. Todavía algunos bares de la calle de Alcalá

estaban abiertos. Hemingway tenía dos imágenes luchando en su cabeza: la mujer emparedada y los muslos gordos pero tersos de la cantante de tangos. Como si al fin se decidiera por uno de los dos bandos, el que menos amargura le causaba, a pesar de todo, se metió por una callejuela en busca de la taberna a la que de vez en cuando acudía la cantante.

A esas horas no estaba allí. La Colmena, con muchas de sus bombillas apagadas para ahorrar luz, parecía al mismo tiempo acogedora y tétrica. Una docena escasa de parroquianos se entretenía matando el sueño con cafés y copas de coñac. El americano, que había conseguido ya enderezar sus andares, vio junto a la puerta a los dos jóvenes escritores que en otras ocasiones habían conversado con él. Abilio Robledo, el ex sargento faccioso, se disponía a marcharse a casa y José Luis Serena, que discutía acaloradamente con él, regresaba de la redacción de *ABC*, diario en el que por fin había conseguido entrar como encargado de informaciones sindicales. Ernesto pensó que eran juntos una imagen típica del país en que se encontraba. Los dos muchachos estaban discutiendo siempre; sin embargo, se reunían a beber juntos como buenos amigos.

A su lado removía el café de su taza un hombre algo mayor que ellos, alto y de rostro enjuto adornado de una nariz afilada y rojiza.

—Buenas noches, señores —dijo Ernesto con cierta pomposidad al tiempo que comprobaba desalentado la ausencia de Delia Sánchez.

—Hombre, Papa, siéntate con nosotros —dijo Serena—. ¿Quieres un cafetito?

—Beberé whisky… O no; mejor, vodka. Ya estamos por la mañana.

—Además, whisky no tiene doña Rosa —dijo Serena.

—Aquí, el amigo Aniceto Ortuño —dijo Abilio señalando al de la nariz roja—. El señor Hemingway.

—¿Ha bebido usted mucho, camarada? —preguntó Ernesto.

—Más de lo justo, probablemente.

—Pero se le ha quedado todo en la nariz, no tiene que preocuparse.

—Ernesto es un bromista —dijo Robledo por si el otro se enfadaba.

—¿No me cuentan ustedes nada? ¿Cómo van las cosas?

—Ortuño estaba hablando de las cárceles secretas, las checas, como decían los fascistas. Parece que siguen funcionando. Santiago Carrillo, Cazorla y el propio Yeshov, en la sombra, parece que están decididos a acabar no sólo con los quintacolumnistas, sino también con los anarquistas, los republicanos, los monárquicos y los curas. Vamos, que quieren quedarse solos.

—Fíjese usted que, según mis noticias, en el 36 había en Madrid veintiséis checas y ahora pasan al menos de cincuenta —puntualizó Ortuño.

—¿Y nadie protesta?

—Todos protestamos —gritó Serena—. Pero comprenderás que ni a la VCHK ni

a la NKVD les importa un rábano. Y como Hernández tiene de jefe de Seguridad a Carrillo, ya me dirás quién va a evitarlo.

—Creo que incluso están presos algunos toreros que se pasaron a Franco. Algún cabrón amigo mío —dijo Hemingway.

—¿No podría usted ayudar a esa gente? —preguntó Ortuño—. A usted le respetan hasta los comunistas, y muchos de ellos no son culpables de nada, ya lo sabrá.

—¿Os apetece un vodka, camaradas? —dijo Ernesto muy serio. Estaba junto a la mesa un camarero con una bandeja de latón y vacía y brillante.

—Se acepta —dijo Aniceto al tiempo que se frotaba la enrojecida nariz.

—¿Así que todavía quedan Brigadas del Amanecer? —dijo Ernesto después de beber—. ¿No ha muerto bastante gente aún? Van a inundar el país de sangre si no echamos todos una mano. ¿A qué te dedicas tú, camarada?

—Yo soy anticuario. Tengo una tienda en la calle del Prado. Abilio la conoce.

—Con cuadros excelentes —dijo éste.

—Iré a verla un día —dijo Hemingway—. No me gustan mucho las cosas viejas, pero siempre hay en esas tiendas lindos cacharros, ¿no es así?

—Cuando usted guste.

José Luis Serena se había sacado del bolsillo del chaleco un relojito de plata y, al mirar la hora, se puso de pie.

—Vais a disculparme, pero tengo que irme —dijo. Dejó sobre la mesa cincuenta céntimos para pagar el café que había tomado y se fue muy tieso, sin volver la cabeza.

—Yo también estoy muerto de sueño —dijo Abilio.

—Pues, si no le importa, yo me quedaré a acompañarlo. ¿Necesita usted compañía?

—Bebamos juntos nuestro vodka —respondió Ernesto un poco mohíno al hombre de la nariz colorada.

Aniceto Ortuño dio la mano a Ernesto, a quien acababa de conocer, y después tomó de un sorbo la mitad del líquido transparente que el camarero había escanciado de nuevo en un vasito de grueso cristal.

—De modo que tiene usted un negocio de antigüedades, vaya, vaya —dijo Ernesto por decir algo.

Aniceto estiró el cuello como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. La nuez bailó un rato en la garganta, igual que un gordo sapillo de primavera, y luego quedó quieta bajo el mentón. No le gustaba hablar cuando estaba borracho, porque podía contar más cosas de las que deseaba, y sólo un largo entrenamiento le permitía en esos momentos de tensión mantener la boca cerrada y escondido el miedo. Mencionar su negocio cuando su conciencia navegaba sobre un lago de alcohol era ponerlo al borde del abismo. Sin embargo, se recuperó en seguida. Colocó una mano

ante la boca para simular que se había atragantado.

—En efecto —dijo.

Ernesto Hemingway volvió la cabeza para asegurarse por completo de que Delia Sánchez no había aparecido en La Colmena, vació el vasito y pidió a voces dos más. Después se puso a mirar con los ojos entornados al hombre de la nariz roja.

—Tiene usted cara de cura, si no le importa —dijo.

—Sí, señor.

—¿Es un renegado?

—Renegado no, pero estudié con los curas —dijo Aniceto con un leve parpadeo de alerta total.

Ernesto sacó del bolsillo la gorra a cuadros y la colocó sobre la cabeza del otro, pero con la visera hacia atrás. Lo miró con sus ojos claros, de un suave gris verdoso.

—Tiene usted cara de obispo, en realidad.

—Ya me lo imagino.

—Pues dicen que es peligroso. Han matado a algunos sólo por tener cara de sacristán. ¿No es molesto andar por ahí con esa cara de obispo?

—Tiene sus inconvenientes, desde luego.

—Puede usted hacer que se la corten y quedará tranquilo —Ernesto Hemingway, que hasta entonces había hablado con gran seriedad, soltó una espantosa risotada que hizo volver hacia él las miradas de los escasos parroquianos. Doña Rosa hizo ademán de ponerse en camino para poner orden, pero al fin se quedó junto al mostrador escarbándose los dientes con el rabo de una cerilla.

Ortuño se rio también, pero sin ganas. Tenía efectivamente cara de obispo y ésa era la mayor barrera que encontraba en el desempeño de su labor. En todo caso, era precisa cierta imaginación para darse cuenta de ello, pues el arquetipo de prelado español, especialmente a partir de las imágenes difundidas en los últimos años, era un hombre que rebosaba grasa por todos los poros, cuellicorto, pelón, con ojos blandos y manos torpes. Aniceto Ortuño, en cambio, era delgado y si en sus ojos titilaba una sombra de temor y agitaba las manos con algún amaneramiento, podía deberse lo mismo a su profesión que a las enseñanzas recibidas.

—¿Sabía usted que Paulina es católica? —preguntó Ernesto.

—No lo sabía, no.

—Pues es católica, una ferviente católica, amigo mío. Y casi me ha convertido a mí. Por lo menos lo ha intentado firmemente.

—¿Quién es Paulina? —preguntó Aniceto.

—Mi mujer.

—Ah, su mujer. Conque está usted casado.

—Sí, señor, mi mujer —dijo Ernesto—. Bebamos a su salud.

—Brindo por su mujer Paulina y también por usted —dijo Ortuño. De un solo

trago vació su segundo vaso de vodka. Un brochazo de rubor tiñó de nuevo sus mejillas—. Y brindo también por mi mujer, que todavía no tengo. ¡A su salud!

Mientras se recuperaba del sofoco alcohólico, pidió para sus adentros a Dios que los hombres de Carrillo no encontraran sus escondites de cuadros. Y que no se enterase nunca nadie de que todos esos cuadros, como el pequeño negocio de la calle del Prado y otros negocios mejor disfrazados, eran en realidad de los padres jesuitas, que habían sido estúpidamente expulsados de España en el 32 por don Manuel Azaña. Y, de paso, suplicó también que la policía y los agentes de la NKVD no hubieran tenido noticias de un visitante extraño que le había traído algunos días antes una misiva del secretario del cardenal Segura, exiliado en Roma, y algunos encargos peligrosos de cumplir. Menos mal que Aniceto Ortuño era, después de todo, un buen católico, porque Dios no hubiera podido aceptar tantas peticiones de no venir con semejantes avales. Llevaba diez años trabajando, defendiendo y enriqueciendo a los jesuitas, con lo que tenía en todo el mundo algunos miles de excelentes fiadores. Y eso, después de haberse enriquecido a sí mismo, aunque no podía por el momento permitirse el lujo de mostrarlo ante los demás. Aniceto Ortuño pidió finalmente a Dios que trajera sobre España tiempos en los que fuese posible exhibir sin sobresaltos las propias riquezas.

—He leído que usted se dedica también a las ambulancias —dijo a Hemingway —. Debe de ser un buen negocio.

—Ya lo creo, uno de los mejores que puedan existir en España. Algún día le regalaré una ambulancia.

—A cambio, tendré sumo gusto en ofrecerle un buen cuadro. ¿Prefiere Riberas o Murillos? Hay incluso algún Velázquez y varios Grecos. No puede decirse que yo sea pobre en cuadros.

—Pues yo sólo tenía doce ambulancias. Lo siento, no pude conseguir más —dijo Ernesto—. Y además llegaron tarde.

Muy tarde, en efecto, pensó el americano. Hacía solamente un mes que el gobierno republicano se había hecho cargo de las doce ambulancias que había logrado comprar en Estados Unidos en 1937 para atender las necesidades de la guerra. Incluso había dado en el Carnegie Hall la única conferencia de su vida, venciendo una timidez insobornable, para recaudar fondos destinados a aliviar los sufrimientos de los republicanos. Dos años más tarde habían llegado a Madrid las ambulancias, retenidas hasta entonces por la estúpida neutralidad americana —que era en el fondo un enmascarado apoyo al fascismo y que no retuvo el petróleo enviado a Franco—, y hasta los dos grandes periódicos de la derecha, *El Debate* resucitado y *ABC*, habían hablado extensa y elogiosamente de ello. En el primero de esos diarios, tan bien hecho que había recibido elogios del mismo Prieto, había leído Ortuño la historia de las ambulancias.

No era eso lo que él andaba desesperadamente buscando en las páginas que Ángel Herrera se había visto obligado, por la fuerza del exilio, a abandonar a sus alumnos. Aniceto lo analizaba con minuciosidad cada noche para conocer las posibilidades de que por lo menos el cardenal Vidal i Barraquer regresara al país. Cada día eran más positivos los indicios, pero no terminaba de llegar el momento de arrodillarse a besar el anillo del único purpurado, junto al obispo de Vitoria, que no se pasó al bando de Franco.

Habían sido todos unos cobardes, unos miserables cobardes. A Segura y a los jesuitas los habían expulsado, pero ellos ¿por qué huyeron? ¿Por qué abandonaron a sus fieles para pasarse a las armas de los rebeldes? ¿No se murieron de vergüenza al elegir el cómodo exilio, la protección de los militares fascistas cuando menos, mientras millones de cristianos encuadrados en las filas republicanas morían sin una sencilla bendición? ¿Cómo se atrevieron a firmar aquella carta, a comparar la guerra con una cruzada, a llamar a Franco nuevo Pelayo, a saludar como los falangistas? Habían sido unos cobardes, unos miserables cobardes, sobre todo. Hasta el mismo Papa había dado la espalda a los que luchaban por el legítimo gobierno de su patria.

Y ahora le pedían a él que echara una mano, que enviara noticias, que se enterase, que no permitiera el descubrimiento de sus más preciados tesoros, porque no eran suyos, que estuviera dispuesto a echar una mano cuando le fuera pedido… Muy bien, pero se habían ido todos sin despedirse, como si les hubieran encendido los fuegos artificiales en el culo. ¿Qué ocurrió con los que murieron sin sacramentos porque los curas andaban liados con los falangistas, husmeando viejos tomos de moral para justificar a los que luchaban contra un gobierno elegido por el pueblo? Y ahora le pedían ayuda.

—Hay muchos cabrones sueltos por el mundo, camarada. Por eso me gustó lo que decía usted en *El Debate*. Es usted un hombre honrado. No como otros.

—Bah, lo escribió un amigo —dijo Ernesto.

—Pues lo tienen en la cárcel. No sería por eso.

—¿De veras?

—Se lo llevaron el lunes. Había sido seminarista y dicen que fue espía del Vaticano —a Ortuño le tembló la voz.

—Pero si es un muchacho —dijo Hemingway.

—Entre unos y otros habían matado a toda su familia y se fue al seminario a purgar su amargura. Pero ahora quieren liquidar al pobre Castillo-Puche.

—Son unos cabrones hijos de perra —dijo Ernesto.

—Así es. ¿Tomamos la última?

—Y no tienen cojones para dar la cara.

—En efecto.

—Hijos de la gran puta.

—Estoy de acuerdo. Tráiganos lo mismo. ¿Otro vodka?

—Maldita sea su alma. Como encuentre a ese Koltsov voy a romperle las muelas. ¿Por qué tienen que encarcelar a tanta gente?

Eran ya los dos únicos clientes de La Colmena, además de una ramera de mediana edad que los miraba embelesada desde un rincón del café. Doña Rosa había cerrado la puerta, corrido la cortina y apagado unas cuantas lámparas más. La sala estaba en penumbra y la respiración del camarero parecía querer recuperarse de una jornada agotadora. La dueña conocía demasiado bien al americano como para atreverse a pegarle la patada y ponerlo de bruces en la calle. Por suerte para ella, raramente se portaba con violencia, ni siquiera cuando estaba más borracho. Se acercó meneando mucho el trasero hasta él para decirle:

—¿No les iría bien un chocolatito? Va a romper el día.

Ninguno de los dos hizo caso. Doña Rosa se limpió el bigote, que de pronto había comenzado a sudar como una fuente, y se retiró a su sitio en una esquina del mostrador. Estaba destrozada de fatiga.

—Es un país de locos —dijo Ernesto.

—No respetan ni a Dios —dijo Ortuño.

—Ni a Dios.

Se callaron hasta que el camarero de respiración entrecortada les sirvió más vodka. Hemingway sacó dinero y lo dejó encima de la mesa. Aniceto lo recogió, lo metió en el bolsillo superior de la camisa del americano y comenzó a rebuscar su propio dinero. Ernesto le dio un manotazo en la muñeca y arrojó sobre la bandeja sus billetes. El hombre con cara de obispo y nariz escarlata cerró los ojos aceptando la derrota. El camarero eligió los billetes que debía cobrar y devolvió el resto con una mirada de sumisión.

—Ha sido un placer —dijo Hemingway mientras se ponía pesadamente en pie. Quedó un momento apoyado en el respaldo de la silla. Miró a su alrededor, sin convencerse de que Delia no estuviera allí, ni siquiera Julia Acevedo, y por fin sus ojos se posaron en la prostituta que sonreía—. ¡Eh!, ¿te vienes?

La mujer recogió apresuradamente una caja de cerillas que tenía en la mesa, la metió en el bolso y se dirigió hacia el americano. Éste le tendió dos billetes que aún estaban sobre el velador.

—Toma, para que hagas un favor a este amigo.

La mujer guardó el dinero y corrió a situarse al lado de Ortuño, al que agarró con firmeza del brazo.

—Creo que podré llegar solo, gracias. Vete con él.

La ramera pareció dudar, pero al fin sujetó a Ernesto, que, efectivamente, apenas se tenía en pie. Salió con él al aire de la noche, seguida por Aniceto. Al final de la calle, como por una ventana, comenzaba a iluminarse del firmamento. Había

desaparecido el bochorno. Ernesto se echó la zamarra sobre los hombros e intentó alzar la cabeza para contemplar las nubecillas grises cuyos bordes empezaban a blanquearse. Le ardían los ojos y el estómago; no obstante, se llevó las manos a la cintura y consiguió ponerse derecho, firme como una haya, más grande y más fuerte que nunca. Aniceto raspaba la pared con una mano, al andar. Con gran esfuerzo consiguió explicar a su compañero:

—De niño me gustaba hacer esto. No se lo digas a nadie.

De la chaqueta del periodista cayó al suelo un grueso paquete que la mujer se apresuró a recoger. Se quedó con él en una mano mientras con la otra continuaba aferrada a Ernesto.

—Y ahora quieren que yo les ayude, ¿comprendes? Me tienen para eso, no puedo hacer otra cosa, no puedo negarme en los momentos difíciles —dijo Aniceto—. Pero hasta el Papa es un traidor. Los españoles no merecíamos esto. ¿Qué va a decir Sim cuando lo sepa?

En la esquina de la calle, Hemingway se quedó mirando las casas, como si no supiera adonde ir. Ortuño se le adelantó y siguió caminando por la Gran Vía, susurrando algo ininteligible acerca de Sim. La prostituta apretó con más fuerza a Ernesto y preguntó:

—¿Dónde vives?

10

EMPEZABA A DISGUSTARLE ESPAÑA porque cada vez tenía que ceder más y porque la muerte, omnipresente y múltiple, comportaba menos riesgos y presuponía menos valor. Morir estúpidamente era negarle a la propia muerte su gloria y su triunfo.

Se había levantado de mal humor porque en la cita que tenía acordada iba a verse obligado a hablar de estas cosas y porque se le exigía que fuera decentemente vestido. Le molestaba tratar con los poderosos, le molestaba ponerse aquella corbata verde sobre la camisa de rayas, abandonar su gorra y su zamarra, sus botas de cuero crudo, los holgados pantalones de pana. En realidad, Víctor Salazar, secretario de Presidencia, no le había hablado de cortesías ni de etiquetas, pero Ernesto sospechaba que su misión podía peligrar si aparecía ataviado como un anarquista descuidado y vagabundo. Tal vez la vida de unas cuantas personas dependía precisamente de su corbata verde y de su cabello adecuadamente engomado. Se duchó, pues, con agua

fría, dio unos brincos por la confortable habitación del Florida, entabló un combate de boxeo contra su imagen reflejada en el espejo y se puso a desayunar completamente desnudo frente a la ventana abierta.

La mañana era radiante y pura. La ciudad empezaba a llenarse con los agudos chirridos de los tranvías, el petardeo de los automóviles y el griterío desordenado de los vendedores que arreaban a sus borricos y pregonaban las mercancías por la calle de Preciados. Ernesto había recibido la tarde anterior una carta de Paulina, que estaba en Francia, pero no tenía ganas de responder y menos aún de ir a reunirse con ella. Madrid era un espectáculo demasiado valioso para desperdiciarlo por una mujer, aunque fuera la propia. La temporada taurina, aunque reducida al mínimo en todo el país, había comenzado con más interés que otros años, ya que al haber huido muchas de las figuras clásicas, habían dejado las plazas libres a jóvenes, muchos con menos de veinte años, de valor indomable. Curtidos por la guerra y atenazados por el hambre, se enfrentaban a los toros con escaso arte, tal vez, pero con una valentía que reconfortaba los ánimos; y si escaseaban los animales —ganaderías completas habían sido devoradas por los combatientes y en la retaguardia—, quedaban suficientes para organizar algunos buenos festejos. Por si esto fuera poco, la NANA le urgía a mandar más crónicas, ya que, al parecer, la posguerra española interesaba en América tanto como la guerra misma, y muchas revistas deseaban los relatos luminosos del escritor de Illinois. ¿Cómo iba a salir ahora de España?

Sin embargo, no eran éstas las únicas cadenas que lo aferraban a aquella tierra violenta, reseca y dura. Después de la señal de alerta que le diera el hombre con cara de obispo, Hemingway se enteró de que eran bastantes los amigos y conocidos que estaban encarcelados por órdenes de nadie sabía quién. No era solamente José Luis Castillo–Puche, el joven reportero de bigotillo circunflejo y mirada febril, el que corría peligro de pudrirse en una prisión, sino médicos con quienes había charlado, pintores, intelectuales, dueños de tascas en las que había comido y bebido a placer, betuneros, barrenderos anarquistas, ignorantes curas de pueblo, prostitutas sospechosas de haber tenido trato con fascistas, un puñado de españoles a los que nadie sabía defender porque nadie había acusado aún, borrados ya de los censos, perfectamente desconocidos.

Nadie hace una revolución o se defiende de ella negándose a priori el derecho a apoderarse del botín. Nadie lucha de balde en una guerra. Él había conocido la Gran Guerra y sabía de sobras lo que sucede después de la victoria, las miserias que la victoria oculta bajo su capa de brillante júbilo. No podía ser de otro modo España.

José Luis Serena le había dado una explicación muy clara y muy justa cuando Ernesto hablaba en La Colmena de los muertos inútiles:

—Has de tener en cuenta una consideración primera, Papa. El gobierno de la República ha condenado a muerte a cierto número de personas, muchas o pocas, eso

no lo sabemos aún. Pero tenía derecho a hacerlo, lo hacía legalmente.

—Nadie tiene derecho a matar.

—Un gobierno legítimo, elegido por el pueblo, tiene derecho a defenderse de sus enemigos, porque son enemigos del pueblo, de la patria. No puedes equiparar a los asesinados por los rebeldes de Franco y a los condenados por la República. Es una cuestión de moral. Los fascistas mataban para apoderarse de lo que no era suyo, la República condenaba en juicio legal a los que se levantaron como ladrones y bandoleros contra un pueblo. Cualquier ley humana nos da la razón. Coincido en que todos los muertos son inútiles, pero nosotros teníamos algún derecho a matar, siquiera por defendernos, y ellos no. Hay una diferencia, Papa.

De hecho, la represión había comenzado el mismo día del levantamiento militar. Fascistas y republicanos se habían lanzado con ahínco a exterminar a sus contrarios allí donde los encontraban. Miembros de partidos contrapuestos, que hasta entonces se habían contentado con insultarse, afilaron en seguida los cuchillos del odio y engrasaron las pistolas de la ambición. Bandadas de asesinos trashumantes, amparados detrás de una bandera, asolaban los campos y las ciudades. Por un lado se ajusticiaba a los curas, a las monjas —y debieron de morir casi siete mil de ellos—, a los señoritos, a los ricos, a los poderosos… Por otro lado se mataba a los pobres, a los que habían colaborado con el Frente Popular, a los ignorantes, a los que pronunciaban la palabra Rusia, a los que no iban a misa los domingos, a los que habían organizado huelgas, o enseñado en las escuelas, o alzado la voz en la calle para pedir justicia, o tenían empleo de escribientes en un ayuntamiento republicano…

No era menester mirar mucho, no había tiempo. Lo que importaba era deshacerse del enemigo, incluso antes de que demostrara que era enemigo. Había que ganar tiempo, y como la lucha en los frentes era imperdonablemente avara en muertos, las retaguardias proveían de cadáveres suficientes a los dioses vengadores. Más de la mitad de los muertos, efectivamente, habían sido reclutados lejos de la pasión de las primeras líneas, lejos de la metralla, de los toques de corneta, de las órdenes de mando, de las bayonetas frías… Habían sucumbido en silencio, secretamente, sumisos a la voluntad de esa madrastra cruel que era su patria.

Todo ello empezaba a saberse ya y los municipios habían enviado a Madrid recuentos minuciosos de los caídos y desaparecidos de uno y otro lado. Constantemente publicaban los periódicos proclamas en busca de estos últimos, mensajes de madres y esposas que no pudieron saber en qué bando estaban luchando sus hijos y sus maridos en el decisivo momento de la victoria, requisitorias de tribunales civiles y militares (los eclesiásticos estaban disueltos), solicitudes de Embajadas, anuncios de sindicatos y partidos, relatos escalofriantes de experiencias personales. Todo ello empezaba a saberse y la gente tampoco ahora podía dormir tranquila.

Si la censura se mostraba hermética en torno a algunas noticias, era pródiga en comunicar las novedades de culpas y disculpas pasadas. Inmediatamente después de la guerra, y aunque con gran esfuerzo, los tribunales civiles habían comenzado a reunirse para juzgar las causas derivadas de la guerra. Los juicios habían sido breves y, en opinión de algunos, desmedidamente generosos. El propio don Julián Besteiro había recomendado equidad y compasión, pues muchos de los que habían luchado contra la República lo habían hecho de algún modo en calidad de secuestrados por los militares. En otros había sido un dramático error cuyo arrepentimiento público comportaba el perdón de los jueces.

De este modo se salvaron cientos de falangistas, que regresaron a España cuando se confirmó que era cierta esa actitud del gobierno victorioso. El último de los juicios más divulgados había sido el del médico falangista Pedro Laín, a quien no sólo se perdonó, sino que le fue permitido ocupar un puesto secundario en la joven emisora de radio estatal.

Detrás de él vinieron algunas docenas de correligionarios que habían permanecido ocultos o en el extranjero y juraron asimismo inocencia, engaño, desilusión o miedo. Contra ninguno de ellos se alzó el brazo de la justicia, una vez demostraron no haber asesinado a nadie. Y aunque quedaban pendientes algunos procesos considerados especiales, la venganza pedida por algunos se diluía como una neblina matinal.

No habían faltado, en efecto, las voces discordantes. Abilio Robledo había solicitado repetidas veces —casi en la crónica de cada juicio— mayor severidad para con los rebeldes. ¿Qué habría hecho Franco de haber resultado vencedor?, se preguntaba. ¿Cuántos de nosotros no estaríamos ante el paredón por el sencillo hecho de haber empuñado las armas en defensa de la patria? En puridad, Abilio Robledo no había empuñado las armas; se había limitado a ser espectador de las retaguardias, a pesar de su grado de sargento. Pero su inquietud se contagió a más de uno, sobre todo a quienes habían padecido de cerca la represión de los falangistas en la zona que tuvieron dominada. Diversos jóvenes radicales de extrema izquierda se agruparon para pedir venganza, Rafael Calvo Serer, que abominó públicamente en *Mundo Obrero* de su ídolo Menéndez Pelayo, encabezó junto a Blas Piñar una facción en este sentido, facción imbuida de un sentimiento totalitario del poder que hacía violencia a los principios democráticos de la República.

En todo caso, estas voces discordantes apenas influían en el gobierno, que se tomaba las cosas con tanta benignidad como calma. Las alegrías de la victoria, en vez de abotargar su sensibilidad, la habían hecho más compasiva y benévola. Era esto sin duda lo que más dolía a los derrotados.

El peligro real, sin embargo, no venía por el lado del gobierno, y era lo que a Hemingway aterrorizaba. Serena y Aniceto Ortuño habían sido muy exactos en sus

presagios.

—En las grandes ciudades, sobre todo en Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, existen aún cárceles secretas organizadas por la VCHK —aseguraba Ortuño—. Una especie de policía paralela actúa en las tinieblas con tal precisión y sigilo que resulta imposible desenmascararla o detenerla.

Serena concluía muy rotundo:

—Los partidarios de Stalin y de Trotski se están enfrentando en las sombras, y lo peor es que ambos grupos divididos en decenas de facciones, se disputan los honores de la represión sobre toda clase de «enemigos de España». La revolución está comenzando a devorar a sus propios hijos.

—¿Y no hace nada el director de Seguridad? —había preguntado Ernesto.

—Carrillo no puede detenerlos.

—Otros dicen que no quiere, e incluso que él mismo organiza ciertas redadas —dijo Ortuño.

Las migraciones de la guerra primero y el hambre que después habían provocado favorecían los arreglos de cuentas entre individuos o grupos rivales. Según un balance de Reuter que Ernesto acababa de leer en un periódico inglés, unas mil quinientas personas habían sido asesinadas en represalias particulares desde el momento en que se vislumbró la victoria, es decir, finalizadas las operaciones del Ebro.

A estos muertos había que añadir medio centenar de asaltos y miembros de la Guardia Republicana que habían caído en la lucha contra el maquis. Varios grupos organizados en guerrillas llevaban más de cuatro meses sembrando el terror y la muerte en diversos lugares de España. Las bandas aglutinadas en torno al falangista José Antonio Girón, con actividad por toda la Tierra de Campos, y el grupo mallorquín que mandaba el conde Rossi y financiaba Juan March se habían mostrado tan tenaces que ciertos sectores de la opinión exigían al ministro del Ejército, Miaja, enviase formaciones regulares contra ellos. José Miaja, por el momento, había respondido que para eso estaban los asaltos y los antiguos guardias civiles. La misión del ejército no consistía en perseguir por los campos a «vulgares bandoleros».

Ernesto comprendía que ante la magnitud de los hechos era un poco absurdo haber solicitado audiencia del presidente del gobierno para abogar en beneficio de media docena de amigos encarcelados, que incluso podían haber sido ya «liberados», según la jerga que se puso de moda a raíz de los crímenes de Paracuellos; es decir, fusilados al pie de las fosas cavadas por ellos mismos.

De todas maneras, se había quedado sorprendido del afecto y respeto con que el secretario le había respondido, en nombre del mismo Prieto. Por vez primera se dio cuenta Hemingway de que este país descabellado era su verdadero hogar, que realmente la gente lo quería.

Lleno de confianza, pues, se encaminó hacia el palacete de la Castellana. Prefirió hacer el camino a pie, gozando del áspero sol de agosto y del rumoroso espectáculo callejero. Como le sobraba tiempo, entró en Chicote a reconfortar su estómago con un sorbito de vodka. Perico, el dueño, se acercó en seguida a darle conversación desde el otro lado de la barra. Lo conocía desde hacía varios años, como conocía a todos los habitantes de Madrid, especialmente a los que mandaban, habían mandado o esperaban mandar. Era su oficio. A cambio de ametrallar el hígado y el estómago de las personalidades más notorias, gozaba de un sólido prestigio y de libertades que no obtenían los demás. Podía actuar de espía, de alcahuete y de maestresala. Todos estaban satisfechos de él y él contento de todos.

—Hola, don Ernesto, ¿un vodquita?

—Pero solo. No me lo mezcles con otras porquerías.

—Va muy bien con zumo de limón. Refresca mucho.

—Bueno, con limón, pero poco limón —dijo Hemingway.

Perico Chicote se lo sirvió, y en un platito aparte colocó muy ceremonioso unas rodajas de cecina negra y dura como el cuero. Era más valiosa que el caviar de Beluga y no menos exquisita. El camarero sabía bien que a Hemingway le gustaba y que le agradecería que le ofreciera aún algunos trozos.

—¿Se ha enterado de la hazaña de Stalin? *La Pasionaria* debe de andar arrancándose los pelos en lo alto de las paredes. Y los otros seguro que tienen ya los pantalones sucios.

—De ese hijo de perra no podía esperarse otra cosa —dijo Ernesto.

—Es tan fascista como los demás, ya lo he dicho yo.

—Ahora querrán comernos crudos a todos —dijo Ernesto mientras masticaba la cecina—. Entre Stalin y Hitler forman la barriga más espantosa de toda la historia. Se aproxima otra guerra.

—Y allí estará usted.

—¿Quién lo duda? Siempre que pueda escapar de aquí.

—Eso es fácil —dijo Chicote, que había entendido mal—. Si hay problemas, yo se los arreglaré.

—Gracias, muchacho. Dame otro vodka.

Alcalá brillaba como una plaza de toros. Vendedores de flores menos hermosas que las cantadas en los cuplés asaltaban a los transeúntes ricos que iniciaban sus rondas de aperitivos y comadreos. Apenas se advertía la tensión provocada por las últimas noticias, o tal vez entre los paseantes de la calle de Alcalá aquellas noticias impulsaban únicamente a hacer acopio de nardos y violetas para festejar sus cumplidos deseos.

Aquel 23 de agosto se acababa de comunicar que Von Ribbentrop y Molotov habían firmado un pacto de no agresión, que implicaba casi un juramento de amor

fraterno y de colaboración a la hora de tragarse el mundo.

—Me gustaría saber qué cóctel le ofreció Molotov al alemán. Para copiárselo y dárselo a algunos —había dicho Perico.

Nazis y comunistas decidían después de lo de Munich mostrar a las claras su juego y organizar a la luz del día los manteles sobre los que iban a engullir a Europa. Aquello implicaba una desilusión mortal para los comunistas españoles, que al fin se convencían de que estaban solos, y un aliento poderoso para los fascistas más o menos camuflados que se codeaban con ellos por las calles. Alguno incluso pensaría ya firmar un pacto semejante al margen del gobierno de la República y repartirse el jugoso botín, dando de lado, por supuesto, a socialista y anarquistas, monárquicos y otras facciones.

Ernesto no se preocupaba demasiado de estos asuntos. Confiaba en los ingleses y muy especialmente en los americanos, y las pesadillas que aterrorizaban a los demás no le influían en absoluto. Por lo demás, si ello significaba que iba él a quedarse solo, no importaba mucho. Lo estaba ya, y desde hacía muchos años.

Sin muchos protocolos ni controles le dejaron entrar en Presidencia. Víctor Salazar lo condujo hasta el despacho del presidente, después de recomendarle que no se demorase mucho con Prieto. Por desgracia, al presidente le gustaba mucho conversar, sobre todo con tipos como Ernesto, y eso le robaba tiempo para trabajos más acuciantes.

—Pues no sé para qué leches quiere la gente gobernar, si luego no tiene tiempo ni libertad para charlar un rato con los amigos.

—Es muy duro, sí —dijo el secretario—, pero nunca han tenido que acompañar los guardias a nadie a ocupar un puesto de gobierno. Casi todos dicen que no les gusta, que es un sacrificio, pero todos van por su propio pie. Hasta Romanones, que estaba cojo. Y fue él quien lo dijo.

Don Indalecio Prieto lo esperaba de pie, con los pulgares colgados de las sisas del chaleco, sonriendo y más gordo que nunca. El líder socialista no era muy aficionado a las formas y se extrañó al ver a Ernesto con aquel espantoso corbatón verde. Salvador de Madariaga había dicho que Prieto era un huevo, que le hubiera sido más fácil rodar que andar. Pero había omitido prudentemente aquel gesto bonachón, irónico; aquella mirada intensa y mucho más viva que la del vanidoso internacionalista.

—Lo que dijo Madariaga de su excelencia es una cabronada —dijo Ernesto muy tranquilo, siguiendo el hilo de sus pensamientos, mientras tendía la mano al presidente.

—Tuvo mucho éxito al retratarme como un huevo. Y no niego que lo parezca. Lo malo es que él no debe de tener ninguno. Madariaga se ha dedicado a poner a parir a todo dios e incluso pegó una patada en el culo a la República. ¿Y sabe usted por qué? Sencillamente porque nadie quiso nombrarlo ministro de Estado. Salvadorito sabe

muchas cosas del extranjero y ha estudiado mucho, quizá más que todo el gabinete junto, pero no ha logrado llegar más que a mirarse a su sombra y anda muy ufano de haber inventado un sistema de gobierno que él llama democracia orgánica, valiente pijada. Sin embargo, estoy seguro de que intentará canonizar y dedicará media docena de ensayos a aquel que lo nombre ministro. Sea san Antón o la Purísima Concepción. Pero no don Inda, desde luego.

—Ya he visto que los intelectuales no se portan muy bien con la República.

—Son un hato de carneros castrados la mayoría. ¿Sabe usted por qué don Miguel de Unamuno nos volvió la espalda y apoyó a los fascistas? Porque un día le robaron en el tranvía la cartera con trescientas pesetas. Se puso a gritar que esto de la República marchaba mal y que hacía falta un poco más de orden. ¡Por trescientas pesetas! Claro que lo que don Miguel no pudo perdonar nunca a la República es que no lo haya nombrado su presidente, todo el mundo sabe que lo estaba buscando y que sólo obtuvo un voto. Son todos pura vanidad. Pero de traidorzuelos, frustrados y fantasmones está lleno el mundo. ¿Quiere usted un trago?

Prieto tenía sobre la mesa de su despacho oficial, sobre una pila de periódicos, una botella de vino tinto y otra de gaseosa. Ambos recipientes sudaban frescas gotitas como de rocío.

—Acaban de sacarlas del hielo. Ando mal del estómago y esto me alivia.

—¿La gaseosa?

—Sí, señor, aunque no lo crea. Es estupenda para el estómago, al menos para el mío. Oiga, ¿cómo marcha su amigo Franklin?

—Lleva una buena temporada —dijo Hemingway.

—No creo yo que un americano tenga nada que hacer en los toros.

—Es un hombre animoso.

—Todos los americanos son animosos. Bueno, menos cuando se trató de ayudarnos en la guerra. Se portaron ustedes como unos hijos de puta, y ya sabe que no le incluyo. Unos cuantos voluntarios y unos fusiles. Claro que armaron una buena propaganda y algunos se creen todavía que el Lincoln era algo así como el ejército de Alejandro el Magno. ¡Una leche!

—La propaganda de los rusos tampoco es modesta.

—¿Le sirvo? —Prieto llenó los dos vasos ante un gesto afirmativo del periodista —. Lo que pasa es que ahora no se lo va a creer ni Dios. ¿Luchar contra los fascistas? Se han dado ayer un abrazo tan fuerte que parecen maricones. Algunos de mis ministros han tenido que ser atendidos de delírium trémens, y eso que sólo habían desayunado chocolate con churros. Los rusos no son mala gente; lástima que están gobernados por ese cabrón de Stalin. Nuestro embajador Álvarez del Vayo ya nos había mandado una nota pidiendo socorro. Se lo estaba oliendo.

—¿Y qué van a hacer ustedes ahora?

—¿Nosotros? Jugar al mus, si nos dejan. Imagino que se van a liar todos a hostias de un momento a otro. Yo sólo quiero contemplar el espectáculo, ¿comprende? Si los rusos nos piden ayuda, les mandaremos garbanzos y vino, suponiendo que nos quede, pero ya estamos cansados de tiros y de sangre para luchar a su lado. Que se maten entre ellos si quieren; al fin y al cabo, un dictador u otro se va a hacer el amo de Europa, a no ser que los ingleses despierten de una puta vez y se enteren de lo que les cae encima. Mucha democracia y luego nada de intervención. Ya veremos cuando se encuentren con las botas de Hitler delante de los cojones, dicho sea con todos los respetos.

—Señor presidente…

—Déjese de señor presidente y músicas celestiales. A mí me llaman todos don Inda. Y ponerme el don ya es algo —dijo Prieto sacando la barriga como si de pronto le invadiera una oleada de orgullo.

—Pero usted… —insistió Ernesto.

—Yo no soy más que un taquígrafo socialista, con un poco de suerte, eso sí. Nunca pisé la Universidad. ¿Se ha fijado qué gobierno tiene España? Dolores Ibárruri fue criada del conde de Rodezno y todavía en el Parlamento le hacía reverencias y le llamaba «señor conde». Alberti no terminó el bachillerato, que yo sepa. Jesús Hernández era casi un gitano. Cipriano Mera, un albañil…

—Para Obras Públicas no está mal…

—Siempre es mejor que un doctor en Filosofía, desde luego —dijo Prieto.

—Y lo está haciendo muy bien.

—El más erudito de todos debe de ser Alvaro de Albornoz, que era ateneísta. Y los militares, claro.

—Bueno, don Inda —dijo Ernesto un poco nervioso—, le estoy haciendo perder el tiempo y la cosa es que yo quería…

—¡El tiempo! Mi tiempo no vale un rábano. ¿No ve usted que los que quieren gobernar son los partidos? Me toman por un soplapollas y ni Dios me hace caso.

—¿Por eso están apresando a tanta gente?

—¡Alto, alto ahí, muchacho! No tanta gente. Hay unos cuantos presos, desde luego, pero las cárceles no están llenas, y eso que tenemos pocas.

—Me refiero a las detenciones privadas, a los chequistas. Parece que quieren repetir lo de Paracuellos.

—No me dirá que se ha creído usted esa patraña de Paracuellos inventada por los fascistas. Vamos, eche un trago y sentémonos de una vez —el presidente soltó por fin las sisas del chaleco y se hundió en su impresionante sillón rojo, detrás de la mesa, corto de piernas y de voluminoso abdomen, parecía realmente un huevo.

Se sirvió un culín de vino, rellenó el vaso de gaseosa e hizo lo mismo con el de Hemingway. La bebida era verdaderamente sabrosa y refrescante. Los dos la

terminaron de un trago.

—Tendré que contar otra vez la historia de la cárcel Modelo, a ver si usted la escribe por ahí y se enteran. Madrid, como usted sabe, estaba infestado de fachas: falangistas, cedistas, de Acción Española, la leche en verso. Como se veían perdidos, se les ocurrió apuntarse junto a los fieles a la República, Pero ¿qué partido podía dar albergue a esos cabrones? Ninguno, claro. Los socialistas los conocíamos bien y no le digo nada de los comunistas: como si los hubieran parido. Así que al ver las puertas cerradas se fueron con los anarquistas. La CNT no pedía documentación. ¿Quieres apuntarte? Pues apúntate. Hasta con seudónimo los admitían con tal de engrosar sus filas, aunque fueran «pacos» bien conocidos. Formaron en seguida una Quinta Columna, los muy hijos de la gran puta, enmascarados detrás de los anarquistas, que han sido siempre más tontos que el que asó la manteca. Y eran muchos, miles de ratas infiltradas.

Así que un día decidieron, porque alguien se lo mandaría, cargarse al general Capaz, al que teníamos escondido en la cárcel Modelo, como si fuera un preso, con muchos otros que nos interesaba cuidar en aquel momento. El general Capaz podía haber ganado la guerra él sólito y hasta Franco se hubiera puesto a sus órdenes si lo ve. Un tío con muchas agallas, acuérdese de lo de Ifni. Todos los militares le obedecían como a Cristo… Pues los fachas que estaban organizando ya la Quinta Columna decidieron cantarle las cuarenta antes de que pudiera respirar. Disfrazados de anarquistas, arrastrando a verdaderos anarquistas, asaltan la cárcel y empiezan a cargarse gente sin ningún miramiento. Y Capaz cae. Sí, se cargaron también a muchos de los suyos, pero ninguno podía lamerle las botas a Capaz.

El presidente hizo una pausa para refrescarse las manos con el contacto de las botellas. En seguida prosiguió más calmado:

—Reconozco que lo organizaron muy bien los cabritos. Fusilan a unos cuantos intelectuales fascistas de segunda fila y así echan la culpa de la matanza a la Niña Bonita. Ese Ridruejo que estaba con Franco aprovechó para hacer propaganda. ¡Sanguinarios! ¡Asesinos! ¡Hijos de la grandísima…! Pues fueron ellos, ya ve usted. De nada nos sirvió esconder a Capaz y a unos cuantos más, porque encontraron la manera de joderlos vivos. Y no les importó que los acompañaran otros siete u ocho mil, niños, mujeres, falangistas, republicanos, militares, curas… Hubieran matado a la paloma del Espíritu Santo si la encuentran allí dentro. Eso fue lo que hizo la Quinta Columna aun antes de que existiera. He leído que usted escribió una obra de teatro con ese título y no habla de estas cosas. Fue una lástima que no supiera usted por dónde se andaba.

—Disculpe, excelencia, tiene razón…

—Déjese de excelencias, hombre. Nadie tiene la culpa de ser un ignorante. Y, de todas maneras, siguen siendo ciertos los paseos de Yeshov y otros colegas

españoles… Sí, también las Brigadas del Amanecer se cargaron a muchos por las buenas, no voy a negarlo. Lo sabe usted de sobra.

—Desde luego —dijo Ernesto.

—Hace calor, ¿eh? —preguntó don Inda. Y volvió a beber, ahora gaseosa pura—. En cuanto a los chequistas y todo eso, algo de verdad hay, ciertamente, y yo hago todo lo que puedo por encerrarlos. Pero ya le he dicho que en España gobiernan, o quieren gobernar, los partidos políticos, como durante la guerra. Sólo que ahora cada español parece haber fundado su propio partido, y así no podemos entendernos. Creo que ya son once las clases de socialistas que tenemos, y no le digo nada de los anarcosindicalistas. ¿Cómo no voy a sentirme cansado y vencido? Pero, dígame usted: ¿conoce a algún preso injustamente encarcelado?

—Un joven periodista llamado Castillo–Puche.

Don Inda apuntó el nombre en un papel. Luego anotó también todos los que Hemingway iba dictando, todos los que acudían a su memoria. Cuando hubo terminado, el presidente marcó un número de teléfono.

—Hernández, le mando una lista de prisioneros que son inocentes. Antes del anochecer tienen que estar en su casa. ¿Cómo? ¿Y yo qué leches sé?… Bueno, pero usted debe saberlo, para eso es ministro. Haga que los encuentren y los suelten… Claro que sin juicio. ¿No acabo de decirle que son inocentes? O haga que los juzguen si quiere, pero pronto… Algún cabrón que se la tendrá jurada o algún bandido que no mató un solo fascista y ahora quiere vengarse con la gente indefensa… Bien, infórmeme en seguida.

Después de colgar, Prieto llamó a un ordenanza y le mandó que llevara aquella breve lista al ministro de Gobernación. Luego se volvió hacia Ernesto.

—Esta noche estarán en casa, seguro. No se preocupe.

—Se lo agradezco mucho, de veras.

—No, soy yo el que se lo agradece como presidente del Consejo de Ministros de la República española. Si todo el mundo se atreviera a avisarme de estas injusticias, nadie cometería una más. Uno está para esto, coño, no sólo para presidir desfiles y aguantar los discursos de *la Pasionaría*.

Los gruesos labios de don Inda se abrieron en una ancha sonrisa y la sotabarba brillante se puso rígida. Prieto pasó una mano por el cráneo liso, como si se limpiara el polvo, y luego la dejó reposando encima del chaleco, a la altura del estómago; la otra mano fue a colgarse de la sisa, a la altura de la tetilla izquierda.

—Don Inda, ¿me permite que le diga una cosa? —preguntó Hemingway.

—Aquí tenemos libertad de expresión, muchacho. Con el permiso de los soviéticos, claro —volvió a reír el líder socialista.

—Es usted un gran presidente, se lo juro —dijo Ernesto con un ápice de emoción en la voz.

—Lástima de buenos vasallos, ¿verdad?

Ahora Prieto soltó una verdadera carcajada mientras se ponía de pie. Miró dudando la botella de vino y decidió no tocarla.

—Lástima que resulte tan difícil imponer la paz a los españoles. A veces tiene uno ganas de mandarlo todo a hacer puñetas, decir que se las arreglen como puedan, largarse al rincón más remoto del mundo, o más allá. Tengo los ojos quemados de tanto leer papeles —dijo señalando la mesa abarrotada—. ¿Para qué lucha uno? ¿Para qué trabaja? ¿De qué sirve todo esto? Hay momentos, al enterarme de lo que está ocurriendo a mis espaldas, en que desearía sólo tumbarme a dormir, dormir mucho tiempo, mucho tiempo, porque nada de lo que uno hace, nada de lo que existe tiene sentido. Se esfuerza uno por conseguir un país más justo, más limpio, y sale del empeño con las ropas salpicadas de sangre. ¿Merece la pena?

Hemingway se había enderezado también y a su lado parecía un gigante vigoroso y elástico. Descubrió de pronto otra razón para quedarse en España: le gustaba un país gobernado por un hombre como don Inda, un hombre sencillo, inteligente, malhablado, pesimista, sensible y cordial; un hombre que combatía el calor bebiendo gaseosa y se burlaba de sus ministros y de sí mismo cuando veía la oportunidad. Cualquier electorado del mundo hubiera escogido un gobernante así.

Sin embargo, en España se levantaban voces numerosas contra el dirigente socialista, ya que tanto él como Besteiro habían sido nombrados por un Parlamento minimizado por la guerra, cuya representatividad se ponía en duda. Las dimisiones de Azaña y Negrín, el primero porque nunca pudo entender la guerra y abandonó con aquella frase entre despectiva y desesperada: «Que se pacifiquen ellos», y el segundo porque no quería verse lastrado en la paz por los pactos, las concesiones y los errores inevitables en la contienda, habían ensalzado un poco por azar a aquellos dos socialistas que nunca hasta entonces habían logrado puestos de tanta responsabilidad, acaso porque realmente no los habían deseado.

Aunque don Indalecio Prieto se había mostrado como un político capaz en las sucesivas carteras ministeriales de Hacienda, Obras Públicas y Defensa, nunca sus propios correligionarios le permitieron ocupar el puesto que ocupaba ahora. Y no había sido por falta de huecos, ya que la joven República había tenido en sólo cinco años dieciocho gobiernos distintos, lo que había brindado un puesto de relieve a casi todo español con ganas de ocuparlo.

Curiosamente, después de la larga y difícil guerra, todos los socialistas, muchos a regañadientes, habían apoyado a Besteiro y a Prieto, y republicanos de izquierda, comunistas, sindicalistas y anarquistas sólo pidieron algunas carteras ministeriales para sus líderes a cambio de la aceptación. En cuanto a los antiguos partidos de la derecha, que habían colaborado mayoritariamente con los rebeldes, se les había excluido por el momento de las decisiones electorales en una comunidad que sólo

habían pretendido destruir, no mantener y defender.

Ernesto se despidió de Prieto y pasó un rato charlando con Salazar en el despacho anejo. Insistió el secretario en la conveniencia de que Hemingway compusiera un libro sobre la guerra española, siquiera para resaltar el valor y el sufrimiento de los participantes.

—¿Y por qué no escriben ustedes? —preguntó Ernesto. Todo el mundo le estaba pidiendo lo mismo.

—Lo hacemos, pero es otra forma de participar en la lucha. ¿Quién va a hacernos caso? En España, cada cual lleva su propia sardina en el bolsillo y no cesa de arrimarle el ascua. Es preferible que lo hagan ustedes, los extranjeros. Aunque se equivoquen, aunque mientan, todo el mundo escuchará.

—Sin embargo, en España es más importante vivir que escribir —dijo Ernesto.

—Desgraciadamente, hay pocos que lo entiendan así. ¿Cree que tendrá éxito su gestión?

—No lo dudo —respondió Hemingway—. Prieto sólo quiere saber los nombres de los inocentes para salvarlos, y yo le he dado los que conozco.

—A veces los hombres, por buena intención que tengan, no pueden vencer el odio. Y el odio ha sido generosamente sembrado en nuestra tierra. Es una hierba milenaria, robusta y firme.

Víctor Salazar lo acompañó hasta la misma puerta del palacete presidencial. Era ya la hora de comer, la hora de comer en España. Ernesto se sentó en un quiosco de Recoletos, bajo una sombrilla en la que lucían los colores republicanos. Algunas banderas desechadas de desfiles, batallas y ceremonias habían sido utilizadas para dar sombra a los madrileños. Si no para otra cosa, los símbolos de la madrastra–patria servían para eso.

Por entre el perfume de los geranios que formaban la valla se expandía un pesado aroma a calamares recién fritos: era algo poco frecuente en la ciudad tantas veces sitiada por el hambre y por la escasez. Ernesto decidió quedarse a comer allí mismo: un par de cervezas grandes, heladas, y un buen plato de calamares rebozados.

Entrecerró los ojos para contemplar a las muchachas veraniegas que comenzaban a abandonar sus trajes negros y sus feas medias de lana, su largo e involuntario luto. Pasaban delante de él por parejas, mirando de soslayo. Raramente eran perseguidas por los jóvenes. En realidad, escaseaban los jóvenes, o estaban demasiado ocupados recuperando trabajos perdidos, discutiendo en algún rincón sobre los peligros de una guerra mundial, sobre lo que había declarado Sánchez Albornoz, tan claudicante que parecía haber deseado perder la guerra, sobre unas confesiones de Franco al *Diario de la Marina* acerca de los políticos españoles en el poder… En todo caso, vivos o muertos, carecían de tiempo para perseguir a las muchachas por la calle y eso estropeaba la frescura de la cerveza y el sabor aceitoso de los calamares. La

verdadera fiesta quedaba empañada por sombras como ésta, por sangre que en alguna parte seguía fluyendo. Ernesto Hemingway se quitó la corbata verde, la guardó en el bolsillo y luego pensó que ese gesto tampoco remediaba nada. Por consiguiente, volvió los ojos a las muchachas y las imaginó milicianas valientes conjurando la muerte en los campos de batalla. No podía evitarlo: le gustaba la guerra.

Claro que seguía viviendo en un país en guerra. De otro género, pero guerra al fin. ¿Alguna vez llegaría la verdadera paz a España? Ah, pero ese día sería la muerte, la auténtica muerte de esta tierra que tanto amaba. Le preocupaban menos las reyertas entre anarquistas y comunistas, entre socialistas de grupos rivales, le importaban menos las checas macabras, si realmente existían, que esa posibilidad de paz definitiva, porque iba a ser la paz de los sepulcros. Los españoles dejarían de ser lo que siempre habían sido y él tendría que marcharse.

Ernesto se limpió sonriendo la espuma que le empapaba el bigote. De momento, podía continuar sentado allí.

CAPÍTULO SEGUNDO

El desierto de los perdedores

(Octubre de 1939–marzo de 1939)

11

¿Y CÓMO LE DIGO yo todo eso?

El vendedor de plátanos fritos ahuyentaba el sueño meneando cadenciosamente el cuerpo al compás de una música que brotaba en alguna parte. Lo miró con ojos un poco serviles, un poco irónicos, y respondió con aquel acento azucarado que parecía al mismo tiempo una burla y una muestra de sumisión:

—Pues no se lo diga, señor.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro, señor, muy seguro. ¿No quiere unas bananitas?

Salvatori hizo un gesto con la mano, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta para ver si encontraba allí una respuesta y echó a andar por una callecita mal iluminada, ahogada por los mil aromas distintos que el calor aplastaba al asfalto, inundada de musiquillas y voces confusas.

Lo primero que había pensado señalar en su informe era que se vivía muy bien en La Habana, que la vida merecía vivirse. Al conde le hubiera gustado sin duda leer estas cosas si cuando llegaran a Roma no sufría un ataque de ira causado por la soberbia germánica, que estaba iniciando ya su europeo banquete sin brindar muchos platos a la Italia imperial. ¿No era un riesgo evidente mencionar el paraíso a las puertas del infierno? En un relato de aquella índole probablemente no fuera adecuado incluir descripciones frívolas o apuntes paisajísticos.

El general Dávila, enamorado desde muchos años antes de aquel género de vida, lo había llevado la noche anterior al cabaret Sans-Souci y a pasear por La Concha en compañía de una mulata que cantaba con un grupo de bongoseros. La chica reía mucho, y cuando Dino Salvatori la invitó a tocar la espuma del mar con sus pies desnudos, se quitó la blusa y mostró a la luz caliente de la luna dos pechos portentosos, tan simétricos y rígidos como el emisario no había visto en su vida. El espectáculo costó únicamente veinte dólares, incluyendo un breve recital de guajiras que la chica le ofreció a título particular en su apartamento de Colón, al término de una noche magnífica y gozosa. Dávila se había retirado muy pronto a rumiar las primeras noticias del italiano y éste pudo, en solitario, cumplida la primera parte de la misión, disfrutar los misteriosos y ya patentes encantos del Caribe.

Pero temía ahora que a los esbirros y burócratas del Duce, por muy habituados que estuviesen a correrías de ese tipo en Abisinia, no iban a satisfacerles las alusiones a estos sucesos, aun omitiendo o minimizando la parte mejor y más íntima de los mismos, por ejemplo, el hecho de que la mujer cantase desnuda y medio borracha y que más tarde le obligara a repetir en la cama algunas actividades difíciles de multiplicar en tan poco tiempo.

Así pues, Salvatori se ciñó a unas primeras impresiones sobre las posibilidades de

éxito que podía augurar a su trabajo. Algunos de los generales rebeldes habían evidentemente olvidado en sólo unos meses las amarguras de la derrota y comenzaban a habituarse a una vida inactiva y muelle. Ciertos de ellos empezaban incluso a enamorarse del sargento taquígrafo Batista, que no se sentía muy seguro con sus estrellas de general autonombrado y prefería disponer a su lado de hombres con experiencia en toda clase de luchas y conspiraciones armadas. El propio Dávila le había susurrado entre dientes los nombres de presuntos traidores, aunque los disculpaba por las necesidades del momento.

—¿Qué quiere usted que hagan? —había preguntado—. Llevan casi cinco meses lejos de la patria y somos militares acostumbrados a la acción, a la lucha, al trabajo duro. ¿No es lógico que intenten ocuparse en algo, descubrir algún género de enemigo que les dé alicientes para vivir, seguir a algún líder? Es peligroso que los militares estén mucho tiempo inactivos y Batista tiene suficientes enemigos como para ocupar a un ejército entero. A pesar de ello, puedo asegurarle categóricamente que están todos dispuestos a salir de aquí y acudir a donde sean llamados, siempre que la oferta merezca la pena.

Salvatori no dijo quién podía llamarlos ni para qué ni cuándo, sobre todo porque tampoco él lo sabía. Las instrucciones recibidas de Ciano eran muy parcas en este campo. Tenía que averiguar el estado de ánimo de los militares españoles y deducir si estarían dispuestos a secundar una acción, cualquiera que fuese, programada desde Roma. La proposición podía encerrar lo mismo una invasión conjunta o un golpe de mano que un alistamiento masivo a las tropas fascistas lanzadas ya a la guerra europea.

Lo que había descubierto hasta entonces no era muy esperanzador. Varios de los altos militares confesaban estar hartos de aventuras suicidas —Sanjurjo primero, luego Franco— y únicamente no habían puesto grandes reparos a la posibilidad de reagruparse en Marruecos, en donde podrían reunirse con ciertas garantías tropas abundantes y dispuestas a cualquier cosa, siempre que contasen con un decisivo apoyo italiano. Algunos otros habían encontrado ocupación en distintas formaciones armadas. Un fuerte contingente había aceptado la oferta de Oliveira Salazar y vestía ya el uniforme portugués en las colonias africanas. Unos pocos se habían diseminado por toda América Central y del Sur, brindando experimentado apoyo a los distintos dictadores de la zona a cambio de excelentes salarios. Los más destacados generales, sin embargo, permanecían en Cuba a la espera de acontecimientos. ¿Cuáles eran sus propósitos? ¿Qué esperaban, si algo estaban esperando? ¿Se sentían abatidos, rencorosos, pusilánimes, impávidos? Salvatori no había logrado saberlo.

Mas no por ello se sentía desdichado. Aparte las compensaciones que su trabajo le proporcionaba en La Habana, ciudad pecadora y risueña gracias a los yanquis, había conseguido con cierta rapidez una cita con el general Franco. Mientras ponía

orden en sus notas y recordaba junto a un daiquiri la noche con la chica cubana, el italiano hacía tiempo esperando en el bar del hotel el gran encuentro. Estaba asfixiado de calor, las gotas de la transpiración resbalaban por su rostro moreno y los ojos verdes se entrecerraban por el exceso de luz. Guardó en la cartera sus papeles y volvió a hojear una vez más un *Life* del mes de agosto, intentando entresacar algunas enseñanzas.

Un recuadro metido dentro de un paisaje submarino anunciaba un articulo de Francisco Franco titulado «Por qué perdimos la guerra». Tenía noticias Salvatori de que junto al comité de recepción del yate *Esperanza* había acudido un agente americano que ofreció al general derrotado dos mil dólares por cada artículo acerca de su aventura. Franco había aceptado al fin y ésta era la primera entrega de una especie de memorias de urgencia basadas en sus peripecias militares.

El estilo literario de Franco, probablemente retocado por Carrero u otro de los suyos, era frío, áspero y denso. Un confuso patetismo flotaba sobre la retórica justificadora a lo largo de las cinco páginas, especialmente al cotejar los textos con las fotografías que los acompañaban. Franco no menospreciaba a nadie, no insultaba ni ofendía, no acusaba ni emitía juicios de valor relativos a las personas. Dino Salvatori llegaba incluso a pensar que deseaba congraciarse con los vencedores, que de alguna manera estaba arrepentido e insinuaba una rehabilitación, o bien caminaba a tientas en espera de la reacción que provocara el escrito entre los suyos: aquello no era más que un prólogo. Los proyectos de su patrón italiano podían tambalearse.

—El general está muy calmado, muy calmado —le había dicho reiteradamente el viejo general Dávila.

¿Qué significaba exactamente aquella palabra? Su personal derrota —escribía el general gallego— había sido la derrota a manos del comunismo de toda posibilidad de instauración en el mundo de las grandes ideas tradicionales de la cultura occidental: el cristianismo, la justicia, el respeto a la propiedad privada, el orden, la paz duradera, el amor a los antepasados, el progreso dentro de las líneas clásicas. Por eso no era una derrota suya propia y exclusiva, o de España únicamente, sino el aniquilamiento de toda la Europa cristiana bajo la presión de masones, judíos y comunistas soviéticos. «El gran error de las democracias, compañeras de viaje de la dictadura estaliniana, consistió en apoyar a un gobierno dominado por el anarquismo y la corrupción. Sus envíos ingentes de armas a comienzos de la batalla del Ebro significaron el golpe de gracia a la España eterna y a toda una civilización». ¿Qué significaba la calma?

—El Generalísimo confía en el futuro y medita con sosiego en el porvenir de la patria. El gobierno republicano caerá por su propio peso y entonces no duda, como ninguno dudamos, que el pueblo español volverá a llamarlo para regir la nación.

Ésta era una hipótesis más optimista, se dijo el italiano, sobre todo teniendo en

cuenta que una parte del pueblo español había estado ya a su servicio y, dentro o fuera del país, todavía confiaba en él. Sin embargo, la interpretación de Dávila no aparecía por ningún lado en el artículo de *Life*: acaso estaba oculta en el enigmático «continuará».

Sí podía leerse, en cambio, una esperanza bien distinta en las siguientes páginas de la revista. El conocido periodista americano Ernest Hemingway publicaba un curioso informe acerca de los «toros de la libertad», y entre capotazos, botas de vino y pasodobles, venía a insinuar que el pueblo español había encontrado al fin su lugar al propio y esplendente sol, que las calles respiraban gozo y que a pesar de incidentes políticos de menor categoría, el país había encontrado un gobierno demócrata, presidido por un tipo rotundamente genial, tan demócrata que no había prohibido las corridas, como en un principio se había temido. Jóvenes novilleros y banderilleros, lanzados a la gloria ante la escasez de figuras de más talla, eran paradigma de ese gobierno formado, aparte de unos pocos hombres de gran relieve, por otros casi desconocidos antes de la guerra que, no obstante, lidiaban con soltura, con temple, con valor, una posguerra que todos habían preconizado delicada e incluso dramática.

—Si de algo puedo estar seguro —se dijo Salvatori mientras anudaba la corbata— es de que el gobierno español no va a ofrecer otra oportunidad a Franco, aunque la pida de rodillas. Si la quiere, habrá de conseguirla por la fuerza.

Se encaminó hacia el Centro Gallego, en donde había sido citado por el general a través de su lugarteniente Carrero. Tenía Franco que dar una conferencia anunciada con el título de «España devastada» a las nueve de la noche y había accedido a dedicar media hora al enviado del conde Ciano.

Numeroso público charlaba, paseaba y bebía por las habitaciones y corredores del edificio a la espera de las palabras del general cuando Salvatori fue conducido a un despachito del segundo piso en el que Franco lo estaba aguardando. Había engordado un poco y los brillantes ojos aparecían rodeados de sendos círculos amoratados que se hinchaban en su parte inferior formando dos bolsas cárdenas. Franco parecía haber envejecido mucho en los meses de exilio y su aspecto inducía a pensar que le habían abandonado la fuerza y el empuje de otros tiempos. Ofreció al italiano una mano blanda e indecisa, prudente, y de inmediato se sentó dispuesto a escuchar.

—¿Qué tal por Roma? —dijo.

—Todos están bien, general —se apresuró a decir Salvatori.

—Dicen que mi cuñado tiene que trabajar mucho.

—Traduce libros. El señor Serrano Suñer necesita olvidar su tragedia personal. Vive muy aislado, mucho más de lo conveniente.

—Bien, bien. ¿Y los obispos? ¿Qué hace Gomá?

Salvatori se sintió incómodo con la pregunta. ¿Por qué se interesaba aquel hombre por el cardenal? Las actividades de Gomá no podían figurar honrosamente en

un informe político, pero Salvatori no tuvo más remedio que relatárselas a Franco, siquiera para congraciarse con él. Era una historieta tan lamentable como jocosa, de la cual, ciertamente, podía sacarse mucho partido. El italiano se dedicó a ello con ahínco.

Instalado en una lujosa habitación del Colegio Español de Roma, el cardenal dedicaba su ocio a la cría de tórtolas. La pajarería había sido su afición secreta y apenas practicada en sus muchos años de servicio a la Iglesia; ahora podía dedicarle un tiempo que no le servía para otra cosa. Así pues, Gomá había instalado varios jaulones en un corredor del ático, detrás de una cristalera, y allí procuraba alimentar e inducir a procrear a las tórtolas. En un periódico había declarado que eran animales símbolo de la pureza, pero, desdichadamente, el reportero había escrito a continuación que también eran empleadas en los juegos de magia, como verdaderos fantasmas alados. El cardenal no sólo lo sabía, sino que se había convertido en el principal proveedor romano de tórtolas y muchas de las aves que salían de las chisteras y se ocultaban en las mangas de los prestidigitadores de Europa entera llevaban sobre sus cabecillas inocentes la bendición paternal del purpurado, que se la prodigaba en secreto antes de ponerlas a la venta a través de su secretario.

—Ciertas personas han criticado mucho estas costumbres —añadió Salvatori—, especialmente el hecho de que el señor cardenal venda los pajaritos a las gentes del espectáculo, pero más grave hubiera sido comérselos, digo yo. Por otra parte, ¿en qué iba a ocuparse su eminencia? Roma está tan llena de obispos, frailes y curas españoles que no caben en la ciudad del Vaticano. Y lo más enojoso es que desde mediados de setiembre han comenzado también a llegar trenes enteros de eclesiásticos polacos. ¿Qué va a hacer el Papa con tantos súbditos? ¿Dónde va a alojarlos? ¿Cómo les dará de comer? Son millares, y el Duce ha comenzado a ponerse nervioso y ha amenazado a Pío XII con echarlos de Roma si no apoya su política públicamente.

—Comprendo, comprendo —dijo Franco mirando con fijeza al emisario.

—Es una verdadera calamidad. Quizá yo no sea un buen cristiano, si me permite decirlo, pero pienso que algo se debería hacer con esa gente. Si quieren criar tórtolas, allá ellos, ¿no le parece? Peor sería que se dedicaran a instalar burdeles, como en otras épocas. Peor porque a los romanos nos costaría mucho más caro.

Franco asintió con la cabeza, sin sonreír.

—Desde luego.

Por un instante, el italiano pensó que se había equivocado. El rostro impenetrable del general, sus concisas respuestas, le impulsaban a guardar silencio o a exponer sin ambages el motivo de su visita. Franco seguía mirándolo sin pestañear, inmóvil en su sillón. Al cabo de unos segundos de vacilación, continuó con sus noticias:

—Están intentando enviarlos a las misiones, pero se dice que los sacerdotes

españoles se han negado. Se han negado tan decididamente que su santidad ha iniciado gestiones para devolverlos a su patria. Puede que los reciban a palos, pero no creo. Como usted sabe, Prieto ha nombrado ministro de cultos al señor Bergamín, que es un buen católico, según cuentan, y no me extrañaría que tarde o temprano les permitiesen desembarcar. Las monjas, sobre todo, plantean en Roma problemas gravísimos. No saben más que bordar y confeccionar pasteles, y ni Italia entera podría comprar tantas sábanas y comer tantos pasteles como sería necesario para que se ganasen decentemente la vida.

—Pero el Vaticano es rico —dijo Franco en un susurro.

La opinión animó un poco al italiano, ya en el límite de sus fuerzas. Se sentía desarmado ante la impasibilidad, ante el silencio de su interlocutor. Los dos ojillos astutos parecían traspasar su cabeza y clavarse en la pared, a su espalda. Salvatori intentó caldear un poco aquella mirada y no encontró en su cerebro más que vulgares chismes de los españoles en el exilio. No encontraba una grieta para cambiar de conversación e ir al grano, así que prosiguió:

—No dudo que el Vaticano sea rico, pero a nadie se le puede ocurrir que vaya a entregar sus tesoros a todos esos refugiados. Tal vez por eso ha surgido en Roma una figura contradictoria y muy atrayente que intenta remediar la situación a su manera. Es un cura español llamado José María Escrivá, un hombre joven y decidido. Estuvo en Burgos cuando tenía usted allí el Cuartel General y, ciertamente, es un tipo mucho más listo de lo que parece a primera vista. Pues bien, este cura ha comenzado por reunir a los más dotados de su gremio y con ellos ha montado en la Ciudad Eterna y en otros lugares de Italia diversos negocios que marchan viento en popa. Tienen panaderías, imprentas, lavanderías, establos, sastrerías religiosas, una pequeña industria de muebles, un par de barcos pesqueros, etcétera. Trabajan en comunidad y viven magníficamente con los beneficios de ese trabajo, ayudados por algunos seglares también exiliados y muy competentes. Todavía se sabe muy poco de ellos, porque actúan casi como una sociedad secreta, pero son respetuosos y admiradores del Fascio e incluso colaboran en la prosperidad económica de Italia. La idea no parece mala y así se piensa en las altas esferas, tanto del partido como del Vaticano. En un librito que utilizan como Biblia hay muchas expresiones concordantes con lo esencial de nuestra ideología algunas incluso sublimadoras de la misma.

—¿Y cómo ha dicho usted que se llama? —preguntó Franco.

—¿El cura? José María Escrivá, o Escriba, no se han puesto de acuerdo mis informadores. Creo que es aragonés. Ha decidido hacerse santo ganando dinero. No es mala idea, no —Salvatori sonrió tímidamente—. Eso me decía el conde Ciano. Que tal vez consiga resolverle al Vaticano el problema de tantas bocas hambrientas. Y Pío XII, mientras no le toquen sus dineros, tan contento.

—Es natural —dijo Franco.

—Por supuesto. Él debe de pensar que no tuvo la culpa de que no supieran ayudar más firmemente a la causa.

—Algunos lo hicieron muy bien —dijo el general moviendo los dedos de la mano que tenía sobre la mesa.

—Lo que hicieron fue escapar. ¿Cuántos tomaron las armas? ¿Por qué no empujaron al pueblo llano a la rebelión?

Franco hizo caso omiso de las preguntas.

—Y dígame —preguntó—, ¿cómo andan los muchachos de Falange?

—No muy briosos, la verdad —dijo Salvatori agitando la cabeza para quitarse el sudor y el desasosiego—. Se pasan la vida enfrascados en riñas y francachelas y ya han tenido un par de encuentros con nuestras juventudes. Por desgracia ellos no han encontrado un líder, como los clérigos. Pero en el fondo están deseosos de volver a la lucha.

—¿De volver a la lucha?

—Han sido educados para imponer sus ideas por cualesquiera medios y lo malo es que ahora se equivocan de destinatarios. Han llegado a decir en Roma que las ideas de José Antonio son superiores a las de Mussolini, y que la Falange es un movimiento más puro y más viril que el Fascio. Han sido encarcelados media docena por atreverse a exponer tales estupideces. Con todo, es seguro que volverán a la lucha si usted los convoca de nuevo.

—Pero ¿a qué lucha se refiere usted? —dijo Franco sin emoción alguna.

El emisario italiano había logrado interesar a su interlocutor y no desperdició por más tiempo la oportunidad.

—El conde Ciano tiene grandes proyectos para Italia y España unidas. «Si caminamos juntos —me ha dicho—, todo el Mediterráneo y África entera serán nuestros». También piensa que llegará pronto una oportunidad mejor y solamente quiere de usted que le dé una palabra de aliento. No una promesa, me lo dijo muy claro, sino sólo una palabra de aliento. La guerra no se ha perdido; sólo acaba de empezar.

—Tal vez sea usted demasiado optimista.

—General —dijo ahora el italiano con decisión y cierta rudeza—, general, debería usted viajar a Italia y ver lo que Italia es ahora. Ver nuestros ejércitos, nuestras juventudes, nuestro espíritu. Nunca en la historia se había visto un pueblo tan unido para un fin tan noble. El Duce no tiene un solo enemigo dentro del país, y los de fuera no son tan fuertes que puedan derrotarlo. Con la cooperación de Alemania, toda Europa caerá en nuestras manos.

No hablaba con pasión, sino como si recitase una vieja profecía muy bien aprendida, una profecía en la que él mismo no estuviera implicado. Como si tuviera el alma en otra parte.

—Pero los españoles son muy duros de pelar —dijo Franco con una sonrisa sincera y un poco abnegada.

—No si se hace un nuevo planteamiento de las cosas. No si nuestra colaboración es más estrecha. Así piensa el señor ministro; así me pidió que se lo dijera.

—¿Qué proyectos tienen ustedes entonces?

—Créame si le digo que yo los ignoro en toda su amplitud. Ahora debo dirigirme a España para estudiar la situación desde dentro.

—Lo cogerá la NKVD —dijo Franco, repitiendo su sonrisa de antes.

—No se preocupe por mí, general. Sabré cumplir honradamente mi misión y usted recibirá mis impresiones vía Italia.

Francisco Franco se recostó en el mullido sillón que le habían dispuesto los directivos del Centro Gallego. Se limpió los labios como si borrase inoportunas palabras y entrecerró los ojos para meditar unos instantes. Luego, sorbió un traguito de zumo de limón que tenía sin probar encima de la mesa. Al lado, una carpeta marrón encerraba el texto mecanografiado de la conferencia que iba a pronunciar en seguida. Envuelto en aquel mutismo, a Salvatori le pareció el general repentinamente desmoronado. Una guerra no pasa en balde para los hombres y menos cuando esa guerra se pierde. ¿Sería capaz de secundar con energía los proyectos de su patrón? Intentaba adivinarlo, leerlo en aquellos ojos opacos, descubrirlo en los labios tensos y un poco caídos.

—Puede contar el Duce con mi voto de confianza —dijo Franco.

—¿Debo decir a Ciano exactamente eso?

—Exactamente.

—¿Y qué opinan sus subordinados?

—Lo mismo que yo.

Salvatori quiso preguntar qué opinaba realmente el general, pero hizo la pregunta de otro modo:

—¿Contará Italia con su apoyo?

—Diga que tienen mi confianza, lo mismo que mi agradecimiento.

—También —continuó Dino Salvatori después de tragar saliva dos veces y pasando directamente a la segunda parte de su mensaje—, también he sido encargado de decirle que si necesitan algo de orden material, se abrirá una cuenta a su nombre en un banco de La Habana o de cualquier otro sitio. Una cuenta en dólares, naturalmente.

—Gracias —dijo el general Franco.

Sin terminar de pronunciar la palabra se puso de pie y le tendió la mano medio abierta. Apenas tuvo tiempo Salvatori para pensar cómo debía interpretar esa palabra. ¿Había dicho sí o había dicho no? Por el momento, ordenaría la apertura de la cuenta y se vería más tarde si hacían o no uso de ella. Ahora el apretón de manos del general

fue un poco más vigoroso que al recibirlo. Tal vez había quedado satisfecho. Salieron juntos del pequeño despacho.

—No olvide dar mis saludos al conde Ciano y también a mi cuñado y a los otros camaradas, si los encuentra en Roma.

—No lo olvidaré.

Dino Salvatori siguió a pocos pasos de distancia al ex general español. Vestía un traje de alpaca gris marengo, muy ligero, que contrastaba con los atuendos de gran parte de los asistentes a la conferencia. Incluso el general Muñoz Grandes, sentado en primera fila, había acudido con una guayabera de color añil y unos anchos pantalones de color beige. No todos los amigos de Franco se habían permitido tantas libertades, a las que sin embargo estaban inclinados por el ambiente y el calor de la ciudad. Luis Carrero, que vivía pared por medio en el mismo hotel, se había ataviado de oscuro y no se había despojado de la corbata. De modo parecido se presentaban Juan Antonio Suances, Gómez-Jordana, Varela, Beigbeder y Sainz Rodríguez, el cual se había trasladado desde Estados Unidos donde estaba exiliado para visitar a sus amigos militares. El general Yagüe, el gran derrotado de Badajoz, vestía un traje claro, pero no llevaba corbata.

El emisario italiano tomaba mentalmente nota de las personas concurrentes al acto, ya que su asistencia implicaba una fidelidad a toda prueba hacia el antiguo jefe. La mayor parte de los jefes militares seguían en La Habana y habían acudido al Centro Gallego. Salvatori sabía ya que no podía encontrar allí a hombres tan conocidos como Queipo de Llano, que formaba parte del ejército alemán, y Millán Astray, que ya en junio había dado que hablar por sus hazañas en Angola.

Se sentó en una de las últimas filas y mientras Franco hablaba con voz monótona y débil, un poco atiplada, calculó las posibilidades de éxito que podría tener una oferta en toda regla a aquellos hombres. ¿Abandonarían el dulce exilio o volverían a empuñar las armas? ¿No era la derrota una herida demasiado profunda como para permitirles lanzarse a nuevas aventuras? ¿Hasta qué punto no flaqueaba su dignidad de soldados, su confianza en sí mismos, sus deseos de una patria mejor? Le importaban poco las opiniones del general acerca de una España devastada, es decir, segada de las vidas más gloriosas, tumba de las ideas más esperanzadoras, vacía de gloria y de entusiasmo, porque eso mismo habría de comprobarlo él algunas semanas más tarde. Eran para él más importantes los nuevos uniformes, los gestos, las expresiones de una parte de los asistentes al Centro Gallego. Un fuerte control policial ordenado por Batista había cribado las entradas y no se podía esperar allí dentro ninguna voz contraria, ningún género de oposición. Pero los polizontes de la puerta carecían de poder para esquilmar los corazones de todos aquellos hombres y era un trabajo que le correspondía a él. Todos habían sido arrastrados a una loca aventura, ahora bien, ¿por qué lo habían hecho? ¿Creían verdaderamente en algo?

¿No deseaban tan sólo un poco más de acción, un poco más de prestigio y de poder, un poco más de dinero, incluso? ¿Podía comprobarse que habían luchado por unas ideas o era plausible, a estas alturas, la duda? Y en ese caso, ¿cómo iban a estar dispuestos a repetir el riesgo si antes alguien no les garantizaba con absoluta certeza que iban a ganar y, en consecuencia, que iban a conseguir todo aquello que apetecían y les había sido negado?

Era un aspecto de la cuestión que convendría dejar muy claro en su informe para que Ciano obrase en consecuencia. Tenía que prometerles algo más. Las glorias de Italia, e incluso las de España vinculada a Italia, tal vez no fueran suficientes para sus ambiciones.

Cuando empezaron a sonar los primeros aplausos, un poco amortiguados por la cortesía hacia el conferenciante, Salvatori se deslizó silenciosamente hacia la puerta de salida. Algunas visitas rutinarias y su estancia en La Habana habría concluido. Necesitaba, pues, aprovechar al máximo los últimos momentos. No se encontraba ya encerrado en el pequeño submarino en el que apenas podía respirar, con toneladas de agua sobre la cabeza y la amenaza de una carga en cualquier instante. La noche era calurosa, pura, diáfana, y hasta Cuba no podían llegar los alaridos de los polacos aplastados por los tanques nazis. Salvatori tampoco quería pensar en su propia vida. Sobre algunas calles volcaba la música, el esplendor de una ciudad eternamente en fiesta. Para sobrevivir, los cubanos tenían que cantar, pero tampoco en ello quería detenerse Salvatori. Conocía los lugares en que se cantaba, los lugares en que abundaban el whisky y las mujeres: las redes del olvido. Los norteamericanos iban descargando sus mercancías de soberbia y de dólares y todo el mundo parecía dichoso. Era comprensible que, llegado el momento, muchos de aquellos hombres con quienes había hablado se negaran a regresar a Europa. A él mismo le costaba un gran esfuerzo hacerlo.

Sí, necesariamente tendría que incluir en su informe algunas referencias a las noches de La Habana. Necesariamente tendría que hablar de las mulatas, de Varadero, del mar, de las guajiras, de las borracheras de ron, de la alegría de vivir para que sus superiores no carecieran de datos a la hora de llamar a todos aquellos hombres. Tal vez ellos mismos no estaban disfrutando mucho de todo esto, pero no sería fácil arrancarlos a la posibilidad de hacerlo en cualquier momento.

—Ciano tiene que saberlo, lo siento —dijo Salvatori a voz en cuello a un vendedor de plátanos fritos que lo asaltó a la puerta misma de su hotel.

12

—¿USTEDES GUSTAN?

—No, no; gracias.

—Hay para los cuatro, señor. Vienen ustedes de la ciudad y por allá dicen que hay mucha hambre —insistió la mujer.

—Además, llevamos tres horas de retraso —dijo el hombre—. Y con estas prisas le entra hambre a cualquiera. ¿Quieren probar un poquito? Mi señora dice la verdad: hay para los cuatro.

Alejo Rubio miraba de soslayo a su patrón, con la boca llena de agüilla. Dos veces se habían manifestado públicamente sus tripas con escandalosos borborigmos y el estómago empezaba a dolerle, pero el americano se empeñaba en no aceptar la invitación de los campesinos. Estaba ensimismado contemplando los campos otoñales, amarillos y resecos, punteados de árboles amodorrados y, de vez en cuando, de pinares oscuros en cuyas lindes pastaban confusas masas de ovejas inmóviles. Detrás de sus ojos se adivinaban pensamientos extraños al viaje mismo, un género de tristeza o de ansia que no había querido revelar.

—El señor no tendrá hambre, pero aquí al amigo le han estado rugiendo las tripas —dijo socarrón el hombre—. Y no me extraña nada, porque está cayendo la tarde.

—Yo aceptaría un poco de tortilla, si no es molestia, sí, señor.

—Tiene cebollinos. Es muy rica.

—Bueno, pues no se hable más —dijo Rubio—. Me dan ustedes un cachito para que se entone el cuerpo. Tengo gazuza, es cierto.

—¿Y su amigo va a rechazarlo? —preguntó el hombre.

—Vamos, Ernesto, que no has comido desde esta mañana. No vas a hacer el feo a estos señores.

Ernesto Hemingway dejó escapar una sonrisa brillante y sincera. Muy pocas veces en su vida había permitido que alguien lo invitara, porque eso era como pasar a depender de otro, pero estaba realmente hambriento y aquel matrimonio ofrecía con toda nobleza sus tesoros. Había montado en el tren con el retratista a las nueve de la mañana y todavía les faltaban casi dos horas para llegar a Medina del Campo. El tren mixto se había ido parando a capricho en pueblos y campo abierto; durante tres cuartos de hora estuvieron haciendo maniobras en Ávila, enganchando y desenganchando ruidosos vagones; en cualquier insignificante apeadero dedicaban veinte minutos a cargar y descargar misteriosos bultos con los envoltorios de tela rasgados, bicicletas de ruedas pinchadas, sacos de patatas tardías que habían comenzado a brotar después de largas semanas arrinconadas en el ferrocarril, un asno remolón que tuvo en vilo a ocho personas durante diez minutos… Ernesto, que había estado muchas veces a punto de desesperarse, decidió dejar libres su imaginación y

sus recuerdos, y así el viaje se hizo llevadero porque el humilde paisaje se transmutaba constantemente: las dulces colinas toscanas, las sabanas espléndidas de África, llenas de bestias salvajes, el milagro de los maizales de su tierra y el bullicio infatigable de las callejuelas de París, que había absorbido hasta los poros. Los dos compañeros habían comprado sendos bocadillos de chorizo en la estación de El Escorial, pero el chorizo estaba rancio y duro el pan, de modo que sólo pudieron comer una parte.

—Está bien, acepto. Pero yo pondré la bebida.

—Tenemos vino de la tierra. Este año ha salido un poco agrio, la verdad —dijo la mujer con un gesto de pesadumbre.

—La guerra ha envenenado las cepas. Es buena tierra y una viña de primera, pero el año pasado debió de agriarse el mosto en las tinas. No sé por qué.

—Y las uvas de este año tampoco traen buena cara.

—La botella que tengo —dijo Ernesto— es buena. Un vino murciano algo dulzón, pero fuerte y espeso.

—Bueno, cataremos ése —dijo el hombre.

Ernesto se puso de pie para descolgar del maletero su bolsa de lona y de ella sacó una botella sin empezar. La mujer, después de haber extendido un periódico sobre el halda, había ido extrayendo de una cestilla de mimbre media hogaza de miga densa y oscura, un plato de porcelana desconchada con la tortilla y una tartera de barro que escondía una docena de trozos de tocino y lomo fritos. Cerró la tapa sin que los dos hombres sentados enfrente pudieran ver el resto minuciosamente organizado dentro de la cesta y echó el cierre con un rápido movimiento de dedos.

El vagón de tercera estaba casi lleno. Ernesto había rechazado las comodidades que su dinero podía brindarle, porque quería charlar con la gente y el vagón de segunda clase que aquel tren arrastraba iba siempre medio vacío. En todo caso, montaban en él empleados de la RENFE, frailes y alcaldillos de los pueblos del trayecto, personas todas con las que no tenía ninguna gana de hablar.

Sin embargo, se había arrepentido de esa decisión muchas veces durante el día. El banquillo de maderas transversales le hacía tanto daño al cabo de las horas que le dolían la cadera y la pierna enferma. Por la ruidosa ventanilla abierta entraban oleadas de carbonilla y polvo; le estaba picando la cabeza. Había intentado viajar con la gorra puesta, pero hacía demasiado calor. Así que maldecía entre dientes, sobre todo en las paradas, de los trenes españoles, de la tercera clase y de su estúpida decisión de ver la corrida de Medina del Campo.

La mujer, ataviada con un vestido negro de blancos botones, tenía una sombra de bigote que se advertía más al abrir la boca. De unos cuarenta y cinco años, era delgada y alta. También su marido era enjuto, con el rostro arañado por los trabajos y los años, apagados los ojos castaños y canoso el pelo. Cogió una rebanada de pan con

una mano ennegrecida y áspera, esperó a que la mujer depositara encima el trozo de tortilla aceitosa e inmediatamente empezó a dividirlo en pedazos minúsculos con una navaja muy usada de hoja brillante. Masticó muy despacio, una y otra vez. En ocasiones, se veían sus largos dientes amarillentos. Cerraba los ojos como para captar mejor el aroma y el sabor de la tortilla de cebollinos y patatas.

Alejo y Ernesto, que no llevaban consigo cubiertos, fueron mordiendo las gruesas lonchas de pan con la tortilla montada. Luego, escogieron algunas tajadas de tocino y de lomo y en poco tiempo acabaron los cuatro con las viandas. La botella iba escanciando el vino oscuro en un vasito del que todos bebían. Entretanto, las ruedas de hierro continuaban botando sobre los raíles, desesperadamente lentas y chirriantes. Su monótono traqueteo se rompía de vez en cuando con el pitido agudo y lúgubre de la locomotora de vapor, que resoplaba en las cuestas y apenas conseguía alcanzar velocidad en las llanadas.

—Es usted una buena cocinera, señora —dijo Ernesto mientras se limpiaba los labios con el pañuelo.

—Muchas gracias. La pena es que no es mucho lo que hay que cocinar.

—Las mujeres, siempre quejándose —dijo con cierta rudeza el hombre.

—Entre los unos y los otros han terminado con todo, créanme. Se comieron la comida, se bebieron el vino y mataron a nuestros hijos. Así es la vida, ya me dirán.

—Pero ya nunca va a ocurrir eso —dijo Rubio muy apenado.

—Dios le oiga.

—No pasará si no pasa —dijo el marido—. Los que mandan no quieren que les quiten el mando y los que no mandan quieren mandar. Así que todos nos empujan a matarnos a los que no entendemos la fiesta, ¿sabe usted? —se dirigía a Ernesto—. Ellos nunca pierden, ¿verdad? Nunca pierden, no, señor. Pagamos nosotros los cascos rotos sin haber ido a la fuente.

—Pero lo importante era ganar —dijo Rubio. En seguida se dio cuenta de que sus palabras eran una estupidez.

—Ganar ¿qué?, diga. Aquí nunca se gana nada, mire usted. Y ellos lo ganan todo. Siempre es lo mismo, que yo estuve ya en la guerra de África. Vienen y te dicen: «Oye, tú, mata a ése, que es malo». «Pero, oiga, si es vecino mío, si no me ha hecho nada». «Que es malo, que te lo digo yo». Y te convencen y vas tú y lo matas. ¿Y sabe usted lo que pasa? Claro, usted es de la ciudad y muy joven. No lo sabe. Pues que el otro, como es el que manda, va y dice: «Mira, como ése era malo, las tierras pa mí. Tú sigue trabajando y luego me pagas la hijuela, que la hijuela ya es mía». Y tú te quedas a silbar por las esquinas.

—Esas cosas no las permite el gobierno. Hay que denunciarlas —dijo Hemingway, que estaba pensando en don Inda—. Robar así es un delito.

—¿El gobierno? —dijo la mujer—. Me río yo del gobierno.

—Reírse no, mujer, pero dígame usted qué es el gobierno. Este gobierno o el que usted se sirva mandar. Pues, mire, el gobierno ni más ni menos que son unos señorones que todo se lo echan *p'al* saco. Y ahí te las den todas si has luchado y te has matado trabajando por la patria. Que al final la patria son ellos, u otros como ellos, vamos, parecido, da lo mismo; y ganen o pierdan el que siempre pierde eres tú. Fíjese: yo luché con la República y ganamos la guerra, pero, mientras tanto, las tropas se me comieron hasta dos mulas que había dejado en casa con mi señora. Llegaron y se lo comieron todo: el trigo, las gallinas, los ajos, todo. Y eso poniéndote a la República y al gobierno legal por delante. Y mi chico, que estaba estudiando en Valladolid, tuvo que irse con los falangistas y ahora no sabemos si está muerto o está en el maquis de Girón o fugado en Portugal. ¿Quién ha perdido? Pues nosotros, a ver. Y vaya usted a contárselo al gobierno, que te van a dar castañas pilongas y miel con leche. O una patada en cierta parte si se te sube el gallo.

El hombre había hablado sin menear la cabeza, mirando fijamente al periodista americano. No había rencor o pasión en su voz, sino la expresión de lo que le parecía una evidencia.

—¿Quiere usted un traguito de whisky? —dijo Ernesto con la intención de calmar al campesino y cambiar de recuerdos.

—¿Qué es el whisky?

—Es parecido al coñac —explicó Alejo—. Coñac de los americanos, porque este señor es americano.

—Mucho gusto. Lo cataremos, sí, señor.

El hombre bebió a gollete de la petaca de Hemingway un trago breve; removió el líquido en el paladar, hizo una mueca y por fin lo tragó. Se llevó una mano al pecho, como para recibir decorosamente el buche.

—Sí, señor, muy bueno. Un poco fuertecillo, pero no está mal. Muchas gracias.

La mujer denegó el ofrecimiento y Alejo y Ernesto acabaron con el botellín. Hemingway lo arrojó por la ventanilla.

—¿Van a Medina a los toros? —preguntó el fotógrafo.

—Qué más quisiéramos. No estamos para toros, no, señor. A ver si nos dan noticias del chico y, de paso, ver a unos familiares.

—Bueno, hombre, seguro que no le ha pasado nada.

—No, si yo creo que vivo está. Nos escribió una carta a mediados del verano. Pero a saber dónde, no traía remitente. Y es un niño, diecinueve años cumplió en febrero.

—Lo encontrará usted, señora, no se preocupe —dijo Hemingway.

—Dios le oiga —dijo la mujer.

Estaba anocheciendo cuando el tren entraba en agujas. El pueblo parecía dormido a la izquierda, tumbado entre los campos ondulados y yertos. Sólo algunas columnas

de humo gris se alzaban hacia el cielo y varias carretas esperaban a que se abriera el paso a nivel. No se oían voces: únicamente los violentos choques de los furgones entre sí, al ir frenando la locomotora, y el apagado resoplido de otras máquinas que maniobraban en vías muertas. Allí rendía viaje el convoy, y por los estertores de las calderas podía sospecharse que no hubiera podido llegar más lejos. Ernesto Hemingway se levantó, abrió los brazos y dobló hacia atrás la cintura para desentumecerse. La pareja de campesinos había recogido ya los restos de la merienda en la cestita de mimbre y miraba con los ojos sin expresión los caserones de adobe, los pinos sombríos, el campo tendido hacia el infinito en su letargo de otoño.

La estación bullía animada por una muchedumbre que trajinaba bajo la enorme marquesina de hierro. Vehículos arrastrados por burros, decrépitos caballos de tiro y hombres transportaban mercancías de toda índole, las cambiaban de vagón o salían con ellas por una carreterilla de adoquines que conducía al pueblo entre dos hileras de acacias inmóviles. Un muchachito de unos diez años cogió la bolsa de Ernesto y una maleta de cartón en que Alejo había recopilado sus pertenencias. La flamante Kodak llegada de América colgaba de su orgulloso cuello y algunas personas se detenían para mirarla un momento.

Bajaron andando hasta la plaza para buscar hotel.

Se lavaron, pidieron cena y por fin salieron a la calle, descansados, satisfechos y limpios.

—Oye, Alejo, ¿por qué no subimos hasta el castillo?

—Yo tengo los huesos doblados.

—Dicen que hay unas muchachas estupendas. Seguro que consiguen enderezártelos. Una visita de cortesía no nos hará ningún mal.

—Bueno, yo te acompaño si quieres.

Regresaron paseando hasta el paso a nivel de la estación y de allí emprendieron a la derecha la subida al famoso castillo de La Mota, residencia algún tiempo de la reina Isabel de Castilla. Los altos muros de ladrillo rojizo se erguían detrás del foso como una mancha oscura, como un vacío recortado sobre el cielo estrellado por un gigante armado de terribles tijeras. El puente levadizo estaba bajado y a través del portón del roble se filtraban luces amarillentas que iluminaban el patio de armas. Alrededor de la inmensa mole carcomida por los siglos, pero firme en su soledad, los pinos parecían espigas de trigo desmesuradamente hinchadas. Algunas parejas de enamorados estaban tumbadas al amparo de los árboles o caminaban por entre ellos, hablando en voz baja y refugiándose en las sombras. La noche era caliente y clara. Las últimas resinas de los pinares se difuminaban por las llanuras y un búho dejaba rodar colina abajo un graznido tristón y lastimero. Del pueblo ascendían los rumores de una fiesta que no alegraba a nadie, ladridos de perros vagabundos y el ajetreo de la estación.

Ernesto pateó el portón hasta que le abrieron.

Era una vieja Celestina con la cara semitapada por un pañolón negro. Alejo Rubio siguió a los dos de cerca, mirando muy sorprendido los torreones por cuyos ballesteros caían haces tímidos de luz y palabras confusas; mirando el desolado patio interior, la escalera de piedra que se pegaba a los muros desnudos, la imponente habitación de altísimo techo y sin ventanas, amueblada con sillas y sillones de todos los estilos, una barra de tosca madera y mesas tocineras sin duda recogidas por la región.

El castillo era uno de los burdeles más extravagantes de la Península casi desde el momento mismo en que las tropas de Miaja liberaron desde las sierras centrales toda la meseta norte, hasta los Picos de Europa y con excepción de Salamanca y Burgos, en un avance relámpago y espectacular. Un grupo de mujeres desarraigadas por la marea de la guerra se había refugiado al amparo de los históricos murallones y, a falta de trabajo mejor, atendía a los soldados de paso y a los campesinos que habían logrado ocultar en pajares y bodegas los alimentos que tanto escaseaban. Con los trompetazos de la victoria las damas se habían enraizado en el lugar y muy pronto acudieron otras muchachas que ya habían practicado el oficio anteriormente, viejas sirvientas sin amo, esposas sin marido y vírgenes sin novio. No todas las allí acogidas practicaban la prostitución, aunque sí todas vivían gracias a ella. La extraña comuna femenina había incluso logrado los honores de cierta prensa nacional y, desde luego, los favores de hombres de toda condición, que llegaban incluso desde Madrid y desde Asturias para contemplar y gozar de familia tan abigarrada y generosa.

Evidentemente, ciertos grupos ideológicos habían intentado monopolizar el hallazgo utilizando grandes palabras y falseando la historia. Pero no había un solo libro en el castillo, salvo algunos viejos misales, y las ideas políticas escaseaban portentosamente como alimento colectivo. Se trataba tan sólo de una mancebía mal organizada, numerosa y cínica. No obstante, se rumoreaba que era un negocio particular de la ministra de Relaciones Sociales, que *la Pasionaria* revisaba las cuentas y se quedaba con el beneficio. Cierto que Dolores Ibárruri había elogiado públicamente la existencia del lugar como cobijo de mujeres que de otro modo encontrarían la miseria o la muerte fuera de allí, pero no existía evidencia alguna de que fuese ella la inspiradora de la cofradía ni que conociera a ciencia cierta sus auténticas actividades laborales. De hecho, nadie podía afirmar que *la Pasionaria* hubiera alguna vez hundido las manos en mercaderías económicas o sexuales.

Ernesto y Alejo se liaron pronto en conversación con cuatro mujeres aposentadas en un rincón de la inmensa sala. Les sirvieron café de puchero, colado en su presencia para garantizar que no se hacía con posos, y una de las mujeres, por nombre Mari Trini, tomó la voz cantante y empezó a contarles largos retazos de su vida. No era ésta excepcionalmente original, pero tanto Hemingway como el fotógrafo escucharon

con atención la hilera de penas y agravios, la eterna versión de los desastres de la guerra, y Alejo prosiguió interesado el monólogo cuando su compañero decidió trasladarse de habitación en compañía de una morena gordezuela y de luminosa y brillante mirada que apenas había abierto la boca en el transcurso de la velada.

Cuando los dos regresaron era más de la una de la madrugada, pero el castillo estaba aún animado y vivo. El festejo taurino programado para el día siguiente, la noche ociosa del sábado y la fama del lugar habían atraído a numerosos visitantes, que holgaban en tanto se lo permitieran sus fuerzas y sus dineros.

—Esto merece un artículo tuyo, Ernesto —dijo Rubio cuando bajaban entre las sombras, camino del pueblo—. Tengo algunas fotos.

—Es demasiado triste.

—¿Triste? ¿No resultó bien?

—Sí, resultó —dijo el americano—, pero todo el castillo está lleno de amargura. Las mujeres son inocentes. ¿Por qué suceden estas cosas?

—No parece que vivan mal. Sobraba comida y bebida.

—Y sobraba odio también. Odio, no amor.

Alejo sospechó que algo había contado la morena a su amigo para hacerle hablar de aquel modo. No era frecuente en él cuando visitaba burdeles o tabernas. Ernesto era un hombre taciturno y reconcentrado, con esporádicas y violentas explosiones de alegría, pero esta noche le había parecido al fotógrafo que brotaba en él una de esas explosiones. Sin embargo, resultaba evidente que el castillo no le había gustado.

—Bueno, pues a mí me pareció divertido. Hay gente que lo pasa mucho peor. En Madrid mismo, sin ir más lejos.

—Estas son de las que han sufrido un castigo no merecido, son de las que pierden siempre, como decía el hombre del tren. Eso es lo que pasa, ¿comprendes? Podían haber sido madres honradas, esposas felices. En el fondo, estoy seguro de que a la mayor parte de ellas no les gusta trabajar en el castillo.

—Tú siempre has respetado este oficio —replicó Alejo.

—Sólo cuando se practica por gusto, no por obligación. Y, de todas maneras, también por esto es respetable.

Por suerte para Rubio, su amigo no había insistido en que secundara sus actos ni había pronunciado una sola palabra sobre el asunto. En estas cosas era muy respetuoso.

Acostado ya, insomne por el dolor de huesos, y mientras Ernesto roncaba vigorosamente en la cama de al lado, daba vueltas en la cabeza a todo lo que estaba viendo y escuchando en aquel viaje. Los aromas de la victoria, todavía frescos en Madrid, no fructificaban en aquellas tierras. Sólo quedaba podredumbre, terror y miserias. Era el gran desierto de los perdedores.

Siguiendo unas u otras banderas, todos aquellos hombres sólo lograron perder.

Alejo imaginó por un momento invertida la historia. Si Franco hubiera tenido éxito en la conspiración, todos los papeles estarían cambiados menos los de aquella gente. Besteiro, Prieto, *la Pasionaria* habrían corrido a exiliarse en lugar seguro dejando a sus espaldas mujeres de luto, hombres mutilados, niños huérfanos, como los facciosos habían hecho con sus seguidores anónimos. ¿Eran más torpes, más imbéciles, más crédulos, más idealistas? ¿Por qué tenían que dejarse engañar por quienes decidían mandar sobre ellos? El campesino del tren parecía conocer muy bien estas cosas, pero había caído también en la trampa. ¿De qué materia estaban hechos todos los poderosos, vencidos o vencedores, que justificara la ruina, el llanto, el dolor irredimible de los otros?

Su hermana Sim podía ocupar un lecho al lado de aquella Mari Trini que tantas cosas había perdido en tres años. Alejo estaba seguro hasta entonces de que había tenido suerte, al fin y al cabo. Vivía mucho mejor que él y trabajaba menos. Con la cazurrería de Ernesto bajando el castillo había empezado a pensar en ella y a imaginar que tal vez era más desdichada de lo que parecía. Que tal vez estaba mucho más sola que él. Sólo los poderosos huyen cuando pierden, encuentran algún sistema para huir y para justificar su huida, pero las mujeres como Sim, como las inquilinas del castillo, tienen que quedarse siempre, y eso no le importa a nadie.

Rubio se apretó los párpados en el umbral del sueño porque no quería pensar estas cosas. Y prometió que intentaría al menos comprender a su hermana y estar a su lado. No podía hacer mucho más. También él se sentía incluido en el bando de los eternos perdedores. Y acaso también el amigo que roncaba a medio metro.

La corrida de la tarde siguiente no contribuyó mucho a templar los decaídos ánimos de aquellas gentes. Solamente Miguel Palomino, un novillero de Sacedón que durante la guerra había conseguido el grado de comandante de Estado Mayor, obtuvo una oreja después de una faena aceptable con un torete delgado y demasiado suave.

Por otro lado, el festejo fue tenso y estuvo poco concurrido. Durante toda la mañana del domingo, mientras Ernesto y Alejo tomaban el sol en la terraza del bar Gloria, en la plaza Mayor, se había comentado que los hombres de Girón habían amenazado con un golpe espectacular a la salida de los toros. Unas cuantas parejas de la Guardia Republicana y un camión de asaltos llegados de Valladolid intentaron inútilmente calmar con su presencia la tensión y el miedo. Desde Sahagún a Medina y de Villalpando a Cuéllar, los campesinos preferían no salir de noche ni frecuentar caminos solitarios. La banda de José Antonio Girón recorría en grupos reducidos toda la meseta y sus golpes de mano eran tan terribles como imposibles de detener.

—Como entren en Medina —decía un camarero a Hemingway—, no valen guardias ni asaltos.

—No pueden atreverse con una ciudad entera. Son pocos.

—Pero muy valientes, muy valientes.

El grupo de *maquisards* no tenía un cuartel general, un campamento fijo, una organización visible. Estaba formado por fracciones muy pequeñas, de ocho o diez hombres, que a caballo o en automóviles robados asaltaban a los viajeros, las aldeas pequeñas, cuarteles de la Guardia Republicana, vehículos de pasajeros e incluso trenes locales. Robaban a los campesinos y los mataban si se negaban a entregarles víveres. Reiteradamente se había escrito que este maquis estaba gobernado por un cerebro superior, el falangista José Antonio Girón, un mozo violento, duro e indomable. Aseguraban haberlo visto cruzando a caballo las llanuras, juraban que había participado en el asalto al cuartel de Villalón, pero nadie lo había capturado ni sabía dónde se ocultaba. Incluso algunos opinaban que toda la leyenda era falsa y que Girón estaba en Roma con los demás camaradas.

Todos los hombres poseían un armamento ligero muy eficaz, eran muy jóvenes y muy osados, no habían renunciado a perder la guerra ni por supuesto habían aceptado la derrota militar. En las noches sin luna encendían fogatas en lo hondo de los pinares y mientras el campo ardía entonaba a gritos el *Cara al sol* como tarjeta de visita, antes de dispersarse por los páramos como fantasmas alados.

Nada tenía de extraño, pues, el terror de los campesinos. El ejército nocturno podía caer sobre ellos en cualquier momento, apoderarse de lo poco que tenían, violar a sus hijas y asesinarlos si daban la alarma. La leyenda, que multiplicaba los datos de la realidad, aumentaba su pánico.

—No podían atreverse a llegar hasta aquí, ya te lo dije —comentó Alejo cuando salían de la plaza.

—Son gente temeraria, suicida y llena de desesperación. No me extrañaría que en cualquier momento intentaran apoderarse incluso de una ciudad.

—Los coparían los asaltos —dijo Rubio.

—O llegarían tarde, como en Mallorca. Fíjate que un comando de falangistas entró en Felanitx, llegó hasta la casa de Bernanos y se lo llevó con ellos. Llevan tres semanas buscándolos por toda la isla y no los encuentran.

—¿Y por qué fueron a raptar precisamente a Bernanos? Dicen que es católico, como ellos, y una buena persona.

—Claro que sí. Y un escritor excelente, aunque algo aburrido. Pero el año pasado publicó en Francia una novela titulada *Los grandes cementerios bajo la luna*, y sin duda no ha gustado nada a los fascistas del conde Rossi. Como no lo encuentren pronto —añadió Hemingway—, va a terminar en uno de esos grandes cementerios. Si no está ya allí.

—Malas bestias —gritó Alejo—. ¿No han tenido bastante? ¿Qué pretenden ahora? Si han perdido, ¿por qué insisten en matar a la gente? Querían arruinar la República, ¿no?, querían quedarse con España entera, quedarse con todo, robarnos

hasta el alma… Muy bien. Si no lo han conseguido, ¿qué ganan ahora con llevarse a ese escritor? ¿Qué ganan con meter el miedo en el cuerpo a toda esta gente? Deberían largarse con los otros y dejarnos en paz. ¿Te imaginas qué bien se viviría en España sin falangistas?

—Y sin militares —dijo Ernesto.

—Hay militares decentes.

—Es posible —dijo Hemingway.

Aunque, a juicio del fotógrafo no era muy apropiado, Ernesto pidió de cena judías blancas estofadas y dos huevos fritos con patatas. Todavía no había mitigado el hambre que sufriera en el tren. Estuvieron comentando algunos detalles de la corrida, al igual que otros comensales diseminados por el amplio salón del hotel. Aparecieron algunos vegueros como expresión máxima de riqueza y los blanquísimos manteles fueron manchándose de gotas de vino y de café. Una clientela de nuevos potentados, gentes que se habían enriquecido de súbito traficando con la harina o revendiendo chatarra, ensordecía la atmósfera con sus risotadas y sus manotazos. Ernesto decidió salir a la calle para al mismo tiempo librarse de ellos y ayudar al esfuerzo de su estómago.

Iba caminando lentamente por una callecita recta y empedrada, recuerdo pálido de las avenidas por las que siglos atrás circulaba la riqueza lanera de Castilla hacia toda Europa, cuando se alzaron por las afueras de la ciudad gritos y ruido de motores. Alejo se detuvo agarrado a la manga de su amigo.

—¿Qué ha sido eso?

—Los borrachos —dijo Ernesto—. Andan de juerga.

Poco después de los ruidos sonó una salva de disparos. Ernesto empezó a correr como empujado por un oficio que llevaba en las entrañas. Rubio dudó un momento. Más asustado de quedarse solo que de mezclarse a problemas ajenos, lo siguió al fin balanceando escandalosamente la joroba. En pocos minutos se hallaron junto al paso a nivel, donde los guardias republicanos habían cortado ya el paso a los curiosos. En seguida se enteraron de lo ocurrido.

Un grupo de personas montadas en dos automóviles y en una furgoneta había penetrado en el castillo y, ante la alarma, había disparado desde el interior sobre una pareja de guardias que intentaba aproximarse al puente levadizo.

—Son los hombres de Girón. Lo tenían prometido —gritó una voz masculina en el perímetro del corrillo.

—¿Es cierto? —preguntó Ernesto muy cortésmente a uno de los guardias.

—Eso dicen. No se sabe nada seguro.

—¡Leche, y han tomado un castillo! —exclamó Alejo.

—Habían amenazado con atacar la ciudad y lo han hecho. ¿Cómo van a defenderse las mujeres? —preguntó un hombre viejo que acababa de esconder su

boina en un bolsillo del pantalón.

—Usted no se preocupe, que no pasará nada.

—Es que tengo a una hija ahí dentro —dijo el hombre.

—Pues vaya empleos que busca usted a sus hijas —dijo el guardia.

—¿Y qué quiere? Somos pobres.

—Bueno, ¿pero qué están haciendo? ¿No piensan ustedes atacar? —gritaba un hombre desde la primera fila.

—Haga el favor de callarse —dijo el guardia—. Y circulen. ¡Vamos, vamos, circulen!

El corrillo que se había formado en el nacimiento de la subida al castillo se disgregó para reunirse al otro lado de las vías, en una plazoleta. Llegaron en bicicletas ocho guardias más y comenzaron a desplegarse en torno a la fortaleza, con los fusiles a punto. Los últimos visitantes de la colina fueron bajando hasta el pueblo y muy pronto la zona volvió a quedar en silencio. Ahora que la noticia se había confirmado, remitían el espanto y la inquietud. Las conversaciones en la plazuela, que muy pronto rebosó de gentío, se mezclaban con las burlas acerca de asaltantes y asaltadas. Seguramente los falangistas, que llevaban varios meses huidos, tenían menester de mujeres y habían decidido resarcirse de golpe, opinaban unos. Otros pensaban que intentarían hacerse fuertes en el castillo para presionar al gobierno. Quién afirmaba que una de las prostitutas era novia de uno de los cabecillas y acudía ahora a rescatarla.

Pero pasaron las horas y nadie supo ofrecer una información cierta. En ese tiempo llegaron a Valladolid dos autobuses repletos de asaltos y numerosos guardias republicanos de toda la comarca, a caballo, en bicicleta, en camiones y a pie. Muy pronto la colina entera de La Mota estuvo cercada e iluminados los muros de ladrillo con reflectores que no conseguían sin embargo descubrir lo que pasaba en el interior.

—Esos tipos están locos, muchacho —dijo Ernesto.

Se había sentado en el suelo junto a su compañero y empezaba ya a cansarse de la espera. También algunos de los primitivos curiosos habían terminado siendo vencidos por el sueño y se tumbaban sobre las paredes hasta que decidían regresar a la cama. La noche empezaba a refrescar y el búho oculto en los pinos chillaba furioso. Era el único sonido distinto que se captaba en la colina. Los policías actuaban en perfecto silencio: hasta las órdenes se daban en voz baja.

—Nos van a tener aquí toda la noche —dijo Rubio.

—Pues nos vamos a dormir, si quieres.

—A ver en qué para la cosa.

Rompía el alba por encima del pueblo y la fortaleza continuaba en calma. Las primeras luces permitieron distinguir a los asaltos parapetados tras de los pinos, tumbados en hondonadas del terreno, con las armas apuntando hacia los murallones

que a esa hora parecían casi negros. Hubiérase dicho que en el interior del castillo todos sus habitantes dormían plácidamente un fin de fiesta agotador. No obstante, cuando uno de los vehículos se colocó frente al portón de madera con el motor en marcha, una ráfaga de metralleta salida desde uno de los matacanes lo dejó con los neumáticos desinflados y los vidrios deshechos. Respondieron los guardias sin resultado visible y volvió de nuevo el silencio, mientras la cresta del sol comenzaba a diseñar con su luz naranja los contornos de las cosas. Una bandada de palomas asustadas voló de los agujeros del castillo y los grajos se lanzaron chillando desde las almenas en busca de su carroña matinal.

—Mira, Ernesto, que esto no se acaba nunca. ¿Nos vamos a dormir?

—Yo creo, si usted me lo permite —dijo un hombre que estaba sentado a su lado —, que los falangistas están cabreados con las putas. Este castillo era de Isabel la Católica y deben de pensar que lo están profanando o algo parecido. Ya hicieron lo mismo cuando la guerra. Seguro que las van matando una a una para vengarse. Lo que pasa es que ahora no sé cómo van a salir de ahí.

—En un carro triunfal, seguro —dijo Ernesto enfadado.

—Por mí como si los sacan embutidos en tripas de morcilla. Ni me va ni me viene, ¿sabe usted? —dijo el otro en el mismo tono.

—¿Y qué pasa si matan a las mujeres?

—Pues poca cosa —respondió, convencido, el hombre—. No va usted a asustarse porque maten a alguien a estas alturas. Estamos de muertos que forman parvas. Y no dejará de haberlos hasta que muramos todos.

—Lo mejor sería que los dejaran escapar —dijo Ernesto.

—Bueno, ya nos enteraremos. Yo me caigo de sueño.

Hemingway se levantó al fin y tiró de Alejo para que se enderezase. De pronto la vida cobraba su normalidad. Los que se acababan de enterar de la noticia relevaban a los que estaban allí desde el primer momento, después de escuchar sus informes, y continuaban llegando guardias por todos los caminos. Sin embargo, la fortaleza seguía cerrada y silenciosa.

Los mismos comentarios que en la calle se divulgaban en el bar del hotel. Un camarero afirmaba que los falangistas habían asaltado también los castillos de Coca, de Peñafiel, de Belmonte y de Montealegre y que iban a empezar la reconquista de España desde allí. Un maestro que le había pedido orujo aseguró que lo único que podían reconquistar era una tumba bien holgada, como sus compinches los curas, pues sólo eso merecían.

—Vamos a tomar un aguardiente —dijo Ernesto al fotógrafo—. Así podremos dormir mejor.

—A mí para dormir sólo me hace falta ver unas sábanas.

—¿Usted es extranjero, verdad? —dijo el maestro.

—Sí, señor.

—Pues para que vea cómo se las gasta esta gente. Sólo se atreven a atacar a las pobres rameras un domingo por la noche, cuando están más cansadas. ¿Le parece eso justo? Tenían que fusilarlos a todos.

—Lo que no se explica un servidor —dijo el camarero mientras servía muy despacio el orujo— es que se hayan dejado comer el terreno los clientes que las señoras tuvieran por la noche. Porque seguro que el castillo no estaba vacío. Vamos, lo puedo jurar. ¿Por qué no se han liado a golpes con los falangistas?

—A saber —dijo el maestro—. Sin los calzoncillos puestos no se pueden emprender hazañas gloriosas. ¡Ya lo dijo el sabio Salomón!

Alejo empezó a reírse y el aguardiente se le encasquilló en la garganta. Se puso a toser con rabia. Hemingway le dio unos manotazos en la chepa, riendo también, y pidió nuevas copas.

—Cóbrese lo de este caballero —dijo señalando al maestro—. Ha tenido mucha gracia.

—Y mucha razón, sí, señor.

—Ya veremos cómo salen ésos —dijo Ernesto una vez más.

—Con los pies por delante —dijo el maestro.

13

A PRIETO le habían afectado mucho la entereza y la honestidad de aquel falangista pequeño, escuálido, de mirada soñadora y gesto pacífico. Le habían conmovido tanto que insinuó la posibilidad de conmutarle la pena de muerte.

Rafael Alberti, que había mostrado un cierto aprecio por él como poeta, había mostrado que tal vez fuera posible convencerlo de sus errores y llevarlo al buen camino. También Alvaro de Albornoz apoyaba este proyecto, aunque estaba convencido de que iba a resultar inútil. El ministro de Reconstrucción había mostrado su pena ante algunos delitos del falangista; por orden suya gran número de iglesias de la zona que Franco retuvo habían sido afeadas con espantosas lápidas en las cuales se habían grabado los nombres de las personas muertas en el bando faccioso. No sólo implicaba un delito de ideas, sino que era un delito de estética, más difícil de perdonar a un poeta. De todas maneras, Albornoz, que había arañado una partida del exiguo presupuesto para reparar esos atentados a la belleza histórica de la patria,

apoyaba a Alberti y algunos otros miembros del gabinete.

El problema mayor, sin embargo, residía en la tozudez del acusado. Dionisio Ridruejo, después de haberse entregado a las autoridades en su Soria natal, ciudad a la que llegó huyendo por los campos y alimentándose de hierbas, según había afirmado, asumía sus culpas y se mantenía firme en sus opiniones políticas.

—Pero ¿no ve usted que el falangismo ha sido causa de la muerte de medio millón de españoles? ¿No ve usted que es un agravio a la libertad humana, una violencia a la sensibilidad de un pueblo? —le había dicho el enviado de Alberti.

Ridruejo no estaba concorde con la diatriba e insistía en el fulgor de unos proyectos grandiosos para la patria, ensartando los tópicos que los dirigentes falangistas habían repetido mil veces. Para el hombrecillo consumido por las fatigas, los falangistas ni mucho menos habían sido «los sacristanes de una iglesia insolidaria y prepotente», no habían sido «los ideólogos de unos militares deseosos de venganza, de represalias y de poder», como recientemente había escrito Madariaga. Nada de eso. En alguna parte de la doctrina se encontraban, a su juicio, bosques de pureza, mares de sacrificio y honradez, mesetas inacabables de futuro. Borracho aún de palabras grandilocuentes, de utopías brillantes, de conceptos mal apoyados en una realidad mucho más modesta, continuaba gritando su falangismo por encima de todo, ya que estaba convencido de que, a pesar de todo, las valerosas ideas del partido eran la única salvación de la patria. El emisario del ministro había comunicado desde la cárcel un resumen de su intento:

—Es un hombre angélico o excesivamente cínico. Nadie podrá convencerlo.

—Bueno, bueno, ¿cómo salvarlo, entonces? —se preguntaba Prieto.

—¿Y para qué, a fin de cuentas? —decía Oliver.

Los tribunales lo habían condenado a ser fusilado y el Consejo de Ministros intentaba suplicar al presidente un edicto de gracia. Pero sólo podría emitirse si Dionisio abdicaba en su actitud. Si se arrepentía. Y no quería arrepentirse porque estaba seguro de haber obrado bien. Tanto, que se negó a huir con sus camaradas y apenas acabada la guerra regresó a su ciudad con una mochila vacía, el negro uniforme embarrado y algunos sonetos heroicos a los generales rebeldes. Allí se presentó como culpable de traición al gobierno para que hicieran con él lo que fuera justo.

La justicia era la muerte: eso al menos pedían las leyes para los delincuentes contra la seguridad del Estado.

La reunión ministerial había sido tan acalorada y difícil que don Indalecio Prieto se puso a gritar y respondió incluso con puñetazos sobre la mesa. Ellos no eran unos asesinos y no se podía colgar al cuello de la República una sarta de condenas, aunque estuvieran legalmente justificadas.

—No pretendo llegar tan lejos —añadió—, pero ustedes deben de conocer la

anécdota de Yagüe, cuando miraba el frente con unos prismáticos. Al ver a nuestras milicias, dijo: «Coño, ¿y si ellos tuvieran razón?» Es evidente que teníamos razón nosotros, y que el falangismo es un fascismo que sólo pretende sublimar la derecha española, colocando ya para siempre a los ricos por encima de los pobres, pero si Ridruejo cree de buena fe en ello, ¿cómo vamos a condenarlo? En una democracia todas las opiniones deben ser respetadas.

—No se trata aquí de una opinión —dijo el ministro de Fomento, García Oliver —, sino de unos actos. Ha quedado muy claro en el juicio, Ridruejo *ha actuado* contra la patria, contra los españoles. No sólo ha emporcado los monumentos con sus lápidas, sino que ha alentado a los soldados para que continuaran en la lucha. Y no ha quedado claro si también él mismo ha luchado con las armas en la mano. Cosa nada sorprendente en un falangista. Por lo menos, llevaba pistola. Y nadie puede dudar que haya dejado de usarla.

Jesús Hernández levantó una mano para hablar:

—Insisto en lo que he venido repitiendo cien veces. El peligro máximo que ha corrido la República se ha debido a su blandura excesiva. Parecemos monjitas de los pobres, leche. Perdón, perdón, perdón… ¿Qué hemos logrado con el perdón? Que los mismos perdonados se vuelvan contra nosotros a la primera oportunidad. ¿Quieren que les hable nuevamente de Sanjurjo, de Franco, de los otros? Por eso pido ahora tan sólo que se cumplan las leyes. No otra cosa; sólo que se cumplan las leyes. Dionisio Ridruejo debe ser fusilado.

El ministro de Cultos, o de ocultos, como él decía, José Bergamín, quiso iniciar otra tentativa.

—Es preciso reconocer que Ridruejo se ha comportado como un hombre íntegro y honrado. Y valiente, si eso sirve de algo. No huyó como los otros, no se integró en el maquis. Me parece un equivocado de buena fe.

—¿Qué quiere decir con eso? La buena fe no ha sido muy útil a España y en los falangistas sólo ha servido para llenar los cementerios —replicó un poco agria Dolores Ibárruri—. Estamos aquí para que las leyes se cumplan, no para discutir convicciones ajenas.

Don Inda miró con rostro sombrío a Pepe Bergamín. En el fondo, todos estaban convencidos de que la sentencia debía cumplirse, de que la clemencia, en aquellas circunstancias, tenía un límite, aunque el caso de Ridruejo los inclinara a la piedad. ¿No hubieran recibido ellos el mismo trato de haberse dado una situación inversa?

Julián Zugazagoitia fue quien hizo esta observación:

—Si Franco hubiera ganado la guerra y yo hubiera caído en sus manos, estoy seguro de que no sería fusilado. Sencillamente porque yo no maté a nadie, porque no cometí más delito que el de creer en unas ideas y defenderlas. ¿Por qué no vamos a obrar nosotros lo mismo?

—Tal vez el señor ministro de Estado es demasiado optimista —rezongó Hernández—. Sus conjeturas no sirven para nada. Son argumentos no demostrables.

Lo cual era evidente. El ministro de la Gobernación se quedó mirando a Zugazagoitia y a Prieto detrás de sus frágiles gafas redondas. No le habían gustado nunca aquellos dos hombres e incluso había conspirado en otros tiempos contra el actual presidente. Éste, sin embargo, lo había llamado al gobierno, sobreponiéndose a las cuestiones personales, y tal hecho cambiaba a sus ojos la imagen de Prieto. A los dieciséis años había querido asesinarlo. Era entonces un auténtico hijo del pueblo, un proletario que no soñaba con alcanzar tan altos puestos de poder. Tenía fama de golfo y mujeriego, pero su aspecto un poco desvalido, flaco, cargado de hombros y la indecisa mirada de sus ojos oscuros que le confería un aire de intelectual despistado, le tornaban atractivo a pesar de su evidente complejidad. Prieto pensaba que era aún demasiado fiel a la «Casa», demasiado obediente a las órdenes emanadas de Moscú, pero lo había llamado porque tenía clara capacidad de controlar el orden público. ¿Lo había perdonado también? Sin duda. Don Inda no era hombre que pudiese vivir con el corazón lleno de proyectos de venganza.

—Está bien, está bien —dijo el presidente—. Posiblemente tiene usted razón. No pediremos clemencia al señor Besteiro. Ridruejo será ejecutado.

Nadie aplaudió la decisión. Había que tomar los hechos con la frialdad que requería el momento.

—Por suerte —dijo *la Pasionaria* al cabo de un momento, con ánimo de aliviar la tensión de todos—, a los *maquisards* de Girón no se les ha ocurrido pedirnos a Ridruejo a cambio de las mujeres de Medina. Nos hubiera metido en un apuro serio.

—Habría sido mejor, de todas maneras —dijo Prieto.

El Consejo había comenzado la reunión semanal discutiendo los sucesos del castillo de La Mota. El asalto fue presentado como una acción estrambótica que desde luego levantó inquietudes en todo el país durante los cuatro días que tardó en resolverse. En el primer momento, el lunes por la tarde, recibió el gobierno una nota autógrafa del propio José Antonio Girón, fechada en la ciudad de Valladolid, en la cual pedía a cambio de las prostitutas le fueran entregados Pedro Laín y otros cinco conocidos traidores. Durante toda la noche Prieto, Hernández, *la Pasionaria* y Miaja discutieron apasionadamente la posibilidad de ceder a esta coacción, aun partiendo de la inmoralidad que la misma encerraba. Pedro Laín había desde luego traicionado a la Falange, pero el gobierno no podía pronunciarse al respecto. Allá él si había decidido mudarse la chaqueta. ¿En base a qué leyes iba a ser detenido y entregado a los maquis un ciudadano en un paraje desierto del cauce del río Cea, en las proximidades de Mayorga de Campos, según pedía Girón? Los cuatro gobernantes decidieron resistir y esperar acontecimientos. La fortaleza continuaba rigurosamente vigilada, se habían dado órdenes de no atacarla y tampoco los falangistas habían dado señales de vida o

de muerte. La espera podía ser un fracaso para ellos.

Y lo fue efectivamente en la mañana del miércoles. El silencio del gobierno como respuesta no había obtenido ninguna réplica de Girón. Eso sí: se realizó una operación intensiva de limpieza en Valladolid, pero el joven guerrillero de mirada iluminada no fue hallado. Probablemente no se encontraba allí. Prieto sabía que le iba a resultar muy difícil comunicarse con sus falanges asaltantes y así ocurrió.

No sólo no podía enviarles órdenes, sino que ellos no las aceptaban ya. Uno de los ocho hombres refugiados tras los muros rojizos apareció por el portalón con un pañuelo blanco en las manos. El comandante de asaltos que dirigía el asedio lo hizo llegar a su despacho y allí supo las condiciones que los falangistas imponían para rendirse. Sólo una: ser perdonados.

Al parecer, los grupos guerrilleros huidos a lo ancho de la Tierra de Campos y de toda la meseta norteña no reconocían unánimemente la autoridad del antiguo jefe de centurias palentino. Se había convertido en un pequeño tirano dentro del maquis, quería a toda costa imponer sus personales concepciones del nacional–sindicalismo a los dos o tres centenares de estudiantes que estaban vinculados a él en el instante de la gran desbandada. Y no lo aceptaban. Eran casi todos ellos muy jóvenes, de menos de veinticinco años, hijos de familias de la alta burguesía urbana o de campesinos acaudalados. Amedrentados ante la posibilidad de que los obreros agrupados en la CNT y en la UGT se apoderaran de sus tierras o redujesen sus riquezas, siguieron animosos a los líderes falangistas, embriagados de ilusiones, de ignorancias, de sueños.

Lo mismo ocurrió al final de la guerra. José Antonio Girón no podía en modo alguno admitir una derrota, por pequeña que fuese, decidió quedarse en Castilla, organizar una nueva tropa comunera y luchar contra el gobierno desde dentro, lejos de conspiraciones torreznеras en Italia o en Portugal. Pero las penalidades de esa lucha y los fracasos sucesivos que iba cosechando hicieron desistir a muchos. El partido azul se había desintegrado para siempre y el belicoso Girón no lograba hacerse obedecer. Muchas de las bandas se habían trocado en vulgares hatos de bandoleros y otras se entregaban o se dejaban capturar sin lucha.

Es lo que habían hecho los hombres de Medina. Únicamente querían garantías de que no iban a ser condenados a muerte. Sólo eso. A cambio dejarían en libertad a los rehenes y procurarían purgar sus culpas en las cárceles que el gobierno decidiese.

Prieto dio un suspiro de alivio. Sin dudar un segundo, sin consultar a los ministros, ordenó que se aceptase la solicitud y a solas se puso a reír del fiasco de lo que la prensa comenzaba a llamar «el gironazo». Un tiro por la culata. Las ramerillas amparadas bajo el manto de la reina Isabel podrían continuar sus trabajos en tanto no encontrasen un marco que fuera más adecuado, más rentable o más decente.

—Ridruejo no les hubiera servido de nada a los *maquisards* —dijo Bergamín—.

Buscaban venganza contra los traidores, no el apoyo de los poetas. Aparte de que no habría querido él mezclarse con tales bandidos.

Los ministros empezaban a levantarse de sus asientos. Eran interminables aquellas reuniones semanales, ahogadas a veces por discusiones de partido, indigestas de problemas. Cada ministro no encontraba salida a sus propias dificultades y a veces procuraba culpar de ellas a los partidos contrarios.

Todo era como antes. Casi como antes. Al cabo de los meses. Prieto había logrado que cada ministro se sintiese servidor de la República española, no representante de un partido político cualquiera. Si en momentos graves desaparecía ese sentimiento, demasiado vivo por demasiado antiguo, cada semana eran más grandes las discusiones vacías de presiones políticas. Bergamín pensaba menos en el Dios del Vaticano y los comunistas se olvidaban frecuentemente de la lección que Stalin había escrito y mandaba con asiduidad a través de sus hombres en España. Tal actitud reconfortaba el ánimo de tal manera que el propio don Julián Besteiro parecía enderezar su maltrecha salud, Prieto gritaba cada vez menos y el pintoresco general Miaja sonreía sin descanso.

—A ver si consigues hacerme unos libros bonitos para los chavales. Tenemos escuelas, pero nos faltan maestros y libros —dijo Alvaro de Albornoz a Alberti cuando se encontraban en el vestíbulo.

—Maestros tengo los que quieras, pero los libros salen caros.

—¿Y cómo quieres que aprendan los chicos?

—Yo me ocuparé de eso —dijo Rafael Alberti—. Hasta ahora he sido ministro de Propaganda, pero ya empieza el curso y tendré que ocuparme de la Instrucción Pública.

—Falta dinero por todas partes. Ya he empezado a reconstruir las escuelas, pero las universidades van muy retrasadas, sobre todo la de Madrid. Y los hospitales.

—Dile a Irujo que te mande un camión de duros.

—¡Irujo! Sólo le ha faltado ordenar que sirviera garbanzos en los banquetes oficiales. No he conocido ministro de Hacienda más tacaño en toda la historia de España —rio Domingo.

Aunque la ruleta política le había asignado la cartera de Reconstrucción, una reconstrucción tanto espiritual como física, el maestro tortosino no olvidaba su verdadera profesión y su fugaz paso, en los albores de la República, por el ministerio que ahora desempañaba Alberti. En realidad, se lo hubiera cambiado con gusto.

Los ministros se fueron despidiendo. En los modestos automóviles que la mayor parte tenían concedidos los esperaban, además del chófer, su secretario particular y el asalto de escolta. Prieto pasó un brazo confianzudo por los hombros de Julián Zugazagoitia, el ministro socialista que tanto estaba consiguiendo para España en el extranjero, uno de los puntales de su partido y del joven gobierno.

—¿Te vienes a cenar a casa?

Hablaba como en los viejos tiempos, hablaba como en los años lejanos en que Zugaza, director de *El Socialista*, montaba en cólera y recibía las bofetadas el director de *Claridad*, el periódico de Largo Caballero, en los años lejanos en que las iras del bilbaíno caían incluso sobre su medio paisano. Habían sido amigos siempre, a pesar de los furores del hoy ministro de Estado y de los furores de Prieto. Los dos padecían arranques de ira, intemperancias de carácter, violencias súbitas. Pero eran amigos. Y el presidente decía «cenar en casa». No hablaba de palacio, de despacho, sino de casa. Una especie de hogar transitorio y ajeno en el paseo de la Castellana, un palacete lujoso y frío que pretendía convertir en auténtico hogar.

Desde El Pardo, en cuya espesa fortaleza se había negado a quedar recluido y rodeado de guardias don Julián Besteiro, bajaron a Madrid en el mismo coche. El presidente tardaría aún en regresar a su piso. Las encinas parecían saltar asustadas ante los faros del automóvil. Los primeros fríos llegados de la sierra se enredaban en sus hojas coriáceas y duras.

—¿Crees que hemos obrado bien? —preguntó Prieto en la confortable penumbra del coche—. Si hubiera conseguido Franco algún prisionero, podríamos cambiar a Ridruejo por él, como hiciste tú con Sánchez Mazas y Fernández Cuesta. No es bueno seguir derramando sangre. Hace ya medio año que terminamos la guerra. ¿Para qué seguir?

—Temo que los españoles no podrán olvidar esta guerra durante siglos —dijo Zugaza—. Incluso temo que no habrán quedado satisfechos con ella, como ocurrió con las anteriores. Parece que nuestro destino es matarnos mutuamente. Una frágil chispa enciende con rapidez llamaradas de odio. Siempre ha sido así.

—Siempre ha sido así —confirmó Prieto—. Desde el tiempo de los moros. Desde los iberos. ¿Qué podemos hacer nosotros para evitarlo?

—No lo sé —dijo el ministro de Estado—. No lo sé.

—Pero lo que yo me pregunto es de quién es la culpa, de quién ha sido la culpa. ¿Del pueblo o de los que han gobernado al pueblo? ¿Ha sido la culpa de los curas, de los militares, de los políticos, de los reyes, de los aristócratas, de los poderosos? Y siempre me respondo que sí. Que el pueblo es inocente, ingenuo y pobre. Unos u otros lo empujan para que satisfaga sus propias necesidades de poder y de riqueza. Los empujan los hisopos y los sables, las chisteras y los mayorales. El pueblo es débil y se deja conducir a cualquier parte por quienes tienen motivos para querer que llegue hasta allí. ¿Y no hacemos nosotros lo mismo?

—Estamos intentando que todo eso termine.

—¿Cómo lo intentamos? —preguntó el presidente—. Seguimos dando órdenes, imponiendo criterios, confundiendo nuestras propias ideas y nuestras propias ambiciones con las del pueblo. ¿Es esto justo? Muchas veces me dan ganas de

mandarlo todo al carajo, ¿comprendes?, dejarlo todo plantado y largarme a hacer gárgaras. ¡Dicen que España es un pueblo indomable! ¿Indomable? Es un hato de esclavos que obedecen al más gilipollas del rebaño. Y si el pueblo no sabe obedecer, se equivoca al obedecer, ¿cómo vamos a mandar nosotros? Con patente para engañar, ¿dónde está nuestra justicia?

El automóvil se fatigaba subiendo la cuesta de la Ciudad Universitaria. Era una masa confusa de edificios en ruinas, árboles desgajados, cráteres de obuses, recuerdos de cuerpos despedazados, manchas negras de sangre. Había sido, en efecto, la tumba del fascismo, pero una tumba demasiado grande en la que aún cabían más cadáveres.

—Tal vez España no se arregle hasta que muramos todos los españoles —dijo Prieto—. Podía ser una solución un poco drástica, pero efectiva, ¿no te parece? Poblar toda esta tierra con gentes nuevas.

Abrió los brazos en la oscuridad del coche, como si quisiera abrazar su desdichada patria.

14

A LA LUZ de una lámpara del XVIII, Aniceto Ortuño leía por tercera vez la Carta. Tenía la mano derecha aferrada a la columnilla salomónica recubierta de pan de oro que sujetaba la pantalla de pergamino tras de la cual se albergaba la bombilla, y apretaba con fuerza como si quisiera destruirla, como si pudiera sacar de allí el entendimiento que no brotaba de su cabeza.

Todavía había mucha luz en la calle, pero el rincón en que solía trabajar, detrás de los muebles, era sombrío. A lo largo de todo el día solamente había entrado en la tienda un alto funcionario del Ministerio de Justicia que había comprado un bargueño esmaltado y había prometido pagar al día siguiente. El bargueño continuaba allí, porque Aniceto conocía demasiado bien los trucos a que se entregaban algunos de los hombres en el poder. Arramblaban con las mejores piezas y después intentaban pagar con favores.

—¿No tendrá usted un pequeño juicio pendiente? ¿No precisa usted una pequeña licencia para importar automóviles? ¿No necesita su finca una concesión especial de ganado selecto? ¿No le gustaría exponer sus cuadros en el museo del Prado?

No eran muy numerosos los que así continuaban actuando, pero aún quedaban hombres de la vieja escuela, hombres que habían obtenido el poder con la Monarquía

y con la República, que convertían ese poder en un espléndido negocio a costa de los administrados. El funcionario de la Justicia era un antiguo monárquico de la rama alfonsina cuyas intrigas a lo largo de los sucesivos gobiernos republicanos, incluidos los de guerra, le habían permitido nadar con ventaja y guardar las ropas. Se sospechaba que había intervenido en el escándalo del estraperlo, que antes había colaborado con algunos militares en la venta clandestina de armas a los moros, armas que se descargaban sobre los soldados españoles, y Aniceto sabía también que era dueño, en sociedad con un fraile claretiano falsamente renegado, de una panadería ilegal en Reina Victoria. Lo sabía porque el propio claretiano se lo había contado.

Todo esto no le habría importado mucho si tuviese algún juicio pendiente, si pudiera comprarse un automóvil —no podía, no por falta de dinero y de ganas, sino porque se lo tenían prohibido sus patronos—, si realmente quisiera vender sus mejores tesoros. En todo caso, siempre había tiempo para regalarle el bargueño cuando necesitase algún favor suyo. Por ahora, y aunque el funcionario había prometido pasar a recogerlo al día siguiente, el mueble continuaba en la tienda, cargado de adornos menores y estimulando la codicia de otros arribistas.

—Si por lo menos Sim quisiera arreglar nuestra situación —dijo Ortuño haciendo girar la lámpara ante sí.

Sim no quería nada o no sabía lo que quería. Llevaba dos semanas sin verla e ignoraba si volvería a hacerlo. ¿No le ofrecía él más de lo que ningún otro podría ofrecerle? Sin embargo, la mujer desaparecía de pronto, no acudía a la tienda a la hora del cierre, no se dejaba ver por parte alguna. Al principio se poblaba su cabeza de negros pensamientos, llegaba a pensar que había sido encarcelada o que había muerto o huido con su antiguo marido. Ahora, ante la imposibilidad de hacer algo, esperaba, esperaba como un estúpido y se ponía contento cuando la volvía a ver, aunque hubiera prometido enfadarse y expulsarla de su lado. Tal vez su paciencia ganaría aquella batalla ridícula. Aunque la mujer no deseara casarse, al menos podría acompañarlo, vivir con él. ¿Quién estaba dispuesto a ofrecerle más?

Le importaba que no apareciera Sim, no la falta de clientes. Si no hubiese entrado siquiera el perseguidor del bargueño se habría quedado más satisfecho aún. No tenía la tienda para vender nada, sino para ocultar mucho. Por eso procuraba cerrar la puerta, refugiarse en su rincón y tratar con aspereza a los visitantes. Estaba siempre solo y quería estarlo aún más. Ni en el comercio de antigüedades ni en su casita de Las Cuarenta Fanegas precisaba la compañía de nadie. Alguna mujer alquilada en las noches en que la fe no resistía a la carne, cada dos o tres meses, y durante un par de horas como máximo, en lo más recóndito de las sombras. Nada más. Incluso la esporádica presencia de Sim lo enojaba muchas veces y no sabía de verdad si deseaba tenerla cerca o tenerla lejos. Quería tenerla, desde luego, pero sin estar obligado a verla cada día. Tal vez ella lo había advertido y por eso desaparecía con tanta

frecuencia.

Volvió a leer el encabezamiento de la Carta.

—Venerables hermanos: Suelen los pueblos católicos ayudarse mutuamente en días de tribulación, en cumplimiento de la ley de caridad, de fraternidad que une en cuerpo místico a cuantos comulgamos en el pensamiento y amor a Jesucristo. Órgano natural de este intercambio espiritual son los obispos, a quienes puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios. España, que pasa una de las más grandes tribulaciones de su historia, ha recibido múltiples manifestaciones de afecto y condolencia del episcopado católico extranjero, ya en mensajes colectivos, ya de muchos obispos en particular. Y el episcopado español, tan terriblemente probado en sus miembros, en sus sacerdotes y en sus iglesias, quiere hoy corresponder con este documento colectivo a la gran caridad que se nos ha manifestado de todos los puntos de la Tierra…

Aniceto Ortuño sonrió de nuevo. El obispo de Tarragona había sido sumamente hábil al comenzar la segunda Carta colectiva con las mismas palabras que la primera, la de julio del 37. ¿Qué podía significar este plagio sin cita, qué propósito encerraba? Llevaba tres horas pensándolo y no alcanzaba ninguna conclusión. ¿Arrepentimiento? ¿Cinismo? ¿Oportunismo? ¿Diplomacia?

Abilio Robledo, que misteriosamente había conocido la Carta dos días antes de su difusión por la prensa, había sacado ya sus propias conclusiones, pero a Ortuño no le gustaban. Llevaba la misiva fecha del 12 de octubre, festividad de la patrona de España Nuestra Señora del Pilar, y estaba fechada en la ciudad de Roma. No en el Vaticano, sino en Roma. De todas maneras, habían pasado ya tres semanas desde esa fecha y el retraso en la difusión del contenido también encerraba algún misterio. ¿Misterio o doble coincidencia buscada? La primera carta del episcopado español, la que empezaba lo mismo y había sido preparada por el cardenal Gomá, se publicó en los periódicos fascistas el día 6 de agosto, más de un mes después de haber sido escrita.

El anticuario tragó saliva, se frotó los ojos y pasó de un golpe las tres páginas de *El Debate* que reproducían íntegramente la epístola. En la siguiente se daba noticia del ajusticiamiento en la cárcel Modelo de Valladolid de Dionisio Ridruejo. Se publicaba una fotografía del pequeño falangista ataviado con los correajes de rigor, el cabello pegado al cráneo, una mirada brillante y el yugo y las flechas cosidas en la camisa.

—Otro desgraciado. ¿No podía haberse arrepentido como todo el mundo? —se preguntó Aniceto a media voz—. ¿Tan importante le resultaba creer en el galimatías joseantoniano? Si por lo menos fuese un mártir de la Iglesia.

El diario católico informaba en un recuadro destacado que el gobierno de la República, a instancias del propio Bergamín, había ordenado que visitara al reo un

fraile capuchino de Ciudad Real que había estado preso durante los dos últimos años de la guerra y finalmente andaba viviendo en libertad, viviendo como un trapero en las afueras de la capital castellana.

El fraile había sido capturado en una chimenea y, en aquel momento, constituyó la noticia un regocijo general. Era un hombre gordo y corpulento que se había refugiado en la casa familiar, mas cuando llegó un grupo de milicianos a inspeccionar la vivienda, se escondió en el humero a fin de no ser visto. Pero los milicianos decidieron pasar la noche en el caserón manchego y pidieron que se prendiera la cocina para caldear un poco la habitación. Los padres y hermanos del capuchino no pudieron negarse. Al cabo de unos minutos el fraile saltó entre las brasas con los pantalones en llamas. Por suerte para él, se había afeitado las barbas y había dejado el hábito escondido bajo un pesebre de la cuadra. De no ser así, se hubiera asado vivo.

Fue juzgado, retenido en prisión durante la guerra y finalmente liberado. Se trataba de un hombre que no molestaba a nadie y proseguía su apostolado en una ermita de un barrio obrero, sin grandes éxitos pero también sin oposición por parte de los trabajadores.

El Debate recordaba a grandes rasgos esta aventura y elogiaba el valor y la presencia de ánimo del eclesiástico, que reconfortó con los auxilios espirituales al falangista momentos antes de que un piquete de soldados disparase sobre él. También comentaba el periódico la valentía de Ridruejo, que incluso en el último instante gritó «¡Arriba España!» como síntesis de sus ideas. Había dejado por otra parte un breve testamento político en el cual, sin abjurar de uno solo de sus principios, culpaba a algunos camaradas de haberse aliado con los poderes establecidos, especialmente a los carlistas y a los militares, de haber huido después de la derrota y, en fin, de haber dado un ejemplo pésimo a la facción popular que respetaba cuando menos las doctrinas de José Antonio. «En cuanto a mí —terminaba— que Dios y España me perdonen si he estado equivocado». Reclamado el cadáver por su familia, fue enterrado en el cementerio de Soria.

El anticuario siguió leyendo el periódico. Claudio Sánchez Albornoz, refugiado en Buenos Aires, no sólo seguía viendo marxistas y rusos por todas partes, sino que afirmaba que el gobierno en pleno estaba vendido a Moscú y tarde o temprano caería en sus garras. Todos los burgueses de Izquierda Republicana —Azaña incluido— hablaban así. ¿Qué clase de izquierda era aquella que abandonaba la partida apenas recogidas las primeras bazas?, se preguntaba Robledo. Por lo menos el miedo de los curas estaba justificado. No sólo perdían sus prerrogativas y su rico pan cotidiano, sino que corrían peligro de perder también la cabeza.

Ahora la Carta podría arreglar las cosas.

—Este Robledo es un miserable. ¿Qué le ha hecho a él el Vaticano para que lo odie de esa manera? —se preguntó Ortuño. A fuerza de estar solo tenía que

pronunciar en voz alta las grandes ideas para estar seguro de que las estaba pensando.

Primero dos días antes de la publicación de la Carta y ahora al lado de un resumen de la misma, *Pueblo Socialista* se despachaba a gusto contra todas las fuerzas religiosas del país. No sólo llamaba fascistas a Gomá, a Segura y a todos los obispos españoles, sino también a los cardenales romanos y al mismísimo Pío XII. Fascista, con todas las letras.

—¿Cómo se puede permitir tal cosa? Pues esto es un insulto, desde luego. ¿Cómo no lo excomulgan por insultar al Papa?

«Vuelven como sumisos corderitos a los ricos pastos del pueblo español. ¿Acaso no han devorado bastante en quince siglos de dominación espiritual? —se preguntaba Robledo—. ¿Puede una carta hipócrita exculparlos de todos los delitos, de su conspiración, de sus matanzas?»

Aniceto no estaba muy seguro de que el documento sirviese de algo. La Iglesia Católica se mantenía en un equilibrio difícil y contra «una tradición milenaria» —según decía la Carta— se alzaba el peso de la sedición de sus máximos dirigentes en apoyo de los militares facciosos. En esa situación, nada podía ser como había sido.

No dejaba de ser cierto que el ministro de Justicia y Cultos era un hombre probadamente católico. Republicano, liberal, conciliador y abierto, pero católico. De alguna manera, pues, José Bergamín había de apoyar más al catolicismo romano que a las demás confesiones religiosas que estaban invadiendo el país. Pero su apoyo resultaba poco práctico. Los anticlericales nada querían saber de la Iglesia, y los que antes seguían dóciles a los curas, no deseaban verlos de nuevo después del abandono masivo de que habían sido objeto apenas entrevieron los clérigos los primeros peligros. ¿Cómo convencer a unos y a otros?

—A burro muerto, la cebada al rabo —clamaba Ortuño.

Y empezó a releer por quinta vez la Carta.

El Papa había sido muy listo al encargar su redacción, la recopilación de firmas y él envió al único obispo que se había mostrado de verdad fiel al pueblo de Dios. Naturalmente, no firmaban a pie de página ni los cardenales Segura y Gomá ni algunos otros prelados destacadamente adictos a los facciosos. El obispo de Vitoria, Múgica, que también se había negado a participar en la misiva anterior, aparecía en la nueva a continuación del cardenal Vidal i Barraquer.

Sin embargo, el número de rúbricas era menor, pese al consejo del Papa para que firmasen los más posibles. Pacelli, cuando era secretario de Estado, había insinuado sólo la necesidad de la primera. Ahora, siendo Papa, presionó para que se redactase la segunda. Era la gran baza que podía jugar el Vaticano, el último naipe que le quedaba en la manga. Un naipe de valor excepcional, como era Vidal. Ya en los primeros días de la República había mostrado su talante abierto y democrático, que confirmo más tarde al negarse a la pretensión de Gomá de justificar una rebelión armada,

justificarla con los argumentos más sofisticados, más intemperantes, más absurdos.

—¡Dios mío, cuánto habrán trabajado en esta carta, cuántos borradores habrán hecho, a cuántos expertos se habrá consultado! —sonreía con malicia Ortuño, que conocía muy bien los interiores de la política clerical.

Era una auténtica obra de arte propia de los más sublimes expertos de la Iglesia. Aniceto estaba convencido de que sus patronos los jesuitas habían tenido una participación destacada en el documento. Quizá el mismísimo padre Martínez, que el 38 había gritado al final de un libro: «¡Cruzada, no rebelión!»

No había en el escrito acusaciones a los hermanos disidentes, no había tampoco arrepentimiento de quienes firmaban de nuevo en contradicción con lo que habían apoyado antes, pero al mismo tiempo aparecía una sutil acusación de fascismo —al grupo perdedor— de la Iglesia española y un vaho de contrición en la caridad y la justicia. Todo un prodigio de maquiavelismo. Si antes los obispos justificaron una guerra, ahora justificaban la justificación de la guerra. Como siempre, todo era relativo para la Iglesia en los momentos delicados. Lo importante seguía siendo su presencia en España, y eso es lo que la Carta pedía. En el seno de una libertad de cultos, pedía equiparación de derechos y deberes. Es decir, pedía autorización para que todos los clérigos tránsfugas regresaran a la Patria.

—¿Y cómo creéis que os van a recibir las gentes, pedazo de cobardes? ¿Van a arrodillarse ante vuestros campanillazos? ¿Os van a besar los anillos y los escapularios? Hasta los mejores cristianos nos armaremos de estacas y os volveremos a echar.

Aniceto Ortuño se había levantado del sillón Luis XV después de la última lectura y cruzaba a grandes trancos la tienda atiborrada de muebles y objetos antiguos. Los sorteaba con agilidad mientras levantaba los brazos por encima de la cabeza para gritarle al oculto Dios de todos que le perdonara por aquel deseo, pero agarraría un garrote y les molería las espaldas a golpes. No exactamente por el abandono de los cristianos en general, sino por el abandono suyo en particular. Él quizá no fuese un devoto muy fiel, pero sí era un fidelísimo administrador. Administrador en el exilio, pues no de otro modo podía denominarse su situación, ya que todos los dueños de lo administrado estaban fuera. A él lo habían dejado solo, como a san Juan Bautista en el desierto.

Ahora, al cabo de los meses, la soledad empezaba a pesarle tanto como sus simulaciones. De ambas cosas no lograba satisfacción alguna. Los valiosos cuadros continuaban escondidos en un bunker gallego, imposible de hallar, y sus riquezas tenían que seguir en el mayor secreto. Un anticuario de posguerra, cuando se paga más cara la hojalata que las alfombras persas, no podía mostrarse como un potentado. Estaba cansado de ello, cansado de transcribir documentos, difundir informaciones, ayudar a emboscados, tener la cabeza insegura ante el temor de que alguien topase

con sus ilegales y sagrados tesoros. Se armaría de un garrote, desde luego, pero no por cuestiones de principios, sino por ira. ¿Por qué no lo sacaban de allí? ¿Por qué no lo relevaban de su cargo?

—Al fin y al cabo, también podría largarme por las buenas —se dijo—. Les debo muchos favores, pero ellos me deben más. ¿Qué ocurre si desaparezco, si me escondo en Brasil, en Ceilán, en África? Puedo decírselo a Sim y nos vamos juntos.

Estaba seguro de que era imposible, de que lo encontrarían pronto o tarde. La iglesia poseía una red internacional infinitamente superior a la de cualquier país. Estaba seguro de ello porque él mismo formaba parte de esa red. Sólo le restaba maldecir su destino.

Unos padres pobres lo habían entregado de niño a los jesuitas con la esperanza de que no padeciera las miserias que ellos padecían. Y con los jesuitas, de un seminario a otro, pasó parte de su infancia y toda su juventud. Aprendió teología, filosofía, arte, economía y derecho, pero cuando estaba a punto de ser ordenado le negaron la autorización. Hablaron de ligerezas, de falta de personalidad, de pecados incluso… Era todo mentira. Sencillamente lo necesitaban en otra parte.

—En el mundo serás más útil que aquí a la Compañía y a la Iglesia. En el mundo harás tu labor y Cristo será igualmente glorificado.

Así había hablado el padre provincial. Otro zorro de buena calaña. Olfateaban lo que se les venía encima y necesitaban administradores fieles, administradores caídos en la trampa. Había sido marcado desde los nueve años y sería jesuita todos los días de su vida, aunque no lo quisiera. Ellos lo sabían y por eso lo arrojaban con los infieles para que multiplicase su dinero, para que comerciase en su nombre, para que encubriese sus negocios. Imposible volverse atrás ahora. Tras de veinte años de esclavitud, de sometimiento, de obediencia, no se sentía con fuerzas ni siquiera para sostener el garrote.

—Bueno pues que vuelvan, que los dejen entrar —dijo mirando por la cristalera de la puerta—. Que vengan y pongan orden. Los libros de contabilidad están al día. Con ellos cerca no será todo tan triste.

Estaba tan seguro de que la Carta surtiría efecto, de que ganarían la jugada, que abrió la puerta de la tienda como si quisiera darles por anticipado la bienvenida. Besteiro y Prieto se habían mostrado tan conciliadores que no iban a rechazar esta sibilina muestra de arrepentimiento colectivo. Acaso seleccionaran un poco el material, tal vez se desterrara a algunos de los obispos con las manos más sucias, pero la Iglesia regresaría, diezmada y todo, y al cabo de los años, con nuevos obispos, los españoles volverían a arrodillarse ante ella. De grado o por fuerza. La historia era así, pues Ortuño sabía bien que tanto como en el impulso misterioso del Espíritu los eclesiásticos se apoyaban en su propia inteligencia, en sus propios ardides, en el mecanismo fantástico de un gobierno dentro de otros gobiernos. Habría hombres que

clamarían el *epur si mouve* pero terminarían en la hoguera, con el corazón lleno de verdades. Y los demás hombres les volverían la espalda.

Como estaba haciendo con él aquella mujer huidiza y extraña. ¿Por qué no venía a verlo? Tal vez Sim estaba en un aprieto y no quería meterse en complicaciones nuevas a su lado. ¿Tendría verdadero interés en casarse con él, en intentarlo de veras? El hecho es que no la veía, que no podía encontrarla, que estaba solo y pensando en ella.

Asomado a la calle, Aniceto vio que por la acera subían desde la plaza de las Cortes Ernesto Hemingway con su compañero inseparable. Estuvo a punto de esconderse en la tienda, pero decidió gritar y hacer aspavientos para que se acercasen.

—Habías prometido visitar mi comercio —dijo a Ernesto cuando estuvo a su altura, al otro lado de la acera.

Los dos hombres empezaron a cruzar la calle.

—¡Vaya, monseñor! Estás muy pálido.

—Todo el día encerrado con muebles y cuadros. El polvo de lo antiguo se pega a la piel.

—Deberías ir a los toros y correr detrás de las muchachas por el Retiro —dijo Hemingway—. ¿Cuándo nos emborrachamos juntos?

—Yo no bebo —dijo Ortuño.

—¿Cómo que no bebes? —gritó el americano—. Olvidaste pronto cómo salías de La Colmena conmigo el otro día.

—Bueno, fue una vez… —reconoció Ortuño con menos presteza.

—Pues cuando te apetezca otra vez, me avisas. Vivo en el Florida.

—¿No quieres entrar? Puedo enseñarte algo muy valioso.

—Ahora tenemos prisa —dijo Ernesto—. Va a hablar don Pío en el Ateneo y hay que escucharle. Si no me presento, el viejo es capaz de pedir que me expulsen de España.

—Cuando tengas tiempo, ya sabes —dijo Ortuño—. Yo no salgo de aquí.

—Pues no sería malo que salieses —dijo Ernesto cuando ya se alejaba, seguido por el fotógrafo. Alejo Rubio echaba carrerillas para no perder el paso.

Aniceto lo vio meterse por el portalón del Ateneo. Entró en su cubil, pasó una mano experta por el bargueño todavía sin vender y luego recogió los periódicos de encima de la mesa. Estaba tentado a leer nuevamente la Carta, pero arrojó los papeles a un rincón, arrugados y rotos. En un espejo oxidado se encontró con sus mejillas pálidas, el cuello delgado y largo, la nariz prominente. ¿De dónde había sacado aquel americano que tenía cara de obispo? Cometía demasiadas indiscreciones con ayuda del alcohol: nunca más volvería a beber en público.

Tropezó con los papeles. Se sentía de pronto muy solo, y eso no lo podían arreglar ninguna promesa, ningún juramento, ninguna esperanza difundida en un

periódico. Si al menos Sim cruzara aquella puerta con su andar ágil, con su enorme boca risueña… Los obispos, las monjas, los frailes, los curas, todos sus amigos volverían. Era irremediable. Ojalá se enterasen al menos de que él no había perdido completamente el tiempo. Ojalá fuera aquella mujer desnuda lo primero que sus ojos vieran al entrar en España.

15

EN LA CALLE hacía un frío de todos los diablos.

Después de un otoño tibio y confortante, el invierno se echaba encima de la ciudad como un león huraño. Aniceto se había quitado los zapatos y tenía los pies colgados sobre una estufilla de petróleo que al cabo de tres horas había conseguido caldear un poco la tienda de antigüedades. Estaba destemplado y un poco tembloroso, sin duda por haberse acostado muy tarde y haber madrugado. Cualquier alteración en su régimen de vida le proporcionaba aquella tembladera en las manos y en los muslos que el calorcillo no había logrado mitigar. Podía perfectamente haber abierto la tienda más tarde, a media mañana, pero era hombre cumplidor y no se arriesgaba a que un visitante encontrase cerrada la puerta durante el horario de comercio.

Su amigo el americano se había comportado groseramente la noche anterior. Fue a La Colmena con el deliberado propósito de contarle algunas penas que le ahogaban el alma, pero Ernesto hablaba muy animado con Delia Sánchez, rodeado de curiosos, y tan sólo lo invitó a beber un trago en una mesa extraña. No era momento para coloquios amistosos, desde luego, pero también podía haber sido menos hosco y violento.

—Como los obispos parece que no llegan —le había dicho—, cualquier día te encuentras vestido de pluvial diciendo misa.

Era una broma de mal gusto que había levantado carcajadas en la *vedette* y en el grupo más cercano a ellos. Incluso los escritorcillos hambrones que lo acosaban habían piado como cuervos contentos.

—Ése teme que en vez de repartir hostias se las repartan a él —chilló Abilio Robledo con voz tan fuerte que hasta los camareros más alejados pudieron oírlo.

El periodista parecía un pavo real en el centro de una tertulia formada por jovencitos barbudos y putillas de la casa. Le gustaba ser escuchado, aplaudido, obedecido. Cada día era mayor su fuerza y su prestigio, no sólo en la prensa, sino

incluso en los despachos de los políticos; y sabía aprovechar bien ambas cosas. De momento, todo Madrid estaba informado de que habitaba en un palacete de El Viso, antigua residencia de un marqués desterrado comprada por cuatro cuartos. Comprada o requisada —eso nadie lo sabía—, la lujosa vivienda era ya uno de los más estimados mentideros de la capital. Robledo sería nombrado ministro cualquier día.

Aniceto Ortuño no supo encontrar réplicas para ninguno de los periodistas. Sintió pena de que Hemingway, del que empezaba a considerarse como un hermano, lo tratara de ese modo. Mas su pena era estéril y no producía argumentos. ¿Qué podía aducir contra blasfemias tan burdas?

La venganza que se tomó fue tan ridícula como su silencio en La Colmena.

Después de haber bebido nuevamente más de lo justo y cenado en solitario en un lujoso restaurante de la Carrera de San Jerónimo, tomó un taxi hasta su casa. Miró a un lado y a otro antes de subir al automóvil, porque aún sentía miedo de que alguien supiera que podía costear tales dispendios. Habitualmente viajaba en tranvía, como todo pequeño comerciante.

Ya en Las Cuarenta Fanegas atrancó bien las puertas, levantó la cara al cielo para adivinar si la escarcha sería muy fuerte y podría arruinarle las begonias y subió directamente a la habitación superior. Era una salita semicircular que ocupaba casi toda la planta. Del interior de un pesado arcón antiguo sacó un receptor de radio que sus patronos le habían regalado al día siguiente del decreto de expulsión, un aparato que tenían ellos en su convento de la calle de Serrano, fabricado en Alemania, macizo, estupendo. Buscó en un botellero camuflado en un rincón de la sala una botella de vino tinto de la cosecha del 21, también regalo de los jesuitas antes de la desbandada, se sirvió un vaso y comenzó a manipular la radio, manteniendo muy bajo el volumen. Estaban a punto de sonar las once y media de la noche, y escuchando las lejanas voces se sentía abundantemente vengado y recompensado.

La locutora de Radio Berlín tenía una voz chillona y empalagosa.

—Buenas noches, queridos oyentes de España. Antes de ofrecerles nuestro boletín informativo queremos anunciarles que a continuación del mismo Pilar Primo de Rivera ofrecerá como todos los martes un discurso extraordinario dedicado a los resistentes patriotas sojuzgados por la corrupción del gobierno republicano y sus compañeros de viaje marxista. No deben perdérselo si quieren conocer las noticias y las opiniones que la censura de Prieto no permite circular en España. La hermana del mártir José Antonio hará un resumen de la situación interna y de los crímenes que a diario se cometen en la patria ensangrentada. Y ahora pasamos a nuestro boletín de noticias.

Aniceto giró unos milímetros el dial del volumen y bebió un trago de vino. Lo removió en el paladar y lo tragó con un gesto de erudita satisfacción.

Las noticias llegaban en una voz masculina que más que hablar, cantaba. O

recitaba. El oyente podía imaginarse a un ario rubio, musculado y joven, de pecho saliente y ojos clarísimos. Sin embargo, Ortuño conocía de sobras aquella voz. Era la de Fernández de Córdoba, un hombre más bien pequeño y gordezuelo, cor la frente derrotada por la calvicie. Incluso podía sospecharse que tenía antecedentes judíos.

Todavía el locutor se empeñaba en ensalzar la *Blitzkrieg*, palabra que pronunciaba desoladoramente. En efecto, la guerra relámpago había sido un éxito nazi tal vez sin precedentes en la historia. Tan grande que los rusos se habían asustado y habían corrido a su vez a participar en el banquete polaco. El 19 de setiembre se habían reunido a celebrar juntos el final de la orgía. Polonia había desaparecido y el locutor se hacía lenguas aún de las heroicidades alemanas, que a su paso iban dejando docenas de miles de cadáveres inocentes. Francia e Inglaterra, desde luego, habían declarado inmediatamente la guerra a Alemania, pero no parecían tener muchas ganas de ayudar a los polacos, como tampoco antes se habían mostrado muy proclives a los republicanos españoles. Aunque miles de ciudadanos se habían refugiado en el campo por temor a los bombardeos de ciudades, estaban regresando a casa a celebrar debidamente las fiestas navideñas. Entretanto, los finlandeses habían aguantado con firmeza la invasión rusa iniciada en noviembre. Toda Europa estaba atrincherada, construyendo aviones, esperando el dramático asalto final.

Fernández de Córdoba hablaba de la alta moral en los frentes nazis, de los soberbios cañones y carros que se aprestaban al ataque, de los altísimos designios del Führer, de cómo los franceses se estaban ensuciando los pantalones de miedo en su línea Maginot y de cómo los ingleses tendrían que emigrar en masa a los Estados Unidos si querían salvar la piel. A juzgar por el noticiario, Hitler hablaba mucho, muchísimo. No decía gran cosa, pero el locutor español resumía proyectos, discursos, alientos y decisiones.

Nada en particular. El invierno empezaba muy aburrido.

Y de España ni una palabra.

—En este país no ocurre nada —se dijo desanimado Ortuño mientras escanciaba nuevamente el sabroso vino. Estaba muy impaciente.

Cuando Pilar Primo de Rivera empezó a charlar ante los micrófonos berlineses se dio cuenta de que sí estaban pasando muchas cosas. La dirigente falangista tenía una voz opaca, uniforme, soporífera. Cualquiera se hubiera dormido al escucharla de no haber sido por lo que estaba diciendo.

¿Era posible?

Empezaba llamando lisa y llanamente traidores a todos los obispos que habían firmado la famosa Carta.

—¿Para qué deseáis volver a ese antro de hienas, a ese pozo de sangre, a ese redil del demonio? ¿A quién pensáis impartir vuestras bendiciones? ¿Soñáis quizá que alguien se acerque al Pan de los Ángeles si no es para mancillarlo? Os portáis como

traidores a la patria, como traidores al pueblo y a la Iglesia de Jesucristo. ¿Quién os ha engañado de ese modo? ¿Qué pérfido mensaje os ha obligado a este ridículo? ¿Tal vez Bergamín? Es un réprobo, como todo el gobierno en el que actúa. ¿Católico? ¿Cristiano? ¿Puede llamarse cristiano al que sirve a las fuerzas del mal, al que se arrodilla ante el Anticristo, al que aplaude a todas las sectas del Anticristo lanzadas a devorar los pocos espíritus nobles que quedan en la patria?

Prosiguió durante algunos minutos con sus diatribas a los obispos y luego dedicó la parte medular de su discurso a insultar agriamente a algunos miembros del gobierno y todas las actuaciones de éste. Después, pasó de las críticas a las amenazas. No sólo amenazó con una invasión falangista, sino con la destrucción del poder a manos de José Antonio Girón, «ese valeroso iluminado de la patria», y, sobre todo, con la inmediata posibilidad de que las invictas armas alemanas destruyeran para siempre ese pozo de liberales y masones en que se había convertido el ilegítimo gobierno español.

Pilar Primo de Rivera se despachó a su gusto. Vituperó al «viejo carcamal profesor de Lógica», al «odre socialista lleno de pus», ridiculizó a los ministros con parecido lenguaje al que utilizaba Queipo de Llano desde la emisora sevillana en los comienzos de la guerra. Aniceto Ortuño había leído que Queipo estaba luchando al lado de los nazis, y no le hubiera sorprendido escuchar que el general faccioso redactaba o ponía su pincelada inconfundible en los discursos de la primera mujer falangista.

Seguía escuchando un poco para satisfacer su venganza, más que por gusto. Dos veces por semana, desde mediados de agosto, Radio Berlín ofrecía a los españoles un batiburrillo de noticias, programas, denuestos, consignas, falsedades y propaganda especialmente manipulados por algunos falangistas y militares refugiados a la sombra del III Reich. De vez en cuando el chismorreo le deleitaba especialmente y hasta había llegado a emocionarse con las promesas y esperanzas que las emisiones infundían. Pero esta noche la palabra traidores le martilleaba el cerebro y estaba agriándole el vino. Más que nada porque reconocía que la hermana de José Antonio tenía razón. Tenía razón incluso por encima de sus propios deseos. Cobardía o traición, dos palabras que desde ahora colgarían como una vergonzosa estola del cuello de la Iglesia española.

No había sido, pues, el vino el que le había dejado mal cuerpo, sino Radio Berlín. Y el mal humor de la velada —que tan mal había comenzado en La Colmena— persistía y flotaba en torno a la estufilla de petróleo como una neblina evanescente.

Volvió a calzarse con parsimonia, pues empezaban a quemársele los pies, y se levantó para ordenar por enésima vez en su vida los objetos que se exponían sobre una ancha mesa de nogal: cofrecillos de Nuremberg, bolas de cristal chinas, miniaturas de porcelana francesa…

Oyó dos golpes en la cristalera de la puerta.

—¡Adelante, adelante! ¡Está abierto!

Entró un hombre tostado por el sol, más bien pequeño y fuerte. Sus ojos verde claro eran tan hermosos como los de una muchacha. Aniceto corrió a cerrar la puerta detrás de él y al hablar la nuez le saltó nerviosa en la garganta. Sin quererlo, se arregló la cabellera a sus espaldas y adoptó un aire sumiso y profesional.

—¿Desea ver alguna cosa en especial?

—Me gustaría ofrecerle unas tórtolas —dijo hombre.

—Yo no compro tórtolas, señor. Vendo antigüedades.

—Son tórtolas romanas.

—En ese caso, acompáñeme, por favor. ¿Me trae algún mensaje?

Aniceto se había puesto repentinamente nervioso. Saltaban sus ojos del visitante a la cristalera, temeroso de que alguien penetrase en la tienda. Al fin, guió al de las tórtolas hasta el rincón de la estufa, le indicó un sillón y se quedó de pie a su lado.

—No tiene que preocuparse, no me conoce nadie —dijo el hombre—. Mejor dicho, me conoce mucha gente y tengo un gran prestigio profesional.

—¿Mucha gente? —preguntó Ortuño.

—Muchísima. He sido uno de los capitanes más populares de la Brigada Garibaldi.

—¿Cómo dice usted?

—Exactamente lo que ha oído. ¿Quiere ver mis documentos?

—¡Por Dios! —dijo Aniceto rechazando la cartera que el otro le ofrecía—. No es necesario. ¿Y puede usted ofrecerme tórtolas de la ciudad de Roma? Me cuesta trabajo comprender.

—No se preocupe.

—Ya, pero… —Ortuño no quería ser el primero en descubrir la jugada.

—Desgraciadamente, ni el cardenal Gomá ni ningún otro me han dado mensaje alguno para usted. Ha sido únicamente un modesto cura el que me ha mandado venir a visitarlo.

—¿Un padre? ¿Cuál? —preguntó Ortuño.

—Tampoco es jesuita, aunque en el Vaticano tiene ahora mismo más influencia que ellos, especialmente en lo que se relaciona con España. Se llama José María Escrivá.

—No lo conozco —dijo Ortuño, todavía a la defensiva.

—Aquí se lo presentan.

El visitante sacó de un bolsillo del pantalón un sobre minúsculo sin dirección ni franqueo. Estaba cerrado. El anticuario lo abrió con dedos inquietos y reconoció en seguida la firma familiar, los rasgos inconfundibles, del más alto de sus patronos. Con muy breves palabras, cual correspondía a su personalidad y a sus muchas

ocupaciones, le hablaba de aquel cura a quien él nunca había conocido. «Actúa como embajador de los vencidos ante la Santa Sede», decía. ¿Cuántos embajadores estaban actuando en Roma?, se preguntó Aniceto mientras se enteraba del nombre de su visitante.

—¿Así que es usted el señor Fabiani? —preguntó.

—El mismo. Cesare Fabiani.

—Bien. ¿Y cuánto necesita?

—Oh, nada por ahora. Mi visita es de mera cortesía —dijo Fabiani—, tengo el encargo de realizar ciertas gestiones en España y existían algunas dificultades para disponer sin sospechas de fondos. Mi gobierno se puso en contacto con sus jefes y éstos nombraron intermediario al cura Escrivá. Es un gran administrador y tienen confianza plena con él. Por lo tanto, ahora me encuentro en sus manos.

—Espero que no sean cantidades desmedidas. Hay dificultades para la venta y ya sabe que las cuentas bancarias…

—No se inquiete, amigo. Incluso es posible que no necesite ni un real. Sólo si surgiese alguna emergencia en mi trabajo. En Roma lo consideran a usted un hombre de fidelidad probada, de modo que tampoco se negaría a echarme una mano si necesitara cobijo o ayuda de otro tipo. No creo que sea así, pero he venido a saludarlo para prevenirle de alguna posible contingencia.

—Le ayudaré. Así me lo piden —dijo Ortuño.

—Perfecto. Yo me pondré en contacto telefónico con usted si fuese preciso. De momento, repito, no necesito nada.

—Bueno, pues a sus órdenes —dijo Ortuño para expresar su alivio.

Sonrió y terminó acercando una banqueta para sentarse al lado de Fabiani.

—Me sorprendió usted un poco con eso de la Brigada Garibaldi.

—¿Sorprendido? Consulte donde quiera. Cesare Fabiani fue uno de los italianos más valerosos. Incluso le concedieron el grado de coronel cuando salió del país para volver a su exilio en Grecia. Quizá mi rostro no sea muy popular, pero apuesto a que mi nombre todavía está en la mente —y desde luego en los archivos— de algunos miembros del gobierno.

—Claro, claro —dijo Ortuño—. No podía usted establecerse en Madrid diciendo que era amigo de mi patrón. Desde luego.

—Vaya, veo que lo comprende.

—Eso es: lo comprendo. Y, dígame, señor Fabiani. ¿Qué se dice por Roma? ¿Ha obtenido respuesta la Carta? ¿Cree que volverán?

—¡Pues claro que volverán! ¿Cómo ha podido usted dudarlo? Es hombre de poca fe, me parece. Volverán con todos los honores. Puedo jurárselo.

—Dios le oiga.

—Pero convendría que nadie más que Él nos oyera, ¿comprende?

—Ciertamente. Yo nunca lo he visto a usted. Ni siquiera conozco su nombre —dijo Aniceto—. En fin, me suena de algo relacionado con las brigadas, pero nada más —añadió con una sonrisa.

No se sentía muy cómodo con las extrañas visitas que últimamente le menudeaban. Lo suyo eran los negocios secretos, incluso la astucia para exportar a escondidas algún cuadro que sus administrados necesitaban en otra parte. Camuflaba contabilidades, disimulaba beneficios, despersonalizaba riquezas… Llevaba diez años haciéndolo y le resultaba muy fácil. Pero hablar con hombres como los que entraban en la tienda y soltaban una frase sorprendente que un visitante anterior le había predicho, verse obligado a conocer y a no conocer, a recordar y a no recordar, no le resultaba tan cómodo, aunque supiese de memoria la lección. ¡Y ahora llegaba un brigadista pidiéndole dinero!

—¿Cómo se desenvuelven los jesuitas en Roma? Sabe usted, hasta aquí llegan pocas noticias.

—¿Cree que los jesuitas podrían desenvolverse mal en alguna parte? Creo que hasta el mismo Papa está atemorizado de su empuje.

—¡No me diga!

—Es un rumor que corre por Roma. O quizá un chiste.

—Ah, eso es otra cosa —dijo aliviado Aniceto. Se quedó un momento pensativo y luego añadió—: Pero aquí dicen que solamente permitirán la entrada a unos cuantos y ni uno solo jesuita. Dicen que los expulsaron legalmente y que no pueden entrar hasta que el nuevo Parlamento lo decida. Dicen que poco a poco irán dejando entrar a algunos obispos, al cardenal Vidal i Barraquer el primero, y después a los curas y frailes que no tengan antecedentes fascistas. Pero no a todos en bloque. Lo ponía *El Debate*.

—Apostaría a que entran todos los que salieron y aun los polacos y los que se han ido de otros sitios. Y los jesuitas, desde luego. Serán los primeros en cruzar la frontera. Con el cardenal Segura a la cabeza.

—Claro —dijo Ortuño—, aquí las noticias llegan censuradas. Señor Fabiani, ¿le apetece comer conmigo? Usted no es más que un cliente y yo un vendedor anticuario…

Podría enseñarle algunos cuadros muy valiosos.

—Tengo ya una cita, lo lamento —dijo Fabiani—. Tal vez encontremos la oportunidad de comer muchos días juntos. Y no conviene que nos vean demasiado. José María Escrivá me aseguró que no estaba usted fichado en modo alguno. ¿Continúan así las cosas? Comprenda que es muy importante.

—¡Por supuesto que continúan así! Incluso tengo clientes en la política y a veces les regalo alguna menudencia. Me aprecian mucho. Saben que los anticuarios somos gente un poco rara, ¿sabe usted?, y no me molestan. Yo nunca he intervenido en

política y tampoco soy rico.

—No lo parece, quiere decir —explicó Fabiani.

—Eso es. No puedo parecer rico. Así que todos contentos.

—¿No luchó usted con Franco?

—No luché con nadie. Estuve sin moverme de Madrid. Un médico aseguró que sufría de cardiopatías muy graves. En fin, cuando no había más remedio eché una mano en un grupo de zapadores anarquistas, ayudé a la defensa de Madrid. Sobre todo en la cuestión de defender los monumentos de las bombas, vigilar el embalaje de los cuadros, asuntos de ese tipo. Pero con la República. Incluso estuve en el museo del Prado. Eran obras cívicas y me dieron buena fama.

—No la pierda usted, Ortuño —dijo el visitante. Pronunciaba por primera vez su nombre y Aniceto se sintió halagado. Le inquietaba un poco aquella mirada demasiado luminosa, el rostro bronceado en pleno invierno, la disimulada meticulosidad de sus miradas a todos los rincones. Debía de ser un hombre que sabía lo que llevaba entre manos. Le sonreía desde muy lejos, como si no se fiase completamente de él, como si intentara dominarlo con la sonrisa, como si no lo viera.

—¿De verdad que no necesita nada?

—Gracias, de verdad. Y ahora debo irme. Ah, se me olvidaba —dijo Fabiani ya puesto en pie—. En Roma están muy contentos con su trabajo, muy contentos. Su patrono me insinuó que no saben cómo premiarle.

Aniceto Ortuño se encogió de hombros como quitando importancia al asunto. Tomó con las puntas de los dedos el brazo de Fabiani y lo siguió hasta la puerta por entre los muebles de la tienda. Ahora, de pronto, la habitación estaba caliente y la vaharada de aire frío que entró al salir el italiano se disipó inmediatamente. No le importaba mucho que le pidieran dinero, pues para eso estaba. Se sentía contento con las noticias recibidas. Premiarle… No lo merecía. Solamente cumplía con su deber. Estaba ayudando a los amigos de sus amigos sencillamente. Aunque, ciertamente, los peligros que sin duda estaba corriendo merecían alguna recompensa. Por ejemplo, que lo sacaran de España, que le ordenaran salir, que le dieran la libertad.

Empezó a pensar en lo que Fabiani pretendería hacer en Madrid, pero todas las hipótesis se le borraron muy pronto de la mente. Tampoco debía mezclarse en negocios ajenos, especialmente cuando tan complejos eran los suyos. Se sentó a revisar sus cuentas y comprobar si aún le quedaban fondos para satisfacer al nuevo emisario cuando se los solicitase. No tenía duda de que vendría a hacerlo de un día a otro.

16

RARAMENTE NIEVA EN MADRID durante el mes de diciembre. Las Navidades blancas son un viejo mito nórdico en el que hasta Hemingway creía. Por esa razón, nada más levantarse, corría al balcón de su hotel a contemplar las calles y estudiar el cielo en espera del blanco manto tradicional. Unas fotografías con nieve serían magnífico colofón de su libro sobre la capital. Pero no nevaba.

Y él comenzaba a sentirse triste. Los generales rebeldes se estaban divirtiendo mucho más en el Trópico que él en Madrid; los que quedaban de ellos, pues las deserciones se multiplicaban cada mes. En realidad, Franco se estaba quedando solo. Aranda y Beigbeder, que nunca habían admitido el caudillaje del ferrolano y que veían imposible el momento de la restauración monárquica por la que se habían lanzado a la lucha, como el mismo Mola, habían terminado por no admitir ningún tipo de autoridad en el joven y autoritario general, ni siquiera ética, y se habían incorporado a la vida civil. El ex general Varela estaba organizando en compañía de otros militares masones el maltrecho ejército boliviano y Juan Beigbeder había montado un floreciente negocio de venta de armas al África negra en unión de un coronel inglés antiguo gobernador de la India y con el respaldo financiero de Juan Ignacio Luca de Tena, que intentaba rehacer sus empresas en Santiago de Chile. El viejo conde de Jordana había decidido esperar la muerte en Cuba. Andrés Saliquet, por su lado, se había establecido en Estados Unidos al frente de un negocio de importaciones fraudulentas de aceite de oliva, en connivencia con olivareros españoles que actuaban a espaldas del gobierno. Salvo Fidel Dávila, ni uno solo de los generales más destacados de la revuelta continuaba con Franco. Hastiados o aburridos, cada uno había tomado su camino al margen del antiguo jefe de la guerra.

Así que, de alguna manera, no sólo no habían recibido castigo alguno, sino que se estaban divirtiendo más que los periodistas extranjeros, obcecados por extraer de Madrid alguna sensación vigorosa y nueva. Ernesto había tenido dispuestas las maletas para echar un vistazo a la guerra europea, pero algunos colegas ingleses le habían disuadido. Los soldados estaban bajo tierra, en las trincheras; los alemanes se habían calmado y solamente las fábricas de armamento parecían gozar de alguna actividad.

Tal vez esos sentimientos que lo asaltaban mientras los madrileños asaban pollos con honores de pavos y freían chicharros proletarios en las besugueras repudiadas por sus legítimos y tradicionales inquilinos, se debían a una larga charla que había terminado por clavarse en el corazón del americano, nunca demasiado resistente a estos embates. En vano las hijas del líder socialista intentaron animar a los dos hombres sirviéndoles algunas botellas del mejor Vega Sicilia que se había salvado de la sed de falangistas y milicianos. Prieto estaba profundamente decaído, enfermo de

los ojos y descorazonado de todo.

Se habían convocado elecciones generales para el mes de febrero, ya que el Parlamento apenas podía trabajar a causa de los huecos que habían ido dejando los muertos y los desterrados, y ya durante los últimos días de noviembre habían comenzado a aparecer los tapices de papel en tapias y paredes, al tiempo que se iniciaba la ronda de mítines por todo el territorio. Esas primeras escaramuzas dialécticas volvieron a mostrar cuán separados estaban los españoles.

—¿Qué idea, qué pasión conseguiría unirlos? —preguntaba don Inda una y otra vez a Ernesto.

Y Hemingway respondía siempre de igual modo:

—No debe usted desalentarse por la palabrería de los políticos, don Inda. Yo creo que el pueblo está unido, está fuertemente unido. La guerra ha convertido a España por fin en una nación.

El presidente confiaba que así se demostrase en las elecciones, pero no estaba muy seguro de ello. De momento, en cada rincón surgía un partido político, una facción de los partidos tradicionales. Ni siquiera sus socialistas constituían un bloque homogéneo, pues aunque el grupo mayoritario seguía a su lado, aparecían disidencias a derecha e izquierda que pretendían acaparar la mayoría de los votos. Era esa vaporización temida de su propio partido lo que hundía a Prieto en una melancolía enfermiza. Sobre todo cuando veía la cohesión de los comunistas.

—Ya no sirvo para nada, Ernesto. Si no consigo que triunfen los socialistas, todos los socialistas juntos, es que no sirvo para nada. ¿Hemos hecho una guerra para volver a las andadas? ¿Qué leche hemos mamado los españoles para no ponernos jamás de acuerdo?

—No son sólo los españoles —dijo Ernesto—. Mire usted cómo andan en Europa.

—Ésa es una inquietud más. Los alemanes son poderosos, y si consiguen vencer a Francia, los tendremos en una semana en Madrid. Están dispuestos a llegar hasta África y no pienso que nosotros vayamos a darles miedo a esos cabrones. Ya sabrá usted que han empezado a amenazarnos desde esa mierda de Radio Berlín. A la hermana de José Antonio se le vuelven los dedos huéspedes.

—Pero no creo yo que lleguen hasta aquí —dijo Hemingway.

—Y si llegaran, ¿con qué fuerzas detenerlos? Únicamente podríamos obrar como los polacos. Oponer una resistencia simbólica y dejarles que ocuparan el país sin derramamientos de sangre, una guerra contra los alemanes, tal como estamos ahora, sería un suicidio colectivo. Y no me tome usted por un derrotista como Azaña, qué coños. Yo saldría a la calle con el pecho descubierto para que me asesinaran esos cabrones, si con eso quedaban tranquilos. Lo malo es obligar a todo un pueblo a morir dos veces en tan poco tiempo. Los polacos no han salido muy malparados hasta

ahora. Cuando las otras potencias pongan los cojones encima de la mesa y decidan actuar, los nazis se marcharán de allí sin haber matado a demasiada gente, ¿comprende usted? Lo malo es que Francia e Inglaterra hablan mucho pero hacen poco. Claro que cuando les duela la herida en la propia carne, veremos si revuelven o no.

El giro de la conversación había terminado por desazonar a Ernesto. Las anunciadas elecciones presentaban efectivamente un futuro poco luminoso, pero los éxitos alemanes ensombrecían por completo el horizonte. Pese a lo que había dicho a don Inda, también él estaba convencido de que, si dominaban Francia —cosa por otro lado nada difícil— entrarían de inmediato en España. Sobre todo teniendo en cuenta que muchos militares rebeldes estaban combatiendo ya en las filas de Hitler. ¿Y qué iba a hacer un país asolado por la guerra, un país pobre, mal armado, cubierto de heridas y de lutos, ante una máquina militar como la del Führer? ¿Qué iba a hacer salvo rendirse antes de revolver a sus muertos para que hicieran hueco a los que habían quedado vivos? Sólo que, como Ernesto temía, los españoles no iban a obedecer a ningún gobierno que los obligara a eso. Bien claro lo habían demostrado ante el otro coloso militar, Napoleón, y no en vano habían inventado en este país la palabra guerrilla.

—Serán como pulgas acosando a un lobo —se decía.

El escritor americano había salido muy tarde de la casa de don Inda. Enfundado en su zamarra de cuero sobre el chaleco de piel, con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza oculta bajo un gorro ruso que le había regalado el corresponsal de *Pravda*, sustituto de Koltsov, fue caminando hasta La Colmena. Intentó allí apagar sus inquietudes y sus nostalgias con un excelente whisky irlandés que doña Rosa había conseguido en alguna parte. Pero el frío, que aborrecía, y las fiestas navideñas, que reforzaban su soledad, no se lo permitieron.

Charló un rato con el obispo Aniceto Ortuño, tan deprimido como él, pero se negó a acompañarlo a su casa. Ortuño, como siempre, se empeñó en parlotear del Vaticano y de la cuestión catalana. Aunque él era alicantino, apreciaba mucho a Cataluña y era prácticamente el único tema político de actualidad que era capaz de discutir. A Hemingway le importaba un rábano el asunto, pero también Prieto se lo había mencionado durante la cena.

—El problema de los catalanes —había dicho el presidente— es que lo quieren todo, lisa y llanamente todo. Quieren independencia federada para las contribuciones a los gastos nacionales y al mismo tiempo privilegios para vender sus productos en todos los mercados del país. Y no sólo eso, sino que pretenden que el gobierno localice en Cataluña fábricas de todo tipo. ¿Quién iba a trabajar en ellas?, pregunto yo. Pues los zamoranos, los andaluces, los gallegos. Entonces, pongamos allí las fábricas. Ah, eso no, dicen los catalanes, eso es injuriarnos, es hacernos de menos, es

imponer la prepotencia centralista de Castilla… Y amenazan con independizarse del todo, con unirse a Francia, qué sé yo. Como si fueran a conseguir algo ellos solitos. Pero no perdonan que mi paisano don Pelayo empezara a repartir hostias desde Covadonga. Eso no pueden perdonarlo. Claro que braman de tal modo que en la primera reunión de las Constituyentes se les va a conceder todo lo que piden y aún más. Todo para que no echen en cara a Madrid que pretende imponerse a Barcelona.

Naturalmente, Ortuño no pensaba del mismo modo y utilizaba con ímpetu los viejos argumentos de la cuestión catalana.

—Nos tienen dominados, Ernesto, créeme. Se hace la política desde Madrid y a los países catalanes se les relega al último lugar. Somos las cenicientas de la República. ¿Por qué no quieren darnos autonomía total?

—Bueno, yo qué sé —dijo Ernesto—. Pero tú vives en Madrid. ¿Qué diablos estás haciendo en Madrid? ¿Por qué no te vas a vender tus muebles a Barcelona?

—Yo pretendo ayudar a los míos desde aquí. Es un buen lugar para luchar.

—Pero tienes un mal oponente, monseñor —dijo Ernesto vaciando su vaso de whisky—. Ni yo puedo hacer nada ni lo comprendo ni me interesa. Cuéntaselo a Prieto, que parece bastante cabreado con los catalanes.

—Claro —dijo Ortuño—. No se podía esperar otra cosa de él.

Hemingway pagó la bebida, dio con su manaza un golpe en el hombro de Aniceto y lo dejó solo.

Era el único tipo que había conseguido divertirle un poco en los últimos días, empeñado como estaba en mostrarle sus antigüedades, en hablarle de curas y en soñar con una quinta columna catalanista en Madrid. Era un fulano divertido, sí. Sin embargo, no había conseguido que nevase sobre la ciudad y eso le ponía más triste aún. Cerró las ventanas, trabajó un rato escribiendo de pie, hasta que concluyó un artículo. Luego se dio cuenta de que era muy tarde. Como le ocurría a menudo, se había levantado a mediodía.

Bajó, pues, al salón y se sentó solo en una mesita cubierta por un inmaculado mantel blanco. Ojeó con cierta desgana la minuta. Según costumbre, la comida del día era pésima. Como era un cliente muy estimado, consiguió que le sirvieran lo que le apetecía: unos huevos revueltos y un enorme *steak* a la parrilla. La carne sería dura, pero con más garantías que las albóndigas en salsa insistentemente ofrecidas por el *maitre*.

Comía despacio, sin dejar de pensar. El libro estaba retrasándose más de lo preciso y la atención que sus artículos merecían en las revistas americanas iba decreciendo poco a poco. Paulina continuaba en París, escribiéndole todas las semanas y lamentándose siempre de no obtener respuestas. De un día a otro abandonaría Francia, en estado de guerra, para regresar a América. Ernesto pensó que podría verla antes de ese viaje y quedarse algún tiempo en Europa escribiendo sobre

la situación de las trincheras. En España empezaba a aburrirse. Se le iluminó el rostro al sentirse ya enfangado en la línea Maginot, paseando por el dulce París de sus años mozos, proyectando desde allí alguna nueva aventura lejana. Terminaría el libro más tarde. Abandonaría el material recopilado en la casa de Alejo y ya volvería algún día a recogerlo. Sí, efectivamente, ahora necesitaba ir a Francia. Tenía que dejar la «capital del mundo», como más de una vez había apodado a Madrid.

Con la recia mano acarició la botella de vino que tenía ante sí.

—¿Es usted el señor Hemingway?

Se había colocado ante él un hombre de estatura mediana que lo miraba atentamente.

—Desde luego —dijo Ernesto—. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Fabiani, del Batallón Garibaldi. Nos conocimos al término de la batalla del Ebro.

—No recuerdo muy bien. ¿Está usted seguro? Yo tengo muy buena memoria.

—En realidad, yo lo vi a usted a unos metros. No llegaron a presentarnos y sin duda no se fijó en mí. Era casi un soldado anónimo.

—Vaya, ¿y se ha quedado usted en España?

—He vuelto.

—Ha vuelto… ¿Quiere sentarse? Le serviré un poco de vino.

—Muchas gracias. Tenía muchas ganas de conocerlo.

—¿Y a qué ha vuelto a España? ¿Lo han echado de alguna parte?

—Oh, no. He venido a trabajar como periodista para una cadena argentina. Tenía ganas de estar aquí de nuevo y he encontrado este empleo. Me gustaría que me echara usted una mano.

—Ha llegado en un mal momento. Voy a dejarle libre el puesto. Yo me he cansado ya de escribir y voy a marcharme.

—Es una lástima —dijo Fabiani—. Creo que todavía han de suceder grandes cosas en España y es preciso verlas y contarlas.

—Se las puedo contar ahora mismo, si quiere. Llegan los alemanes, ocupan el país y empiezan a formarse guerrillas de zapateros, albañiles y campesinos. El gobierno se refugia en Inglaterra, como todos los demás, y aquí tiene usted a los vencedores del fascismo derrotados por los nazis.

—Sí, ¿y después? —el italiano se mostraba muy interesado.

—Para el después habrá que contar con los ingleses. Y con los americanos, supongo.

—No obstante, valdrá la pena verlo.

—Aquí vale la pena ver cualquier cosa —dijo Hemingway—. Ya debe de saberlo.

—Después del mío, es éste el país que más amo. No me importaría seguir aquí toda mi vida. Italia y España son muy semejantes, como dos gemelas separadas por

una madrastra.

Ernesto había llenado de vino un vaso que estaba vacío ante sí. Como Fabiani no lo tomaba, él mismo lo levantó y se lo puso en la mano.

—Así que del Garibaldi. Buena gente —dijo—. Me acuerdo de un tal capitán Bianchi…

—De la cuarta compañía. Yo estuve en la tercera, con Avino Marvin. Pero también intervine con otros grupos, y no sólo de la XII Brigada. Ya sabe los problemas que había.

—Claro. ¡Quién lo hubiera dicho!

—Oiga, Hemingway —dijo Fabiani—, hay que ver cómo ha cambiado el Florida. Yo pasé por aquí en plena guerra. Todavía recuerdo a los aviadores que paseaban por aquí con sus camisas de seda desabrochadas, navajas y *parabellums* al cinto… Todos buscando prostitutas. Todos quejándose de las carracas con las que tenían que enfrentarse a los alemanes, aquellos aviones en cuyos motores habían echado azúcar los fascistas franceses antes de venderlos… Los periodistas se quejaban porque los militares se emborrachaban demasiado y armaban escándalo por las noches y no les dejaban dormir ni trabajar…

—Qué hermoso era aquello —dijo Ernesto entrecerrando los ojos. En aquella época no se había aburrido ni deseaba marchar a Francia.

—Eran unos tipos espléndidos, sí. Malraux, tan imponente. Un tipo que parecía hermano gemelo de Al Capone. Y el astuto Koltsov, que vivía en el Guindos pero pasaba por aquí para buscar noticias y argumentos con que criticar luego a todo el mundo… Tipos magníficos —Cesare Fabiani buscaba con sus ojos verdes los vestigios de todas aquellas hazañas que él nunca había visto. Pero el comedor del Florida estaba semivacío, helado y triste.

—Le gustaba a usted la guerra.

—No demasiado, pero sí lo que sucedía a su alrededor. En la guerra muchas veces las cosas se ponen serias. En este brazo me queda la marca de un agujero que me hizo una bala —el garibaldino se tocó levemente el codo izquierdo—. Fue al comienzo y eso me permitió pasar unos días en Madrid y conocer el mundillo del Florida. Luego tuve más suerte.

Ernesto meneó la cabeza como si quisiera borrar un mal pensamiento.

—Se portaron bien los italianos.

—Los brigadistas, desde luego. Yo tuve un hermano en el «Batallón de la Muerte» de Candido Testa. Todavía conservo una fotografía en que aparece vestido con una guerrera negra y su puñal al cinto. Eran los mejor uniformados de todos los combatientes. Mire, aquí fue cuando desfilaron en Barcelona el 14 de abril del 37. Dicen que fueron los más fotografiados de todos, los que más éxito tuvieron con las mujeres.

Fabiani sacó de una cartera de cuero una foto pequeña y doblada en que aparecía un muchacho muy orgulloso de su uniforme, un muchacho que parecía un niño. El garibaldino la contempló unos segundos con ojos serios.

—Murió dos meses después, en la ofensiva de Huesca. Esta foto fue lo último que recibí de él.

—Lo siento —dijo Ernesto, verdaderamente apenado—. Parece muy joven.

—Veintiún años. Murieron los mejores.

—Así es —respondió Hemingway.

Fabiani guardó la fotografía y con la mirada sombría bebió un trago del vaso que nuevamente le ofrecía el americano.

—Entonces, ¿hizo usted la campaña del Ebro?

—La segunda parte. Andábamos en los Pirineos y nos llamaron.

—Fue una gran batalla.

—La más grande de los últimos tiempos —dijo Fabiani.

Si Ernesto se lo hubiera pedido, la habría contado con todo lujo de detalles. En su apartamento romano se había esforzado durante tres meses por aprender hileras de nombres y fechas, especialmente los relacionados con el Ebro, para recitarlas cuando fuera menester. Nadie lo cogería en un error.

Fabiani volvió a tocarse el codo izquierdo. Le dolía la cicatriz que le quedaba del tremendo golpe en el pequeño submarino en el que realmente había luchado. Un navío pirata dedicado al asalto de los transportes y mercantes de la República que se aventuraban por el Mediterráneo. Se había clavado un hierro en el brazo a consecuencia de un movimiento brusco del submarino, removido por una carga de profundidad. Y aún le dolía.

Más le dolía la historia de su hermano Giulio Salvatori, enemigo del Duce, insensato anarquista vagabundo que había terminado sus días en el frente de Gandesa. Aquella foto arrugada que siempre llevaba consigo le hacía meditar demasiado a menudo sobre el sentido de la verdad y de la vida, le hacía recordar las primeras discusiones y las primeras dudas, le revolvía la memoria y su propia firmeza. No debería haberse parado en aquella parcela de verdad para convencer a Hemingway de algo que al escritor no parecía importarle demasiado.

—Aquella batalla fue la salvación de la República, un golpe maestro del general Rojo —insistió Fabiani.

—Como Hitler tenga que habérselas con Rojo, que se prepare —dijo Ernesto. Su mente saltaba del Ebro a la conversación con don Inda, y su deseo de contemplar la Europa paralizada por el miedo le hacía incluso olvidar al hombre que se había sentado a su lado. Pero éste continuaba hablando.

—Pienso ahora que en el Ebro estaba usted más gordo. Me pareció. Quizá por la ropa que llevaba.

—Seguramente —dijo Ernesto.

17

HABÍA ESTADO MÁS GORDO EN TERUEL, en aquel espantoso enero de 1938. Dieciocho grados bajo cero. Matthews, Delmer y Robert Capa, el fotógrafo, contemplaron a su lado las primeras embestidas sobre la ciudad.

Después, Hemingway se había largado a Key West para visitar a Paulina y se perdió la derrota de los leales en la capital aragonesa, a finales de febrero. No obstante, cuando el sol de agosto calcinaba los pedregales de las riberas del Ebro, Ernesto estaba nuevamente en España, quizá más gordo después de su temporada de descanso en París y Nueva York. Había pasado la primera mitad de aquel año viajando sin cesar, de España a Paulina y de Paulina a España, contemplando la guerra a retazos y agriándose su espíritu en las reuniones con su mujer. Si en Teruel se había echado una gruesa manta sobre el capote, por el Ebro andaba con el torso desnudo, triscando sobre las rocas y animando a gritos a «los hijos de Negrín» llegados de todo el mundo para dar el golpe de gracia a los rebeldes.

Fue una hazaña inolvidable.

Desde que Alonso Vega había llegado a Vinaroz el día 15 de abril y los falangistas habían saludado al Mediterráneo con el brazo en alto, el gobierno buscaba un remedio eficaz al avance faccioso. Se le ocurrió, como casi siempre, al general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor. Rojo era el más audaz, el más inteligente y el mejor estratega de todos los militares españoles, de manera que incluso los rebeldes iban a su zaga y no hacían sino responder a sus acciones. El territorio de la República había quedado cortado en dos, y aunque la situación no era muy grave, ya que las comunicaciones no se habían interrumpido, empezaba a cundir el nerviosismo entre los gubernamentales. Por lo tanto, el equipo dirigente, refugiado en Barcelona, no perdió demasiado tiempo en estudiar los planes de Rojo. A las doce y cuarto de la noche del 24 al 25 de julio de 1938 los primeros hombres de la XV Brigada Internacional comenzaron a cruzar el río Ebro en pequeños botes de pesca. Era una noche oscura como boca de lobo, la primera noche de la victoria.

Unos cien mil hombres al mando del general Modesto, con Líster y Tagüeña por jefes de división, fueron ocupando colinas y valles de la margen derecha del río, en donde habían acampado las tropas marroquíes dirigidas por Yagüe. La sorpresa de los

facciosos fue tan grande que tardaron mucho tiempo en reponerse.

Lo hicieron, no obstante. Y con tanto ahínco que estuvieron a punto de cortar la incursión y desbaratar el avance de la República. Los meses de agosto y setiembre fueron un auténtico infierno. Ernesto presenciaba a diario el espantoso resultado de los bombardeos enemigos. Diez mil bombas diarias arrojaba la aviación alemana a las órdenes de Franco sobre las trincheras y los recovecos en que se habían refugiado los hombres del gigantesco Quinto Regimiento, ahora convertido en un verdadero ejército. La artillería pesada italiana sembraba de potentes obuses las montañosas riberas del río. En dos meses, unos cuarenta mil hombres habían muerto, la mitad de cada bando.

—Vigilancia, fortificaciones, resistencia —clamaban los partes de Modesto, Tagüeña y Líster.

—¿Resistencia con qué? ¿Para qué las fortificaciones? ¿De qué sirve la vigilancia si escasean las armas?

Los franceses tenían cerrada la frontera después de haber permitido pasar por ella gran cantidad de material ruso y checo. Ahora, cuando más se necesitaba, decidían acatar los absurdos acuerdos del Comité de No Intervención londinense y detenían los convoyes de armamento. Mientras tanto, Franco se aprovisionaba a placer de armas y tropas en Alemania e Italia. Si en el Comité todos jugaban a engañarse, y lo sabían, ¿por qué el engaño final iba a recaer sobre los heroicos hombres del Ebro? ¿Pasaría en España lo que ya había ocurrido en Checoslovaquia y Polonia? ¿Dejarían las democracias que el fascismo incumpliese los pactos y decidiera unilateralmente su unión frente a las disgregaciones de la Europa libre? ¿Cuánto tiempo iban a resistir el acoso diabólico los hombres que habían logrado pasar el Ebro?

Malcolm Dunbar, vestido según su costumbre como si se dispusiera para una fiesta de gala, gritaba colérico ante el gesto interrogante de Hemingway. El jefe del Estado Mayor de la XV Brigada se encrespaba ante la suerte que amenazaba a sus batallones de franceses, belgas, ingleses y americanos. ¿Se les iba a condenar torpemente al sacrificio?

—De hecho —añadió ante la mirada entristecida del escritor— están siendo asesinados como hormigas. No tenemos aviación ni artillería suficientes. Los antiaéreos resultan ineficaces. ¿Cómo diablos quiere Modesto que resistamos?

Las noticias eran cada día más desalentadoras. El terreno conquistado en bloque durante las primeras semanas de la batalla iba perdiéndose palmo a palmo con grandes bajas. El heroísmo resultaba tan admirable como inútil.

Sin embargo, en los primeros días de setiembre, Hitler, ocupado ya en sus necesidades centroeuropeas, suspendió la ayuda a los rebeldes. Y poco después, como respuesta tardía, impensable y absurda, la frontera de Francia volvió a abrirse. Trenes y barcos descargaron en Barcelona y Valencia el tan esperado material bélico. Las

divisiones de Tagüeña y de Líster, pertrechadas tanto de armas como de moral de victoria, iniciaron el despliegue ansiado. Fueron cayendo pueblos y villas. En dos semanas quedó cortado el brazo que los facciosos poseían en Levante y Alonso Vega quedó copado con sus tropas en Castellón. Bastaron tres días para capturar quince mil prisioneros. La cruz que el general rebelde había dibujado en la arena de la playa fue simbólicamente borrada por Tagüeña, ante los fotógrafos, y miles de soldados navarros, que tozudamente se negaron a rendirse murieron cara al mar.

Esta misma actitud se repitió varias veces en los últimos encuentros de la terrible batalla del Ebro. Si dos meses antes los generales republicanos castigaban con la muerte *in situ* cualquier intento de abandono, ahora los generales rebeldes impedían a toda costa que sus tropas desertasen, se rindiesen o rechazaran una muerte segura. Otra vez miles de españoles desgraciados, que eran soldados porque los llamaban así y luchaban sin saber exactamente por qué razón, murieron a causa de la ambición de heroísmo —de heroísmo para otros— de los militares profesionales. Ernesto lo repetía en cada uno de sus reportajes enviados a América.

La toma de Castellón podía haber terminado la guerra, pero no fue así.

Varios ejércitos se habían articulado en el este de la Península desde la entrada de armas por Francia y uno a uno habían de ser derrotados separadamente. Vicente Rojo continuó siendo el gran estratega de los primeros momentos e Indalecio Prieto, ministro de Defensa, conseguía los mayores aplausos de su carrera política ante la marcha de las operaciones. De Norte a Sur, cara al Mediterráneo, habían ido fijando posiciones las tropas más selectas de los facciosos. En los Pirineos estaba Muñoz Grandes con su cuerpo de ejército; García Valiño ocupaba el Maestrazgo; Moscardó dirigía el ejército de Aragón; el general italiano Gambara, en fin, disponía en la zona de cuatro poderosas divisiones fascistas, la Littorio, la de Flechas Negras, la de Flechas Azules (falangistas mandados por oficiales italianos) y la de Flechas Verdes. Ya en las provincias de Soria, Guadalajara y Segovia se habían acantonado los restos del ejército navarro mandado por Solchaga y los moros a las órdenes de Yagüe, a quien las primeras derrotas en el Ebro habían colocado en una situación muy delicada frente al Generalísimo. Franco en persona intentaba detener la catástrofe desde Zaragoza.

Por otra parte, el frente nacionalista andaluz había quedado separado del resto gracias a una maniobra diversiva coincidente con la batalla del Ebro. Miaja, desde Madrid, sólo pretendía atraer tropas rebeldes hacia Extremadura a fin de separarlas del Ebro, mas el juego se había tornado realidad y los republicanos habían reconquistado Badajoz casi al mismo tiempo que La Plana castellonense. También en esa ocasión una fotografía había dado la vuelta al mundo. Un soldado en mangas de camisa y con el fusil al hombro se había puesto a orinar en la mismísima frontera, frente a dos soldados portugueses que miraban impávidos, respondiendo así a los

orines que los «viriatos» fascistas habían dejado en su propia tierra.

La Andalucía occidental quedaba aislada y a finales de diciembre volvía a sonar en Sevilla el *Himno de Riego*. Miles de soldados lograron embarcarse en Huelva y Málaga para pasar a Marruecos, donde se hicieron fuertes hasta el mismo día primero de abril en que se rindieron a despecho de sus jefes facciosos. Queipo de Llano no estaba ya con ellos. Había intentado suicidarse durante el asedio de Cádiz. Malherido, con la cabeza destrozada, un submarino alemán lo había trasladado a un hospital de Hamburgo.

—¡Ahora vamos sobre Burgos! ¡Sobre Burgos!

La ciudad castellana se había convertido en el símbolo de los facciosos y por todas partes se pronunciaba su nombre con gula; en los frentes y en la retaguardia se soñaba con la entrada en Burgos y lo mismo que los portugueses habían anunciado con antelación excesiva la entrada de Franco en Madrid montado en un caballo blanco, del hotel Florida salían casi a diario rumores de que *el Campesino* estaba merendando en una alameda del Arlanzón.

A comienzos de 1939 la moral de victoria se respiraba en todas partes. Franco iba retrocediendo de ciudad en ciudad, en tanto sus tropas abandonaban el terreno antes aún de que llegaran los republicanos. De hecho, batallones enteros se rendían o se unían a ellos sin haberse iniciado los combates. En las mismas ciudades hasta entonces silenciadas por las patrullas nocturnas de falangistas se iniciaban furiosos movimientos populares de rebelión que en algunos casos lograban incluso apoderarse de las guarniciones rebeldes. Así ocurrió en León, con la ayuda de los mineros de las montañas del Norte. Si rápidamente habían caído grandes zonas en manos del enemigo, con mayor rapidez se entregaban ahora a los generales republicanos. Y por fin Zaragoza, Burgos y Valladolid quedaron libres de facciosos.

Mediado el mes de febrero, Franco dominaba a duras penas una zona en arco desde el río Tajo hasta Oviedo, únicamente con Salamanca, Zamora y las capitales gallegas como ciudades fuertes.

Ernesto presenció el dramático asalto a Salamanca, en un espantoso desorden. Los soldados se entregaban a miles y se mezclaban a los republicanos sin tiempo siquiera para despojarse de sus uniformes. Los muertos se multiplicaban por doquier: Franco no quería rendirse. En vano Negrín le había conminado con insistencia, en beneficio de las vidas de miles de españoles. El Generalísimo seguía esperando que Hitler llegara hasta el lago de Sanabria, donde tenía el cuartel general, para barrer de una vez por todas a los rojos, masones y judíos enemigos de España. Pero el Führer no sólo parecía andar sin prisas, sino que, en previsión de un desastre mayor, había ordenado retirar de España a la temida Legión Cóndor.

—Por Dios, que alguien detenga esta degollina —chillaba Ernesto en el centro de la plaza Mayor, ante una tertulia de corresponsales de guerra; Julia Acevedo

descansaba junto a él antes de volver a la lucha.

—Negrín ha prometido el perdón y compañías enteras se pasan a la República. ¿Qué quiere usted que hagan? —decía Koltsov muy serio, escudando su ironía detrás de las gafas redondas.

—Que se rindan, diablos.

—Dígaselo usted a Franco.

En medio del caos, lograron al menos una retirada aceptable y ordenada en la región gallega. Con sus tropas reducidas a una cuarta parte por las deserciones, los generales facciosos fueron acantonando a sus hombres en la frontera portuguesa y los iban pasando día a día, durante las últimas semanas de marzo. Estaban vencidos, pero no se rendían.

—Jamás a los que mandan, en ninguna parte, les ha importado la vida de los otros si esa vida carece de utilidad para ellos —decía Hemingway—. El honor y el ridículo orgullo están siempre por encima de la existencia vulgar de unos hombres que, en todo caso, sirven sólo para alimentarlos.

Fueron aquellos días los más dramáticos de su vida, como dejó escrito en una crónica magistral. Nunca en su existencia había contemplado un desprecio tan absoluto por el hecho de vivir, por la sangre que uno lleva dentro del cuerpo, por los sueños que uno mantiene en el corazón incluso en los peores momentos.

Los campos de prisioneros estaban tan saturados que Prieto hubo de tomar la decisión de dejar en libertad a todos los hombres que hubieran combatido sin grado alguno con los rebeldes, especialmente a los más viejos y a los más jóvenes. Estaba seguro de que no habían tomado las armas contra la República, sino que corrieron a combatir aterrorizados por los que ocupaban sus ciudades y sus pueblos en el momento de la leva. ¿Qué culpa tenían ellos? ¿Distinguían por lo menos a un general de otro, una postura política de su contraria? Don Inda se había sentido muy satisfecho de su medida más tarde, cuando supo que entre aquellos soldados había incluso socialistas fieles, anarquistas de siempre que no habían logrado durante los mil días cambiarse de campo. ¿Qué había ocurrido en España para trastocar de aquel modo las conciencias, las vidas, los deseos de los hombres?

Si ciudades como Teruel habían alternado cinco veces de dueño, lo mismo había sucedido a muchos hombres. Hemingway, cuando estuvo totalmente seguro de la victoria, se sentó en una taberna de Bayona para escribir un artículo sangriento contra el capitán Rieber, presidente de Texaco, que había brindado a los facciosos todo el combustible que necesitaban y con pago aplazado, por primera vez en la historia de los negocios petrolíferos.

«Mussolini predijo a Ciano el 29 de agosto de 1938 que Franco sería derrotado, pero el capitán Rieber es tan ignorante que ni siquiera se enteró de ello. Ahora le va a costar algún esfuerzo cobrarse la ayuda», escribió como moraleja de su trabajo.

Y luego volvió a meditar, gozoso y dolorido a un tiempo, en las hazañas de la batalla del Ebro, aquella historia que nunca podría olvidar.

18

—ME GUSTARÍA comprarle esas fotos.

—Lo siento, pero no son para vender.

—Se las pago a buen precio. Me ofrece usted una buena colección de este tipo y yo se las pago a precio de oro.

—¿Y usted quién es? ¿Del gobierno? —preguntó Alejo.

—Soy periodista. Trabajo para varios periódicos de América del Sur.

—Se las puedo vender cuando las haya visto el señor Hemingway. Me ha ordenado que las haga. Puedo ofrecerle las que sobren, en todo caso. Serán bastantes.

—¿Cuándo? —dijo el hombre.

—Él se ha marchado a París. Las verá cuando regrese, dentro de dos o tres semanas. O dentro de cuatro meses. Nunca se sabe.

—Es buen amigo mío el señor Hemingway —el hombre sacó del bolsillo una mano enfundada en un guante gris—. Hemos estado comiendo juntos el otro día. Le aseguro que no le importará desprenderse de algunas fotos. Por otra parte, le aseguro que yo se las pagaría mejor.

—Lo siento. Tiene que verlas él antes.

Alejo Rubio continuó adoptando posturas inverosímiles ante la escena que había retratado cien veces. Un grueso tapabocas de lana marrón se le enrollaba al cuello y se confundía con la correa de la cámara. Hacía tanto frío que se le helaba la respiración entre los dientes. Tenía las manos ateridas, agarrotadas por los sabañones que hinchaban sus dedos como rojos gusanos bien alimentados. En esas condiciones, sólo una de cada diez fotografías le quedaba debidamente enfocada. No obstante, salía casi a diario a las calles, guiado más por una pasión arrebatadora que por auténtica necesidad. Ernesto había seleccionado ya muchas más fotos de las que iban a caberle en el libro, si es que por fin terminaba de escribirlo. De todas maneras, no había podido contemplar las escenas del invierno de posguerra, escenas como aquella que Rubio intentaba transmitir a la posteridad. Cuando el americano las viera, forzosamente habría de sentir la tentación de comentarlas.

—¿Por qué fotografía esto? Es un desprestigio para su país —dijo el hombre, que

seguía de pie a su lado con las manos enguantadas metidas en los bolsillos del gabán negro.

—El hambre no desprestigia a nadie. Y la culpa no es nuestra.

—¿De quién, entonces?

—De todo ese rebaño de militares y falangistas que prepararon la guerra. ¿Le parece que tienen culpa estos niños?

—Los niños no, desde luego.

Eran más de doce, con edades comprendidas entre los cuatro y los nueve años. Una chiquilla de pelo largo y sucio parecía dirigirlos a todos. Tenía las huesudas piernas llenas de costras y de moratones, hinchados los labios y el vientre, desgarrada la piel de brazos y manos; pero miraba con unos ojos brillantes, negros y limpísimos, unos ojos hermosos como los de una Virgen de Murillo. Agachaba y torcía la cabeza y lanzaba la mirada por encima del hombro como un animal a la defensiva. A veces un pequeño gesto parecía arrinconar al resto de la banda, defenderla de los dos hombres hostiles, gobernarla sin palabras.

Como ninguno podía llegar con los cortos bracitos al fondo del bidón, uno de los chiquillos más pequeños había terminado por meterse dentro de él con la ayuda de los demás y sacaba a manos llenas la basura que sus compañeros iban clasificando y seleccionando en la acera. Medio desnudos, desharrapados, con los surcos del moco reblandecido marcados en el labio superior, desgreñados, ateridos por el frío, descalzos o calzados con viejos zapatos más grandes que sus pies, ajado el rostro y desgarrado en algunas partes, con sangre seca pegada, costras, la suprema imagen de la miseria se movía en torno a los desperdicios como una pequeña horda de ratas desesperadas.

Ni la helada había conseguido anular el olor de la putrefacción.

Los niños mordían las mondas de patatas después de frotarlas contra los vestidos, escondían en el seno trozos de pan duros como rocas, hojas de berza fermentadas, separaban en un pedazo de periódico comestibles minúsculos arrojados al bidón por ciudadanos más afortunados: garbanzos, lentejas, peladuras de naranjas, espinas de pescado no completamente desnudas, huesos con el tuétano intacto…

—También pueden ser las víctimas del Quinto Regimiento —aseguró con palabras muy lentas el hombre.

—De no haber sido por ellos, tampoco tendríamos Quinto Regimiento, ¿no cree? Los soldados del Quinto Regimiento no salieron a la calle a dejar huérfanos y con hambre a sus propios hijos, sino a defender a su patria.

—Entre todos la mataron y ella sola se murió, ¿no es eso?

—Podría ser eso —respondió Alejo después de pensarlo un poco.

A estas alturas, el jorobado no tenía siquiera ganas de llorar. Contemplaba los afanes de los niños como una escena cinematográfica, perfectamente ajena a sí

mismo. Los horrores de la guerra lo habían curado como a tantos otros de los espantos de la paz. En un maletín de lona conservaba los testimonios más siniestros de todos aquellos meses transcurridos. Como una réplica a los discursos de los políticos, a las insidias de cuantos deseaban mandar, al vocerío de los dominadores profesionales, aquellos papeles satinados escondían la otra cara de un pueblo agriamente castigado sin culpa por unos y por otros: ancianos paralíticos, niños famélicos, viudas, novias y madres ojerosas y tumbas, tumbas, tumbas por todas partes. ¿Qué importaban al lado de tanta miseria los proyectos del Partido Comunista, las intrigas de los facciosos refugiados en Italia, las peleas intestinas de los socialistas, los cambios de gobierno, las autonomías regionales, las presiones de la Iglesia, las bravuconas amenazas de los nazis y las promesas inciertas de las democracias?

De promesas debía de tener don Inda llenas las gavetas de su mesa, pero el dinero y los alimentos seguían escaseando. Los primeros estallidos de la guerra mundial tenían muy ocupados a todos los gobiernos almacenando riquezas y muy pocos querían volver los magnánimos ojos a aquel país que se estaba muriendo de necesidad. Ocasionalmente llegaban embarques de cereales de Canadá y Estados Unidos, mantequilla de Inglaterra, leche de Francia, garbanzos de México, pero siempre en cantidades insuficientes para llenar los vientres de veinticinco millones de personas. El verano y el otoño habían podido soportarse con los residuos de la contienda, pero el invierno encontró las despensas definitivamente vacías, yermos los campos, exhausta la ganadería.

En las grandes capitales, sobre todo, la penuria era espantosa. Legiones de niños y de mujeres merodeaban incansables en busca de algo que meter entre los dientes y ninguna organización caritativa lograba aplacar sus ansias. Stalin no sólo se negaba a socorrer a aquella gente, sino que incluso pedía a la República el pago inmediato del material bélico entregado a fin de apuntalar su dominio sobre los polacos y su alianza con Hitler. Por si no fuera suficientemente grave la situación de cara al exterior, la reorganización del trabajo en el interior venía a agudizar los problemas; la falta de empleos provocaba huelgas a las que se lanzaban quienes los tenían, particularmente en los campos andaluces y en las fábricas catalanas. El resurgir del POUM y de la FAI, cada vez más apartados de las centrales sindicales, ocasionaba situaciones caóticas, aunque restringidas por el número relativamente escaso de los afiliados.

Alejo se metió en un portal para cambiar el carrete de su máquina. Echó aliento humeante sobre las uñas y luego se frotó las manos.

—Si decide usted venderme las fotos, aquí tiene mi tarjeta —dijo el hombre a su lado—. Permaneceré en Madrid sólo un par de semanas.

Rubio tomó la cartulina y leyó el nombre y la dirección del periodista escritos a mano: «Cesare Fabiani, Hotel Gaylord’s».

Vivía en el mismo hotel en que se había albergado Koltsov y donde residían aún los enviados rusos presentes en la capital. Debía de ser un personaje rico e importante. Alejo pensó rápidamente que tal vez fuera conveniente venderle las fotos, incluso antes de que las viera Hemingway. Su madre andaba todo el día recordándole que debería comprarse un gabán nuevo.

Y la comida cada día resultaba más cara. Con la total abolición de la censura de prensa el 31 de diciembre, los diarios llenaban páginas enteras denunciando a los estafadores del pueblo, a contrabandistas y comerciantes sin escrúpulos que traficaban en beneficio propio a costa de los demás. Ya se habían divulgado escándalos sobre el trigo, el azúcar y el aceite, y algunos de sus responsables —entre ellos dos generales— habían sido conducidos a la cárcel. Pero ni esas medidas ni el griterío de los periódicos aliviaban la escasez. Rubio tomó allí mismo la resolución de vender las fotografías y, para celebrarlo, entregó los cuatro duros que llevaba en el bolsillo a los niños.

—Se las llevaré en un par de días —dijo—. En cuanto las revele. ¿Seguro que me las pagará bien?

—A doble precio de como las pague el americano.

—Bueno, eso está bien —dijo Alejo.

Tal vez incluso podría alquilar un piso en la calle de Velázquez y poner un estudio fotográfico en toda regla, con su hermana Sim de ayudante y recepcionista.

Fabiani tendió la enguantada mano. —Le esperaré.

Tenía bastante prisa. Desde que llegó de Francia, después de un complicado periplo que se inició en Italia y continuó por Cuba y Estados Unidos, el emisario del conde Ciano tenía siempre prisa. Conocía bien Madrid y no le había costado mucho esfuerzo familiarizarse con los cambios habidos en la ciudad, con las ruinas especialmente. Y cuando ya estaba presto para el atentado, recibió órdenes de ejecutarlo en Barcelona, ya que así convenía mejor al escándalo que se avecinaba. Por consiguiente, casi todo su trabajo había sido en balde. Los planes delicadamente elaborados fueron quemados en una casita alquilada de la calle del Pacífico y estaba ahora trabajando en otros nuevos en la confortable soledad de Gaylord’s. En estos casos, era mejor vivir en dos lugares que en uno solo.

En tres, si tenía en cuenta los cuatro días pasados en el domicilio de Aniceto Ortuño, a raíz del cambio. Sin abandonar oficialmente la habitación del hotel, se había trasladado a las Cuarenta Fanegas ante el temor de que el aplazamiento pudiera implicar una delación o un riesgo superior al previsto. Durante cuatro días y tres noches había convivido con el anticuario y con una mujer llamada Sim, cuya conversación le había llenado el alma de inquietudes.

El hombre que tenía a punto el armamento, un dinamitero profesional salido de

las filas anarquistas, vivía ya en Barcelona. Prefería no encontrarse con él hasta el último momento, ya que no le merecía confianza alguna. En cualquier momento podría traicionarlo y echar por tierra un trabajo penoso y largo. Sobre un plano de la ciudad secesionista, que ya conocía de memoria sin haber estado jamás en ella, había intentado Fabiani medir paso a paso la Operación Atolladero. Al menos, sería más fácil escapar que desde Madrid, caso de que fuera necesario. No pensaba hacerlo, desde luego, ya que probablemente después del atentado tendría muchas ocupaciones dentro del país. El material de aquel fotógrafo callejero le serviría para la campaña que se estaba preparando contra el gobierno de la República española.

Una cosa, no obstante, le había sorprendido en el transcurso de sus pesquisas como supuesto corresponsal de prensa. En España no sólo no había fascistas, sino que incluso parecía que jamás hubo alguno. Tampoco los comunistas abundaban tanto como se calculaba en Roma.

—Sin duda encontrará usted todavía muchos discípulos de José Antonio —le había confiado Galeazzo Ciano—. Basta que hurgue un poco y verá cuántos matices de nuestra doctrina han prendido incluso en mentes que se creen por completo ajenas a ella.

Resultaba ahora que el Estado del Duce se había gastado el dinero baldíamente. Todo lo que Mussolini había pagado a algunos líderes de la derecha, un sustancioso salario mensual durante varios años, no había servido de nada. Incluso a Fabiani le hubiera gustado saber cómo pensarían los refugiados de Roma el día que les suspendieran sus asignaciones económicas. ¿A qué se debía aquel estruendoso fracaso? ¿Cómo podía haber sido tan efímera la gloria falangista? Sólo arraigó en muy pocos de los militares rebeldes, como Yagüe, en algunos obispos autoritarios, en algunos terratenientes que creían encontrar de gracia una guardia de corps en los jovencitos violentos e intransigentes. El pueblo continuaba ayuno de los proyectos fascistas. O no los había entendido nunca o les había prestado oídos sordos.

Por lo menos los soviéticos habían conseguido reclutar a varios miles de trabajadores y a algunos intelectuales, y quizá con menos gasto que ellos. Dejando aparte la organización militar. ¿Por qué ese fracaso?

—Mire usted —le había contado en el salón del Gaylord’s el escritor Sender—, aquellas historias de luceros sonaban a músicas celestiales. La gente siempre ha querido en España trabajar y comer, no llegar a la Luna. Por lo demás, todos aquellos jovenzuelos hijos de papá, con sus pistolitas en el cinturón y sus revoluciones en la punta de los labios, eran ni más ni menos como todos los que en cualquier época han querido dominar a los demás. ¿Qué revolución pregonaban? Nunca nadie lo supo, jamás; probablemente ni ellos mismos. ¡Una revolución pendiente! ¡Una gaita! Querían seguir siendo ricos y poniéndose por encima de todos, aunque fuera a puñetazos. ¿Cómo quiere usted que los apoyaran los que iban a ser pisoteados? Y eso

lo intuía todo el mundo…

Era una lástima. Quizá si los rebeldes hubieran ganado la guerra, la Falange habría logrado germinar en los corazones de los españoles, al menos en los de aquellos que deseaban medrar.

A Fabiani, que ocultaba sus decepciones tan prudentemente como su verdadero nombre, y hasta el falso nombre de Salvatori, le gustaba por puro deporte intelectual discutir estos asuntos en el lujoso salón del hotel. Allí no era más que un avispado periodista, difusor de chismes y sospechas de primera clase y calibrador de la realidad en compañía de algunos otros como él. A ninguno de ellos le importaba un ápice que los niños de Madrid rebuscaran comida en los basureros ni que la falta de lluvias amenazara las cosechas del año próximo. Preferían divagar en torno a los proyectos de Stalin, las rivalidades dentro de un extraño gobierno de coalición y las posibilidades que ofrecían las elecciones convocadas para el mes de febrero. ¿Lograrían los católicos un número aceptable de diputados para las Constituyentes? ¿Cómo era posible que un gobierno claramente izquierdista les hubiera permitido presentarse como un partido legal después del ejemplo de los clérigos durante la guerra?

—Ortega y Gasset piensa que las masas españolas se dejarán engañar de nuevo por el que grite más fuerte —recordaba Salvatori haber oído explicar a un periodista francés.

—Ortega es sencillamente un filonazi —respondió Ilya Ehremburg, que había vuelto a España a pasar las Navidades.

Fabiani había retenido el dato para enviarlo a Roma. Quizá una invitación a Ortega por parte del Duce pudiera atraerlo a su causa. Hacía falta un sustituto de José Antonio y no se vislumbraba ninguno con suficiente categoría. El emisario, de todos modos, tenía recogida ya una docena de nombres.

No se había atrevido a hablar con ninguno de los elegidos, en el fondo porque no era ésa su misión. Y lo que había escuchado en sus encuentros ocasionales no le llenaba de orgullo. Los españoles no querían más catástrofes, más sangre. Aquella mujer que convivía con el delegado de los jesuitas se había explicado muy bien. «¿Por qué no nos dejan vivir en paz, olvidar en paz?», había preguntado.

Se había quedado a solas con ella toda una tarde, a espaldas de Ortuño. Después de comer y visitarlo en la tienda, regresó a Las Cuarenta Fanegas sin haber prevenido a nadie, ni siquiera a la mujer. Ella estaba sentada delante de un brasero, cosiendo un vestido, entristecida y tensa. Se asustó un poco al verlo allí delante, sonriendo como siempre, lejano.

—Ha venido usted muy pronto. Aniceto tardará aún —dijo.

—Hace mucho frío afuera. ¿No le importa que me siente aquí?

Fabiani se quitó el abrigo y los guantes, colgó el sombrero en la percha y tendió

las manos al calor de las brasas.

—Mucho frío, ¿eh? —dijo.

La miró fijamente y ella no volvió los ojos. Aunque se hallaba recogida en sí misma, no adoptaba en modo alguno un aire maternal. Fabiani tenía pocas noticias acerca de su relación con Ortuño. En todo caso, sabía que no era su mujer ni su hermana y que vivía con él sólo en circunstancias especiales, por ejemplo cuando tenía demasiado frío. Aniceto había perdido su prudencia y sus miedos desde que la mujer reapareció a su lado.

—Ahora tiene que ser verano en su país, ¿verdad? —preguntó Sim.

—Verano, sí.

—No comprendo que siga usted aquí, que haya tanta gente forastera entre nosotros.

—Es nuestro oficio.

—Como los cuervos revoloteando sobre mulos muertos. ¿Por qué no nos dejan vivir en paz y olvidar en paz? —dijo Sim.

Fabiani se frotó los ojos con los dedos para eludir la respuesta. Pero luego dijo:

—Muchas veces hace uno lo que no quiere, ya sabe.

La mujer quedó un momento mirándolo profundamente, como si buscara una mayor claridad en las palabras.

—¿En qué está pensando usted? —preguntó Fabiani.

—En nadie, en la gente. Cuando está una sola se pone a pensar en la gente y mucha gente está muerta, ¿comprende? Pero no se preocupe, en este tiempo son muchos los que lloran.

—Tal vez tienen sus motivos.

—Cuesta trabajo volver a empezar.

—Pero ¿en qué pensaba? —insistió él.

—En un niño que murió por estas fechas. Y en su padre.

—Ahora está usted sola.

—No del todo —Sim sonrió—. Mientras se es joven hay siempre un sitio donde refugiarse. Lo malo es que el frío te hace pensar en el porvenir y eso es peor.

Fabiani extendió una mano por encima del brasero y rozó apenas los dedos de ella, detenidos sobre la costura. Estaban muy calientes, como dominados por la fiebre. Quiso infundirle algunas esperanzas provisionales, explicar con palabras lo que él mismo no sentía.

—Nadie está libre de muertos. Un hermano mío cayó en la batalla del Ebro —dijo —. Era casi un chiquillo.

—Lo siento.

—Y tampoco es fácil olvidarlo.

Tampoco, tampoco. Sobre todo porque se sentía muy directamente culpable de

aquella muerte concreta y cercana, una muerte cuya imagen llevaba siempre consigo, reducida a un trozo de papel viejo y manoseado. Y ahora era él embajador de más muertes, un ángel del apocalipsis elegante y sensato que podía disfrazar hasta los colores de su corazón.

—Hay días —dijo Sim— que parece una vivir en el pasado. Y no encuentras manera de avanzar o de quedarte quieta, porque después de todo es ridículo soñar con algo que ha existido y no volverá nunca. Como estaba aquí sola…

Volvió a sonreír para disculparse. Su fortaleza se derrumbaba cuando permanecía inmóvil, cuando intentaba desentrañar el futuro, sobre todo si el dueño de aquella casa se dibujaba en su horizonte. Fabiani se puso de pie, paseó hasta el ventanal y miró unos momentos los árboles desnudos, el paisaje yerto, la ciudad recogida a la izquierda como una masa embalsamada por la tristeza. Luego se acercó a Sim y le acarició el pelo.

—Ahora estoy a su lado. ¿Quiere que le traiga algo de beber hasta que venga Aniceto?

—Sí, gracias.

El jerez fino dio un tinte nuevo a los ojos de Sim. Dejó a un lado el vestido que pretendía reformar y fue hablando tranquila de aquellos recuerdos que estaban socavando su alma, historias nunca pasadas, personas como vástagos de niebla imposibles de borrar… Fabiani intentó compartir las palabras, pero llegaba constantemente al límite de lo que podía decir, al borde de su misma identidad, de sus propósitos y de sus vacilaciones. Le había sucedido ya una vez en Cuba. Sin pretenderlo llegaba a la terrible pregunta que procuraba mantener bien enterrada en su espíritu: ¿A quién favorecían sus conspiraciones? ¿Por qué estaba metido en una rueda de riesgos, imposible de manejar?

Y no era aquella mujer la primera que en Madrid lo había obligado a meditar por encima de sus propios actos. Para desgracia suya había estado demasiado tiempo inactivo, había hablado con demasiada gente, visto demasiadas cosas. Ante Sim, de pronto, se había sentido como un intruso y, si en un momento dado, cuando empezaba a anochecer, no pudo reprimir el impulso de inclinarse sobre ella y besarla, eso contribuía únicamente a hacerle más desdichado. Porque la mujer no había hecho un gesto de contrariedad; incluso llegó a creer que había desplazado el rostro unos milímetros hacia el suyo.

—No se preocupe. Pasará todo esto. Sólo lo que es irreversible… —dijo.

—Estaba triste, ya se me ha pasado. ¿Por qué no se va a dar un paseo antes de que llegue Aniceto? Es un hombre muy celoso y seguramente se enfadaría.

Sim parecía hablar en broma, en un juego. No obstante, sus ojos profundos no desmentían las palabras. Fabiani comprendió un poco confusamente lo que podía sucederles y bajó a Madrid. Cuando regresó del Gaylord's, muy entrada la noche,

tanto Ortuño como la mujer se habían acostado. Hasta la mañana siguiente no supo que en habitaciones distintas.

De regreso al hotel, una vez más, pensaba si alguno de los niños que el fotógrafo intentaba apresar para oprobio de un gobierno no era el que Sim consideraba muerto. Sabía que no podía ser así, porque ella relató muy vivamente lo ocurrido en el herbolario, la estampa de Manolito mirando la nada con sus ojos sin luz. ¿Dónde estaban las madres de aquellos otros chiquillos hambrientos, huraños como fieras perdidas? El destino podía haber sido un poco más clemente y repartir las muertes con mejor justicia.

En cuanto a él mismo, y al margen de las incomprensiones y los absurdos que lo asaltaban, no se sentía nervioso y tampoco indeciso. Se había preparado tan concienzudamente que jamás dejaría escapar una palabra que lo delatara. En el tiempo que llevaba en España incluso había procurado divulgar las glorias de algunos prohombres comunistas y, así, había realizado una entrevista muy bella con el poeta Miguel Hernández, enfermo de tuberculosis en un sanatorio de la sierra de Guadarrama, entrevista que reescribió luego César González–Ruano en calidad de negro bien pagado y que se publicó hasta en Francia y en Suecia.

El día anterior se había vuelto a ver con Ortuño en su tienda para prevenirle de que se acercaba el día y señalarle el lugar de Barcelona en que había de encontrarlo si recibía aviso de hacerlo. Con más de un mes de antelación lo tenía todo dispuesto y a punto. Por consiguiente, y en vista de que no era aconsejable para su ánimo continuar visitando la casa de Las Cuarenta Fanegas, podía deambular por un Madrid triste y acongojado, podía aburrirse en el hotel con los eternos conversadores profesionales, analizar una a una las personalidades del gobierno y completar informes de todo género que algún día quizá habían de servir de algo.

Antes de doblar la esquina volvió la cabeza para contemplar una vez más la escena penosa del fotógrafo muerto de frío conversando y mostrando su cámara a los niños.

Sin ser muy consciente de ello, se daba cuenta de que Italia quedaba lejos y por un resquicio de la mente se le escapó la consideración de si valía la pena inmiscuirse en la vida de todos aquellos seres que sufrían y se afanaban por reconstruir una existencia honrosa en un país digno. Si el Duce lo creía así, es que valía la pena. Aunque el Duce no había tenido la suerte de conocer a Sim, de verla y escucharla.

Dino Salvatori se quedó mirando a través de un vitral oscurecido por el humo y el polvo cómo varios hombres pobremente vestidos compartían en el interior, sentados ante una mesa de madera, una botella de vino oscuro.

—Se van a sorprender mucho —dijo entre dientes.

19

LA LLUVIA RESBALABA sobre la chapa del tejado como una mano incansable y blanda. Durante todo el día aquel sonido melancólico, aquella caricia sin pasión, le había ido llenando el alma de pesadumbre y tedio. Rafel estaba trabajando en los muelles y Juanjo, el amigo de Durruti, llevaba todo el día fuera en busca de comida. El dolor de la cadera apenas le permitía andar en aquellos días húmedos y brumosos, tan distintos de los días que recordaba de su infancia. Siempre que llovía pensaba en su infancia, lleno de remordimientos, y sólo encontraba en ella un sol agobiante, sequía, cantos de chicharras y el frescor nocturno acribillado por la música del ruiseñor en celo y de los grillos monótonos.

Los cartones que tapizaban el interior de la chabola, pegados con alambres y engrudo a las chapas de viejos aviones derribados, habían comenzado una semana antes a tomar el tinte negruzco y mohoso de la humedad; si colocaba un dedo sobre ellos, se hundía la uña como en una masa de manteca caliente.

Se llevó las manos a la cintura para levantarse, para aliviar los dolores, y buscó una vela en un cajón de madera lleno de objetos confundidos: utensilios de cocina, algunos libros, ropa desechada. La prendió y dejó caer unas gotas de cera en un extremo de la mesa para que la vela quedara tiesa. Había anochecido de pronto y la oscuridad multiplicaba el frío. Volvió a sentarse, de cara a la puerta agujereada y chirriante. A lo lejos sonaban las sirenas de los barcos y el confuso murmullo de Barcelona.

Ramón metió la cabeza entre las manos, apoyó los codos en las rodillas y se adormiló un momento pensando en soles gigantescos como explosiones de obuses y locomotoras reventadas, en bandadas de pájaros chillones, muchachas corriendo por el campo, espuertas de aceitunas jugosas y amargas, piaras de cerdos como globos… Al escuchar un chapoteo en el exterior, se levantó de nuevo y fue a abrir la puerta. Llegaba Rafel Solá con la cabeza y la espalda embutidas en un saco para librarse de la lluvia.

—¿Cómo van esos dolores? —preguntó en el umbral de la puerta.

—Regular, regular.

—Tendrás hambre, ¿eh?

—A mediodía comí un poco.

—He comprado chorizo y pan. Y un par de botellas de vino. ¿Esperamos a Juanjo?

—Podemos esperar —dijo Ramón—. No creo que tarde mucho.

—Bueno, esperaremos.

Desde que Ana María los había abandonado, la organización de la casa era muy precaria, especialmente en lo relativo a comidas y ropas. La mujer que durante medio

año había compartido sus vidas, sus lechos y sus miserias fue llamada por una madre enferma y ellos tres tenían que arreglarse solos.

Rafel arrojó a un rincón el saco mojado, se pasó las palmas por el rostro y luego las frotó sobre los pantalones de pana. Acercó una silla a la mesa y fue sacando los víveres de los profundos bolsillos: una longaniza de casi dos cuartas, cuatro panecillos redondos y el vino.

—Un día de éstos voy a hacerme rico y nos daremos un banquete como Dios manda. Con merluza y cordero y champán —dijo Ramón.

Rafel Solá no levantó los ojos de la mesa. Gruñó entre dientes y por fin se quitó el pesado chaquetón militar que llevaba puesto.

—Pues no hace mucho frío aquí dentro.

—Habrás entrado en calor al andar.

—Con la lluvia no hace frío. Se moja uno, pero nada más. Frío en Teruel, que chascaban los huesos como carámbanos helados y se te ponía la nariz igual que un tomate maduro.

—Tú, como eres de aquí, no te molesta —dijo Ramón sopesando un pan en la mano—. La humedad la tengo yo pegada al estómago, palabra. Un día de éstos, cuando sea rico, me largo al desierto.

—¿A qué desierto?

—A México. Me monto en un barco y me marcho a México como un rey. Allí me las den todas.

—Ya —dijo Rafel—. Y Trotski te espera con los brazos abiertos, ¿eh, Ramonet?

—Pues no diría yo que no.

—Oye, voy a arreglar un poco las cosas. Si entonces no ha llegado Juanjo, nos ventilamos la cena.

—Te ayudo —dijo Ramón.

—Deja, hombre, no se te vayan a desajustar los huesos.

—Si es la humedad, que los pone blancos. Ya sabes que me muevo bien, pero cuando llueve tanto como estos días, se ponen blandos y duelen.

Rafel hurgó en algunas cajas apiladas en desorden hasta que encontró una nueva vela de esperma. La dejó sin encender en la mesa y continuó sus trabajos. Estuvo colocando unos ladrillos bajo las patas de los dos catres y probó la horizontalidad de las camas, que había quedado alterada por el reblandecimiento del pavimento de tierra apisonada. Luego se asomó a la oscuridad y arrojó algo pesado que rebotó por la colina con un chapoteo débil.

—Mira, éste no viene. Vamos a cenar —dijo.

Juanjo apareció cuando estaban embutiendo la longaniza en los panecillos de miga oscura. Se había confeccionado un gorro con periódicos, pero traía calada la ropa. Saludó a los dos hombres, intentó secarse las manos con la única vela

encendida y después se desnudó por completo y se arropó con una manta. Del bolsillo trasero del pantalón sacó un fajo de papeles manoseados y después de mirar mucho encontró lo que deseaba.

—Aquí está —dijo.

Era un billete de un duro, mugriento y doblado en cuatro partes.

—Estuve descargando unos camiones en el mercado. Con un poco de suerte puede uno quedarse fijo allí. Y pagan bien. Lo que pasa es que se te parten los riñones —hizo una mueca y se frotó la parte inferior de la espalda—. Ya suponía que traerías tú la cena. A ver si encontramos una sustituta de Ana María.

—No creo que tarde en volver. Cuando se muera la madre.

—Dice Ramonet que cuando sea rico nos va a preparar un banquete con merluza, cordero y champán —dijo Rafel.

—Para eso estamos los amigos, ¿no? —dijo Juanjo.

Era un hombre pequeño, de largos brazos huesudos, pero sólido. Llevaba crecida la barba y sus ojillos oscuros parecían enturbiados, como si mirasen a través de un cristal ahumado. Había llegado a Barcelona con Ramón y, en primavera, Rafel les había cedido un hueco en la chabola que él mismo había construido y un refugio en el corazón de su compañera. No pedía nada a cambio del alquiler, pues los tres pertenecían a un grupo de hombres que sólo sabía dar y entregarse.

—Éste no se lo cree, pero van a darme una bolsa llena de oro y podré marcharme a México. Y vosotros venís conmigo si queréis.

—Pues yo sí que me largo —dijo Juanjo—. Dentro de nada tenemos a los comunistas en el gobierno y empezarán con nosotros. Mira lo que hicieron en Rusia. Y, si no son ellos, serán los socialistas. Para el caso es lo mismo. No van a dejarnos vivir.

—No sé qué vamos a hacer nosotros en México —dijo Rafel, considerándose ya participante en el viaje—. Yo me iría con los hombres de Makhno, fijaos. Me han dicho que todavía quedan muchos de ellos luchando en Crimea contra los soviéticos. Pasábamos por Alemania, les enseñábamos de paso quiénes somos nosotros, y luego nos metíamos en Crimea.

—Allí tiene que hacer mucho frío —dijo Ramón—. Yo me estoy haciendo viejo para esas cosas. En México pueden organizarse muchas cosas y hacer un buen trabajo.

—Aparte —dijo Juanjo levantando a la altura de los ojos su bocadillo— que de Makhno ya no queda nada, ni uno. Durruti estuvo con Makhno en el 27, me parece, y ya no tenía a nadie a su lado. Los fusilaron a todos. ¿Quieres que te hagan lo mismo?

—Hombre, eso no —dijo Ramón—. Yo me he librado ya de muchas y no voy a dejarme coger ahora. Para eso me quedo. Cobro y me voy tan ricamente a mi pueblo. No me extrañaría que me estuviera esperando mi mujer con el chico.

—Claro, para darte la bienvenida —rio Juanjo.

—Pues por qué no, es lo que yo digo. Seguro que si vuelvo, a ella no le importarán los papeles y nos casamos otra vez.

—¡Casarse, mira en lo que piensa éste! —dijo Juanjo.

—Buena longaniza, ¿eh? —dijo Rafel Solá.

—Y el vino, chico.

Juanjo alzó la botella y dejó que el líquido gorgoteara ruidosamente en su garganta. Chascó la lengua y después dijo:

—Tenía mi padre en Cacabelos una viña que era una bendición. Fíjate que una vez le mandé una cuba a Durruti, después de lo de Asturias, y luego me dijo que nunca había bebido un vino tan bueno. Y eso que conocía medio mundo.

—Somos unos buenos burgueses, ¿eh? —preguntó Ramón.

—Hombre, se acabó la lucha.

—No del todo, no —dijo Juanjo—. Hay mucho que hacer.

—Lo primero, cargarse a los comunistas. Fíjate lo que nos han hecho. —Para Rafel Solá los comunistas ocupaban el primer lugar de sus obsesiones; después venía Néstor Makhno.

—Lo que pasa —dijo Ramón— es que había buena gente entre ellos. Allí en los trenes estaban conmigo cuatro de ellos que eran muy buenas personas, mucho. Uno murió cuando la explosión de la locomotora y los otros quedaron más o menos como yo, por no decir peor. Recuerdo que uno se llamaba Vespertino, fijaos, y era un tipo estupendo. Pasamos dos meses juntos en el hospital de Gijón.

—Ya, pero sus jefes se cargaron a Nin, a Durruti, a todos. ¿Dónde están ahora los anarquistas que ganaron la guerra?

—En chabolas, comiendo longaniza —dijo riendo Juanjo.

—Pues eso.

Juanjo dio un beso a la primera de las botellas que se vació. Con su manta de rayas de la que salían los largos brazos pálidos arrebujada al cuerpo, parecía un ladrón de cementerios. Al reír mostraba las encías erosionadas en las que eran claramente visibles tres huecos vacíos. Los culatazos de la Guardia Civil le habían dejado aquel recuerdo en junio del año 30. Los dientes estaban descarnados y negruzcos.

—Hemos ganado la guerra para vivir en este palacio. Pues nada, a vivir. Algún día será nuestro el mundo —dijo.

—Dentro de nada —respondió Ramón.

Ramón era un hombre flaco, más alto que sus compañeros, un poco encorvado por la cojera. Una pelambrera hirsuta le tapaba las orejas y le enmarcaba el rostro pálido y ojeroso. Comía muy despacio, dando vueltas al alimento dentro de la boca cerrada. Parecía un rumiante. Cuando acabó el bocadillo dio un largo trago de la

segunda botella y se limpió los labios con el envés de la mano. Luego recogió las migas y las echó a la calle junto al envoltorio de la longaniza y las pieles del embutido. Ajustó lo mejor que pudo el desvencijado respiradero, miró despacio los cartones empapados y por fin abrió los brazos como si fuera a estrechar a sus dos amigos.

—Con el vino se me ha quitado el dolor. A ver si mañana puedo salir a trabajar un poco.

—Tú descansa tranquilo. Con este duro tienes para hacerte una buena comida —dijo Juanjo.

—Ah, que yo tengo más dinero —Rafel le puso en la mano algunas monedas.

—Vamos a tener que llevarlo al banco.

—A este paso sí que podemos irnos a vivir a la ciudad, en una casa de veras. No estás tú para que te caiga mucha lluvia encima, y el invierno es largo.

—No hay que preocuparse —dijo Ramón—. Otros lo han pasado peor.

—Hombre, y está lo de México.

—¿No te lo crees, eh?

—Que sí, hombre, que sí.

—Me ha contratado un fulano para un trabajito y me pagará con oro del bueno. Me lo ha jurado. La cosa es arriesgada, pero tampoco hay mucho que perder.

En los meses que llevaban juntos se habían contado muchas veces las grandes hazañas y los minúsculos detalles de sus vidas. Juanjo y Ramón se habían conocido en la cuenca minera asturiana y los dos habían iniciado la guerra en los trenes; después de una separación de más de año y medio, que uno pasó en los hospitales y el otro junto a Buenaventura Durruti, se habían reencontrado en las orgías que siguieron a la toma de Burgos. Ambos hombres habían abandonado a sus familias y, si de vez en cuando pensaban en ellas, tenían jurado no volver a verlas en beneficio de la gran causa de la liberación del mundo. Rafel, por su lado, sólo había mantenido una unión temporal con la mujer ahora desaparecida. Su mujer y sus hijos fueron siempre la FAI. Era el más paciente de los tres y no le importaba vivir siempre como estaba viviendo ahora y como lo había hecho desde antes de la proclamación de la República.

—Lo que importa es ganar —dijo Juanjo.

Extendió sobre la mesa los periódicos que traía mojados y se puso a leerlos muy despacio. Habitualmente, antes de acostarse comentaban las noticias del día y los últimos rumores. Juanjo había leído mucho y se empeñaba en que sus dos compañeros, especialmente Ramón, intentasen oponerle argumentos sólidos para rebatirlos, incluso con palabras textuales del mismo Bakunin. Pero Ramón nunca tenía nada que objetar a las teorías de su amigo, al que seguía desde hacía cinco años como un perro fiel. Había conocido a Durruti, había sido amigo de él. Eso bastaba.

—Yo estoy hecho cisco, Juanjo. Voy a tumbarme.

—Mañana te acompañaré al puerto a ver si cae algo —dijo Ramón.

—Ahora, con los mítines, todo el mundo anda a la que salta —dijo Juanjo sin apartar la vista del periódico; lo acercó más a la vela casi consumida.

—¿Quieres dormir? —preguntó Ramón.

—Todavía no. Mira: viene un manifiesto del POUM.

—Ésos son de los míos —dijo Ramón riendo.

—Que te has cambiado la chaqueta.

—Qué va, hombre, pero ya ves cómo anda la FAI. Te meten en la cárcel. Así que me apunté con los trotskistas. Pero nada serio.

—Tenías que habérmelo preguntado.

—Y qué quieres. Me lo pidieron y me apunté. Fue el cabrito de Planell. Claro que ni se enteran de que existo ni cotizo ni nada.

—Aquí protestan contra *la Pasionaria* —dijo Juanjo. Rafel Solá, acurrucado en su camastro de madera, roncaba rítmicamente.

—Ése ya está roque. Yo creo que voy a dormir también —dijo Ramón—. A ver si se me secan los tuétanos.

—La vela ya no resiste. Será mejor que haga lo mismo.

Apagó con un soplido fuerte y en la oscuridad los dos hombres buscaron la plataforma en la que dormían juntos. La lluvia seguía golpeando con dulzura la chapa del tejado. Juanjo fue a decir «buenas noches», pero un bostezo irreprimible le cortó en dos la frase. Sonrió en la oscuridad, se puso ropa seca y se dejó caer en la cama. Su amigo Ramón le ayudó a echarse encima las mantas de abrigo.

20

EL EX GENERAL, poco aficionado a los viajes, no había conocido el Berlín bullicioso, golfo y despreocupado de entreguerras. Ni siquiera había tenido noticias de que fuera posible una ciudad así, ya que su curiosidad nunca había seguido esos caminos. Salvo los pedregales de África, ningún paisaje había influido jamás en su ánimo. Por ello no se sorprendió ante las señales de incredulidad que Serrano Suñer iba prodigando a su lado:

—¡Cómo ha cambiado esto! ¡Cómo ha cambiado!

Cansado sin duda de escuchar tantas veces la misma endecha, Carrero Blanco

preguntó al cuñado del general:

—¿En qué ha cambiado?

—Berlín era una ciudad alegre y caótica. Ahora parece muerta y sepultada en todos estos edificios gigantescos —explicó Serrano.

—Tal vez se ha dejado usted convencer por la manera en que viven los italianos, ¿no le parece? Esto es más serio, más acorde con las circunstancias. ¿No lo piensa usted así, mi general?

—Es posible —dijo Franco.

—Hay que tener en cuenta que estamos en un país en guerra. La gente debe comportarse con seriedad y corrección.

—En realidad, parecen todos cansados —dijo Serrano.

En el aeródromo de Tempelhof dos SS uniformados —un capitán y un sargento— los habían metido en un Mercedes blindado después de los saludos de rigor del enviado especial del Führer, un viejo conocido de Serrano. Goebbels no había estado especialmente comunicativo. Apenas hubo tendido la mano y preguntado por la comodidad del viaje, sin otras ceremonias regresó a su coche con la promesa de verlos más tarde y la disculpa de sus muchas ocupaciones en aquel instante. El cuñado de Franco, que había hecho el viaje directamente desde Roma unas horas antes, había pasado medio día en una salita reservada del aeropuerto, acompañado tan sólo por otro SS de rostro pétreo y mirada hostil. Estaba aburrido y malhumorado porque esperaba una acogida más calurosa, tanto para sí mismo como para los dos altos militares españoles. ¿Cómo diablos iba a pretender Hitler convencerlos de algo si ni siquiera acudía a recibirlos al pie del avión?

No obstante, Franco había desdeñado cualquier reticencia desde el momento mismo en que recibió en La Habana la invitación de viajar a Berlín. Aquello significaba a fin de cuentas que estaba vivo, que en Europa no lo habían olvidado, tanto si le dispensaban un recibimiento apoteósico como si no.

El exilio habanero resultaba cada día más monótono y arriesgado. Al abandono de muchos de sus seguidores más queridos se unía la indiferencia de las autoridades isleñas, para las que Franco no era otra cosa que un simple general degradado, sin mucho dinero y sin grandes aptitudes para divertir a sus anfitriones. Un intento de refugiarse en los Estados Unidos, donde al menos podía soportarse el calor, fracasó de manera rotunda. Cuando las autoridades supieron que había desembarcado en Miami en compañía de Carrero y algunos incondicionales, con cajas destempladas los reenviaron a todos a Cuba, incluidas las esposas que se habían desplazado de Europa para reunirse con ellos. Alegaron que ninguno de ellos poseía pasaporte válido, como así era en efecto. Franco volvió, pues, a establecerse, ahora junto a doña Carmen, en un hotelito de Guanabacoa, lejos del centro, y recreaba allí, sobre diagramas y planos, los momentos más cruciales de la guerra civil, con una estrategia nueva que de nada

podía servirle ya. Carerro le seguía continuamente y, por su parte, se iniciaba en estudios de la religión vudú. Su desengaño en España lo había tornado hombre melancólico y religioso, lleno de piedad, áspero consigo mismo y con los otros: únicamente las ceremonias espiritistas de los negros lo aliviaban de su decaimiento.

También él se sintió muy contento cuando su superior le comunicó la invitación de Hitler. Por informaciones indirectas sospechaban que Alemania deseaba enrolarlos en sus ejércitos, lo mismo que antes había hecho con el desgraciado general Yagüe y había intentado hacer con Millán Astray. Conocían el aprecio que Hitler tenía por Franco, al que ostensiblemente prefirió a Mola en los primeros meses de la guerra. Incluso había indicios de que la Gestapo había saboteado el avión del general carlista a fin de dejar sobre el terreno a un solo hombre con el que negociar, al propio Franco.

Embarcaron en Caracas en un destructor alemán que traía rumbo de Buenos Aires, tras de una misión secreta ante Juan Domingo Perón, e hicieron una peligrosa travesía hasta Lubeck, seguidos de cerca por un par de submarinos de escolta. No les habían advertido, sin embargo, de que Serrano Suñer estaría esperándolos en Berlín, y a Carrero no le satisfizo nada aquella decisión del Führer en favor del antiguo ministro y en detrimento de su persona, ya que incluso en la invitación se especificaba que Franco podría ir acompañado de dos o tres fieles amigos, sin mencionar para nada el nombre del marino.

—Están sencillamente vigilantes, no cansados —dijo Carrero en su deseo de sobreponerse a Serrano.

—Pero no se ve por ningún lado la alegría de otros tiempos.

—Tendrán tiempo de cantar cuando ganen la guerra.

A Franco le interesaban poco los cambios de humor de la población alemana y menos aún la rivalidad entre sus dos servidores. Comprendía que la historia había cercenado violentamente sus afanes y disculpaba que en el fondo cada uno viera en el otro el gran culpable de lo que estaba ocurriendo. Así lo habían mirado a él los otros generales. Viajaba en silencio porque necesitaba tiempo para pensar qué iba a responder a Hitler cuando se hallase delante de él, cuando conociera la razón de la llamada.

Después del relampagueante esplendor de la conquista de Polonia, la guerra se había convertido en un juego del escondite. Los soldados morían de aburrimiento escudados en la línea Siegfried mientras los franceses los contemplaban atrincherados en las fortalezas de la Maginot y los ingleses ponían a todo gas sus fábricas. Nadie se atrevía a tender las garras. ¿Se había desanimado Hitler, había perdido la confianza? Los rusos continuaban estancados en Finlandia, con la nieve hasta el cuello, y Europa entera parecía hundida en un barrizal absurdo. ¿Qué iba a ocurrir?

Personalmente, a Franco le importaba poco lo que le sucediese a Europa. Recibía a diario informes de España y eso era lo que más nervioso le ponía. Prieto se estaba

mostrando como un gobernante sagaz y limpio, Besteiro comenzaba a lograr una reconciliación entre todos los españoles y no se habían producido altercados graves cara a las elecciones de febrero. Incluso *la Pasionaria* lanzaba veladas ironías sobre Stalin.

—¿Quiénes creen ustedes que ganarán las elecciones?

—Los comunistas —dijo rápidamente Carrero. Conocía demasiado bien las obsesiones de su jefe como para que pudiera referirse a otras elecciones cualesquiera.

—Tienen muchas más posibilidades los socialistas —opinó Serrano.

—Los comunistas están dominando España —insistió Carrero—. Se han filtrado en todas partes, ocupan todos los puestos, son dueños de todos los partidos y de todas las personas. España será devorada por el comunismo, con elecciones o sin ellas.

—Yo no veo así la situación —afirmó Serrano.

—Probablemente tengan ustedes razón —dijo Franco, sin especificar cuál de los dos era el razonable.

Berlín, pese a la apatía o al terror de sus habitantes, se estaba convirtiendo en la digna capital de un hombre como Hitler, que había insistido mucho a su arquitecto Albert Speer para que abriese avenidas más largas y anchas que los Campos Elíseos, avenidas flanqueadas de edificios más lujosos e imponentes que los del Ring vienés. Algunas de esas edificaciones, visibles por sus cuatro costados, estaban ya en pie; otras iban brotando del montón de ruinas que el Führer creyó necesario acumular antes de dar cima a su megalomanía urbanística.

Por las anchas aceras caminaban pelotones de soldados impresionantes por su paso y sus uniformes. Desfilaban hieráticos, serios. Nadie dudaría al verlos de que estaban dispuestos a cualquier cosa para conservar su orgullosa superioridad. En el fondo de su alma, Luis Carrero sentía envidia de aquellos hombres y se imaginaba a sí mismo vestido con las mismas ropas, dirigiéndolos y gritándoles órdenes de ataque.

Ahora, ellos tres vestían de paisano. No obstante, Ramón Serrano había traído desde Italia, en una maleta, su elegante uniforme de Falange, el mismo con el que había estrechado la mano del Führer en los más delicados momentos de la guerra. Había ya preguntado si debía presentarse ataviado con él y le respondieron que no. Franco y Carrero, en cambio, no habían vuelto a utilizar sus galas desde que huyeron de Portugal.

En el hotel de la Koenigsplatz, mientras los dos guardianes esperaban en el coche a la puerta, los tres españoles se asearon y mudaron de ropa a fin de aparecer dignamente presentados ante el Führer.

Hitler los esperaba en su descomunal despacho del Reichstag. No se puso de pie para recibirlos. Hizo un gesto a Franco para que se sentase frente a él y los otros dos hombres se colocaron de pie uno a cada lado. El caudillo de los pueblos germánicos

tenía un mechón de cabello sobre la frente y los ojos fijos y febriles, como los de una vaca en celo. Al sonreír bajo el bigote rectangular, su rostro tomaba el inquietante aspecto de una calavera en el sillón de un dentista.

—General —dijo— tenía muchas ganas de verlo.

—También yo, para agradecerle personalmente la ayuda que nos ofreció. Desgraciadamente, fuimos derrotados por las circunstancias —respondió la vocecilla de Franco. El vozarrón del intérprete pareció sorprender al ex general.

Hablaba con un timbre demasiado agudo, sin aplomo pero sin sometimiento. Casi con indiferencia. El ex general español no parecía asombrado ante aquel despliegue de magnificencia que los rodeaba y menos aún ante el hombrecillo que manoteaba como un muñeco y miraba a un lado y a otro sin encontrar las palabras justas. Un grueso tapiz representando una escena de *Los Nibelungos* ocupaba parte del muro al que Hitler daba la espalda. Franco intentó horadarlo con su mirada gris, porque estaba seguro de que detrás de él había al menos un par de soldados de confianza armados con metralletas. Lo sabía porque él mismo había utilizado igual sistema en Salamanca. Los hombres veían sin ser vistos y al menor gesto de los invitados dispararían por encima de los hombros de su jefe. Sonrió apenas pensando qué poco habían cambiado los tiempos.

—Para la nación alemana no ha perdido usted la guerra, general, sino una batalla importante —dijo Hitler—. Y porque hemos considerado que era sólo una batalla no intervinimos con mayor decisión. Nuestros proyectos son mucho más amplios y queríamos ir por otro camino al mismo lugar.

—Comprendo —dijo Franco—. Por otro camino al mismo lugar. —No sabía de qué le estaba hablando.

—Por este motivo le he hecho venir desde tan lejos. Para la nación alemana sólo usted es el genuino representante de los españoles, ni siquiera ese rey exiliado. Es usted el caudillo que con nuestra ayuda reconstruirá el Imperio español a la sombra de nuestras banderas. Creo que estará al corriente de nuestras victorias en Polonia, así como el miedo que ha invadido a ingleses y franceses. La guerra no ha hecho sino comenzar, pero no será muy larga. ¡A finales de este mismo año el Imperio alemán se extenderá desde el corazón de África hasta la misma Siberia! Y necesito su apoyo para esta empresa.

—Comprendo —insistió Franco.

—He pensado ofrecerle a usted treinta millones de marcos a cambio de su ayuda, la de usted y la de los suyos.

—Muchos de mis hombres ya luchan a su lado —dijo Franco.

—Lo sé, lo sé. Hace unas semanas he concedido la Cruz de Hierro al general Yagüe, que tan valientemente luchó en Polonia. Era demasiado fogoso y por eso cayó en manos de los rusos. Nadie le había ordenado que se enfrentara a ellos.

—Era un hombre de grandes arrebatos, sí.

—Pero no cumplía las órdenes superiores. Toda su unidad de falangistas españoles continúa prisionera por culpa suya. Tuvo mucha suerte de morir.

—Desde luego —dijo Franco.

—Era un valiente, lo reconozco —añadió Hitler—. Como son todos los hombres que se mantienen a su lado —el Führer lanzó un relámpago visual sobre Carrero y Serrano Suñer—. Por eso les ofrezco esa cantidad a cambio de su ayuda.

—Ayudaremos en lo posible, desde luego —dijo Franco.

—¿En lo posible? —Hitler se levantó del sillón y comenzó a pasear a grandes zancadas por la sala—. No sólo en lo posible, sino en la totalidad. ¡Una ayuda total! España ocupa una posición estratégica en el Mediterráneo, es nuestra cabeza en África y como un pinza para estrangular a los franceses si se resisten. Necesito una ayuda total.

—El Führer sabe perfectamente que España no está en mis manos.

—Ah, vamos. No se preocupe por eso. Naturalmente que lo sé.

El reloj dorado que ocupaba un rincón del despacho dejó caer doce golpes sonoros como los de un clarín. Hitler se volvió hacia Franco y dijo:

—Es la hora de comer. ¿No les importaría acompañarme? Debo comer a las horas exactas si quiero mantener en orden el organismo. Seguiremos hablando durante el almuerzo.

Sin añadir una palabra más, se dirigió a un portón lateral que se abrió antes de que él llegara. Entró a un comedor en el que hubieran cabido más de mil personas. Sin embargo, en torno a la gran mesa estaban dispuestas solamente seis sillas. El intérprete, que había permanecido de pie junto a Serrano, indicó a los invitados que lo siguieran y fueron sentándose todos. Goebbels apretó las mandíbulas para no dejar escapar palabra alguna y sin mirar a nadie bebió de golpe un gran vaso de agua en el que había vertido unos polvos efervescentes. Luego miró receloso como siempre a los españoles y empezó a comer al tiempo que los demás, sin prestar atención aparente a las palabras del Führer. Era un hombre huesudo, delgado, ascético, de gesto malhumorado y un rictus siniestro en la boca.

—A cambio de ese dinero —prosiguió Hitler sin transición—, en el momento en que ocupe usted el mando del Estado español, permitirá a Alemania considerar el país como un aliado de primer orden, como Italia. Empezaremos conquistando Gibraltar e inmediatamente Portugal, para debilitar la fuerza de los ingleses en aquellas zonas. Con el Peñón no nos importará prestar toda ayuda precisa, pero, ante Portugal, Alemania preferiría que pareciese una acción exclusivamente española, aunque desde luego nuestras armas estarán a su lado. Si fuera conveniente, también España nos ayudaría a cruzar los Pirineos para atrapar a Francia entre dos fuegos. Aunque esto último no será necesario, evidentemente.

—Evidentemente —dijo Goebbels como un eco.

—¿Qué opina usted? —preguntó Hitler mientras masticaba una porción de espinacas.

—Ya veremos —dijo Franco.

—¿No le parece bien?

—No está mal.

—El dinero es a título personal, desde luego. A España, como país amigo, le concederemos las cantidades necesarias. Eso sí, tendrán que dejarnos explotar las minas que ahora están en manos de ingleses y de belgas.

—Por otro lado —dijo Goebbels sin levantar los ojos—, ése es el pago que se nos debe por nuestra ayuda en la guerra.

—Desde luego —dijo Franco.

—¿No ve ninguna dificultad en este pacto? —preguntó Goebbels.

—Veo algunas, ciertamente.

—Dígame.

—Desgraciadamente, en España hay ahora otro gobierno.

—Eso no tiene importancia —dijo Hitler—. Vamos a pensar que ya está usted gobernando el país, después de una victoria fulgurante. ¿Qué me dice?

—No es mala idea. Ya veremos.

—¡No hay nada que ver! —chilló Hitler—. ¿Quiere más dinero? Le estoy proponiendo una alianza definitiva con Alemania. Un reinado común de mil años.

—En las circunstancias en que me encuentro no puedo prometer gran cosa —dijo Franco mohíno, rechazando la copa de vino del Rin que le ofrecía un camarero.

—¡Claro que puede prometerlo! ¡Y firmarlo!

—A ningún jefe de Estado le ha hecho el Führer una oferta semejante —bramó Goebbels—. Ni siquiera a Mussolini.

—Ese histrión… —dijo Hitler entre dientes—. La nación alemana necesita el apoyo español para ganar la guerra. ¿Qué me dice?

—Creo que está usted en lo cierto, pero sobrevalora nuestras fuerzas.

Estaban comiendo muy de prisa, sin tiempo para saborear los alimentos. En el centro de la mesa habían servido un extraño pastel, ya partido, con la bandera roja y gualda bajo una gran cruz gamada de dulce. Franco se sirvió él mismo un trozo y, cuando lo hubo comido, se sirvió un segundo. Estaba excelente el pastel. No obstante, denegó la invitación a licor de cereza que Hitler en persona le ofrecía.

—Por lo demás, todos los hombres que lo deseen serán enrolados en el ejército alemán con el mismo grado que tenían en España. Deben ayudarnos a entrar en España. Usted mismo puede asumir el mando de una división antes del asalto. Necesitará aprender algo de nuestra lengua…

—Se me dan mal los idiomas —dijo Franco—. Además, en cuanto a la división

que me ofrece, soy capitán general. Es decir, mariscal.

—Bien, arreglaremos eso. ¿Está usted de acuerdo?

—Necesito pensarlo —dijo Franco.

—Pero ¿qué tiene que pensar? Le estoy ofreciendo todo a cambio prácticamente de nada. ¿Qué más quiere?, dígamelo. De ser un oscuro exiliado en La Habana le convierto en dueño de un país y en un amigo de la gran Alemania. ¿Le parece poco? ¿O quiere que me levante de esta silla y se la ceda a usted?

Franco dejó escapar una sonrisa casi juvenil. Le había hecho gracia aquello. Hitler se levantó, pero no para ofrecer su asiento al ex general, sino para volver al despacho. Al cruzar la puerta dijo a media voz a Goebbels:

—Preferiría que me arrancasen una muela antes que negociar con este hombre.

Luego preguntó a Franco:

—¿Está decidido?

—Lo pensaré con mucho detenimiento. Ahora, si no le importa, me gustaría retirarme. Tengo la costumbre de dormir la siesta después de comer. De otro modo, mi mente no está clara. Le traeré mi respuesta lo antes posible.

—¿Cómo? ¿Dormir ahora? —dijo Hitler; se sentó bruscamente en su trono—. Está bien, está bien. Puede irse. Esperaré.

Se llevó las manos a la cabeza y colocó el mechón que le tapaba casi por completo el ojo izquierdo. Cuando se puso de pie, los tres españoles habían desaparecido de su presencia.

Una vez en el automóvil, Serrano esperaba algún comentario de Francisco Franco acerca de la entrevista. Pero el ex general no abrió los labios hasta que se encontraron a la puerta del hotel. Y fue para preguntar:

—¿Se sabe algo de Millán Astray? ¿De qué murió?

—Dicen que se envenenó involuntariamente —respondió Ramón Serrano—. Parece que había perdido gran parte de su impulso sexual y comenzó a tomar pequeñas dosis de estricnina para recuperarlo. En Mozambique estaba rodeado de mujeres espléndidas. Pero sobrepasó las dosis aconsejables y terminó envenenado.

—Qué estupidez —dijo Franco—. ¿No se les ha ocurrido una historia mejor a los masones?

21

UNA SENCILLA BANDERA arropando todo el perímetro de la tribuna, indicativo de las personas que estaban hablando o iban a hablar, servía para cambiar e identificar el decorado. Estaba considerado como el mejor lugar de Barcelona y ningún partido se había mostrado tan exigente como para solicitar tribuna propia, A la plaza de Cataluña acudían los ciudadanos de la parte baja de la ciudad, los emigrantes establecidos en las afueras y los burgueses y empresarios radicados en las zonas más elegantes. Así pues, por la céntrica tribuna pasaban cada dos o tres días políticos de todo pelaje dedicados a exponer razones para la solicitud de votos. La campaña electoral tenía en Barcelona más fuerza y más riesgos que en el resto de España, sobre todo a causa de las coaliciones regionalistas encaminadas a la busca del Estatuto de Autonomía anulado por la República y separadas en casi todo lo demás.

Sólo tres oradores venidos de Madrid se habían atrevido hasta entonces a anunciar su presentación ante los catalanes: Francisco Largo Caballero, nuevamente reconciliado con Prieto en un socialismo sin fisuras; Dolores Ibárruri, como portavoz del Partido Comunista, y Miguel Maura, secretario de los liberales republicanos y gran aglutinador de las derechas no claramente comprometidas en el fracasado golpe de Estado.

No hacía realmente falta que alguno de los políticos se encaramase a la tribuna para que la hermosa plaza estuviera llena de gente. La temperatura era clemente, el trabajo escaso y el interés por los acontecimientos, tanto interiores como exteriores, muy crecido. En grupos menguados, cientos de barceloneses concluían sus paseos por las Ramblas, la calle más hermosa del mundo, con informales tertulias en la plaza de Cataluña o en las tabernas de las inmediaciones.

Entre esa multitud bullente, confusa y sosegada no era fácil que un individuo como Dino Salvatori levantara sospechas. Más que un conspirador parecía un próspero fabricante cuyo aplomo y displicencia inducían a pensar que había mantenido fidelidad a toda prueba a la República. Antes de disponerse a salir a la calle acompañado de Ramón, el tipo flaco, de mirada huidiza y andares renqueantes contratado por Planell, le había regalado un traje oscuro y una corbata roja y le había provisto de una cartera de documentos llena de periódicos para simular mejor la profesión de la que estaba muy lejos. En pocas palabras Salvatori le explicó cómo suelen comportarse los secretarios particulares de los hombres de negocios fíeles a la República e hizo que lo siguiera hasta la plaza de Cataluña.

Faltaban aún dos días para el desenlace de la «Operación Atolladero» y convenía a esas alturas tener bien estudiados los detalles.

Ramón arrastraba por las Ramblas su cartera negra como si fuera una sandía, a medio paso de su jefe ilegítimo.

—¿Has explicado a tus amigos lo que vas a hacer tal y como yo te lo dije? —preguntó el italiano.

—De pe a pa. Sin quitar ni poner.

—¿Qué les dijiste?

—Pues que el martes iba a pasar algo gordo. Que Durruti y Andrés Nin serían vengados y que todo el mundo iba a saber cómo se las gasta el POUM. Y que yo me iba a hacer famoso gracias a eso.

—Te preguntarían lo que iba a ocurrir.

—Desde luego, pero no solté prenda —dijo Ramón—. Cuando pase lo sabréis, así les dije, porque acaso alguien da el soplo, aunque no creo. Cuando dije lo del soplo se enfadaron un poco, sobre todo Juanjo, pero los calmé diciendo que más tarde sabrían todos los detalles, cómo se preparó y cómo se hizo, y por qué.

—Menos los nombres, claro —dijo Salvatori.

—Claro, tu nombre no, compañero. Si no me lo has dicho.

—Bueno, no importa. Hay que hacerlo y no importan los nombres de nadie. A mí también se me ha olvidado el tuyo.

—Pues que no se te olvide para lo otro —dijo Ramón.

—El Partido no olvida a los suyos, no te preocupes. Cobrarás todo tu dinero la misma noche, en un lugar que yo te señalaré.

—En oro verdadero.

—En oro verdadero. No habrá trampas.

Desde el primer contacto había insistido mucho Ramonet en que le pagaran con oro porque no se fiaba del dinero de papel. El agente de Ciano en Barcelona consideraba haber hecho un buen trabajo al elegir a aquel hombre. Tenía casi cuarenta años, pero su delgadez y los proletarios músculos que se hinchaban en sus brazos le hacían parecer más joven. Trabajaba como mozo en los ferrocarriles del puerto, pero con tan poca asiduidad en razón de las huelgas que declaraban sus colores, que más bien sobrevivía gracias al socorro de amigos y a alguna ratería ocasional. Eran aquéllos su única familia conocida. Jamás le había hablado Ramón de padres, hijos o hermanos, y siempre, por el contrario, de algunos amigos y correligionarios en compañía de los cuales vivía en una casucha de las afueras.

—Oye —dijo Ramón cuando se acercaban a la plaza—, ¿el mismo Trotski te ordenó que hicieras esto? ¿Él mismo en persona? Me lo juró Planell.

—Él mismo en persona. Es amigo mío.

—Ya. Pero ¿cómo te lo mandó?

—Pues me llamó a su casa de México, estuvimos cenando y acordamos la «Operación Atolladero». Así de sencillo. Se rio mucho cuando le propuse este nombre y dijo que era muy adecuado. Se trata de pararles el carro, ¿comprendes? ¿No te parece un buen nombre?

—Sí que tiene gracia, sí —dijo Ramón.

Salvatori prefería cambiar de conversación. Las tres veces que habló con el

hombre había tenido que explicar sus falsos encuentros con Trotski, cómo era en la intimidad, qué pensaba de lo ocurrido en España, de Stalin, de la disolución del POUM y cómo en su soledad tornaba sus favores a los anarquistas, reconociendo al tiempo su valor, sus méritos y el injusto trato que habían recibido en Rusia. Ramonet, que por suerte no parecía hombre de muchas luces ni conocimientos, estaba obsesionado con la persona del viejo revolucionario exiliado, de todos los viejos revolucionarios enemigos de Stalin y del fascismo.

No costó trabajo convencerlo, con la ayuda de Planell, de que esperaban días gloriosos a una inevitable alianza del anarquismo trotskista en España, siempre que se lograse parar el carro a los comunistas estalinianos, culpables de todos los males de la clase obrera sojuzgada. Ramón se hubiera hecho fascista si alguien le hubiera convencido de que ésa era la voluntad de los grandes dirigentes. Eso juraba Planell.

Salvatori se acercó, seguido de su secretario, a la tribuna vacía. Estaba circundada por la bandera de las cuatro barras, ya que a última hora de la tarde estaba previsto un discurso de gala con el ex presidente de la Generalitat, Lluís Companys, como protagonista. Aunque faltaban más de seis horas para el comienzo del acto, algunos barceloneses ocupaban ya posiciones a unos metros del andamiaje.

—¿Tendrás fuerza para lanzarla desde aquí? —preguntó Salvatori.

—Y me sobra —dijo Ramón—. He estado ensayando con piedras y llego a más de quince metros.

—¿Sin fallar?

—Sin fallar.

—Lo comprobaremos mañana —dijo Salvatori. Miró displicente a su alrededor para asegurarse de que nadie los miraba con recelo. Los paseantes se entretenían charlando con grupos, mirando los balcones de la plaza, hojeando periódicos y eludiéndose unos a otros. El italiano tomó del brazo a Ramonet para alejarlo de la tribuna y conducirlo junto a la valla de piedra que cerraba una parte de la plaza—. Ten en cuenta que no se podrá repetir —añadió—. Debes acertar a la primera, en el sitio exacto. ¿No es muy lejos desde aquí? Sería lo mejor para escapar.

—Desde aquí también llego —dijo Ramón.

—Los caballos de la policía se colocarán al otro lado, así que tienes que echar a correr por aquella salida. Todo el mundo correrá hacia allá y lo mejor es mezclarse a la multitud. ¿Lo has comprendido bien? Arrojas la bomba contra la tribuna, procurando que caiga en el mismo centro, e inmediatamente echas a correr por la Puerta del Ángel abajo, hasta perderte. Es muy importante que no te cojan.

—Como que voy a dejarme —dijo Ramón con una sonrisa orgullosa—. Tengo mucha práctica en estas cosas.

No se le había ocurrido pensar que aquel proyecto de huida era el que más riesgos comportaba. A Salvatori le interesaba que los policías situados al otro lado de la

calzada disparasen de inmediato sobre el fugitivo, después de haber visto con precisión cómo arrojaba la granada, y que Ramonet muriese antes de decir una palabra. Él mismo y los amigos del muerto se encargarían de divulgar que era un miembro del POUM y de la FAI al mismo tiempo, así como las razones de su acto. Desde ese instante, el carro quedaría estancado, y no sólo el que cortaba los andares de Trotski.

Desde la primera vez que había sido llamado por Galeazzo Ciano, su antiguo compañero de armas en Abisinia, el capitán Dino Salvatori había elaborado una docena larga de proyectos distintos. Finalmente se había inclinado por el atentado en Barcelona durante la propaganda electoral, y no contra el presidente del gobierno, porque de esa manera conseguía varios objetivos al mismo tiempo. Enconaba los ánimos contra los catalanes, volvía a remover con hierro ardiente las viejas heridas entre todos los partidos de izquierda, ponía en vilo la estabilidad del gobierno de coalición al implicar a anarquistas, trotskistas y comunistas y abría una brecha profunda por la que algún día no lejano podrían volver a entrar los fascistas desterrados. Era sin duda demasiado venturoso dejar el último acto en manos de un pobre desquiciado e ingenuo como Ramonet, pero tampoco podía él arriesgar la vida en el empeño.

Incluso, desde que andaba merodeando por España, tenía menos ganas de hacerlo. Si en las primeras conversaciones en Roma había llegado a ofrecerse como mano ejecutora, al margen del peligro que pudiese correr personalmente, y decidido a ofrendar su vida por el ideal, en las últimas semanas se estaban enfriando mucho sus ánimos, y no precisamente por culpa del espantoso frío pasado en Madrid.

Había llegado a preguntarse si valía la pena empujar a toda aquella gente, a la que paseaba por las Ramblas y a la que bebía vino ácido en las tabernas de Madrid, a la que intentaba extraer un poco de alimento de los campos resecos y de los bidones de basura podrida, empujarlos a matarse nuevamente entre sí. ¿No habían sufrido bastante? ¿No estaban sufriendo aún?

Ramón iba a ser la primera víctima. A cambio de una bolsita de oro, como en las más burdas historias de conspiradores pasados, no dudaba en arrojar su bomba desde la posición más peligrosa. Pero también, o principalmente, el pobre tipo lo hacía por un ideal.

—Me gusta la gente que lucha por sus ideales, Ramonet —dijo Salvatori.

—Todos hemos luchado así en España.

—Ya lo sé, ya. Incluso ellos.

—¿Ellos también? ¿Los fascistas? —preguntó escandalizado Ramón.

Pero el italiano se refería a los ganadores. No obstante, dijo:

—Desde luego que sí. Nadie se deja matar por dinero o porque le ofrezcan el mundo en bandeja. La gente que se deja matar es porque cree en algo.

—Lo malo es creer lo que no se sabe.

—Eso es lo malo —dijo Salvatori—. Estar equivocado.

Habían comenzado a caminar Ramblas abajo, hacia el puerto. Por un instante Dino Salvatori, el periodista Fabiani, el vagabundo de la gran revolución, sintió afecto por el hombrecillo que cojeaba a su lado, vestido con el traje oscuro, demasiado holgado para su cuerpo, y balanceando la cartera que llamaba más la atención en su mano que la bomba con que él la había armado. Aquel hombre no estaba equivocado; sencillamente, lo engañaban por todos los lados. ¿Habían soñado Trotski, Makhno, Bakunin, Malatesta con aquellos extraños discípulos suyos diseminados por el mundo, adoradores de ideas que apenas conocían, miembros de colectividades vapuleadas, individuos que se aferraban de tal modo a algo etéreo y puro que eran ya incapaces de pensar algo por sí mismos? Él se sentía como el último de los engañadores. ¿O era también un engañado? ¿Le habían inculcado tan sabiamente la mentira que no lograba sacarla a la luz desde los recodos de su sangre?

—Pero sólo al final está uno seguro de si se había equivocado o no, de si lo engañaban o no lo engañaban, de si se estaba dejando engañar porque eso le resultaba más cómodo o más beneficioso… ¿Nos tomamos un café?

—Sí, tengo hambre —dijo Ramón.

Era ya la hora de comer, pero Salvatori prefería marcharse solo. Ni quería que lo vieran al lado del anarquista ni deseaba verlo por más tiempo junto a él. De alguna manera estaba empezando a contemplarlo como a una víctima arrastrada al matadero por el dogal de un oro que nunca iba a recibir. Y se sentía incómodo frente a ella. Pero la vida estaba hecha por este género de materiales: si quería escapar incólume del atentado, otro tendría que cargar con sus pecados y pagar por ellos. Así estaba dispuesto desde meses atrás. Un agente de Mussolini no podía entrar en España a poner bombas; significaría demasiado si lo capturaban. Pero un ser anónimo, luchador empedernido e insensato, podía perfectamente suplantarlo y atraerse la cólera de la mitad del país. La culpa era suya por dejarse engañar.

—Conocí en Madrid a una mujer que no se dejaba engañar por nadie —dijo Salvatori—. Sabía muy bien lo que es la vida y cómo hay que tratarla, cómo hay que defenderse de ella.

—Bueno, las mujeres son diferentes.

El italiano pagó a Ramón un enorme bocadillo de butifarra, dos vasos de vino y lo dejó solo, revolviendo el azúcar. No soportaba tenerlo cerca.

En el hotel se lavó y cambió la ropa porque estaba invitado a comer en casa de un conocido industrial barcelonés que se había quedado sin fábricas e intentaba a toda costa recuperarlas, incluso enfrentándose abiertamente al gobierno. Salvatori había llegado a él, como siempre, disfrazado de periodista Cesare Fabiani, un periodista que no hablaba ya de poetas tuberculosos ni de gobernantes afligidos, sino de inversiones

en América del Sur.

Todavía quedaba gente en España que comía bien. Lo dijo con cierta malicia apenas contempló la mesa bella y lujosamente ataviada, incluso con candelabros de plata y un búcaro de flores.

—Seguro que comen los de la FAI mejor que nosotros —dijo la señora sin pizca de ironía.

—Mujer, la FAI ya no existe, me parece.

—Bueno, pues el POUM ese.

—Mi esposa todavía los teme, ¿sabe usted? —dijo el industrial—. No es para menos, después de lo que ocurrió. No se nos va a olvidar mientras vivamos. Por lo menos mientras que el gobierno no nos devuelva las fábricas. Claro que ahora las cosas parecen más calmadas y no nos persiguen como antes. Imagínese que pasamos dos años escondidos en un lugar inmundo, en pleno campo, sin agua corriente ni nada. Estábamos en Madrid de vacaciones cuando…

—Fue espantoso, señor, de veras —dijo la señora.

—Oh, más vale no recordar el pasado —dijo Fabiani muy compungido—. Una guerra es una guerra y cuando se desatan los odios hay que disculpar a quienes son arrastrados por ellos. Aunque, por lo que voy viendo hasta ahora, es un país donde el odio no se cura con facilidad. Si ustedes me disculpan, diría que es un pueblo algo primitivo.

—España puede ser, pero no Cataluña. ¿Sabe usted que todos esos revolucionarios no eran catalanes? Ah, no, señor. Habían llegado de fuera, de Castilla, de los lugares pobres. Nosotros les dimos albergue, comida y trabajo y ya ve cómo nos lo agradecieron. Nos robaron las fábricas y querían matarnos. ¿Es eso justo? Los catalanes no somos así.

—No, señor, no somos así —dijo el industrial—. Por eso hemos tenido tantos problemas con los gobiernos centralistas.

Una muchacha vestida de negro, con cofia y delantal blancos, servía la mesa en silencio. Bastaba una mirada de la señora para que acudiese a un lado o a otro. Sirvió con destreza unos lenguados exquisitos y después carne asada con salsa. Salvatori procuraba dirigir la conversación hacia temas del momento, muy especialmente a las elecciones en curso, pero el matrimonio se obstinaba en lamentar sus desdichas y recordar sus hazañas en la guerra, las mismas que el italiano había escuchado cien veces. No querían hablar del tiempo presente. O, lo que era peor, no lo conocían.

—Yo votaría no sólo por una autonomía catalana —dijo al fin el hombre—, sino por una independencia total. ¿De qué nos sirve ser gobernados desde Madrid? ¿De qué nos sirve ser españoles? ¿Por qué vamos a ser explotados por los castellanos? Solos podríamos arreglárnoslas mucho mejor. Mire usted Andorra, sin ir más lejos.

—No creo que la situación sea la misma —aventuró Fabiani.

—La misma no, pero se asemeja. O incluso unirnos voluntariamente a Francia. Eso sería lo mejor.

—Porque somos medio franceses, ¿sabe usted? —dijo la mujer.

—*Bien sûr. Tout le monde le sait* —dijo Salvatori con una dulce sonrisa y sin asomo de ironía.

El que le había asegurado que don Estanislau Galbá y su señora eran simpatizantes de Italia se había equivocado. Al señor Galbá parecía interesarle únicamente defender, recuperar y aumentar su dinero, no arriesgarse en nuevas causas de problemático resultado. La burguesía, alta o media, jamás comprendería el sentido de la revolución, su necesidad y sus fines. ¿Cómo forjar imperios con personas que deseaban permanecer aisladas en sus lujosas torres defendidas por fosos de indiferencia y egoísmo? Franco había sido muy hábil al inclinar a su lado todas las fuerzas capitalistas diseminadas en el país, incluida la Iglesia, pero el apoyo que algunos sectores le prestaron no fue suficiente. Hubo hombres como don Juan March que pusieron todos sus recursos en sus manos, pero animados no tanto por un impulso idealista como por la promesa del general de devolvérselos con creces y en venganza a las zancadillas y dificultades de todo orden —la cárcel incluida— que la República les había puesto en sus negocios, pocas veces limpios.

Cesare Fabiani, mientras repasaba todos estos hechos, comenzaba a adormecerse sobre el postre de requesón y miel. Los ricos nunca emprenderían una revolución, ni siquiera en beneficio propio. Entregarían a sus hijos a la muerte por conservar sus riquezas, apoyarían a quienes mayores garantías les ofrecieran, pero su compromiso no pasaría de ser la firma de un pagaré a corto plazo. Y como Franco no había podido pagar el socorro recibido, ni querían saber de él ni tampoco del gobierno que lo había vencido.

—Tal vez sea posible aún cambiar las cosas —aventuró el italiano—. ¿Qué ocurriría si se agrupasen las fuerzas y se intentase derribar por medios legales al gobierno? Con más astucia que la vez anterior, quiero decir, y también con un apoyo mejor planeado, por ejemplo, de italianos y alemanes…

—Ningún país puede prescindir de los hombres que creamos la riqueza con nuestro esfuerzo —sentenció el señor Galbá—. A no ser que quiera suicidarse. La República aprenderá la lección de lo que sucedió aquí en Cataluña y en Aragón, cuando los obreros se adueñaron de todo. Seguro que no caen ahora en el mismo error. Claro que todo depende de las elecciones.

—Mire usted: el que ha nacido para mandar debe mandar —dijo la señora.

—Y estoy seguro de que todos nosotros apoyaríamos el intento serio de terminar con el caos y con la tiranía de las clases trabajadoras, venga de donde viniere. Incluso dando nuestra confianza a Maura. Aunque personalmente me inclino por Gil–Robles.

Es mucho más firme y decidido.

—No consiguió Gil–Robles ser ese cirujano de hierro que se pedía —dijo Fabiani.

—Porque no le dejaron —aseguró la señora.

—Porque los militares y los falangistas se le adelantaron —puntualizó don Estanislau—. Si hubieran esperado el fracaso del Frente Popular, Gil–Robles podría haber llegado muy alto y sin necesidad de una guerra.

Cesare Fabiani sintió de pronto que le gustaban los mutismos y las frases entrecortadas de Ramonet. Una vez convencido de que era muy poco lo que podía esperar de la cháchara de aquellos adinerados, empezó a removerse en el asiento y en seguida solicitó con la mejor sonrisa permiso para concluir la entrevista pretextando ocupaciones inexcusables.

Casi tenía deseos de pasar la tarde en compañía de Ramonet y sus amigos, en la chabola donde estaban refugiados. Llevarles la bomba ya preparada, mostrársela en toda su espantosa intimidad, hablarles de las razones por las que convenía arrojarla, escuchar sus proyectos y finalmente invitarlos a cenar. Desgraciadamente, hubiera sido demasiado peligroso. Ocurriera lo que ocurriese, era preferible que nadie pudiera descubrirlo, identificarlo. Así que regresó al hotel y pasó la tarde encerrado, repasando sus temores, sus confusiones y sus recuerdos.

De todas maneras, los servicios de contraespionaje de la República funcionaban ahora tan mal como durante la guerra. Un profesional que trabajase por dinero se haría rico en pocos meses. Durante los tres años de lucha, Salvatori había cambiado cinco veces de uniforme y del submarino pirata del Mediterráneo había pasado a las brigadas que combatían en Teruel en busca de su hermano Giulio; nunca le habían puesto reparos excesivos ni habían investigado su personalidad. Tampoco ahora nadie parecía ocuparse de sus actividades. Eran demasiado confiados.

Acudió el lunes por la tarde, cuando faltaban veinticuatro horas para el atentado, a escuchar el discurso de Maura. Ramón estaba situado un par de metros a su derecha, lanzándole ocasionales miradas risueñas, nervioso y al mismo tiempo lleno de seguridad. La plaza de Cataluña aparecía menos vigilada de lo que había supuesto. Los carritos de los vendedores ambulantes se movían por entre el gentío con la facilidad que la aglomeración les permitía. Nadie, pues, iba a meter la nariz en el vehículo cargado de naranjas que Salvatori había puesto en las manos del anarquista. Incluso éste se hinchaba de gozo cuando veía que las naranjas regaladas por su patrón iban poco a poco vendiéndose y que, según lo prometido, los beneficios quedaban íntegros en sus bolsillos. Procuraría arrojar la bomba en el último momento del discurso, cuando hubiera tenido tiempo de vender la carga. El hueco de la bomba estaba ahora vacío, mientras el político de derechas intentaba convencer a la audiencia de que sólo la presencia de su partido en el Parlamento y en el gobierno

salvaría a la República de un descalabro irremediable.

—Va a ser muy fácil —dijo Ramón cuando rozó con el carrito de mano las rodillas del italiano. Salvatori sonrió entre dientes, cogió una naranja, la pagó y se puso a jugar con ella sin apartar los ojos de la tribuna.

Miguel Maura tenía un aspecto muy digno y muy sincero detrás del parapeto de madera. Movía los brazos al hablar, pero no demasiado. Los oyentes mostraban de vez en cuando su simpatía con aplausos y gritos; evidentemente, cuantos habían acudido a escucharlo estaban ya de acuerdo con las promesas que las derechas liberales pregonaban para después de los necesarios cambios en el gobierno del país.

De puntillas vio el italiano cómo Ramón circundaba la tribuna empujando el carrito, perfectamente disfrazado de vendedor ambulante, y terminaba estableciéndose junto a la valla de piedra que le había señalado el día anterior. No le sería difícil alcanzar la tribuna con la bomba, no más pesada que tres granadas normales. Salvatori levantó la mano con gesto optimista y se retiró de la escena. No había más que hacer. Comerían juntos al día siguiente para repasar los consejos; hasta entonces, prefería no verlo más. Lo había llevado ya al lugar en que se le pagaría, ante Planell, para darle confianza, y el arma había sido escondida en una carbonería de la calle de Santa Ana cuyo único empleado era también amigo de Planell. Allí la recogería Ramón a primeras horas de la tarde del martes e inmediatamente emprendería el recorrido con la bomba escondida entre las naranjas.

Tuvo eco notable la llegada a Barcelona de *la Pasionaria*, tanto por su arrolladora personalidad como por su cargo de ministro de Relaciones Sociales. Dino Salvatori, provisto de una cámara fotográfica, acudió a la estación a recibirla junto a otros periodistas. No tenía muchos amigos en la profesión, y menos aún en Barcelona, de modo que le fue difícil no pasar inadvertido cuando anotaba afanoso los detalles del espectáculo y las palabras que la impetuosa mujer dirigió como saludo a sus seguidores. Tan aplaudida como ella fue la otra mujer que la acompañaba, Julia Acevedo, miembro destacado del Partido en los mítines populares.

Ya de noche, Fabiani telefoneó a Aniceto Ortuño:

—¿Todo marcha bien? —preguntó intranquilo el monseñor.

—Hace un tiempo muy agradable. Nadie diría que estamos en invierno. Y no sabía yo que Barcelona fuera una ciudad tan hermosa. Pero se ha terminado el dinero. ¿Puede dejar en mi casa alguna cantidad? Salgo dentro de un rato en tren y mañana me gustaría recogerlo. Debo hacer otro viaje al Sur, hasta Cádiz. ¿No le importaría?

—Cumpliré su encargo, señor Fabiani, no se inquiete —decía la voz apagada de Ortuño desde Madrid—. No hay ningún problema.

—¿Está con usted aquella chica?

—¿Qué chica?

—Sim. Quería mandarle un saludo.

—No está aquí —dijo Ortuño—. No ha vuelto desde que usted se fue. Ya la conoce. Y por lo otro no tema.

Sabía ya qué cantidad necesitaba su amigo y la tenía preparada. No era demasiado para un viaje a Andalucía, si es que realmente pensaba ir a Andalucía.

Lo primero que Salvatori hizo al levantarse, después de vestido, fue enviar un mensaje cifrado a sus patronos de Italia vía Ginebra. En la misma oficina redactó un breve texto dando cuenta a su periódico de Buenos Aires de la visita de Dolores Ibárruri a Barcelona. Después, se sentó a desayunar en un bar de las Ramblas, leyó la prensa y se entretuvo paseando entre pájaros y flores.

Comió solo y seguidamente se apostó en un extremo de la calle de Santa Ana para presenciar las manipulaciones de Ramonet. Fue siguiéndolo a distancia, espiando la sorprendente tranquilidad del hombre y la ausencia de controles a su paso. Por entre la muchedumbre apiñada en la plaza pululaban varias docenas de vendedores y Ramón arrastraba su cojera al lado de los demás.

Sobre el mismo decorado había cambiado el aspecto de los protagonistas de la obra. Ni sombreros ni zapatos embetunados ni camisas de lienzo blanco esperaban en la plaza Cataluña, La mayor parte de los concurrentes eran obreros, acompañados algunos de sus mujeres e hijos, pequeños comerciantes y escribientes modestos.

Acogieron a *la Pasionaria* con grandes gritos de entusiasmo y puños cerrados. Vociferaban contra los «fascistas disfrazados», los «socialistas colaboracionistas», los «anarquistas traidores». Sin embargo, después de que Julia Acevedo marcara la pauta de estos gritos, Dolores Ibárruri no se dedicó, como en los discursos anteriores a la guerra, a denigrar a sus oponentes. Desaparecido de la escena política el pacto frentepopulista, la ministro solicitaba únicamente votos para los candidatos de su partido, los cuales no trabajarían para destronar anarquistas y socialistas, sino para el engrandecimiento de la patria proletaria contra las presiones fascistas de dentro y de fuera, contra los pactos inconfesables y apoyados por el amigo pueblo soviético. No habló de Stalin. El cargo de ministro parecía haber atemperado sus ímpetus verbales y la voz dulce y armoniosa, sin los desgarros de antaño, parecía más la de una madre pidiendo ayuda a sus hijos que la de una líder de la clase obrera.

Los altavoces instalados en las bocacalles vecinas retuvieron esa voz durante una fracción de segundo, después de que la explosión atronó toda la plaza. La bandera roja y las maderas de la tribuna se vinieron confusamente abajo envueltas en una nube de humo, al tiempo que se oían los primeros gritos de espanto y de muerte, el galope de los caballos, los disparos de los guardias, el susurro fosco de pies que intentaban abrirse camino sobre el pavimento resbaladizo. Muchas personas habían caído al suelo, alcanzadas por la onda expansiva y por los empujones de los que buscaban la huida. Los caballos relinchaban furiosos porque una muralla humana les

frenaba el paso. Entre la muchedumbre desolada, Ramón miraba a un lado y a otro, sorprendido de tanta confusión, sin recordar qué camino seguir, aterrorizado como todos los que seguían vivos en la plaza Cataluña.

CAPÍTULO TERCERO

No tener y no haber tenido

(Abril–octubre de 1940)

22

HASTA LAS GUERRAS estaban resultando aburridas.

Ernesto Hemingway se había cansado muy pronto de visitar las trincheras francesas y se cansó también de acompañar a su mujer hasta los Estados Unidos. Por eso, cuando leyó la noticia de que los trotskistas habían asesinado a *la Pasionaria* corrió al puerto de La Habana y subió a bordo del primer barco que salía rumbo a Europa. Apenas le dio tiempo a razonar que era aquello lo menos que podía suceder en un país al que había visto desangrarse tantas veces y por métodos tan distintos. Así pues, advirtió que España seguía interesándole más que la guerra europea y más incluso que sus excursiones de pesca por el Caribe.

Lo esperaba Alejo Rubio en la madrileña estación del Norte, sin afeitar, ojeroso y hundido por el peso de una joroba cada vez más patética.

—Estás como siempre, Ernesto —dijo a su viejo amigo mientras lo abrazaba.

Hemingway había recuperado en la travesía el peso perdido en sus andanzas por las líneas de vanguardia y por el mar cubano. El gran bigote negro parecía haber crecido un poco más y sus hábitos vestimentarios no sólo no habían cambiado, sino que habían progresado en la misma dirección. Llevaba una zamarra de cuero marrón forrada de piel de zorro y atada con cuerdas rojas. En la cabeza, caída sobre las gafas, una gorra de visera de rayas verdes y blancas le daba un aspecto irónico y jovial que no se reflejaba en su rostro. Continuaba entrecerrando los ojos.

—Vaya, pues tú no pareces muy animoso.

—Ya sabes lo que ha ocurrido —dijo Rubio—. Parece que quieren organizar otra. Todo el mundo anda nervioso.

—¿Y qué tiene que ver todo eso contigo? —preguntó Ernesto.

—¿Conmigo? Soy español, ¿qué quieres que haga?

—Pero eso son cosas de los políticos.

—Hasta que empieza a morir gente. Entonces hay que preocuparse.

—Llevas toda tu vida en esta tierra y no has aprendido a entenderla. ¿Qué esperabas? Lo que me sorprende es que no hayáis empezado a luchar en la guerra mundial. ¿A qué está esperando Besteiro? Los alemanes van a llegar hasta los Pirineos y luego entrarán.

—Si entran, ya les pararemos los pies —lijo mohíno Alejo.

Tomó del suelo una de la bolsas de su amigo y salió con él hasta el patio de adoquines donde algunos taxis derrengados esperaban inútilmente a los viajeros. Subieron a uno y el chófer, mientras se lamentaba de la falta de trabajo y de lo mal que todo marchaba, los condujo Cuesta de San Vicente arriba, hasta la Gran Vía.

—*La Pasionaria* era una gran mujer. Ernesto, tú lo sabes. Era como la madre para los más desgraciados. Ayudó a ganar la guerra y estaba haciendo mucho por la gente

modesta, por los trabajadores. No hay derecho.

Intervino el taxista:

—Tiene razón el caballero, oiga. No hay derecho a que pase una cosa así a estas alturas. Y a mí me caen gordos los comunistas, pero no se puede matar a una mujer como ésa.

—Pero ¿se sabe ya seguro quién lo hizo?

—Un trotskista del POUM. Está preso —dijo Rubio.

—¿Se ha creído usted esa historia? —preguntó el taxista—. Ha sido un facha, se lo podría jurar. Lo que pasa es que no lo han encontrado y echan la culpa a ese pobre hombre. Me jugaría el cuello a que han sido los fascistas. Un fascista de esos pagado por los catalanes o por Juan March.

—En algún periódico americano he leído algo de eso —dijo Ernesto.

—Nadie sabe nada de seguro, ésa es la verdad. El tal Ramonet no quiere soltar prenda, se va por las nubes hablando de Trotski como si lo conociera de toda la vida. Parece que está mal de la azotea.

—Alguien debió de pagarle para que arrojara la bomba. Y tuvo que ser un facha —insistió el taxista. Luego, cortando bruscamente la conversación, añadió—: Bueno, señores, hemos llegado. Que lo pasen bien en Madrid.

Ernesto se sintió contento de súbito, como si el aroma de la ciudad que amaba le hubiese llegado al corazón con aquellas modestas palabras. El mes de abril dejaba ya en las calles un rastro de juventud que los ruidos de los motores y el polvo parecían magnificar. Siempre había sido Madrid una ciudad alegre; incluso en los peores momentos la gente sonreía por la calle, como si la misma muerte no fuera más que otro acontecimiento irrelevante. Era lo que en el fondo más sorprendía y gustaba a Hemingway, porque él era un hombre más bien triste. En pocos rincones del mundo había encontrado esa sonrisa espontánea, inútil y maravillosa. El solo anuncio de una nueva primavera, la cercanía de un año de paz, la promesa de cosechas abundantes, el gozo renovado y simple de continuar vivas hacía que aquellas gentes caminaran sin prisas, mirando a los que con ellas se cruzaban, absorbiendo el espectáculo insólito de una avenida repleta y bulliciosa. Ernesto se quedó un momento mirando desde la puerta del hotel, repitiendo un instante mil veces vivido desde cualquier esquina de la ciudad. La muerte tenía escondidas sus alas más allá de las ocupaciones cotidianas, el miedo había sido arrastrado por la bullente savia de la estación de la alegría. El fotógrafo Alejo Rubio, que comprendía a su amigo sin entender las razones de su repentina euforia, estaba a su \ lado con la bolsa aún en la mano, sin saber hacia dónde caminar. La ciudad era para él la misma de todos los días, aplastada ahora por los sucesos dramáticos imposibles de olvidar. Cierto que, al cabo de dos meses largos, habían enmudecido los ecos de la bomba de la plaza de Cataluña y que sus efectos parecían barridos ya de la memoria de la mayoría.

Pero todo aquello había realmente sucedido.

—¡Ved cómo los perros se devoran entre sí; los aullidos del lobo llegan hasta nosotros! ¡No los inquietéis! ¡Dejad que el festín prosiga para que España quede limpia de alimañas salvajes!

Todavía quedaba el bramido que una voz anónima lanzaba desde Radio Berlín la noche del jueves, cuando el cadáver de Dolores Ibárruri, trasladado a Madrid, recibía los honores de un pueblo tan asombrado como entristecido; cuando el presidente del Consejo de Ministros se debatía en un hospital para escapar de una muerte que había buscado con obcecación. ¿No había sabido o no había querido suicidarse? ¿Le tembló la mano en el último segundo? El disparo había destrozado la garganta de don Indalecio Prieto, pero no había sido mortal. Y en algunos rincones del mundo se había levantado una oleada de risas, un delirio de aplausos al presentir que los españoles volverían otra vez a matarse en honor de algunas ideas que gran parte de ellos no comprendía.

—Quédate a comer conmigo —dijo Ernesto—. Tienes que contarme muchas cosas, muchas cosas, ¿eh? Espera a que me duche y comemos.

—Ya lo sabes todo —dijo Rubio.

—Quiero entender lo de Prieto. ¿Cómo está?

—Fuera de peligro. Hace más de tres semanas que lo llevaron a su casa.

—Bueno —dijo Ernesto—, bueno. Qué hombre. Pero me lo contarás despacio.

Su corpachón llenó de tal modo el ascensor que el hombrecillo que había cargado con su equipaje apenas pudo entrar. Alejo se sentó en el vestíbulo, cruzó las piernas y se quedó con los ojos perdidos en el recuerdo de aquella noche angustiosa, clavados en el espanto de su madre, todavía asomada al ventanillo de la cocina, desde donde oía las voces.

Aquella noche angustiosa Madrid fue sacudida por un estruendo comparable a los bombardeos de la Ciudad Universitaria. Y era todo voces. Apenas llegaba la noticia del asesinato de Dolores Ibárruri, cuando el terror y la sorpresa sobrevolaban aún por calles y tejados, estalló la noticia del suicidio de Prieto. Los receptores de radio volvieron como en los peores momentos de la guerra a asomarse a las ventanas, a sentarse en las sillas de los patios de vecindad para difundir a todo volumen las noticias que iban dando las emisoras: confusas, falsas, exageradas al principio. Se creyó que habían muerto unas cincuenta personas en la plaza de Cataluña, aunque en realidad fueron tres. Había más de veinticinco heridos. Inmediatamente se supo que la policía había capturado al asesino; ni siquiera se había movido del lugar, ni siquiera había opuesto resistencia. Estaba junto a un carrito de naranjas derribado viendo cómo las frutas rodaban por el suelo y se perdían entre los pies de los que intentaban huir. Se llamaba Ramón Enríquez Muñoz y pertenecía al Partido Obrero de Unificación Marxista.

Alejo Rubio enderezó la joroba cuando escuchó la sigla POUM, como el eco de un estampido, a través de la ventana de la cocina. Un vecino del cuarto piso, el más próspero de la casa, había colocado su radio sobre el alféizar y de vez en cuando gritaba hacia abajo:

—¡Eh, escuchen, escuchen! ¡Pasa algo gordo! ¡Escuchen!

¿Conque el POUM volvía a las andadas? Y los terroristas no habían empezado por Maura, que había estado allí un par de días antes, sino por la ministro comunista. Las peloteras que se traían en Moscú resonaban en Barcelona. A Rubio le resultaba mucho más simpático Trotski que Stalin por su barbita, pero eso no significaba que fuera a poner bombas bajo el culo de los amigos de éste. Aparte de que tampoco *la Pasionaria* andaba limpiando las botas al gerifalte ruso, sobre todo desde que tendió sus brazos abiertos a Hitler. ¿Qué estaba ocurriendo entonces?

—Va a empezar otra vez la guerra —dijo su madre, muy sosegada, mientras terminaba de verter en la sartén medio tarro de tomates en conserva que le habían mandado de su pueblo el verano pasado.

—No diga usted eso, madre.

—¿Por qué no? Yo lo digo y dicho está. ¿Quieres un huevo o dos?

—Uno —dijo Rubio.

—Te vas a quedar como un fideo.

—Es que no tengo hambre.

—Ya. Nunca tienes hambre. A la cama con un huevo. ¿Te parece bonito?

La radio del cuarto piso continuaba repitiendo incansablemente la misma noticia. De vez en cuando se detenía para enhebrar el interrumpido programa musical y las canciones de Angelillo bajaban por el patio de luces como las bengalas de un mal presagio.

Alejo dejó caer el trozo de pan untado de tomate sobre el plato cuando el locutor se puso a gritar las nuevas informaciones. El jefe del gobierno, don Indalecio Prieto, se había suicidado. Había sido tan grande la impresión recibida por el atentado que el líder socialista se acababa de descerrajar un tiro de pistola en la cabeza. Toda España conocía los rumores de que el presidente se encontraba enfermo desde el final de las Navidades; no sólo su vista había empeorado mucho, sino que se dejaba vencer por repentinos achaques de abatimiento y desánimo. «Sin duda la muerte de su ministro de Relaciones Sociales ha colmado el vaso de su temple, ha colocado el arma en sus manos. Ramón Enríquez Muñoz ha cometido un doble magnicidio», leía a gritos el locutor.

—¿Has oído, madre? —preguntó Alejo.

—Ya te lo había dicho yo. Ahora saldrán los militares a la calle y otra vez la guerra. No hemos escarmentado. Otra vez el hambre.

—Tal vez sea mentira.

—Ya te lo había dicho yo —respondió la mujer.

Por alguna misteriosa o estúpida razón recordaba mejor las palabras, los gestos de su madre que las sucesivas noticias de la radio y su propio miedo. Recordaba la palabra «ambre» y el tomate rojo envolviendo los trozos amarillos y blancos del huevo, como perdidos en un lago de sangre; la cara huesuda y macilenta de su madre inclinada sobre el fogón humeante, las manos enrojecidas, los ojos fríos y estáticos. Apenas sabía ella quién era don Inda y no lo habría distinguido entre las caras de un retrato de grupo; intuía tan sólo que si los receptores de radio se asomaban a las ventanas, que si hablaban de muertos, de policías y de cárceles, volvería a resonar la marcha fúnebre del hambre.

—¿Desea algo el caballero? —preguntó el hombre de mandil blanco.

—Nada, nada. Gracias.

—Seguro que don Ernesto se entretiene aún —insistió el camarero del Florida.

—Tráigame un café. Con leche.

—Se le echaba a faltar, ¿verdad?

—Desde luego.

El vestíbulo estaba casi vacío. Pasadas las euforias de la guerra y de la primera paz, con los repiques lejanos de otra guerra todavía más mortífera, los periodistas y aventureros llegados de fuera se habían ido ya. Por entre las butacas de cretona dorada resonaban las potentes palabras de Malraux contando una vez más cómo los fascistas franceses habían llenado de azúcar los motores de sus aviones y ahora no conseguían una sola victoria. Ahora… ¿Quién estaba ahora llenando de azúcar los motores de Malraux? El Florida bullicioso, dramático y jovial estaba habitado tan sólo por comerciantes y burócratas de paso por Madrid. Hasta los rusos, que durante los primeros meses de la posguerra paseaban su orgullo por las calles de la capital, habían regresado. España, después del festejo macabro, había quedado nuevamente sola. Como siempre.

Alejo se sintió de pronto envejecido y más triste que nunca. Tenía ya su estudio en la calle de Lista, esquina a Claudio Coello, aunque no había comenzado aún a trabajar en él. Le esperaban centenares de bodas y banquetes, puestas de largo y recepciones sociales, y eso significaba que tendría que olvidar muchas historias. A nadie iba a interesarle si un día trabajó como solador en el Metro de Moscú, si había recorrido media España siguiendo las zancadas de un americano que escribía de pie, bebía incesantemente y era bueno como el pan, si había tenido algunas mujeres a su alcance y las había desdeñado, si había presenciado las glorias y las miserias de un país que sólo renegaba del aburrimiento… Todo eso había pasado ya. Para siempre.

Estaba solo, como España. Porque España ni siquiera tenía españoles. Si continuaban matándose unos a otros, si nadie amaba la patria tanto como para sacrificarse un poco por ella, era porque esa patria no tenía habitantes. ¿Cómo

entender, si no, ese afán destructivo, esa insolidaridad, esa furia individualista y áspera? Únicamente cuando arrojaran de España a todos cuantos vivían en ella podría reconstruirse una verdadera patria. Don Inda lo había dicho y escrito con toda claridad. Por eso parecía todo tan vacío ahora que se habían ido ellos en busca de otros recuerdos, de otros ruidos, de otras sensaciones. ¿Por qué regresaba Ernesto?

Se lo dijo mientras comían en uno de los restaurantes favoritos del americano, en el callejón de la Ternera.

—Creí que no ibas a volver más.

—¿Por qué no? Debo terminar ese maldito libro.

—El libro podías haberlo terminado en Cuba o en Francia. En cualquier parte. ¿Qué más necesitas?

—Tal vez no lo escriba nunca —dijo Hemingway—. Ésa es la verdad.

—¿Y qué harás con todo lo que llevas preparado?

—Romperlo —dijo Ernesto.

—Entonces, ¿a qué has vuelto?

—A ver a Prieto. No quiero que muera ese hombre. Es amigo mío.

—No va a morirse. Ya le han extraído la bala. Se curará muy pronto y volverá a trabajar. Fue un mal momento —dijo Rubio.

—No había fracasado. No tenía ninguna razón… ¿Comprendes? En el fondo de su alma debe saber que todavía podía hacer muchas cosas, que no estaba vencido ni acabado. Quizá por eso erró el disparo… Casi había olvidado este vino. Aquí no sabéis apreciar las buenas cosas que tenéis —dijo Ernesto sin transición, mientras llenaba hasta el borde los dos vasos y vaciaba a continuación el suyo, sin respirar, mirando fijamente al fotógrafo.

—Vino y otras cosas, claro —rio éste.

—Desde luego.

—Delia Sánchez se está haciendo muy famosa —contó Alejo—. Hace tantas películas que ya no aparece en los teatros.

Hemingway guiñó los ojos y se echó a reír con malicia. Había terminado de comer un trozo de cordero asado, alejó el plato de sí y se reclinó en la silla. Continuaba contento.

—¿Y cómo anda tu hermana, aquella tan guapa?

—Desapareció —dijo Alejo.

—¿Cómo, desapareció?

—Se fue, sí.

—¿Con un tipo?

—Iba a empezar a trabajar conmigo en el estudio, a vivir en casa. Y un buen día no apareció más. Fue poco después del atentado. No hemos vuelto a saber de ella. Mi madre y yo lo hemos sentido mucho. Ella cree que ha muerto.

—¡Cómo va a morirse! ¿Estás loco? Ya la encontraremos —dijo Ernesto—. Una mujer como ella no se esfuma por las buenas. ¿Y las fotos, cómo van?

—Tengo que confesarte una cosa, Ernesto —dijo Alejo—. Supongo que no te enfadarás. Como no me escribías, pensé que no ibas a volver.

—Contigo no puedo enfadarme. Eres mi amigo.

—Vendí unas fotos que había hecho para el libro. Unas veinte. Gentes de Madrid, la vida de Madrid y algunas también de fuera. Bueno, serían unas treinta de las buenas. Escenas de la calle, como tú querías.

—¿Te las pagaron bien?

—Sí, muy bien. Todavía mejor que tú, mucho mejor. Por eso me decidí —afirmó Alejo con un gesto compungido.

—¿Quién te las compró, el gobierno?

—No, un periodista americano. Pero americano del Sur. Se llamaba Fabián o Fabiani. Escribe para los periódicos de Argentina. Tú lo conoces.

—No.

—Pues dijo que era amigo tuyo… Insistió mucho, y como tú no aparecías.

—De todas maneras no voy a escribir ese libro. Al menos por ahora. Me parece muy bien que las vendieras caras. ¿Eran buenas?

—Sí, elegidas. Algunas muy buenas.

—¿Y has guardado los negativos?

—Pues claro —dijo Rubio.

—Ya me los enseñarás. Ese Fabián debe de ser muy listo. Fue a buscar el mejor fotógrafo de Madrid. La próxima vez que venga por aquí voy a traerte la cámara más moderna que tengan en América. Ahora salí con muchas prisas. Te la voy a regalar.

—Como esto siga así, Ernesto, aquí no va a quedar ni Dios. Mi madre dice que van a venir otra vez la guerra y el hambre, y entonces…

—Bah, no le hagas caso, qué sabe tu madre. La guerra ya está ahí, pero alguien parará la carrera de ese loco. ¿Crees que van a dejarle pasearse por el mundo con su bigotito y sus gritos histéricos?

—No, eso no. Pero ya ves —respondió Alejo sin levantar la cabeza.

—¿Dónde se toma buen café en Madrid a estas horas?

—Vamos a La Colmena, si quieres.

Había inaugurado su estancia bebiendo demasiado, como de costumbre. Vació una botella de excelente rioja que Rubio apenas probó; no obstante, caminaba muy erguido al lado de su fotógrafo, moviendo mucho los brazos y parándose en jarras a observar a la gente. Alejo no podía adivinar sus pensamientos, pero estaba seguro de que nuevamente quería escribir aquel libro sobre la fiesta de Madrid. No le había afectado mucho la muerte de *la Pasionaria*, porque no la conocía personalmente y porque más de una vez había dicho que estaba vendida a Stalin. Pero el intento de

suicidio de Prieto, que Alejo le relató con todo lujo de detalles leídos u oídos, gran parte de ellos evidentemente falsos, le había puesto en tensión. Claro que en vez de lamentarse o gritar la rabia, como habría sido normal en otra persona, Ernesto bebía en abundancia y parecía más satisfecho que nunca, más seguro de sí mismo y de las personas que lo rodeaban, las cosas que lo rodeaban.

Eran, otra vez, las rutinarias cosas de todos los días. La capital del mundo bullía como un enjambre de abejas, sudaba vitalidad por todos sus poros. Incluso La Colmena, que recordaba sin demasiada felicidad, resultaba un lugar acogedor y alegre. Varios asiduos se lanzaron a abrazarlo y pidieron a gritos distintas bebidas que Ernesto rechazaba con una sonrisa tímida.

Tampoco el café había cambiado. Allí seguían los de siempre, escritores y periodistas enzarzados en inagotables disputas, pintores sin blanca, mujercitas en busca de porvenir teatral o en solicitud de salario de *meublé*. En cada mesa se lanzaban opiniones que chocaban con las opiniones asentadas sobre el velador vecino. Alejo escuchó de pasada cómo criticaban las veleidades del ministro poeta Rafael Alberti y las extravagancias del pintor Salvador Dalí, a quien tan pronto se le habían olvidado las falsas penas por la muerte de su amigo del alma García Lorca. Los periódicos, cuya recobrada libertad era un gigantesco y vital escaparate de la nueva España, pasaban de unas manos a otras con el dedo acusador que criticaba un juicio o ensalzaba una opinión.

Política y arte, chismorreo y reticencia se hermanaban en un mismo diálogo. Casi todos los clientes de doña Rosa eran personajes ilustres, muchos de ellos conocidos incluso fuera de España, pero no lo parecían en absoluto ante sus cafés y sus copas de coñac. Por eso a Hemingway no le molestaba encontrarse con ellos.

—Todo el mundo sabía que iban a ganar los socialistas. Lo he dicho mil veces.

¿No lo había dicho yo aquí mismo?

—Sí, claro, pero ¿quién iba a contar con el apoyo masivo de los anarquistas? ¿Quién iba a pensar que los anarquistas hicieran frente común con Prieto y Largo Caballero?

—Han cambiado mucho las cosas en España.

Durante semanas se habían mantenido, como pájaros domésticos flotando en el cargado ambiente, las discusiones acerca de los resultados electorales. Unos seguían sorprendiéndose; otros lo habían predicho con toda certeza. El triunfo obtenido por el Partido Socialista, apuntalado por la gran masa anarquista y algunas otras facciones de la izquierda, significaba para casi todos la garantía de una continuidad republicana sin excesivos sobresaltos. Muchos se habían admirado del escaso efecto político que había logrado la muerte de Dolores Ibárruri, sustituida en su ministerio por Victoria Kent, incluso entre sus mejores partidarios. No se habían lanzado a las calles en busca de armas y venganza, como en La Colmena profetizaron algunos la misma

noche del atentado. Todo había terminado en un duelo contenido y en algunas batallas verbales. La había asesinado un loco, no sus contrincantes políticos.

—Cuando dejen de hablar tanto de política y descubran un sistema mejor de cazar conejos en el Pardo, esto será un paraíso —dijo Ernesto.

—¡No te lo había dicho! —gritó Alejo—. Ya no se puede cazar en el monte del Pardo. Besteiro ha decidido que se convierta en un parque natural. Allí sólo se puede ir a pasear y a comer la merienda, no de caza.

—Acaso le daban miedo los disparos —rio Ernesto.

—Seguro. Se ha empeñado en que reine la paz en este país y lo está consiguiendo.

—Pero los conejos no son más que conejos —dijo Hemingway un poco enfadado.

23

—BIEN, GENERAL, podemos iniciar la marcha —dijo Salvatori.

—¿No habrá contratiempos? —preguntó el general.

—Está todo previsto. Los papeles son perfectamente legales. ¿Quién puede impedirle a usted cambiar de profesión? Por decirlo de alguna manera, no tiene empleo ni sueldo. Nada tiene de extraño o de sospechoso que se gane la vida como pueda, y menos aún si es con un trabajo humanitario. Por otra parte, le garantizo que nadie lo reconocerá. ¿Cómo van a reconocerlo después de tanto tiempo?

Francisco Franco sonrió levemente. Fue más bien un temblor sutil en la comisura derecha de la boca, sobre la puntiaguda perilla canosa que se había dejado crecer. Cuantos lo conocían sólo a través de las fotos de guerra o de la posguerra inmediata, grueso y vital, bien uniformado siempre, con su tupido bigote y la mirada ardorosa, difícilmente podrían identificarlo ahora. Había adelgazado mucho. Pequeño de estatura, embutido en un elegante traje gris, entrecano el pelo, defendidos sus ojos por unas gafas redondas de montura metálica y con el mentón y parte del breve cuello ocultos por una barbita rala de hilos blanquecinos y ondulados, el ex general había perdido aquel empaque que durante años concitara los amores y el miedo de quienes lo conocían. Incluso, a pesar de no haber cumplido cincuenta años, caminaba un poco encorvado. Con pasos largos, como siempre, largos y precisos, pero todo el cuerpo parecía resistirse al avance; le pesaban los hombros y la espalda, la cabeza le caía un poco sobre el pecho. El ex general había envejecido tanto que en un solo año tenía el aspecto de un respetable anciano, tímido y soñador.

—Tenga cuidado, general: es giratoria —dijo Salvatori cuando Franco se aproximaba a la puerta.

—Ya lo sé, ya. Gracias.

Llevaba en la mano una pequeña cartera de documentos de piel negra. Se la había regalado el italiano en Salzburgo, en mitad del viaje. Salvatori, de estatura muy similar a la del militar español, parecía a su lado mucho más alto. Ágil, robusto, constantemente tenso y al acecho, su aspecto deportivo, juvenil y batallador contrastaba de forma clara con el hombre que lo precedía. Portaba un maletín en la mano derecha. A la puerta del hotel subieron a un taxi y rodaron hacia la estación.

—Será un viaje agradable —explicó Dino.

Apenas habían permanecido cuatro días en Ginebra y Berna, descansando de las fatigas berlinesas y ultimando los preparativos de su visita a los campos franceses de refugiados, como representantes de la Cruz Roja internacional.

Hitler se había hartado muy pronto del ex general español. Después de varios intentos por atraerlo a su lado, había optado por enviarlo fuera de Alemania en compañía del agente de Ciano y buscarlo en todo caso cuando la realización de sus proyectos se consumara. No podía prescindir de él, pero al mismo tiempo no se dejaba utilizar. Ni dinero ni honores habían hecho mella en su ánimo; solamente el retorno a España, al frente de los suyos, podría impulsarlo a correr la peligrosa aventura ideada por Goebbels. El Führer estaba seguro de que tarde o temprano cedería el español, como habían cedido tantos de sus compañeros, y puesto que no faltaba mucho para la victoria final, Franco acabaría por instalarse en España y acatar sus deseos.

Goebbels se había manifestado muy satisfecho de las presiones ejercidas sobre los militares españoles derrotados; formaban ya parte de sus ejércitos los mejores de ellos e incluso media docena lucía en el cuello la gloriosa Cruz de Hierro. Buenos conocedores del carácter latino y de los sistemas de combate utilizados en la zona mediterránea, completarían las tácticas de sus propios generales a la hora de lanzar a sus hombres sobre los países norteafricanos y del sur de Europa. Por otro lado, eran soldados ardorosos, engrandecidos por la amargura de su propia derrota, ascéticos, silenciosos y fieles. Únicamente el jefe de todos ellos, el hombrecillo enviado a Suiza, había insistido en sus indecisiones y seguía dando largas a las ofertas del Führer.

No fue difícil convencer a los helvéticos de que proveyeran de pasaporte y documentos falsos a Franco y a su acompañante. Goebbels sabía de sobra que a cambio de la promesa de no invadir su patria, los suizos estaban dispuestos a falsificar el nombre de sus propias madres.

—Lo importante —explicaba Dino Salvatori en el automóvil— es que no se desenmascare usted mismo, sobre todo en presencia de los refugiados españoles.

Hable lo menos posible. Mejor aún, no les diga una palabra; no correrá el riesgo de emocionarse. Y permítame recordarle que yo soy su jefe en esta misión.

Sonrió para sus adentros.

—No lo olvidaré —dijo Franco.

—Un brasileño no tiene por qué hablar alemán ni francés. Si es preciso, utiliza usted algunas expresiones inglesas y eso los convencerá.

Habían sido las lenguas la gran barrera que se oponía a sus vagabundeos internacionales. Francisco Franco había dedicado los últimos meses de su estancia en Cuba a aprender idiomas, pero resultaba portentosamente torpe en ese cometido. Conseguía disimular su ignorancia con frases hechas en inglés, incluso arrastrar una conversación con alguien que no hablase demasiado bien esa lengua, pero jamás logró hacerse entender en francés, y menos aún en alemán. Estaba obcecado en sus personales preocupaciones y su mente se cerraba a cualquier otro aprendizaje. Por suerte, había conseguido poner al día sus escasos conocimientos del idioma gallego y con eso podía perfectamente pasar por ciudadano brasileño, según figuraba en su pasaporte diplomático emitido en Berna. Nada de extraño tenía que un brasileño recriado en Cuba hablara correctamente español y, por consiguiente, que viajara como ayudante de un alto funcionario de la Cruz Roja destacado entre los españoles acogidos por Francia.

A pesar de que era su subordinado, Salvatori le permitió caminar delante de él por los amplios andenes de la estación. No había demasiada gente. La amenaza alemana se cernía sobre toda Europa y los europeos, agobiados por la angustiosa espera, por el temor y los recelos, preferían no alejarse de sus hogares. En Suiza, donde la guerra tomaba un aire fantasmagórico de fingimientos y conspiraciones, nadie se atrevía a mirar a los ojos a su vecino. Policías uniformados y de paisano pululaban frente a las portezuelas del tren internacional, vigilaban las salidas de la estación, comprobaban con falsa rutina las documentaciones, saludaban obsequiosos o fríos según la calidad del viajero, hablaban en voz baja entre ellos y rellenaban fichas con textos que nadie podía ver. Procuraban no molestar demasiado para no ser a su vez molestados.

—Me han contado que los tratan muy mal —dijo Franco apenas se hubo sentado en la cómoda butaca reservada.

—Los franceses están muy nerviosos.

—Sin embargo, no son prisioneros.

—Ése es el problema. Ni siquiera pueden acogerse al estatuto de los prisioneros. Son fugitivos —dijo Salvatori.

—Pero ha pasado un año…

—Un año, en efecto. El tiempo corre muy de prisa. Los periódicos aún están llenos de noticias de las fiestas del 14 de abril en toda España —dijo Salvatori dando un manotazo en el montón de diarios que había depositado en un asiento vacío del

vagón, contiguo al suyo—. Un año y todo continúa lo mismo. Todo sigue igual en España y fuera de España…

—¿Esperaba usted que algo cambiase? —preguntó Franco.

—Lo cierto es que sí: esperaba. En primer lugar, esperaba que los franceses dejarían libres a los refugiados. El Duce los habría recogido con gusto. En segundo lugar, esperaba que, tras la experiencia de la guerra, los partidos del Frente Popular continuaran aniquilándose unos a otros con el deseo de imponerse cualquiera de ellos. Y como esto hubiera sido imposible, esperaba también que toda España volviera la cabeza y tendiese las manos hacia la fuerza que representa usted. Así he estado yo pensando. ¿No le parece razonable?

—Sería posible —dijo Franco.

—No le pregunto si hubiera sido posible —dijo Salvatori, que estaba cansado de las respuestas evasivas de su compañero—, sino si cree que España podría haber llamado al fascismo en este año…

—¿Y para qué al fascismo?

Dino Salvatori hizo un gesto de sorpresa seguido de otro de consternación. Volvió los hermosos ojos hacia la montaña que tenía frente a sí, al otro lado de la ventanilla. El tren iba muy rápido.

—¿Quiere que vayamos a comer?

—Todavía es temprano —dijo Franco después de mirar su reloj de bolsillo.

—Más de las doce. Para Europa es tarde.

—Perdone, no consigo acostumbrarme —afirmó el general mientras se ponía resueltamente de pie. Tambaleándose por el pasillo, precedió a su compañero hasta el furgón restaurante.

Ocuparon una pequeña mesa para dos personas en cuyo centro brillaba un edelweis de papel con el tallo metido en un vasito de vidrio. La blanca y grácil flor de las nieves se bamboleaba al compás de los traqueteos del tren. El camarero la retiró hacia la ventanilla para situar entre los comensales un platito con rizos de mantequilla amarillenta y el resto del servicio. Franco apartó los ojos del hombre que tenía frente a sí, un hombre al que encontraba por segunda vez en su vida y cuyos pensamientos no lograba captar, para recrearse en los suaves paisajes recién salidos del invierno. Todavía en las cimas fulgía bajo el sol la última nieve. Abajo, en el fondo del valle, un rio se apresuraba saltando hacia algún mar desconocido. En las laderas reposaban caseríos encalados, con tejados de pizarra y mampostería de maderas pintadas de color. El humo de alguno de ellos trepaba lentamente entre los árboles.

—Hay lugares de España que son como esto —dijo Franco levantando despacio la mano izquierda para señalar.

—¿Tan bellos?

—Y aún más. Tiene que conocerlos usted.

—Lo que no hay en España son trenes en los que se pueda comer como en éste —dijo Salvatori mientras espolvoreaba de queso su abundante ración de pasta—. ¿No tiene hambre? Le advierto que es una comida excelente.

—Llevo algún tiempo desganado —dijo Franco.

—Nada debería hacernos perder el apetito, aunque comprendo que sus preocupaciones son muchas. Pero debería usted esforzarse.

—Es cierto, sí.

No obstante, continuó mirando a través de la ventanilla. Dino Salvatori prefirió no interrumpir el hilo de sus recuerdos. El ex general hablaba muy poco de su patria, de su historia, y menos aún de sí mismo; pero frecuentemente se nublaban sus ojillos tristes y parecían perdidos en una remota lejanía a la que nunca podrían llegar. El italiano sospechaba que había de ser muy grande su amargura y se mantenía en silencio. Incluso las pequeñas esperanzas a las que se dejaba conducir no aliviaban aquel gesto adusto, tímido y concentrado. El ex general había perdido la confianza en sí mismo o sufría tanto que ninguna cosa le interesaba más que su propio sufrimiento.

Salvatori, apenas dejaron atrás Berlín, había intentado preguntarle por su esposa y por su hijita, ocultas por expreso deseo del general en alguna parte de Europa o de América, pero Franco se había limitado a responder que se encontraban bien. No dijo si pensaba reunirse con ellas, si solicitaría autorización de las autoridades españolas para que se trasladasen a la patria —como se había rumoreado—, si soportaban animosas el penoso y doble exilio. Sólo que se encontraban bien.

Despacio, removiendo aburridamente cada porción en la boca, sin beber más que un sorbo del vino que Salvatori había escanciado, excelente vino del Mosela, Franco había ido consumiendo gran parte de la comida. Pidió naranjas de postres, pero en el tren no había naranjas.

—No tomaré postre —dijo entonces—. Tráigame un café.

Se quedó mirando la taza vacía después de haberlo bebido. Dos policías franceses se colocaron frente a ellos para revisar sus pasaportes. Eran más bruscos que los suizos, incluso maleducados y agrios. Miraron con gesto agresivo a los comensales y fueron estudiando uno a uno los documentos que se les entregaba. Estaban obsesionados por el espionaje alemán y comprobaban hileras de listas que encerraban en carpetas de cartón. No obstante, suavizaron un tanto sus ademanes al encontrarse en las manos con los papeles de los dos enviados de la Cruz Roja. Ello no impidió que cotejaran también con sus listas, pero rápidamente y con cierta cortesía. El italiano dio las gracias en inglés y guardó sonriendo su pasaporte.

—Bien, ya estamos en Francia.

Franco asintió sin decir nada.

—Más cerca de España cada vez. ¿No le gustaría entrar?

—Por ahora no es posible, usted lo sabe.

—Pero ¿le gustaría?

—Es mi patria —dijo Franco olvidando por una vez sus respuestas elípticas o interrogativas.

—He pensado otra vez en España cuando pidió usted una naranja. En una fotografía del asesinato de *la Pasionaria* se veía en primer plano un carrito de naranjas volcado y algunas frutas por el suelo.

Franco miró directamente a los ojos de su compañero.

—Era un buen disfraz.

—Pero el atentado resultó muy imperfecto. Al pobre tipo del POUM lo cogieron allí mismo. No pudo ni moverse del sitio. Todavía le olían las manos a la bomba que arrojó: quedó paralizado. Fue un trabajo chapucero.

—¿Cree usted? —preguntó Franco llevándose una mano a la perilla, con un fogonazo de astucia en los ojos.

—En cierto modo. Considerado desde otro punto de vista, la operación fue perfecta, desde luego —respondió el italiano sin apartar los ojos.

—Sólo que no sirvió de nada.

—El trotskista no tenía por qué pensar en ello —dijo Salvatori—. Su misión consistía en asesinar a la líder comunista, no planear consecuencias del acto. O tal vez se equivocó de personaje. Estudiándolo fríamente, tenía que haber matado a Prieto en persona. Es el que mayor número de seguidores tiene. Por otro lado, el truco del suicidio fue muy bueno. Todo el país se olvidó de Dolores Ibárruri para lamentar que un loco llevase al jefe de su gobierno hasta el suicidio, aunque fuera frustrado.

—¿No cree usted que Prieto intentara realmente suicidarse? —preguntó Franco.

—No lo creo, no. Es un hombre alterado por fuertes depresiones, pero que se crece en los malos momentos. No es lógico un gesto como ése.

—Largo Caballero dijo una vez que tenía el don de escapar siempre a tiempo —explicó Franco—. Lo ha hecho ya tres o cuatro veces. Y tal vez pensaba lo mismo que ese Enríquez. Tal vez pensó que el atentado era el hundimiento total de la armonía izquierdista. Dentro de lo que cabe, parece un hombre honesto. Equivocado, pero honesto a su modo.

Salvatori estaba seguro de que su compañero sabía perfectamente de dónde había surgido la mano asesina y quién era culpable del error de cálculo. No era tonto el ex general y solía estar muy bien informado de lo que ocurría dentro de su país. ¿Por qué no le había preguntado abiertamente cómo reclutó a Ramón Enríquez, cómo nadie sospechó nunca de él, en qué punto exacto habían fallado los cálculos? Porque la «Operación Atolladero», elaborada en Roma con minuciosidad, se había revelado completamente fallida. Unos cuantos muertos, una noche de nerviosismo, llantos callejeros, esporádicas llamadas a la venganza y por fin el silencio. Al parecer, a los gobernantes españoles comenzaba a preocuparles más la guerra mundial que los

brotes interiores de discordia. Y eso venía a significar que España era distinta.

Aunque el emisario italiano pretendió repetidamente sonsacar a su compañero algunas opiniones sobre los últimos acontecimientos españoles, especialmente porque él mismo estaba cada vez más asqueado y arrepentido de su intervención en ellos y porque tenía serias dudas en el acierto de las órdenes que casi a diario recibía del ministerio italiano del Exterior, el ex general eludía las respuestas y mostraba muy a las claras que prefería contemplar el paisaje y descabezar una siestecilla sobre el confortable respaldo de su asiento. Si los mismos españoles empezaban a desentenderse de su propia causa, ¿por qué tenía él que arrastrarla por medio mundo como una cadena? Dino Salvatori había esperado inútilmente una respuesta en su fugaz visita a Madrid, luego en Roma y en Alemania; ahora confiaba encontrarla entre los desesperados de Argelès a los que iba a visitar como delegado de un organismo caritativo.

—Tal vez sería mejor dejarlos solos y preocuparnos de otras cuestiones, ¿no le parece?

Francisco Franco tenía la peluda barbilla hundida a un lado del nudo de la corbata y los ojos cerrados detrás de las gafas oscuras. No respondió. Sobre la red extendida a lo largo del compartimiento el sombrero negro del general cabeceaba levemente.

Había sospechado Salvatori al salir en avión desde Roma que su misión junto al militar español no iba a resultar precisamente amena. En La Habana se había dado cuenta unos meses antes de que era poco hablador, cerrado en sí mismo, austero e impenetrable. Durante el viaje en coche de Berlín a Ginebra, y luego en Berna, había tenido tiempo de confirmar sus previsiones y éstas no mejoraron en el largo trayecto desde la capital suiza hasta Perpiñán.

Cansado de los controles de la policía francesa, de leer periódicos en que no se hablaba más que contra los alemanes, de meditar en un oficio que si en otro tiempo le había producido muchas satisfacciones ahora le estaba resultando aburrido y problemático, optó por mantenerse también callado, contemplar las suaves colinas del Ródano y plantearse crudamente la pregunta cuya respuesta no se atrevía a enunciar. ¿Era lícito inmiscuirse en los asuntos ajenos aun cuando eso provocase algunos muertos y a pesar de las glorias que en teoría proporcionaba el Imperio fascista, en el cual, por otra parte, estaba empezando a dejar de creer a lo largo de sus viajes continuos por medio mundo y de conversaciones con gentes de otras ideologías?

—¿Qué cree usted que sucederá cuando Hitler y Mussolini conquisten Europa entera? —preguntó en el coche que habían alquilado en Perpiñán.

—Nadie puede predecirlo —respondió Franco—. Y probablemente tampoco lo consigan. A juzgar por este viaje, Europa es muy grande.

Lo dijo sin sonreír, sin mirar a Salvatori, como si hablase para sí mismo.

Argelès–sur–Mer estaba muy cerca de la ciudad. Era un pueblo aplastado a un par de quilómetros de la playa, pequeño y amorfo. El campo de los refugiados había sido levantado al borde mismo del mar, en una zona pantanosa por la que el automóvil se movía con dificultad. Las charcas de agua estaban crecidas de altos carrizos cuyas pilosas inflorescencias violáceas oscilaban pesadamente bajo el soplo de la brisa. Producían un rumor lúgubre y espinoso, como un desagradable lamento.

En un recodo del sendero de tierra apisonada apareció la alta alambrada de púas que rodeaba el campo. Un hombre vestido con pantalón y chaqueta de pana, pero sin camisa, y la cabeza cubierta por un pañuelo oscuro, se apoyaba solitario sobre uno de los postes de madera que sostenían los alambres. Estaba inclinado hacia adelante, con la boca hundida en un brazo doblado. El otro brazo le caía inmóvil a lo largo del cuerpo. Llevaba los pies envueltos en una tela que en otro tiempo había sido blanca: tal vez su ropa interior. De la cara sólo se veía la parte superior de la nariz y los ojos inmóviles, apagados, como dos piedrecitas húmedas. No los movió cuando el automóvil pasó a pocos metros de él, bañándolo de polvo, y el vigilante que hasta entonces había permanecido quieto en la parte exterior de la alambrada se puso tenso y sujetó firmemente el fusil. Era un negro muy alto, con un rostro salvaje y estúpido.

Luego los carrizos ocultaron aquella zona extrema del campo y el camino arenoso condujo a los viajeros hasta las mismas puertas de la administración.

—No tema, no van a descubrirnos —dijo Salvatori sin necesidad.

Mientras golpeaba la puerta, Franco se quedó parado detrás de él. Miró primero hacia la vasta extensión del recinto vallado, cuyos límites no se distinguían y luego, a la derecha, un trozo de mar asomando entre los carrizales, agua gris, pesada, sólida; esforzando un poco la mirada tal vez lograría abarcarse el mar español, a sólo una docena de quilómetros. España estaba muy cerca.

Según las noticias de que disponía, podía haber en aquel recinto inhóspito unos sesenta mil españoles, entre militares y civiles. Los guardianes franceses y africanos disfrutaban de amplias tiendas de campaña plantadas a continuación de los edificios principales y separados de los españoles por paredes diáfanas de alambrada. La mayor parte de los refugiados vivía a la intemperie, desde el borde del agua hasta el interior del pantano; con los carrizos se habían construido algunas pequeñas chozas clavadas en la arena en cuyos techos se veían ropas tendidas, pedazos de lona alquitranada, cartones y tablas. Los hombres estaban tumbados junto a ellas o paseaban lentamente de un lado a otro, hablando en voz baja. Era una imagen patética de la derrota total. Lo que quedaba de su ejército estaba vigilado por soldados armados que caminaban en grupos de cuatro por entre los españoles, indiferentes a su desdicha pero alerta a sus movimientos. Cuando se cruzaban con grupos numerosos los disolvían a gritos, sin mirarlos casi. El ex general apartó los ojos de aquel espectáculo que no había podido imaginar y penetró detrás de Salvatori en el

edificio–fortaleza.

Dino abrió su maletín marrón encima de la mesa y fue sacando de él fajos de cartas para los refugiados que le habían entregado en Ginebra. El director del campo, un militar enjuto de cejas gruesas, los arrojó al suelo de un manotazo y quedaron los manojos esparcidos por el suelo junto a la pared y bajo la mesa.

—Más basura —dijo.

—¿Tiene muchos problemas con ellos, mayor? —preguntó con irónica cortesía el italiano.

—Demasiados. Francia está haciendo un gran esfuerzo por alimentarlos y darles cobijo, esfuerzo que nadie quiere agradecer. El gobierno español ve con malos ojos nuestro humanitarismo y los propios refugiados no saben más que escupirnos y crearnos inconvenientes de todo género. Franco y sus compinches, por su lado, se dan la buena vida en el Caribe sin un recuerdo para estos desgraciados que nos mandaron. ¿Qué podemos hacer nosotros?

Franco levantó una mano para hablar, pero le cortó Salvatori.

—Comprendo —dijo—. La Cruz Roja, como usted sabe, ha felicitado oficialmente a su gobierno por esta labor.

—Pero nadie encuentra un medio de sacarlos de aquí —dijo el militar.

—¿Por qué no los devuelve a su patria? —preguntó Franco.

—Es lo que deberíamos hacer. O mandarlos a la línea Maginot. Sin embargo, el estatuto de refugiados sólo nos permite conservarlos aquí, darles de comer y esperar. No sé qué estamos esperando, pero esperamos.

—Ciertamente —respondió Salvatori con un dejo de lástima; pero deseaba haber dicho que sólo esperaban a los alemanes—. ¿No le importaría que echásemos un vistazo a las listas? Es pura curiosidad, ¿sabe?

Tendió prestamente a Franco la gruesa carpeta que el mayor le entregó. El ex general se ajustó las gafas y empezó a leer las columnas de nombres. Detrás de algunos de ellos aparecían signos diversos; según tales signos, que el director se avino a traducir, algunos refugiados habían sido trasladados a otros campos, otros se habían fugado, muchos habían muerto. Franco había empezado a leer despacio, buscando apellidos conocidos, pero se cansó después de la tercera hoja y prosiguió la lectura a saltos, guiado por la intuición y el azar. Remotamente creía recordar algunos de los nombres allí mecanografiados, pero no encontraba a ninguno de sus amigos o compañeros. Sintió de pronto que todos aquellos refugiados le resultaban excesivamente lejanos, que nunca habían estado cerca de él, que nada tenía que ver con ellos. Las hileras de nombres, deficientemente ortografiadas en su mayoría, eran palabras que no poseían significado alguno. Cerró la carpeta y la entregó al director.

—Nos gustaría penetrar en el campo —dijo Salvatori—. Una visita de rutina, por cumplir. Nuestra presencia les dará alientos. ¿Puede acompañarnos? No estaremos

más de media hora. Tenemos que inspeccionar otros campos.

Al otro lado de la alambrada reposaban toda la miseria y todo el dolor. Vestidos de harapos, sucios, escuálidos, españoles de todas las edades y sexos aparecían arracimados sobre las arenas, tumbados a veces en yacijas de carrizos, probablemente enfermos, paseando como sonámbulos con las manos en los bolsillos y las cabezas caídas, sin hablarse apenas, sin mirar a parte alguna. Los cuatro hombres que escoltaban a los emisarios, negro uno de ellos, apartaban de su camino a los refugiados con miradas y gestos. Frente a una raída tienda militar un grupo de mujeres atendía un fuego escaso y humeante a cuyo calor iba acercando la más vieja de ellas una media de lana enrollada que aplicaba luego en la espalda de un muchacho de unos catorce años, tumbado cabeza abajo sobre un camastro de juncos y ropas confusamente organizado.

—Debe de estar enfermo —dijo Salvatori.

—Pulmonía —respondió el director encogiéndose de hombros—. La humedad del invierno. Han muerto muchos a causa de esa enfermedad.

Los tres hombres, rodeados de los guardias, llegaron hasta el borde del agua. Una mujer joven estaba metida en el mar, intentando pescar con un sombrero agujereado que utilizaba como red. Cerca de ella, descalzo sobre la arena dura, un muchacho miraba obstinadamente el horizonte grisáceo del mar. Vestía aún su guerrera militar con la estrella de alférez provisional cosida sobre el bolsillo del pecho. La prenda estaba sucia y desgarrada. Franco se acercó resueltamente a él.

—Somos de la Cruz Roja —dijo en español—. ¿Cómo les tratan a ustedes?

—¿Tratar? ¿Los franceses? —preguntó el joven. Estaba muy pálido y tenía los ojos claros, fríos.

—En el campo —dijo Franco.

—No podemos quejarnos: todos los días nos dan lentejas para comer. Pero como no hay platos, nos las sirven en las manos, así —unió las suyas, formando un cuenco; le temblaban un poco—. Y las traen hirviendo. Si quieres comer tienes que resistir con las manos abrasadas, mire usted. O abrirlas en seguida y continuar con hambre.

Sus manos, ahora extendidas, estaban efectivamente cubiertas de ampollas rojas, de oscuras heridas con los bordes sanguinolentos.

—No le hagan caso —dijo el director—. El pobre muchacho está loco. Se pasa los días mirando el mar, los días y las noches. Duerme aquí mismo. Se habrá quemado con esos fuegos que preparan. Algunos han enloquecido después de la derrota.

—¿Se portan mal los guardias africanos? —preguntó Franco.

—Son peores los franceses —dijo el alférez—. Allí —señaló un punto indeterminado del agua— decían que nuestros moros eran salvajes, que eran bestias sanguinarias. Ahora nos castigan aquí otros moros distintos. Pero los franceses son

peores, señor. Y al que habla o hace algo contra sus normas lo deportan a Fort Collioure. Los matan allí. A mí me llevará usted mañana, ¿verdad? —miró sin expresión al director del campo.

—Tendremos que internarlo —respondió el mayor francés con la cabeza vuelta hacia Salvatori—. Puede ser peligroso para los otros. Los casos de locura nos plantean situaciones muy difíciles.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Salvatori con voz opaca, sin dirigirse a nadie especialmente.

Francisco Franco no dijo nada. Dio la espalda al joven, que tornó sus ojos hacia el mar por encima de la mujer pescadora. El ex general se frotó las manos como un acto reflejo, mientras caminaba hacia el edificio de la administración. Allí aceptaron los dos viajeros la invitación a café. Salvatori tomó algunas notas apresuradas y se despidieron.

—Muchas gracias, mayor. Comprendo que, en estas condiciones, no pueden ustedes hacer mucho más —dijo.

Franco también le tendió la mano. No quiso mirar nuevamente hacia el campo. Le parecía que allí no había ninguno de los suyos: no conocía a nadie. En el automóvil, que vibraba entre las murallas de carrizos chirriantes, se quitó momentáneamente las gafas para limpiarlas de arena.

—Si los rojos hubieran perdido la guerra, no los habrían tratado de este modo —dijo para sí mismo.

—Desde luego —respondió Salvatori.

24

Las letras azules seguían martilleándole en el cerebro y se confundían allí con espantosas visiones que durante más de un mes lo asaltaban sin tregua. Las letras azules tomaban la forma de sus alucinaciones y sentía la sangre agolpada en las sienes, como un ejército de agujas afiladas que le rondaban el corazón y lograsen escapar de su cuerpo.

No veía ya un texto vulgar e incluso juguetón, sino las lágrimas de aquella mujer que le confesaba no comprender nada, los pasos irregulares y arrastrados de Ramón, la mirada indiferente del general mientras le tendía una mano lacia, los brazos desnudos de una muchacha enfermiza que pretendía capturar peces con un sombrero,

los insondables ojos de los niños hambrientos arracimados junto a un cubo de basura hedionda, los cuerpos envueltos en humo y desencajados entre las astillas, de nuevo las lágrimas, la mirada, el rostro de la mujer que cosía y lloraba porque el sufrimiento era demasiado irracional y no se podía comprender… Se había refugiado en Madrid para luchar a solas consigo mismo y durante diez días no había visto a ningún conocido, no había hablado con nadie que le interesara.

Ahora buscaba y encontraba a quien contar su desasosiego, su ansiedad, su angustia. Era quizá muy tarde para darse cuenta de que se encontraba solo, de que no tenía cerca a ningún amigo, y tal vez tampoco lo tenía lejos, porque Giulio estaba muerto; ningún lugar al que dirigir la voz y la tristeza. Estaba dispuesto, sin embargo, a detener a toda costa el derrumbamiento, mas no hallaba ningún socorro en sus pasadas hazañas, en las numerosas glorias archivadas en algún rincón secreto, en las palabras de aliento, los honores, los abrazos y el dinero que habían ido generosamente entregándole desde que un lejano día supieron que era capaz de aventuras más arriesgadas y útiles que piratear en un submarino o mandar una compañía en los desiertos abisinios.

Estaba en la habitación del hotel Volga, acabado de inaugurar al final de una Gran Vía lujosa y acogedora, con el documento entre las manos. Acababan de comunicarle que su misión en España estaba definitivamente terminada y debía regresar con urgencia a Roma, donde se precisaban sus servicios. Sospechaba de qué servicios se trataba esta vez: vestirse de uniforme, tornar a la guerra pura.

Dos días antes había conocido la noticia de que el Duce había roto al fin las hostilidades al lado de los alemanes y que se iniciaba la invasión de Grecia. A Salvatori no le gustaban los reductos pacíficos, las zonas frías, pero se estaba dando cuenta ahora de que se encontraba tan cansado como solo, y no comprendía por qué razón él —bajo cualquiera de los nombres que usaba—, él mismo, tenía que tomar parte en las locuras ajenas.

A través del ventanal se veían las figuras aplastadas de los madrileños, que deambulaban con su calma habitual por las anchas aceras. Era una habitación demasiado alta: daba vértigo. Sin pretenderlo veía en aquellas gentes un daguerrotipo de los refugiados de Argelès, hundidos en la arena, cobijados bajo las plataformas de carrizos en las noches de lluvia, con las manos abrasadas y el estómago vacío. ¿Qué destino, qué órdenes conducían a los seres humanos —hombres como él mismo— a situaciones como aquéllas? ¿Quién tenía suficiente poder para castigar de ese modo a los inocentes, para arrastrar a la desesperación y a la muerte a quienes sólo amaban la vida? ¿Qué idea sublime, qué proyecto, qué ilusión loca podía empujar a quienes nada creían y nada esperaban a desangrarse vanamente bajo la guía de los que al final, siempre, siempre continuaban vivos, satisfechos y honrados?

No tenía ganas de volver. No tenía ganas de seguir.

Arrugó con furia el mensaje cifrado y lo arrojó al suelo. El duro papel rechinó un poco, se estiró lentamente, como si se desperezara, pero Dino Salvatori no estaba mirando hacia allí. Se puso bruscamente en pie, tomó la chaqueta y el sombrero. Desdeñó el ascensor abierto ante su puerta; todavía estaba ágil para bajar hasta la calle con más rapidez que la máquina.

En la calle tampoco conocía a nadie. Y quienes lo conocían, no era a él a quien conocían, sino a un afanoso periodista suramericano que había luchado en las brigadas, un *spansky* elegante, rico, silencioso, sin demasiadas cosas en que ocuparse. Y eran camareros, limpiabotas, mujercitas noctívagas, vendedores de periódicos…

¿Adonde llegar con su historia, con esa pesada sensación de soledad, de miedo a sí mismo, de terror al vacío? Comenzó a subir la calle con paso rápido. La marcha y el calor de junio, que había quedado aplastado al suelo, le hicieron brotar hilos de sudor bajo el sombrero marrón, una prenda milanesa de excelente calidad que a veces atraía las miradas de algún paseante. Aminoró la carrera y por fin entró en un bar de la calle de Preciados para beber un refresco de horchata, espeso y dulzón.

Estaba seguro de que no era un hombre agresivo ni áspero, que comprendía a los demás e incluso, en ocasiones, los amaba. Aquel maldito oficio, sin embargo, lo estaba alejando de todos. Cuando cruzaba la Puerta del Sol pensó que Ramón Enríquez le hubiera comprendido, pero Ramonet había sido condenado a cadena perpetua dos meses antes. Tuvo la suerte de que volviera a estar vigente la ley de supresión de la pena de muerte, abolida durante la guerra. Sentía deseos de explicar al desdichado anarquista que lo había engañado, que jamás había visto a Trotski ni recibido órdenes de él, que todo era un juego macabro en el que no arriesgaba nada —pues ni siquiera había pagado el trabajo— y en el que Ramón lo había perdido todo. Había perdido la libertad. Se había despreocupado tanto del asunto que ignoraba en qué penal estaba recluido Ramonet y, por otro lado, acudir a visitarlo hubiera resultado demasiado peligroso. ¿Qué iba a hacer: engañarlo de nuevo diciéndole que lo sacaría de allí, pagar su deuda, arrepentirse sobre su hombro?

Sólo existía un confidente en el mundo que guardaría el secreto. No le era un hombre particularmente simpático. Huidizo, viscoso, egoísta y timorato, el agente del Vaticano lo había rehuido siempre pensando que acudía a él para pedirle dinero. Pero también Salvatori se había negado a visitarlo a no ser en los momentos más necesarios.

Tenía abierta la puerta del comercio y estaba en mangas de camisa revisando como siempre sus preciosas mercancías. Aniceto Ortuño quedó un poco sorprendido al ver al italiano sudoroso y agitado.

—¿Pasa algo? —preguntó al tiempo que cerraba la puerta detrás de Salvatori.

—Que hace un calor espantoso.

—Estaba a punto de cerrar. Son casi las ocho —dijo Aniceto todavía con la mano

en el picaporte dorado.

—Deje que entre el aire, por favor. He venido corriendo.

—¿Lo persiguen?

Dino Salvatori se echó a reír. Le brotó una carcajada bronca, nerviosa y ruda, tan violenta que él mismo se asombró y tuvo que llevarse una mano a la boca. Sin apartarla se sentó en la primera silla que encontró a su alcance. Aniceto entreabrió de nuevo la puerta, miró a la calle y dijo:

—Estaba esperando a un fotógrafo amigo del señor Hemingway. Quiere comprar ese mueble —señaló una vieja cómoda panzuda y rojiza—. Un amigo. Ya tenía que haber cerrado.

—El negocio lo primero —dijo Salvatori con una mueca.

—¿Qué le trae por aquí, señor Fabiani?

—Venía a contarle un secreto, pero ¿puede darme antes un poco de agua?

—Tengo por aquí el botijo —dijo Ortuño.

Lo buscó en el alféizar de un ventanuco trasero, camuflado detrás de un pesado tapiz carcomido por las polillas. Se lo ofreció al italiano. Fabiani dejó caer el chorro fresco desde cinco centímetros de altura, con la boca muy abierta; de todas maneras, le cayeron unas gotas sobre la camisa.

—Gracias —dijo.

—No hace falta que me cuente nada —dijo Aniceto—. Estará usted cansado por la carrera y este calor… Yo prefiero no enterarme. ¿Necesita más dinero?

—En cierto modo sí.

—Pero ya terminó aquí su trabajo, según creo.

—La primera parte tan sólo —dijo Salvatori—. Y este nuevo hotel es muy caro. De cualquier forma, no voy a pedirle nada, no tema. Ya buscaré el dinero en alguna parte. Solamente quería confiarle un secreto y pedirle su opinión.

—Tal vez —susurró Aniceto—, tal vez yo pueda encontrar un sacerdote, si es eso lo que quiere. Conozco uno muy discreto y preparado. Yo mismo suelo consultarle mis dudas.

Cesare Fabiani se puso de pie. Tomó el botijo del suelo y bebió otro trago, esta vez más largo y con mayor destreza. No volvió a sentarse. Dio unos pasos por la tienda, se asomó a la calle, echó el sombrero sobre una mesa y miró al anticuario como si lo viese por primera vez. No merecía la pena hablarle. Pero ¿a quién dirigirse? Alguien tenía que escucharlo.

—¿Sabe usted quién mató a *la Pasionaria*? —preguntó Fabiani.

—Desde luego.

—¿Y sabe también que fui yo el que se lo ordenó, que fui yo el que prometió pagarle? ¿Sabe que yo compré al asesino? Éste era mi trabajo en España.

—No podía suponerlo —dijo Aniceto mirando al suelo.

—¿Por qué no?

—Vino usted recomendado por el padre aquel, don José María. Nunca imaginé que mis superiores iban a sufragar los gastos de un asesinato tan horrendo.

—Quizá no lo sabían. O tal vez no quisieron enterarse —afirmó brusco el italiano —. En todo caso, no han sufragado nada. Sólo le he pedido dinero dos veces y era para otros gastos. Tenía que hacer unas compras, sencillamente; pagar algunos alquileres. No se considere usted culpable.

—No lo soy —dijo Ortuño—. Yo me limito a obedecer.

—Eso he estado haciendo yo hasta hace unas horas: obedecer. Pero me he cansado, ¿se da cuenta? De pronto me he cansado de obedecer.

—La obediencia es una virtud muy notable. Vence a la soberbia. Junto a la perseverancia…

—¿Con qué derecho? ¿Quiere explicarme usted con qué derecho? —Salvatori golpeó la mesa y el sombrero se movió hacia un extremo; aflojó la corbata porque el cuello estaba hinchado y parecía a punto de estallar—. ¿Hay que obedecer a ciegas, sin analizar el contenido de lo que se nos manda? ¿Hay que seguir siempre haciendo lo que se nos ordena, sin pensar con qué fines y si ello es bueno o es malo?… Mire usted, Ortuño, yo me he cansado de obedecer. De pronto me he sentido muy cansado, infinitamente cansado. No quiero continuar —se sentó de nuevo en la silla que antes ocupara—. ¿Ha leído usted los periódicos? Mussolini ha declarado la guerra a los griegos y cualquier día mandará allí sus ejércitos. ¿Qué le han hecho los griegos al Duce? ¿Por qué desea aniquilarlos? Y ya ha visto usted el avance alemán. Holanda y Bélgica se han rendido hace un mes. Los habitantes de Rotterdam han sido aplastados por las bombas. Más de trescientos mil europeos, franceses y belgas sobre todo, han tenido que ser embarcados en Dunkerque para no caer bajo la metralla de los soldados alemanes. Hitler cenará en París un día de éstos. ¿Por qué? ¿A qué viene todo esto? ¿Quién lo ordena?

—Pero nosotros… —aventuró Aniceto.

—Yo estoy cansado porque no lo entiendo, porque creo que no sirve para nada. Ahí tiene usted de qué sirvió la muerte de *la Pasionaria*. En Italia deseaban que toda España volviera a enzarzarse en otra guerra, que los comunistas volvieran a perseguir a los anarquistas y a los trotskistas, que los socialistas se lanzaran sobre los comunistas y los derechistas, que todo volviese a hacer explosión como un globo de sangre… Menos mal que no ha sucedido nada —Fabiani se frotó las mejillas con las palmas abiertas; le quedaron manchadas de sudor—. ¡Pero yo también quería eso, también yo creía que España debía volver al fuego y a la sangre! ¿Y por qué? ¿Para qué? Sencillamente por una obediencia superior a mí mismo, una obediencia que me impedía pensar. Me habían engañado: me sentía fiel a mis superiores y, en consecuencia las ideas que ellos tenían… ¡Ah, ya se acabó todo eso! ¡No volveré!

—Debe calmarse, señor Fabiani —dijo Ortuño—. Es una crisis pasajera que a todos nos asalta.

—Tenía usted que haberlos visto hundidos en la arena, vestidos de harapos, sin comida, enfermos. Durante el invierno han muerto miles de ellos a causa de las pulmonías; se fabricaban abrigos de juncos entretejidos, con un viejo pantalón hacían una pared, con las medias intentaban pescar pececillos para alimentarse… ¿Puede usted imaginárselo? Y él no decía nada, no le importaba nada. Miles de personas sufriendo así por obediencia a las ideas de unos pocos de ellos… ¡Y yo quería enviar a esos campos a muchos otros miles! ¡Yo intentaba que se mataran, que se expatriaran, que vieran morir a sus hijos en la miseria…!

Aniceto Ortuño se había puesto de pie, rígido y asustado ante lo que estaba oyendo. Sobre todo porque ahora no lo entendía.

—Pero tampoco es usted culpable de nada de eso —insinuó.

—¿Qué no tengo yo la culpa? ¿Quién, entonces? También usted es culpable, amigo mío. Esto no es un juego, ¿me comprende? No se puede jugar con la vida y la libertad de los otros, ni siquiera cuando alguien superior a nosotros, que se proclama superior a nosotros, nos lo ordena. ¿Quiénes son superiores a usted para tener secuestrados esos tesoros que no son suyos, que son de todo un pueblo? ¿Quién los ha investido de autoridad?

Aniceto Ortuño volvió a aproximarse a la puerta. La calle estaba vacía. Las primeras sombras parecían brotar de los viejos portalones para invadir la ciudad toda. Rojos y blancos, sudorosos, los botijos asentados en los alféizares semejaban esculturas barrocas desdeñadas por el tiempo. Reptaba por las aceras el rumor de los que todavía paseaban frente al Parlamento, esperando la hora de la cena o no esperando nada absolutamente.

Ortuño comprobó que los botones de las mangas de su camisa estaban bien abrochados. Hubiera debido cerrar antes, correr hacia su casa de Las Cuarenta Fanegas, cerrar puertas y ventanas y sentarse tranquilamente, con un vaso de vino en la mano, a escuchar las noticias de Radio Berlín. Hacía varias semanas que no recibía ninguna información directa. ¿Cuándo iban a volver los suyos? Sabía muy bien que estaban regresando muchos curas a España, acogidos a la nueva redacción del Estatuto de Libertad de Cultos, pero sobre los jesuitas pesaba aún la antigua prohibición. ¿Por qué no habían intentado anularla? ¿Qué habían hecho realmente para merecerla? ¿No eran tan fuertes como para lograr que el gobierno la revocase? Del agobiante discurso de Fabiani sólo había sacado la sensación de que también él estaba cansado, o aburrido, o solo. Regresó al interior de la tienda y vio que el italiano permanecía sentado y contemplaba sin expresión un sombrío cuadro de asunto religioso. A Sim le gustaba mucho aquel cuadro, pero ella no estaba allí.

—No contaré una palabra de todo eso —dijo por fin.

—Desde luego que no. Los dos tenemos algunos secretos que ocultar —respondió Fabiani sonriendo; luego, con gesto abatido, añadió—: Pero me gustaría que también usted se diese cuenta de que es culpable, de que lo han engañado. Sería un consuelo para mí. Y que devolviera esos cuadros o, al menos, no permitiera que los lleven fuera.

—Llevarlos no —aseguró Ortuño—. Pero tengo que esperar algo más. Confían en mí y no puedo traicionarlos. Debo esperar algún tiempo más.

—Estoy seguro de que tarde o temprano entrarán ellos en España y lo robarán todo. Es lo primero que hacen. Al menos, debería usted esconder esas riquezas en otro lugar —Fabiani hablaba muy despacio, calmado—. Yo puedo ayudarle. Los alemanes, como los generales de Napoleón, son muy aficionados a expoliar las zonas conquistadas. Y si los acompañan sus jesuitas, terminarán cargando un tren con lo que usted esconde y nunca jamás podrá recuperarse.

A medida que iba exponiendo su idea, Fabiani comenzaba a animarse; era como retornar momentáneamente a su antigua profesión, pero en el lado contrario. Se levantó para continuar.

—Podríamos buscar un escondrijo diferente y no comunicárselo a sus superiores. De este modo, si pretenden llevárselo, les dirá usted que se lo han robado. Incluso sería útil enviar un mensaje diciendo que la policía ha descubierto los tesoros y se los han llevado… ¿No le parece buena idea? Después veremos lo que pasa con los alemanes, y cuando llegue la hora usted podrá devolverlos, si eso es lo que quiere.

—Pero yo no puedo hacer una cosa así —dijo Ortuño con voz confusa.

—¿Por qué no?

—Han confiado en mí, señor Fabiani; durante años me han dado su confianza. No puedo traicionarlos. ¿Qué hubiera sido de mí sin su ayuda? A veces lo pienso, señor Fabiani, lo pienso y me asusto. ¿Sabe que me llevaron con ellos de niño, que me pagaron los estudios durante muchos años? Luego tuve que dejarlo… ¿Qué hubiera podido hacer yo solo? No conocía a nadie cuando me fui, mis padres habían muerto, no sabía hacer nada… Y me ayudaron mucho. También ayudaron a otros como yo, desde luego, y algunos los han abandonado, pero yo no puedo hacer eso. A ellos debo todo lo que soy. Ya conoce usted mi trabajo. Ellos tienen el negocio, ellos me guían, me ordenan. ¿Cómo se ha enterado del asunto de los cuadros?… Puedo vivir bien gracias a ellos, ¿cómo iba a traicionarlos?

—Pero está usted traicionando a todos los españoles —dijo Fabiani con tono neutro, sin dirigirle la mirada.

—Los cuadros son suyos, las joyas pertenecen a las imágenes sagradas. No son de los españoles, sino de la Iglesia.

—¿De qué Iglesia?

—De la Iglesia Católica. Del Vaticano.

—¿Y por qué no de la Iglesia española, de los cristianos españoles, del pueblo español?

—En España ya no hay cristianos, señor Fabiani —dijo Ortuño con una sonrisa triste—. Han perseguido a los curas, han quemado los templos, han aborrecido de Dios… ¿Cree que se comporta así un pueblo cristiano?

—Probablemente sí… ¿Qué han hecho hasta ahora sus curas, sus jesuitas, sus obispos? Robar la comida a los pobres para sentarse a comerla con los ricos. O comer con los ricos la comida que éstos robaban a los pobres. Como en Italia. ¿De qué lado han estado, a quién han ayudado en la guerra?

—Sí, en eso tiene usted razón. Fueron muy cobardes.

—¡No fueron cobardes! —gritó el italiano—. Fueron sencillamente consecuentes. Nada más que consecuentes. Jamás estuvieron al lado de sus fieles, ni ellos ni el Vaticano. ¿Qué podían esperar, entonces? Todos nosotros nos hemos vendido a los poderosos, a los fuertes, a los ricos. También usted y yo. Y muchos de estos que tiene usted por ahí.

Fabiani hizo un gesto circular para señalar con la mano los cuadros, las esculturas, los marfiles, los libros antiguos recogidos en la tienda de antigüedades. Pero no estaba furioso. Como hipnotizado se quedó mirando una talla gótica de Cristo crucificado.

—Ése no. A ése lo traicionaron también —dijo—. Ahora empiezo a comprender por qué Giulio…

Se detuvo. Aniceto miró perplejo, como si jamás se le hubiera ocurrido la posibilidad de Cristo vivo. La talla valía, a su juicio, más de veinte mil duros.

—¿No va a hacerme caso? —preguntó Cesare Fabiani.

—Debo consultarlo.

—Muy bien. Pero de prisa, para que no se lo lleven.

Cogió el sombrero y empezó a colocarse el nudo de la corbata.

—¿No me denunciará usted? —preguntó Ortuño situándose a su lado.

—Tenemos secretos compartidos, no se preocupe. Sólo intentaba compensar mis equivocaciones —sonrió.

El italiano estaba mirando la calle sombría, indeciso sobre el camino a seguir, y Ortuño pegado a su brazo, un poco encogido y asustado. Fabiani empezaba a sentirse mejor, como si acabase de vomitar un chorro de bilis. Doblaron entonces la esquina de la calle de León el fotógrafo Alejo Rubio y Ernesto Hemingway. Cruzaron en línea oblicua directamente hacia la puerta de la tienda. Su dueño hizo un ligero ademán de ocultarse, pero no tenía dónde.

—Vaya, menos mal —dijo Alejo como saludo—. Creíamos que había cerrado usted. Me has ganado el duro de la apuesta —añadió hacia su amigo.

—En realidad, le estaba esperando. Tengo aquí la consola. Éste es el señor

Fabiani, un cliente americano.

—Hola. Ya nos conocemos —dijo Rubio.

—Los periodistas americanos no ganamos tanto como para comprar antigüedades —dijo Ernesto.

—Sólo estaba mirando.

—Todo eso no vale gran cosa. He convencido a Alejo para que no compre su mueble, monseñor —continuó Hemingway en tono jocoso—. ¿Para qué va a servirle? Es muy caro. Por el mismo precio puede montar todo el estudio con muebles modernos, ¿no es cierto? Se cree que con esa cómoda en la entrada van a llegarle los marqueses y los doctores a que los fotografíe.

—No tiene importancia —dijo Aniceto—. Estos cachivaches son realmente caros, lo reconozco. Y tiene usted razón.

—La cosa es que yo… —suplicó Alejo.

—Son verdaderos caprichos —dijo Aniceto.

—Mira, muchacho, déjate de antiguallas. Guárdate el dinero para otros negocios —dijo Hemingway—. Y lo celebramos con una cena. Hace una noche magnífica para comer al aire libre.

—Si no les importa, me gustaría invitarles yo —dijo Fabiani; no deseaba quedarse solo—. Tengo que devolverle unas fotos que no son mías. Las compré calculando que no volvería usted, pero ya que está aquí, suyas son.

—Nada de eso. Yo no las necesito.

—Se las devolveré de cualquier modo. Mejor dicho, se las regalo, porque ya están pagadas. Hoy es un día muy especial para mí y me gustaría celebrarlo con los amigos.

—¿Lo han ascendido? —preguntó Hemingway con sorna.

—Ni mucho menos. He decidido cambiar de empleo —dijo Fabiani.

—Magnífico. ¿Y a qué va a dedicarse ahora?

Ortuño había echado la llave a la tienda y los cuatro caminaban despacio, en confuso grupo, calle del Prado abajo. Alejo Rubio iba un poco retrasado, silencioso, arrastrando los pies y con la cabeza baja.

—Venga, monseñor, usted cena también con nosotros.

—Al espionaje —dijo Fabiani.

—Es una profesión muy entretenida —dijo Ernesto—. A esos nazis y fascistas hay que darles por detrás y por delante, ¿no le parece?

—Un poco arriesgada —dijo Ortuño.

—Al menos hay que saber de parte de quién está uno.

Hemingway golpeó la espalda del italiano.

—Cuando se está de parte de uno mismo no hay equivocación posible —dijo.

25

SU MAJESTAD seguía siendo hombre muy experimentado en pasatiempos y regocijos. La presencia en su exiliada corte de un número cada vez mayor de españoles vagabundos no lograba alterar en lo más mínimo sus costumbres. Después de que don Inda le dijese a la cara, lisa y llanamente, que la Monarquía era una institución medieval, no se sorprendía en absoluto de los informes, rumores, cotilleos e infamias que casi diariamente llegaban a su hotel romano. Tenía la obligación de escuchar: eso era todo.

Conocedor de la fidelidad que Francisco Franco y otros generales vencidos le profesaban, fidelidad en algunos casos usada como única tabla de salvación, había confiado durante algún tiempo en que la República terminaría por desvanecerse y los españoles iban a permitirle ocupar el palacio de Oriente y sus otros palacios, pero el gobierno de Besteiro era más sólido cada día, todas las conspiraciones resultaban infructuosas y, en consecuencia, don Alfonso XIII estaba comenzando a desentenderse de los asuntos españoles y también de las personas que pretendían atormentarle con ellos.

Accedió, no obstante, a recibir la visita de Franco, que había recalado en Italia después de sus disensiones con Hitler y vivía ahora en una mansión confortable y amplia de las afueras de Roma en compañía de su hermano Nicolás, de su esposa y de su hija. Quiso alquilar una casa tan grande porque pretendía que también su cuñado Serrano Suñer se trasladase a ella, e incluso su amigo Carrero Blanco con la familia, o Dávila si fuera preciso, pero finalmente se encontraba solo con Nicolás, administrador de su fortuna y de su porvenir. Para matar el aburrimiento había comenzado a pintar y a leer: agrios paisajes africanos y biografías de generales muertos. Un periódico milanés acababa de publicar que muy pronto serían impresas sus memorias, tan esperadas como explosivas, pero lo cierto era que ni siquiera había comenzado a redactarlas: José María Pemán, al que había insinuado que lo ayudara, estaba dando largas a la cuestión. Gracias a las presiones de su hermano Nicolás, mantenía fresca la esperanza de regresar un día a su patria y no le hubiese importado hacerlo como ciudadano corriente si tenía garantías de ser perdonado. A diferencia de su majestad, no sabía vivir en países extraños. Se sentía desconcertado y triste.

El rey lo citó en el restaurante del Tiro de Pichón para tomar juntos el aperitivo. Buen número de cortesanos: aristócratas, millonarios expulsados de España, generales y escritores formaban parte de las comitivas que regularmente se solazaban con la augusta familia.

Francisco Franco era un hombre ascético y solitario, enemigo de los bullicios, de las diversiones y de las charlas insulsas. Se sentía un poco agobiado en aquel ambiente.

—Andas como una alma en pena de un lado a otro, general —le dijo el rey—. ¿Por qué no olvidas todo aquello y vives como la gente normal, como nosotros? Italia es un buen lugar.

—Algún día tendré que olvidarlo, desde luego, pero no me acostumbro.

¿Cómo iba a ser posible? Nada tenía ahora y nada había tenido; por unos instantes le había dominado el sueño de ser el amo de todo, de mandar en todos, la ilusión arrebatadora de estar más arriba que nadie, incólume, inmune, omnipresente, de ser temido como un dios, de conceder la vida o la muerte con un gesto de sus ojos y domeñar de un pisotón el mundo hostil de la horda ululante…; durante mil días estuvo a punto de convertirse en un rey más poderoso que aquel hombre que lo miraba de soslayo, como a un insecto simpático… ¿Cómo podría olvidarlo? ¿Cómo acostumbrarse a la indiferencia de los otros, a no ser temido, a no ser amado?

—Según me dicen —prosiguió su majestad—, no es mucho lo que podemos hacer allí. Cada día son más los republicanos. Incluso muchos fieles a la Corona están colaborando y ya nadie se acuerda de mí. Si nos dan la espalda, ¿no es lógico que también nosotros se la demos a ellos?

Franco no sabía si utilizaba el plural mayestático o se estaba refiriendo también a él.

—Nadie sabe lo que puede traernos esta guerra —dijo mirando a su alrededor como si los soldados hubieran acampado de súbito al otro lado de las vallas.

Pero el espectáculo que se desarrollaba en su entorno difícilmente podía resultar menos bélico. Salvo los pichones, nada recordaba allí la tristeza y la muerte. El club del Tiro de Pichón había abierto aquella mañana sus puertas, como todos los jueves, a su más distinguida clientela. La fauna aristocrática romana, siempre muy crecida, se mezclaba a los capitostes del Fascio y a los millonarios de la nueva sociedad. Ataviados con lujosos atuendos deportivos, conversaban y reían en confortables sillones playeros, se levantaban a veces para saludar con gran ceremonia y besar las manos de las damas, acariciaban sus escopetas relucientes y bebían sin cesar las mejores cosechas de vermús. Don Alfonso y sus amigos mantengan con fidelidad la tradición autóctona y desdeñaban los amargores de los aperitivos italianos. En las cuatro mesas que ocupaban de la terraza, el camarero había colocado ocho botellas del mejor jerez importado, oloroso y fresco.

A unos metros, al otro lado del pretil de mármoles azulencos, se iba desarrollando la matanza de palomas con la mayor naturalidad. Las aves, a las que previamente se había recortado los timones para que no volasen en línea recta y algunas plumas de las alas para reducir su velocidad, brotaban fulgentes de la trampilla con todo el impulso de la recobrada libertad. Pero los tiradores eran muy hábiles y los cenicientos zuritos, poderosos y fuertes, apenas conseguían remontarse en el aire. Los disparos sonaban amortiguados y la muerte de los pichones era tan sólo un golpe seco en algún

lugar remoto del césped brillante. Perros bien amaestrados corrían en busca de los cadáveres, pero a los cazadores no les interesaban las piezas, sino su muerte. Un empleado recogía los pájaros y los iba arrojando en un cesto de mimbre pintado de blanco.

—Son palomos españoles casi todos —dijo el rey—. Los importan de La Mancha. Por lo menos, antes lo hacían; no sé ahora con los socialistas. Resultan excelentes para este deporte.

Era su turno. Se levantó muy ágil, sonrió a su alrededor con esa simpatía de todos conocida, mantuvo unos instantes la escopeta apoyada en el brazo izquierdo y caminó hasta el lugar marcado para los disparos. Su majestad era dueño de una puntería envidiable. De quince pichones que le soltaron, solamente dos lograron escapar con vida, y uno de ellos había sido evidentemente herido de muerte, como don Alfonso señaló. Caería sin duda en la cercana colina, donde se iría desangrando durante horas en una agonía lenta.

—Estás en lo cierto, general —dijo cuando volvió triunfante a la mesa—, al pensar que esta guerra es una locura. Se lo he dicho ya al rey Víctor Manuel, pero él piensa de otro modo. Van a acabar con todas las monarquías de Europa. Fíjate cómo ha tenido que huir el rey de los belgas. Y cuando en estos tiempos un rey es expulsado de su reino, resultará muy difícil que regrese. De todas maneras, ya te he comunicado varias veces que personalmente agradecemos tu intento por restaurar la Monarquía en España. Si hubiésemos ganado la guerra, en estos momentos serías ministro de Defensa y estaríamos cazando venados en La Granja. Echo mucho de menos los cazaderos de La Granja y de Rascafría. También los de la Casa de Campo, que estaban tan cerca de palacio.

—¿No cree que sea posible volver, majestad? —preguntó Franco.

—Pronto hará diez años… Me temo que la Monarquía ha terminado su historia en España.

—Pero su hijo, el príncipe de Asturias, parecía muy dispuesto a luchar por la Corona…

—¡Oh, mi hijo! Se ha hecho mayor fuera de España, ha crecido en el extranjero. Ahora está navegando en navíos ingleses. Me parece que ha perdido ya aquel interés…

—En España hay gente que lo espera, majestad.

—Eso me dicen, sí —respondió don Alfonso con aire de indiferencia. Tomó su copa y después de oler el líquido bebió un sorbo. Luego alzó los ojos hacia un palomo que caía muerto—. ¿No te apetece disparar unos cartuchos?

—Me temo que he perdido facultades —dijo Franco—. Hace mucho tiempo…

—No importa —dijo el rey—. Hay sabidurías que no pueden olvidarse.

—No, no, gracias. Se burlarían de mí estos magníficos tiradores.

—Como quieras.

—Tal vez —dijo Franco al cabo de un momento, como si no hubiera dejado de pensar en lo mismo—, tal vez la guerra europea cambie las cosas. Lo cambie todo. ¿No puede ser posible? En el fondo, España nunca ha sido un país republicano y dudo que llegue a serlo algún día. Siempre ha necesitado gobiernos fuertes, usted lo sabe muy bien. Y el pueblo ha estado siempre al lado de sus reyes. Nunca podrán las izquierdas…

—España es un país de derechas desde la batalla de Guadalete, mi querido general, y lo seguirá siendo. Fíjate que los republicanos liberales, que siempre fueron de derechas, han intentado escamotear al pueblo su revolución. Y los mismos socialistas. Los anarquistas y los comunistas ganaron la guerra, pero no la revolución. Decían que sólo los comunistas estaban preparados para la victoria, enseñaron a leer a los soldados, convirtieron a todo el mundo… ¿Para qué? Para que luego eligieran a Besteiro.

—Entonces, sólo haría falta encontrar la manera…

Don Alfonso sacudió unas motas de polvo de su cazadora. La mano larga y blanca bailoteó un instantes en el aire.

—¿Qué manera? —preguntó.

—La manera de… —dijo Franco.

—Recuerda lo que ocurrió con aquel muchacho de Ciano. Ahora todo el mundo sabe lo que se pretendía.

—Nos traicionó —dijo Franco muy serio.

—Probablemente. Pero antes había conseguido arrojar aquella maldita bomba. Y los comunistas no se revolvieron contra nadie. Y los monárquicos, como siempre, sin decir una palabra. Todos los monárquicos españoles están aquí —dijo el rey extendido la mirada por el Tiro de Pichón—. Prácticamente todos.

—Se equivoca su majestad, si me permite decirlo —dijo Franco—. Ayer mismo he enviado un cablegrama al Führer aceptando una serie de proposiciones que me hizo para salvar a España. Su majestad es el primero en saberlo.

—Ya lo sabe Roma entera —dijo el rey.

Franco titubeó un segundo. ¿De qué manera podía explicar lo que deseaba decir? ¿Cómo pedirle la opinión sobre algo hecho sin consultarle previamente y de lo que ya estaba informado?

—Es un proyecto muy ambicioso y bien elaborado —dijo—. Una ayuda a su ejército y la promesa de que nos ayudará con firmeza a derribar ese gobierno de… Su Majestad no tardará en volver. Se equivoca si cree que sólo hay monárquicos en esta ciudad.

—Sí, me equivoco, me equivoco —dijo sonriendo el rey—. ¿Qué tipo de conspiración habría que urdir, qué ayudas extranjeras serían precisas para que

despertase el sentimiento monárquico de los españoles? Sólo podría esperarse que continuaran matándose entre sí, como durante la guerra. Pero ya ni eso puede suceder. De pronto se han sentido todos cansados y no hay más que pactos y amistades. ¿Dónde están los anarquistas? ¿Qué hace Stalin? España se ha convertido, me parece, en un reino muy aburrido, ¿no crees, general?

—Tal vez si su majestad interviniese a mi lado… —dijo Franco.

—¡Intervenir! Eso me pedía el jueves pasado el cardenal Gomá. Está muy enfermo el pobre, por cierto. Su enemistad con Segura va a llevarlo a la tumba. En el Vaticano dicen que empieza a chochear, y esa furiosa pasión por la ornitología no encaja muy bien en su dignidad. Bien, pues también solicitaba mi intervención para salvar a la Iglesia española. Como si alguien me hiciera caso en España… En el fondo, general, soy consciente de que todos se quedaron muy anchos cuando yo me fui, muy satisfechos. ¿Qué puedo decirles yo ahora? ¿Qué vayan a misa? ¿Qué manden a paseo a Prieto y vengan a buscarme? Todo esto ha terminado ya y no tiene remedio; no puedo ayudar a nadie. Ah, perdona, es mi turno otra vez.

Un empleado del club, vestido de librea, se había acercado al rey y esperaba en silencio a que terminase de hablar. Sostuvo el sillón del monarca mientras éste se levantaba, puso la escopeta en sus manos y lo siguió a tres pasos de distancia hasta el punto de disparo. Francisco Franco se quedó en silencio junto a algunos miembros de la extraña corte desterrada, que habían estado todo el tiempo elogiando la puntería del rey, la placidez del día, la belleza del lugar y las calidades de ciertos modernos automóviles.

Ni siquiera se levantaron a despedirlo cuando comprendió que estaba concluida la entrevista. Su majestad no tenía más que decir, y tampoco él. Don Alfonso XIII, molesto por los cinco disparos fallidos en su nueva tanda, se dedicó a examinar la escopeta y a proclamar que no estaba bien reglada. También dijo que el vino le había dado ganas de comer y mandó a uno de sus amigos a que ordenara la mesa en las habitaciones interiores del club.

—¿De verdad no quieres comer con nosotros? —preguntó a Franco.

—Lo siento de veras, majestad. Tengo otra cita a esta hora.

—Veo que estás muy ocupado, general.

—Así es —dijo Franco.

—No es bueno trabajar demasiado —dijo don Alfonso—. El cuerpo también necesita descanso y diversión. Vuelve a llamarme y practica un poco con la escopeta. A ver si consigues ganarme. Y me dices cómo siguen tus proyectos con Hitler. Tal vez esté equivocándome de nuevo.

Por un segundo el ex general levantó la mano derecha para saludar, pero la detuvo a la altura de la barbilla. No llevaba uniforme ni era ya general. Ni el rey era rey, después de todo. Se le nublaron los ojos al pensar hasta qué punto habían cambiado

las cosas. Tal vez don Alfonso ni siquiera recordaba sus recepciones en el palacio de Oriente, aquellas inmensas salas, el trono, los taconazos que él y tantos como él habían hecho sonar en su presencia, los saludos marciales, los himnos… Él lo recordaba de pronto y su mano se levantaba rígida hacia la frente. Se la ofreció al monarca y luego recogió el sombrero que alguien le tendía.

No se sentía con fuerzas para volver a encontrarse con aquel hombre. En algún momento de su vida había creído en él, incluso había luchado por él. Pero todo estaba cambiado. Seguramente se había dado cuenta de ello en Cuba, en los Estados Unidos, en Alemania, en Francia… Pensó mientras le franqueaban la puerta del lujoso club que tal vez la guerra vomitara este cambio como un alimento emponzoñado y le permitiera regresar a su patria.

Nadie le esperaba para comer a su lado, en contra de lo que había dicho al rey. Era tarde para volver a casa y entró en un pequeño restaurante de la vía Cavour, cerca ya del Coliseo. Llevaba varias semanas en Roma y aún no conocía la ciudad ni sus monumentos. Cada vez sentía menos curiosidad.

Se celebraba por la tarde una reunión de falangistas en el Trastévere, como todos los jueves. Ramón Serrano le había aconsejado que acudiese a ella en su compañía si deseaba tener informaciones verídicas de su estado de ánimo después de casi año y medio de exilio. Así pues, después de una comida frugal y solitaria, Francisco Franco decidió perder el tiempo paseando por el Coliseo y sus alrededores. Tanto aquella inmensa plaza de toros como el Palatino y las Termas de Trajano no eran más que ruinas y a él no le gustaban las ruinas. Había visto tal vez demasiadas ruinas, demasiados muertos, o le influían más ahora. El Palatino le recordaba sin saber por qué el monte Arruit, adonde muchos años antes había llegado con sus legionarios a recoger las cabezas machacadas, los trozos desmembrados y espantosamente mutilados de miles de soldados españoles derrotados por los norteafricanos y que habían dado la vida por su rey. No quiso detenerse a pensar en ello, porque aun abandonado en Roma seguía siendo un soldado, y los muertos formaban parte de su oficio y no era preciso buscar razones en parte alguna. Los muertos, feos o hermosos, no son más que muertos, ruinas de otro género que pueden contemplarse con la misma frialdad que las doradas piedras del Foro, embellecidas por el último resplandor del sol.

Le interesaban más los vivos. Sólo que no encontraba muchos a su lado. Hasta sus amigos le estaban dando la espalda. García Valiño había declarado a *El Debate* que él era un ambicioso, que no permitía ningún género de objeción a sus órdenes, que sólo deseaba adueñarse del poder al margen de la voluntad de sus compañeros de armas. Así hablaban ya sus amigos, aquellos a quienes tanto había premiado. ¿Cuántos le seguían aún? Le dolía demasiado esta pregunta, porque implicaba otra: ¿seguir adonde? ¿Iba realmente a alguna parte? Puesto que ni el mismo rey de España

le concedía su apoyo, tendría que obedecer —y la palabra le daba náuseas— al Führer de Alemania. No tenía otra opción si quería cortar aquella vida nómada en la que nadie lo buscaba. Su hermano Nicolás se equivocaba al pretender un regreso glorioso. ¿Y qué se había atrevido a decir aquel curilla estúpido?

—General, su tiempo ha pasado. Es preciso reconocerlo. Hay que buscar nuevos modos y nuevas personas para rehacer España. Nosotros pensamos que debería olvidar la guerra y dejar el destino en las manos de Dios y en las de sus servidores.

José María Escrivá, con un mensaje de bienvenida de Gomá, se le había encarado como a un sargento de cocina. Y lo más grave es que no supo responderle adecuadamente. ¿Qué dirían los falangistas?

Deliberadamente se entretuvo más de lo necesario por las calles a fin de llegar el último a la reunión. A última hora, sin embargo, se perdió en las cercanías del río, no consiguió hacerse comprender y llegó cuando el banquete había finalizado y su cuñado, el antiguo «ministro universal», estaba harto de soportar las risas de los falangistas ante el fracaso de su promesa.

Cuando Franco entró, los hombres se quedaron callados y sorprendidos. Era mucho más pequeño de lo que recordaban, más delgado y más viejo. Dos bolsas amoratadas le colgaban bajo los ojos y la ridícula perilla le daba un aspecto humilde y bufonesco. Al cabo de unos momentos de indecisión, se pusieron de pie algunos y le dirigieron el saludo fascista. Vestían el uniforme del partido, con la correa cruzada al pecho, pero no llevaban armas. La mayor parte de los cuarenta mantenía el cabello peinado hacia atrás y pegado al cráneo, como su líder muerto, y el bigotito pequeño y atildado, cubriendo apenas la mitad del labio superior.

—¡Mi general! —gritó Serrano Suñer con una voz más ronca de lo debido. También él se peinaba y vestía como los otros, aunque no portaba la correa de cuero.

—Buenas noches —dijo Franco.

Sonaba la voz chillona y débil, destrozada como el resto de su persona por el exilio.

Le abrieron hueco en la mesa y uno de los hombres le preguntó respetuosamente si quería cenar. Ellos habían terminado antes.

—No tengo hambre, gracias.

—¿Un vasito de vino, mi general?

Tampoco. Tampoco quería vino. Estaba mirándolos a todos, uno por uno, sentados en bancos corridos, con los antebrazos desnudos apoyados en la mesa de madera, sucia y basta. Casi todos habían engordado, salvo su cuñado, mucho más delgado que durante la guerra, y era patente que habían bebido demasiado. Los falangistas que él recordaba de los frentes eran más duros, enjutos, firmes como rocas. Éstos parecían haberse abandonado un poco.

—¿No ha venido Pemán? —preguntó Franco—. Deseaba insistir en la redacción

de sus memorias: tenía una buena oferta.

Ramón Serrano se adelantó a responder.

—No le ha sido posible, mi general. De vez en cuando se reúne con nosotros, pero en los últimos meses se siente más inclinado a visitar el hotel de don Alfonso.

—Se come mejor que aquí —dijo uno de los falangistas.

—Pemán nunca fue realmente de los nuestros. Se puso la camisa azul, como tantos otros, pero no leyó una línea de José Antonio ni lo entendió —dijo Ramón Serrano.

—Ése sigue siendo un señorito andaluz. Y además monárquico. Cuando íbamos ganando la guerra todos admiraban mucho a José Antonio, pero nadie movió un dedo para sacarlo de la cárcel. ¿No es cierto, mi general?

Franco no conocía a aquellos hombres ni entendía su lenguaje. ¿De qué estaban hablando? ¿Por qué vestían de aquel modo? ¿Por qué gritaban tanto, todos a la vez?

Los líderes del partido habían abandonado muy pronto aquellas reuniones semanales. Cada uno había buscado ocupaciones nuevas, la mayor parte de ellos como burócratas del Fascio, y se habían ido desentendiendo de los antiguos seguidores que servían sólo para pedir dinero y recomendaciones. Los reunidos en el Trastévere no eran más que números borrosos, seres anónimos que pretendían mantener vivo un fuego completamente apagado ya, tan insignificantes como los condenados de Argelès. Por Serrano Suñer conocía Franco sus disputas. Llegaban a los puños para defender a Onésimo de José Antonio, a Ramiro de Onésimo, a Hedilla de Fernández Cuesta, a García Morato de Valdés… ¡Tantos nombres que parecían olvidados! Su cuñado era frecuente objetivo de las rencillas y por esa razón sólo en casos excepcionales acudía a las cenas. Todo olía a desintegración y moho. Así lo advirtió muy pronto Francisco Franco, que se puso serio y se negó a prestar oídos a las difamaciones burdas y a las sospechas de aquellos falangistas borrachos.

Poco a poco los hombres fueron perdiéndole el respeto, dejaron de llamarle «mi general» e incluso gastaban pesadas bromas a costa de su perilla canosa y luego, con frases de doble sentido, a propósito de sus antiguas relaciones con la Falange; únicamente le molestó que pusieran en duda sus aptitudes para el mando de las unidades armadas: no era su culpa si la guerra se perdió. Algunos se pusieron de pie para gritar mejor. A pesar del correaje y de los golpes que descargaban sobre la mesa, los veía sorprendentemente débiles y pequeños. En realidad, parecían una partida de matones que se aferraba patética y locamente a una adolescencia gloriosa y trepidante, a unos recuerdos para siempre perdidos.

—¿Qué están ustedes haciendo aquí? —preguntó con brusquedad Franco, por encima de las voces.

—¿Cómo?

—Me pregunto qué están haciendo aquí, en Roma.

—Volveremos a España, aunque los militares no nos ayuden, ¿verdad? Estamos esperando —dijo uno de ellos.

—Y nos preparamos.

—Pero no deberían ustedes beber tanto —dijo Franco con una especie de sonrisa tierna.

—¿Nos da consejos ahora? ¡Pues vaya! Sólo nos faltaba eso.

—Discúlpeme. Era una forma de hablar —dijo Franco.

Sin añadir una palabra ni un gesto se puso de pie, les volvió la espalda y salió muy erguido del restaurante. Los hombres se apelotonaron a la puerta con los brazos levantados y uno comenzó a cantar con voz agria el *Cara al sol*. Inmediatamente le secundaron todos y las voces retumbaron en las callejuelas mal iluminadas del viejo barrio romano.

Algunas cabezas se asomaron a las ventanas para pedir silencio, pero los falangistas se echaron a la calzada y empezaron a caminar detrás del ex general, arreciando sus cantos. Tenían un repertorio copioso. Después de *Montañas nevadas*, repitieron el *Cara al sol* y así fueron haciendo sucesivamente con otras inolvidables canciones: *Yo tenía un cantarada, Prietas las filas*… Franco, a dos docenas de pasos por delante de ellos, pegado a la pared, rígido, sin volver la cara, escuchaba con pesadumbre y remordimiento aquel vocerío que era solamente amargura y odio. Por un instante pensó enfrentarse a ellos y hacerlos callar, como en los mejores días, pero posiblemente se negarían a obedecerle ahora. Le habían acusado de traición, de incompetencia militar, de ambición y engaños… Estaban borrachos y desesperados.

La noche veraniega era suave. Los romanos conversaban aún junto a las puertas de sus casas y conocían demasiado bien aquellos arrebatos fascistas como para asombrarse de ellos. Dejaban pasar la cabalgata con una mirada socarrona que ni siquiera encerraba desprecio. Sólo indiferencia. Algunos pedían silencio en nombre de sus hijitos dormidos, pero los españoles, que habían formado filas de cuatro en fondo, continuaban cantando con los brazos alzados. Cada vez más roncos, más desafinados. Tropezaban en los adoquines irregulares de las orillas del Tíber.

Franco se apresuraba y había conseguido alejarse un poco más de ellos. Se apoyó en el antepecho del río para recobrar el aliento. Le caían de las sienes largos goterones de sudor. Oyó desde allí las sirenas de la policía y los chirridos de los neumáticos de sus vehículos. Desde lejos quedó mirando indiferente cómo rodeaban a los falangistas, los encañonaban con sus armas y los reducían al silencio. Se los llevaron en confuso pelotón calle adelante, a pocos metros de él. Después apareció Serrano Suñer caminando despacio y abatido. Se quedó parado junto a él. Se oían únicamente las pisadas de los detenidos y de los policías italianos. También algunas órdenes de mando que cada vez llegaban más confusas hasta él.

26

—¡PERO SI ESTÁ USTED AQUÍ!

—Buenas noches, señor Fabiani.

—Aniceto está buscándola hace días.

—Ése me está buscando siempre…

—¿Por qué se escapa de él con tanta frecuencia? Da la impresión de que se ha cansado de sus atenciones… ¿Puedo invitarla a alguna cosa?

—He estado casi un mes fuera de Madrid —dijo Sim—. Una naranjada, gracias. Ya se me terminó ésta.

—Yo la pediré —dijo Cesare—. ¿Digo que le añadan unas gotas de vodka? Mejora mucho. ¡Oiga, por favor! —gritó a un camarero de unos setenta años que estaba mirándolos con gesto soñoliento.

Desde que Ernesto lo había conducido una noche a aquella placita del viejo Madrid, cerca del acueducto, tenía la costumbre de pasear hasta allí cuando se encontraba solo y era consciente de su soledad. Raramente tenía algo que hacer, salvo pensar, recordar y arrepentirse. Hurtarse a las probables pesquisas de sus antiguos amigos no le resultaba muy complicado; tampoco le acuciaban cuestiones económicas: buscaba solamente una especie de limpieza interior, ponerse de acuerdo consigo mismo y trabajar de nuevo. Sospechaba que la República tenía necesidad para defenderse de hombres tan experimentados como él. No sería difícil hallar un empleo.

Había pasado la velada divirtiéndose con una picante comedia de Jardiel Poncela cuya protagonista era Rosita Díaz-Gimeno, superfamosa por su amores con el doctor Negrín y actriz de grandes recursos. Luego, entre tornar a su hotel o perderse en cualquiera de los numerosos refugios nocturnos de la ciudad, optó por deambular durante más de una hora a lo largo de callejuelas sombrías y empinadas, a partir de la plaza Mayor. Le gustaban aquellos rincones solitarios, los gruesos árboles silenciosos que parecían húsares enjaezados de guardia ante las casitas de piedra carcomida.

Cansado de pasear entró en aquella taberna que Hemingway le había mostrado unos días antes. Era más moderna y lujosa que La Colmena y empezaban a poblarla las colonias madrileñas de suramericanos, apátridas diversos y algunas profesionales del amor que solían encontrar allí clientela fija y poderosa. Una vieja dama bonaerense, vestida totalmente de negro, aporreaba hasta la madrugada un hermoso piano granate. Al compás de los tangos y de las milongas, su blanca cabellera recogida se balanceaba mientras una cadenilla de oro colgada del cuello iba marcando el ritmo. Su presencia en un rincón de la gran sala iluminada con luces de color rosado no sólo apaciguaba los ánimos de los clientes, sino que purificaba los negocios, endulzaba los amargores del comercio de la carne y, con las tristezas de la

música, tan rotundas, conseguía a veces expulsar de las almas otras tristezas menos efímeras.

Fabiani reconoció a Sim desde la puerta. Estaba sentada en la esquina opuesta al piano, vestida con un traje primaveral de tonos azules, mirando ensimismada el tecleo rápido de la dama de negro. Se acercó resuelto a ella y dijo:

—¡Pero si está usted aquí!

Conocía a demasiada gente, en medio mundo; tenía frecuentemente que esforzarse por olvidarla. Las manos de Sim moviéndose sobre un vestido deshecho, el gesto sumiso o entregado cuando sintió compasión de ella —porque entonces no se atrevía a compadecerse de sí mismo—, compasión en las fronteras de la ternura, y la expresó con un beso rápido, no se le había olvidado.

—¿Dónde ha estado usted todo este tiempo? Me hubiera gustado verla.

—Tampoco usted volvió por la casa de Aniceto, señor Fabiani.

—Por favor, no señor Fabiani: Cesare.

—Cesare. César.

—César: muy bien —dijo Fabiani—. De todos modos, la he buscado. Aunque no en su casa.

—¿Para qué me buscaba? —preguntó Sim con una pequeña sonrisa.

—No lo sé. Tal vez necesitaba hablar con alguien. Conozco a pocas personas en Madrid y en ocasiones tenía necesidad de compañía.

—¿No le gusta Aniceto? Es amigo suyo.

—No exactamente amigo; compañero de trabajo. Justamente compañeros de trabajo. Y a usted, ¿tampoco le gusta? Sim quedó silenciosa un momento, mientras algunos aplausos en sordina seguían los pasos hieráticos de la dama de negro, que se había levantado del piano. Luego miró al italiano y preguntó:

—Creí que podía gustarme, que era una solución. Ahora ya no. Se ha terminado todo.

—Eso implica que todo puede comenzar, señorita.

—Estaba sentada aquí pensando que el pasado no existe, hace un rato. Y también ayer pensé lo mismo —dijo Sim muy despacio—. Es una tontería olvidar el pasado o sentir angustia por él, o revivirlo. Resulta más provechoso decir que no existe, ¿comprende? Puede uno llegar a convencerse con un poco de esfuerzo. Tengo un amigo que…

—¿Sí? —preguntó Fabiani al advertir que ella no seguía hablando y tampoco lo miraba.

—Es un gran conocedor de las hierbas y me decía esta misma tarde que no conocía ninguna hierba para el olvido. Puedes matar algo, decía, pero no olvidarlo… Me dio mucha pena porque está muy enfermo. Es como mi padre.

—¿Y qué desea usted olvidar? A menos que lo haya olvidado ya, desde luego…

Sim tomó el vaso, bebió un trago largo y se puso a mirar sus manos. No quería responder a aquella pregunta. Con la cabeza un poco echada hacia atrás su mirada paseó lentamente por la sala rosácea, sin detenerse en parte alguna. Como si buscase allí un argumento para su silencio.

—No importa. Es mucho lo que todos debemos olvidar —Fabiani colocó una mano sobre las de ella y se sorprendió al advertir que la mujer, de una forma sutil, la retenía.

—Imaginé que lo sabía usted por Aniceto. Estoy aquí trabajando.

—¿Dice trabajando?

—Más bien intentando decidir si trabajo o no. He gastado mucho dinero en los viajes y no tengo para vivir…

Puesto que el italiano había conocido allí mismo el género de trabajo al que se refería, apenas dudó del significado elíptico de su explicación. Quedó mirándola entre sorprendido y algo incrédulo. Sim se echó a reír como si de repente hubiera recordado una historia muy graciosa.

—¡Bueno, César, pues ya lo sabes! Así me conoció tu amigo y ahora quizá vuelva al oficio. Éste es un buen lugar, ¿no te parece? ¿De qué puede vivir una mujer sola si no es de los hombres?

—Sí, comprendo —dijo Fabiani—. Sólo que, hace un momento, me decía usted que el pasado no existe. ¿Para qué repetirlo entonces?

—¿Para qué repetirlo? —dijo ella como un eco. Pero todavía su boca grande estaba abierta en una sonrisa.

—No se trata de volver atrás, sino de empezar de nuevo.

—A mucha gente le gustaría ser de una manera distinta a como es, pero no puede evitarlo.

—Tal vez porque nadie les ayuda —dijo Fabiani.

—¡Pero a mí quieren ayudarme muchas personas! Don Enedino, el sabio de las hierbas, por ejemplo. Y mi hermano, que está empeñado en que trabaje con él. Y mi madre, desde luego. Y Aniceto también, vaya.

—No con suficiente entusiasmo, ¿verdad?

—No sé. Es mía la culpa. O de nadie —dijo Sim—. Cuando no se ama, se odia. Nadie puede ser indiferente.

—Parece un enigma. ¿Quieres que lo adivine?

—Prueba.

El *commendatore* Cesare Fabiani chascó los dedos para atraer la atención del camarero y pidió nuevas bebidas. Tomó el vaso de la mujer y se lo colocó en la mano con una sonrisa cándida. Hizo un gesto para que bebiera y después rozó su barbilla con un dedo, como si estuviese quitándole una mota de polvo. También para él no existía el pasado. ¿Cómo iba a ser posible, si no, vivir con él en la memoria,

aguijoneando noche y día su corazón?

—Alguien a quien te gustaría amar —dijo— no lo merece. O no lo permite. O no existe.

—Has acertado: no existe. A la tercera has acertado. Eres muy listo, ¿eh?

Fabiani la miró de cerca, con la pretensión de desgajarla de la luz absurda del café: sonrió y volvió a tocarle las manos. Eran unas manos cortas y delgadas, tan calientes que parecían húmedas. Ella existía realmente.

Sim no se movió, porque aquel juego de acertijos reavivaba algo que no deseaba vivo, le atraía algo que deseaba mantener muy lejos. ¿O era posible no amar ni odiar? ¿Era posible la indiferencia? Únicamente en la locura, tal vez. En otro tiempo él se había levantado como un campo de mies azotado por el viento y había dicho aquello: «Ya he amado bastante, ahora voy a odiar». No se refería entonces a su mujer, no se imaginaba que pudiera ser posible, pero al cabo de tantos años ella creía que formaba también parte del cupo. Y Manolito, incluso. Todo el mundo asolado por un odio difuso y bronco como un aguacero.

Cuando volvió a verlo, más delgado e indigente que nunca, no se leían en sus ojos ni el amor ni el odio. Hasta le sonrió al reconocerla, pero como si se encontrara ya en un planeta lejano. No obstante su aspecto lamentable, estaba mucho mejor que en las fotografías de los periódicos en que ella lo había reencontrado. Flanqueado por dos guardianes no parecía sentirse incómodo, furioso o desdichado. Cuando juzgó que los vigilantes no le oían, dijo con una lucecilla de júbilo en los ojos:

—No te preocupes, mis amigos me sacarán de aquí.

—Pero, Ramón, ¿dónde estabas?

Hizo una mueca que Sim conocía de sobra, la misma que antaño había visto cien veces cuando llegaba tarde a casa: «¡Bah, por ahí!» Y esa mueca familiar rompió un dique tras del que ella había estado conteniendo años de esperanza y de lágrimas, y mientras se echaba a llorar («estoy llorando como una tonta, fíjate»), se dio cuenta al fin de que aquel hombre nada tenía que ver con ella, era tan extraño como otros hombres a los que había conocido, porque no era el mismo que creía recordar. No amaba a aquel hombre, sino a un recuerdo imposible acuciado por su soledad y sus fracasos. ¿Por qué se había lanzado rápidamente al tren para correr a consolarlo, a abrazarlo? Perseguía un fantasma ante el que ahora se encontraba, ya sin curiosidad, sin vida.

—No me escribiste nunca —dijo.

—Ya, ya. Estábamos luchando.

—No me escribiste, y el niño…

—¿Cómo está el chico? —preguntó Ramón arrastrado por un impulso superior a sí mismo.

—Muy grande —dijo Sim con una vacilación—. Está tan grande como tú.

—¿Le has dicho que fui yo?

—No sabe nada.

—Pues se lo dices. Algún día ganaremos.

—Se lo diré, Ramón. ¿Quieres algo más? —preguntó Sim.

—Sí, mira: tienes que buscar a Juanjo para que venga a verme. Que no tema, que nadie lo conoce. Se lo dices para que venga.

Le susurró la dirección, pero cuando Sim encontró la chabola de chapas, Juanjo no estaba allí. Era el último favor, el último pensamiento que le dedicaba. Tardó nueve días en encontrar a los amigos de Ramón y darles su recado. Por ellos supo que estaban ya intentando liberarlo de la cárcel, que seguían trabajando, y si no acudían a la cita en la prisión era precisamente para no levantar sospechas. Algún día lo sacarían de allí para llevarlo a México.

—Nos ha hablado de usted, sobre todo cuando estábamos en las minas —dijo Juanjo.

—Es un buen hombre, sí.

Las compuertas de tantos días de sufrimiento estaban abiertas ya para siempre. Ramón rodaba como un torrente hacia los mares del olvido. Sólo comprendía ahora que aquello había sido para ella como un agarradero, un modo absurdo de conservar a Manolito junto a ella. Pero todo acababa de romperse ante la inocente mirada del que, al margen de sus papeles de divorcio, había sido su marido hasta aquel preciso instante, una mirada llena de pureza porque tal vez estaba seguro de cuanto veía a su alrededor, de la vida que tenía delante. No le había preguntado por ella misma: qué había hecho, cómo y dónde vivía, por qué llegaba hasta él cuando le habían condenado a tan larga pena, de qué medios se había valido para lograr visitarlo… Tan sólo quería saber si su hijo se sentía orgulloso del padre y si le habían dado para ello las razones que él consideraba suficientes.

Aunque sus amigos consiguiesen arrancarlo de la cárcel, aunque Ramón la llamase, Sim estaba segura de que no volvería a pensar en él. Tan sólo lamentaba haberse mentido durante tanto tiempo. El viaje hasta Barcelona había sido ciertamente muy duro, pero al menos acababa de aprender que ya no amaba a aquel ser con el que en realidad apenas había convivido.

—¿En qué piensas? —preguntó Fabiani ofreciéndole otra vez el vaso lleno.

—¿Quieres emborracharme?

—No lo necesitas. Estás empezando a vivir y yo soy el primer hombre que encuentras en el mundo. ¿Sabes quién soy? —preguntó Cesare casi tocándole las sienes con los labios—. ¡Soy un terrible agente fascista que se dispone a asesinar a Churchill y luego se encargará de Stalin y del Papa y por fin se ocupará de una mujer que no quiere emborracharse!

—¿Y qué harás con ella?

—Secreto de Estado —dijo Fabiani; y en seguida—: En fin, tal vez la lleve a bailar.

—¿Esta noche? ¿A estas horas?

—Cualquier noche.

—Espero que acepte tu invitación.

—Naturalmente que sí, ¿verdad?

—Seguro —dijo Sim.

—Sólo que habrá que ser muy precavido. No deberán vernos los espías del Vaticano.

—¿Quiénes? —preguntó Sim con auténtica sorpresa.

—Me refiero a los obispos y otros monseñores.

—¡Ah! No te preocupes por él. Está muy nervioso con sus negocios. Nos esconderemos.

Tampoco era una gran traición, después de todo. Sin embargo, le daba algún reparo presentarse ante Aniceto Ortuño, si es que volvía a verlo alguna vez, después de haberse adueñado de su mujer.

—¿De verdad no le quieres? —preguntó; era la última cortesía hacia el hombre que, aun a regañadientes, le había ayudado.

—De verdad.

—Pero él tiene mucho que darte —insistió por última vez.

—No lo que yo necesito —dijo Sim—. Y los que nunca hemos tenido nada, podemos muy bien pasarnos sin cualquier cosa. Son las ventajas de andar por ahí como yo he andado, las ventajas de la guerra.

Empezó a sonar nuevamente el piano granate. La dama del pelo blanco desgranaba imperturbable sus acordes machacones y quejosos. A pesar de la hora tardía, el café estaba lleno. La gente hablaba en voz baja, como si la música creara una atmósfera de religiosidad y recato. Cesare Fabiani intentaba bucear en el pozo profundo de la mujer que a su lado lo miraba con enormes y oscuras pupilas. Había conseguido que riera y al oído continuaba gastando bromas acerca de sus relaciones con Aniceto, porque de ese modo eludía aquellos recuerdos que durante mucho tiempo aún amenazarían con atormentarla. Y los suyos propios, afín de cuentas.

—¿Hiciste aquí la guerra, con nosotros? —preguntó Sim.

—En las brigadas —dijo Fabiani.

—¿Y por qué te has quedado?

—He vuelto, a decir verdad.

—Sí, ¿y por qué?

—A buscarte.

Ella agradeció con un gesto aquella mentira. Fue a beber de nuevo, pero dejó el vaso en su sitio. No necesitaba esperar más, esperar a nadie. Quedó en silencio

mientras la música le martilleaba insistente en las venas y de pronto se dio cuenta de que Ramón, unido al ineluctable cortejo de todos los otros, había dejado de existir y con él todo un sueño demasiado largo.

—¿Puedes llevarme a casa? Estoy harta de esta música —dijo.

Cesare Fabiani pagó las bebidas y pasó un brazo por sus hombros al cruzar la puerta. El poderoso árbol plantado en el centro de la plazuela despedía un frescor leve y perfumado. Era una noche caliente y limpia: el cielo estrellado parecía muy lejos, inaccesible y mudo. Sim dejó caer la cabeza hacia la del italiano y luego se desprendió de él y echó a correr por el centro de la calzada. Fabiani la perseguía con los brazos abiertos. Se le cayó el sombrero en la carrera.

—¡Eh, que vas a escaparte como la otra vez!

—¿Cuándo? —preguntó ella a gritos.

—¡Vaya!, se me ha olvidado. ¿Cómo te llamas en realidad, Sim?

—Te ibas a reír si te lo dijera.

27

HABÍAN PASADO toda la tarde deambulando por las calles con pancartas, interrumpiendo el tránsito y voceando contra Besteiro, contra los fascistas, contra don Indalecio Prieto, Largo y los demás ministros. Los asaltos y la Guardia Republicana se habían situado en las aceras y miraban con sosiego el paso de los manifestantes comunistas. No pasaban del millar, jóvenes en su mayoría, pero armaban tanto alboroto como un millón. Enarbolaban banderas rojas y cantaban con cierta coherencia los antiguos himnos para darse confianza.

De todas maneras, no había sonado un disparo. El gobierno había ido recogiendo minuciosamente todas las armas ocultas desde la guerra y resultaba más difícil comprar una escopeta en las armerías que conseguir cigarros habanos.

Elegido, fuera de toda provisionalidad, Besteiro como presidente de la República, quedaba Prieto confirmado en cargo de primer ministro y don Inda no había contado en su gabinete con la colaboración de los comunistas. Muy claramente había explicado que no por desconfianza hacía los líderes españoles del partido, sino por el abstencionismo sospechoso de Stalin ante los avances alemanes. No deseaba en modo alguno que su gobierno tuviera algún género de implicación con lo que estaba ocurriendo en Europa, y menos si esa connivencia favorecía a los nazis.

La huelga de media jornada laboral y la subsiguiente manifestación habían sido convocadas por los comunistas y, después de algunas batallas dialécticas con otras facciones paralelas, se contentaron con salir solos a la calle. Nadie podía olvidar entre las izquierdas la postura soviética frente a Hitler.

—¡Anarquistas burgueses!

—¡Trotskistas traidores!

—¡Socialistas fascistas, enemigos del pueblo!

Las voces se habían ido acumulando en torno a la Puerta del Sol. La reorganización ministerial provocada por las elecciones generales había dejado en vía muerta a gran número de políticos o militantes que se habían destacado durante la guerra y no habían logrado mantener su prestigio en la paz. Santiago Carrillo era uno de los rezagados más notorios; las protestas frente a la Dirección General de Seguridad, que efímeramente había ocupado, repetían su nombre sin fatiga. Prieto lo había enviado como embajador a Moscú y los últimos reductos del comunismo se estaban resquebrajando. Desaparecida la figura fiel de *la Pasionaria*, los errores de Stalin respecto a España se mostraban más patentes que nunca. Los grandes líderes militares comunistas —Líster, *el Campesino*—, todo lo que quedaba del glorioso Quinto Regimiento, aun considerándose comunistas, habían dado la espalda a Moscú e intentaban montar una organización nueva, netamente española y lo más alejada posible a los devaneos rusos. También ellos temían a Hitler.

Ahítos los manifestantes de gritar, fueron retirándose en grupos reducidos hacía las afueras de Madrid. No habían logrado nada, cosa que tenían ya prevista, pero al menos se sentían contentos de haber mostrado su desacuerdo con un gobierno que tan mal pagaba los servicios prestados por el comunismo. Que tan mal pagaba a sus dirigentes, para ser precisos, ya que el gobierno de Prieto había acometido por fin una serie de reformas pedidas tanto por comunistas como por socialistas. La tan ansiada reforma agraria, las nacionalizaciones de compañías extranjeras y de numerosos centros económicos y de producción hasta entonces en manos de las grandes familias capitalistas españolas, satisfacían por igual a unos y a otros, al margen de los resultados, adversos a los comunistas, de las elecciones. Estaban pagando las depuraciones y las muertes cometidas durante la guerra sobre los otros grupos izquierdistas del pueblo español tanto como el desprecio de Stalin por su lucha antifascista.

Había anochecido ya cuando el centro de la capital volvió a recobrar su habitual calma. El verano se había ido debilitando progresivamente y empezaban a soplar vientos frescos. Comenzaba en Madrid la más hermosa y agradable de las estaciones. Los árboles más viejos amarilleaban sutilmente y las masas de gordas nubes cruzaban el cielo por delante de una luna brillante y limpia.

Alejo Rubio había terminado de comprobar la iluminación del merendero al que

había sido llamado para tomar una fotografía del grupo allí reunido. Un enjambre de inquietos mosquitos entrechocaba y ensombrecía las polvorientas bombillas colgadas del emparrado. Las aguas del río Manzanares, un bloque apenas móvil de lodo y desperdicios, exhalaban un olor corrompido que con la caída de la noche resultaba más desagradable y nítido.

—Bueno, cuando queráis. Que no voy a tirarme aquí toda la noche —dijo.

—A ver si nos sacas más guapos de lo que somos —pidió uno de los hombres.

—¿Cuántas copias os hago?

—Eso lo veremos después. Habrá que echar un vistazo a la foto, no te vaya a salir una mierda.

—Dicen que es el mejor fotógrafo de Madrid.

—Si no os calláis, me largo —dijo Rubio—. Que me están esperando en otro lado.

—Le está esperando una marquesa —dijo uno.

—Que ya no quedan marquesas. Será la mujer de un socialista ricacho, seguro.

—Eso sí —chilló otro.

Rompieron todos a reír. Era una veintena de hombres, la mayoría vestida con ropas de faena. Según habían explicado a Rubio, formaban el Comité Central del Partido Libertario del Manzanares, y todos los sábados, al salir del trabajo, se reunían a merendar en uno de los tenderetes del río, cerca de la ermita de San Antonio. Un asturiano de Cangas del Narcea los atiborraba de sidra y empanadas gallegas y luego se sentaba con ellos a jugar al tute hasta que las esposas de algunos de ellos aparecían a media noche gritando y tenían que disolver la reunión.

Se les había ocurrido celebrar el primer aniversario de la tertulia político–gastronómica con una fotografía, y para ello habían buscado al mejor fotógrafo de la capital. Ni Alejo ni los miembros del extraño comité se habían enterado de las manifestaciones de los comunistas o no se habían ocupado lo más mínimo de ellas. Por eso se sorprendieron mucho cuando una partida de hombres, semioculta entre las acacias, rodeó el merendero y una voz ruda exclamó:

—Son los cagones libertarios.

—¡Y tu puta madre! —gritó uno del grupo.

—Vais a pagar la muerte de *la Pasionaria* y la expulsión de Carrillo. ¡A ver, que salga el jefe con los brazos en alto!

La voz no parecía bromear y los hombres comenzaron a ponerse tensos. Alejo recogió rápidamente sus trebejos y se sentó en el extremo de un banco, junto a los demás.

—¿Y se puede saber quién lo manda? —preguntó el jefe del comité, un tipo de más de cincuenta años, grueso y fuerte, que estaba constantemente quitándose la boina para rascarse la cabeza.

—Vamos a mandar al cementerio a todos los compinches de Ramonet, por si queréis saberlo. Las vais a pagar todas juntas. Eso es lo que vamos a mandar.

Era otro el que hablaba con la voz menos segura y más fina. Estaba situado junto al rio, detrás de un macizo de adelfas cuyos racimos de flores blancas, un poco marchitos, parecían sobresalir del agua oscura. El merendero estaba efectivamente cercado, salvo por la parte de la explanada de tierra que moría en el malecón.

—Que se identifiquen —dijo uno de los libertarios a sus compañeros, pero tan fuerte que los otros pudieron oírlo.

—Aquí no hay más gárgaras que salir uno a uno con los brazos en alto. Y no quiero repetirlo más veces.

—Éstos vienen en serio —dijo Rubio. Y tontamente añadió para los sitiadores—: Ramonet no mató a *la Pasionaria*, palabra de honor. Me lo ha dicho el que lo hizo. Fue un fascista italiano.

—¿Y no serías tú ése? —respondió el jefe de los emboscados.

—Aquí estamos merendando y vamos a echar una partida de tute. Ese Ramonet no es de los nuestros.

—¡Claro, qué bien! Muy tranquilos, ¿verdad? Y a nosotros que nos parta un rayo. Ganamos la guerra y ahora ¿qué pasa?

—Ni puto caso —añadió el de la voz fina.

—Y al tirabombas cualquier día lo sueltan y se viene a merendar con vosotros. ¡Pues eso se va a acabar!

Casi al mismo tiempo que las últimas palabras, un canto rodado cayó sobre la mesa y destrozó una botella de sidra todavía sin abrir. El líquido se desparramó por entre los platos y los trozos de pan. Algunos libertarios se pusieron de pie.

—¡Hostias! —dijo el jefe—. Si queréis gresca, dad la cara. Que aquí tenemos dos pares cada uno, por si no lo sabíais.

—Muchos pares son ésos —gritó otro de los sitiadores.

Otras dos piedras vinieron de las sombras. Una de ellas destrozó un racimo de uvas casi maduras que pendían encima del mostrador.

—Oye, no arméis jaleo. Están cabreados. —Dijo el asturiano.

—¡Toma, y yo! —aseguró el jefe del comité.

Cogió una botella vacía y la arrojó con fuerza sobre las adelfas. Se oyó únicamente el chasquido de las ramitas partidas.

—¡Qué se rindan! —pidió una voz nueva.

—Rendirnos de qué, hombre. Dad la cara si sois tan valientes.

Los sitiadores decidieron al fin tomar el merendero al asalto y con la cara descubierta. Como obedeciendo a una orden precisa, varios hombres aparecieron en la zona iluminada, precedidos de un nubarrón de piedras, y comenzaron a golpear a los libertarios. Una segunda oleada los siguió. Iban armados con palos e incluso uno

pretendía luchar con las varillas de la pancarta que había enarbolado durante la manifestación. Se le rompió con los primeros golpes y sobre la mesa volcada brillaron unos momentos las letras «istas» escritas en rojo y la cabeza del martillo del emblema. El asturiano sospechó que las bombillas encendidas no ayudaban mucho a su negocio y entró en cuclillas detrás del mostrador para desconectar el interruptor general. Las aguas del río se tornaron negras de repente y las adelfas perdieron su tintineante esplendor; sin embargo, luces más lejanas y la luna permitían distinguir los brazos móviles de los hombres. Luchaban casi en completo silencio. De vez en cuando se oía el chasquido de un vaso que reventaba, el rodar hueco de las botellas por el suelo de tierra, las sillas astilladas.

Alejo Rubio se arrastró junto a la valla vegetal en dirección al rio; llevaba la cámara colgaba al cuello, pero le golpeaba en el estómago y en las rodillas; el precioso cuero de la funda se estaba rozando con la gravilla. Acurrucado vio cómo dos hombres se lanzaban puñetazos ciegos y de pronto sintió un golpe terrible en la cabeza. Cayó de lado; le habían dado un taconazo o un puntapié en la frente, muy próximo a la ceja derecha. Sintió la sangre caliente entre los dedos y ese contacto lo despertó del vértigo. Se puso de pie para echar a correr hacia el malecón. Algunos hombres habían rodado ya por él y estaban peleando en el agua fangosa. Mientras corría por el terraplén, rio abajo, hacia donde había abandonado la bicicleta, oyó cómo a los lejos estallaba una blasfemia y luego «la madre que te parió».

—Hijos de puta —respondió él entre dientes.

Era muy arriesgado retornar hasta la parte delantera de la pérgola, en donde permanecía su flamante vehículo apoyado en un árbol, así que continuó corriendo hasta encontrar un puente. Lo cruzó y se detuvo. Algunos madrileños paseaban por las aceras; lo miraron con sorpresa. Desde allí no se oía nada de lo que estaba ocurriendo en el merendero.

Alejo Rubio buscó una fuente del paseo de la Florida para limpiarse la herida. Con la palma mojada lavó también la funda de su cámara, que luego colocó en bandolera, y empezó a caminar hacia la estación. Le dolía mucho la frente y el pañuelo húmedo con que se la cubría no mitigaba su dolor. En los aseos de la estación se lavó nuevamente, golpeó las rodilleras de los pantalones, sucias de polvo, y consiguió restañar la herida. No parecía muy grande, pero le dolía horriblemente. Además, tenía las mangas de la chaqueta empapadas de agua.

En la cantina pidió una copa de coñac. Se sentó solo en una mesita de mármol para descansar de la carrera. Tardó un buen rato en comprender lo que había sucedido y se dijo que, al fin y al cabo, alguna vez tenía que ocurrirle. Su madre lo repetía a diario si se metía en jaleos, alguna vez iban a partirle la cabeza. Su madre siempre tenía razón al final.

Para desquitarse de la caminata tomó un taxi y pidió que lo llevara a La Colmena,

donde había quedado citado con Ernesto. Lo malo era que se iba a reír de él si le contaba lo sucedido, pensó que de un modo u otro tenía que enterarse y optó por reírse él mismo. Apenas le dolía la cabeza.

—Ha habido en el Manzanares un lío entre los comunistas y los libertarios —le dijo al taxista.

—Pues en Fuencarral se han pegado con los anarquistas. Yo mismo lo vi —dijo el chófer sin dar importancia al asunto.

De todo ello se tenían algunas noticias en La Colmena, aunque confusas y exageradas, como de costumbre. En tanto algunos mencionaban disparos y hasta muertos, para otros se trataba únicamente de reyertas sin importancia. El periodista Abilio Robledo, que desde su nombramiento como director de *Pueblo Socialista* apenas visitaba el café (decían que las muchachas le llegaban sin necesidad de acudir en su busca), aseguraba que no era sino un primer intento de los comunistas por actualizar su propia revolución, de un ensayo previo, de una puesta a prueba de los recursos del enemigo, en este caso del gobierno socialista. No quiso extenderse en esta hipótesis el periodista, porque al día siguiente pensaba plantearla con amplitud en su periódico, y dejó que los demás contertulios se perdiesen en sus conjeturas y temores.

Alejo se apartó del grupo y fue a sentarse junto a Ernesto, que departía muy animadamente con su colega Cesare Fabiani, mientras Aniceto contemplaba a uno y a otro sin intervenir en la conversación, con cara de aburrimiento.

—Ernesto, mira lo que me han hecho —dijo Rubio sin más preámbulos.

—A poco te dejan tuerto —opinó Ortuño.

—¿Quién te ha pegado? —preguntó Hemingway.

—Lo que pasa es que no lo sé. Apagaron las luces y me dieron una patada. Fue un comunista o un libertario, eso seguro.

—Déjame ver —dijo Ernesto. Se levantó de la silla y se inclinó sobre su amigo; le sujetó el rostro y estuvo un momento mirando la herida de cerca.

—No es nada. Bébete un coñac y se te pasa.

—Ya me tomé uno en la estación.

—Pues otro, venga.

Ernesto tornó a sentarse y pidió la bebida para el fotógrafo y para ellos tres. Doña Rosa en persona recogió el recado, lo que no era menudo honor. La dueña de La Colmena había engordado mucho después de año y medio de paz y se había enriquecido de tal modo que raramente abandonaba su silleta, junto a la caja de los cobros, para ocuparse de los clientes. Pasaba las horas guardando el dinero y anotando ocasionalmente direcciones a las que enviar a sus chicas. Ganaba mucho más con ellas que con los cafés y licores, rótulo oficial de su negocio.

Cuando el camarero depositó las nuevas copas, después de haber retirado las vacías y pasado el paño sobre el velador, dijo Hemingway:

—No me extrañaría que entrasen, no.

—¿Quién va a entrar? —preguntó Alejo.

—El señor Fabiani estaba hablando de los nazis. Ha pasado una semana en Francia y dice que van a meterse también aquí.

—Los ingleses les están parando los pies —dijo Rubio.

—Por eso —dijo Fabiani.

—¿Cómo por eso? —preguntó Aniceto.

—Les derriban los aviones como moscas —Cesare Fabiani golpeó el aire como si las moscas estuviesen allí—. En poco más de cinco semanas han perdido un millar. Han echado todas las bombas que han querido, pero los ingleses no se dan por derrotados, ni mucho menos. Los ingleses no permitirán nunca que nadie ponga el pie en sus islas. Y ellos mismos siempre han hecho las guerras lejos de ellas. Son como los americanos. Todas las guerras que usted quiera —el *commendatore* se dirigía a Hemingway—, pero ojo con meterse en nuestra casa. Ya puede Hitler ordenar que se arrojen al mar todos sus soldados. Y los civiles también. En Inglaterra no van a entrar nunca, eso puede usted jurarlo.

—Sí, también juraban eso los franceses —dijo Ortuño.

—¿Los franceses? Apuesto a que los mismos italianos los vencían sin esfuerzo. Los franceses han perdido siempre. No es lo mismo. —Alejo estaba pensando en el general Castaños.

—Y dicen que han llegado hasta la frontera. Que te asomas en Irún y ves allí a los alemanes con sus cañones y todo —dijo Aniceto.

—Allí están, allí.

—Pero ¿usted los ha visto?

—Y he hablado con ellos.

—¿De verdad se parecen a los falangistas? —preguntó muy interesado el fotógrafo.

—Un poco más grandes. Y rubios. Y además son mucho más numerosos. También gritan menos; nosotros los latinos gritamos mucho.

—Pero arrean de firme, ¿eh? —preguntó Ortuño.

—Figúrate —dijo Rubio.

—En las fotos se les ve siempre muy grandes, sí —dijo Ortuño.

—Bueno, las fotos pueden engañar. Yo puedo hacer que un enano parezca gigante.

Ernesto sonrió. Alejo no permitía que nadie se metiese en su terreno. Era muy mirado para esas cosas.

—¿Y se lo creyó Zugaza? —preguntó a Cesare Fabiani.

—¡Vaya si se lo creyó! Porque no era yo el primero en ir a contarle la historia… Tiene informes de medio mundo que le están diciendo lo mismo. Claro que informes oficiales, de Embajadas. Nadie lo había escuchado de primera mano. Nadie había estado tan cerca para preguntar.

—¡Chico, eso es estupendo, palabra! —dijo Ernesto.

No se refería a la noticia, sino a la propia aventura que implicó conseguirla. Cesare Fabiani, que por fin había logrado un pasaporte argentino a nombre de Enrique Neves, había empezado su carrera de espía en contra de los nazis y a favor de nadie. Recogía informaciones y las depositaba allí donde se las pedían. Ernesto consideró que era una lástima trabajar para nadie y un día lo arrastró al despacho del ministro de Estado, Julián Zugazagoitia, y allí mismo consiguió que su colega se convirtiese en Enrique Neves y tuviera un lugar al que llevar sus informaciones. Fabiani no era, desde luego, el Salvatori del atentado a *la Pasionaria* (Hemingway se negó rotundamente a que lo confesara), sino el ex brigadista sin rumbo que lo sabía todo, había estado en todas partes y ahora comenzaba a husmear en los negocios de los alemanes por si ello fuera de utilidad a la República española.

Se habían hecho rápidamente amigos. A Ernesto le apasionaba aquel continuo riesgo del italiano, cuya historia escuchara durante su primera noche al arrullo del piano bonaerense, y sólo comprendía su repentino cambio en razón de que eso favorecía a los españoles. Un aventurero como Fabiani —pensaba— no debía plantearse jamás problemas morales. Así se lo dijo.

—¿Nunca te los planteas tú? —había preguntado el espía.

—En fin: algunas veces.

—Hay cosas que no pueden ser siempre un juego.

—Eso es, eso es —había dicho Hemingway, un poco avergonzado de sí mismo, y como si aún dudara.

El ministro Zugaza quedó en seguida admirado de los conocimientos de aquel vagabundo. En media hora lo puso al corriente de los proyectos más escandalosos de Mussolini y en quince minutos le demostró que Franco no volvería a rebelarse, pues no contaba con el apoyo de los falangistas y tampoco de sus antiguos aliados. Probablemente se sentía tan hondamente derrotado que sólo deseaba morir en paz lejos de toda aventura bélica. Más tarde, Fabiani envió un informe detallado de las actividades e intenciones de algunos otros militares facciosos, y a los pocos días tuvo que cambiarse de hotel porque se llamaba Neves. Se mudó al Florida.

Lo primero que hizo, después de comer con Hemingway, fue pedirle dinero a Ortuño y entrar en Francia por la frontera catalana. A los cinco días sentaba plaza en París como capitán del ejército italiano. Ernesto no terminaba de creer que un hombre como aquél, tan pequeño, tan modesto, tan elegante, pudiese moverse por el mundo como si el mundo fuera suyo; pudiera cambiarse de piel a voluntad y lograse siempre

enterarse de aquello que quería saber.

—Cuando vengan los americanos —le había dicho—, te presentaré al general que los mande para que te contrate. Puedes hacer una gran carrera con nosotros.

—Prefiero seguir aquí.

—Pues no creo que vayan a atreverse —dijo Rubio.

—¿Y qué van a hacer cuando los ingleses acaben con sus aviones? —preguntó Fabiani—. Hitler quiere conquistar el mundo, no quedarse en Francia. Además, si no puede entrar en Londres, intentará apoderarse de Gibraltar. Y para llegar a Gibraltar hay que pasar por aquí.

Aniceto Ortuño dijo en voz baja algo que nadie entendió.

—¿Cómo? —preguntó casi a gritos Alejo, al que dos copas de coñac ponían de excelente humor.

—No —dijo Ortuño con voz casi inaudible—. Que Radio Berlín está todo el día diciendo que nos van a invadir. La Primo de Rivera decía la otra noche que muy pronto nos hablaría desde Unión Radio. Quiere formar una Quinta Columna para darles la bienvenida.

—Y nos van a pillar dándonos puñetazos en las tascas —dijo el fotógrafo repentinamente deprimido, porque sentía de nuevo las punzadas de la herida.

—Tienes que enterarte de cómo anda esta Quinta Columna —dijo Ernesto muy serio al italiano—. Entérate bien y que la desmantelen a tiempo.

—La policía ya lo sabe.

—¿Y quién te lo ha dicho a ti? —preguntó Aniceto.

—La policía.

—Ah, bueno.

—Oye, Ernesto, que yo no he cenado —dijo Rubio—. Voy a pedir un bocadillo.

Hemingway gritó inmediatamente para que se acercara el camarero. Algunos parroquianos, nuevos sin duda en el café, volvieron la cabeza. Los otros conocían ya los modales del americano y no se sorprendían. Como parecía ser norma personal, pidió bocadillos para todos, aunque Fabiani, Aniceto y él mismo habían cenado en un restaurante de la calle de Quevedo, después de cerrada la tienda del anticuario. Puesto que sólo Alejo tenía realmente hambre, comió los bocadillos de los otros después de haber acabado el suyo.

Dos de los ventanales de La Colmena estaban abiertos de par en par, lo cual no impedía que el humo del tabaco se hubiera acumulado en el interior y el ambiente fuera tan irrespirable como en invierno. Ernesto aseguraba que era debido al pésimo tabaco que se fumaba en España, pero Fabiani lo encontraba fuerte y sólido.

—Éste ahora todo lo encuentra bueno aquí —dijo Ortuño.

—Hay cosas que no. Los museos me resultan vacíos…

Solamente el monseñor comprendió lo que quería decir. Ernesto estaba arrugando

la nariz a causa del humo y luego se frotó los ojos.

—Pues no me alcanzó una piedra de milagro —dijo Rubio tocándose los bordes de la herida—. Una le pegó a un racimo de uvas y no quedó ni una sana. Los tíos tiraban a dar. Ya verás cómo mañana aparecen tres o cuatro muertos a golpes o ahogados en el barro del río. Es que no se puede vivir así…

—Si estuvieras encerrado en tu estudio no te pasaba eso —dijo Ortuño.

—Se aburre uno mucho esperando a los clientes. ¿Sabes lo que he pensado, Ernesto? Que voy a empezar a trabajar en un periódico. Si no te hago falta, me meto en un periódico y vendo el estudio.

—Más que venderlo, deberías llevar a tu madre a vivir allí.

—¿Cómo sigue tu hermana? —dijo Aniceto.

—¡Mi madre en aquel barrio! Se muere de pena. A ella le gusta hablar con las vecinas, sentarse en la calle al sol. Seguro que no quiere.

—Cuando lleguen los alemanes no van a salir a la calle ni los perros —dijo Ernesto.

—Tu hermana…

—No sé por dónde anda —dijo Rubio—. Ésa no quiere volver a casa después de lo de su marido. Andará con otro por ahí.

—Yo le tenía mucho aprecio —dijo Ortuño.

—No, eso sí, pero ya la conoces. Qué quieres que haga yo. Ni me escucha cuando hablo. Ella tiene su forma de vida y no hay nada que hacer. Allá ella. ¿Y qué va a hacer el gobierno cuando tenga a los alemanes en la cocina? —preguntó a Fabiani.

—Tanto como eso no sé yo…

—No quiere decírnoslo. ¿Cómo va a contarnos un secreto como ése? —chilló Hemingway abriendo los brazos para desperezarse. Luego se puso de pie y dio algunos pasos hacia la mesa pegada al ventanal—. Abilio, ¿qué va a hacer el gobierno cuando lleguen los nazis?

—Dimitir —contestó Robledo—. Pero podía hacerlo antes y todos quedarían contentos.

—Se largarán todos a Londres —opinó alguien desde una mesa vecina.

Algunas carcajadas siguieron a la explicación de Robledo. Había que hablar muy bajo en La Colmena si se quería que los demás no interviniesen en las propias conversaciones. Y Hemingway sólo lo hacía cuando estaba replicando a Fabiani. Desde el mismo ventanal, la cabeza inclinada hacia el exterior, se volvió a sus amigos:

—¿Por qué no nos vamos de juerga antes de que lleguen? —preguntó.

28

LLEGARON EL DÍA VEINTIDÓS de octubre, al amanecer.

Alejo Rubio estaba aún dormido cuando subió el marido de la portera, un comunista barrendero nocturno, y se puso a aporrear la puerta para darle la noticia. No había dado tiempo a conectar los aparatos de radio y los periódicos de la mañana, recién salidos de máquinas, hablaban todavía de «amenazas absurdas», de «la proximidad del lobo», de las «bravuconadas nazis». Como era habitual en ellos, los alemanes habían declarado la guerra a España media hora antes de cruzar la frontera, de modo que incluso algunos miembros del gobierno no habían tenido posibilidad material de enterarse.

—¡A las armas, a las armas! ¡Ya están aquí! —gritaba el portero dando traspiés por la escalera.

—¿Quién? ¿Quién?

—¡Los fascistas! ¡Vienen los falangistas con Franco!

Amodorrado por el sobresalto, creyó Alejo que se trataba de una nueva sublevación militar. Como si se tratase de una prenda, se colgó al hombro la máquina fotográfica después de haberse puesto la chaqueta y entrevió a su madre, que estaba ya en la cocina, vestida con un camisón blanco y acercándose a la ventana del patio de luces. No se escuchaban más que voces lejanas de una vendedora de leche y murmullos confusos. Rubio levantó una mano para decir adiós a la vieja y echó a correr por las escaleras. Había dejado entreabierta la puerta de su casa.

En seguida supo que esta vez eran los alemanes. A las cinco de la madrugada aproximadamente —alguien decía que a las tres— había cruzado la frontera de Hendaya una larga columna de tanques seguida por miles de soldados. La Puerta del Sol había comenzado a llenarse de gente, como en el día lejano de la proclamación de la Niña Bonita; los asaltos habían comenzado a dar órdenes y empujones para evitar que los curiosos penetrasen en la Dirección General. Muchos de los que allí se agitaban no se habían acostado aquella noche, venían del trabajo o de los últimos bares abiertos, y sabían más que los otros de cuanto acababa de ocurrir, aunque sus noticias procedían antes de los temores colectivos que de sucesos comprobados.

Lo que más sorprendía a Alejo era que los soldados acantonados en la frontera no hubiesen opuesto más que una resistencia simbólica a las tropas alemanas. Ya había circulado por Madrid el rumor de que el general Miaja les había dado semanas atrás la orden de rendirse sin lucha en caso de una invasión. Nadie lo había creído, pero ahora parecían confirmarse las habladurías.

—¡Queremos armas! ¡Queremos armas!

Un grupo de panaderos, ojerosos y pálidos, vestidos con monos blancuzcos, gritaba hacia el edificio silencioso y hermético. Los guardias miraban con las armas a

punto, pero sin avanzar sobre ellos, impidiéndoles tan sólo acercarse demasiado.

Alejo comenzó a tomar algunas fotografías y, después de preguntar a varios que lo rodeaban, decidió que allí no había gran cosa de interés y se encaminó al hotel Florida. Hemingway o el espía Fabiani habían de conocer sin duda las últimas y más veraces informaciones.

Durante las últimas semanas, Cesare había sido un periódico oral para él, para Ortuño y para el mismo Ernesto. Conocía los pormenores de la batalla de Inglaterra como si hubiera participado en ella y reflejaba los pensamientos del Führer con la claridad de los propios. ¿Inventaba cuanto decía o disponía de un espíritu misterioso que le brindaba toda suerte de secretos? Supo, incluso antes que los ciudadanos alemanes, hasta qué punto el asalto a las islas británicas había sido un fracaso y opinó que jamás los nazis conseguirían apoderarse de Londres. ¿Qué iban a hacer, entonces?

Aproximadamente lo que estaban haciendo. Con Francia dominaba y bien guardadas las espaldas por los rusos y los flancos por austríacos e italianos, vencida la resistencia de Checoslovaquia y Polonia, sólo podían entregarse a los placeres de una victoria mediocre o proseguir su avance por el único lugar que les era factible. Cesare Fabiani, como si formase parte del Estado Mayor de Hitler, no se cansaba de explicar de qué manera los ejércitos del Eje renunciarían a echar raíces en París. Después de las borracheras de champán, después de haber eliminado a los judíos y aprovechado los favores de las muchachas colaboracionistas, no tenían más remedio que seguir. ¿Seguir hacia dónde? Los aviadores ingleses, con un valor insospechado, les cerraban el paso. Mussolini, su buen aliado, estaba dando los últimos toques a la invasión de Grecia desde Albania. Así pues, el único camino que les quedaba conducía a África y tal camino pasaba por España. Naturalmente, los informes del señor Neves habían resultado muy útiles, más desde luego al gobierno que al fotógrafo Rubio. Según investigaciones oficiales, los nazis no tenían en principio ningún interés en adueñarse de España —la tajada se reservaba a los italianos—, en destrozar España, sólo establecerse en ella como en una fonda, instalar su armamento pesado en los umbrales de África, destruir las defensas inglesas de Gibraltar y cerrar el Estrecho.

Evidentemente, no iban a cruzar el país sembrando parterres de flores y poniendo adoquines en las calles, cantando canciones de amor a las viudas y ofreciendo ropa a los desheredados. El gobierno sospechaba que empezarían liberando a los últimos fascistas detenidos y encerrando en el mismo lugar a los políticos y militares más notorios. Girón y sus *maquisards,* bien emparedados desde el invierno tras las murallas que cobijaran después de la guerra a un bando de mujeres de fortuna, volverían a la calle. No sería muy extraño que Franco en persona acompañase a los invasores al mando de sus huestes diseminadas en el exilio para formar un gobierno

fantasma sometido al Führer.

Ante tales perspectivas, Fabiani había recomendado al ministro Zugazagoitia que el gobierno hiciese lo mismo que los otros gobiernos de Europa habían hecho, es decir, refugiarse en Londres para aguardar allí la sucesión de los acontecimientos. Alemania había perdido ya una guerra mundial. Era cuestión de paciencia.

—¡Pase, pase! —gritó desde el interior de su habitación.

Al abrir la puerta Rubio, encontró al italiano tumbado en la cama, vestido y aseado, hablando por teléfono. Hizo caso de sus ademanes, que le indicaban se sentase, y esperó con la espalda apoyada en una mesa abarrotada de papeles. Fabiani debía de estar hablando con algún personaje oficial, ya que lo trataba con mucha deferencia e insistía suavemente para que atendiese sus opiniones. Permaneció hablando durante diez minutos y luego, mientras colgaba el auricular, dijo sonriendo:

—No he desayunado. ¿Quieres un café?

—Tampoco yo —dijo Rubio—. Salí corriendo cuando me enteré de la entrada de los alemanes. ¿Es cierto que han entrado?

—Ya han sobrepasado San Sebastián. Vamos a desayunar abajo.

—¿En serio?

—Llamaremos a Ernesto para que nos acompañe —dijo Fabiani.

Pidió el número a la telefonista y esperó un rato hasta que Hemingway descolgó. Entrecortada y brevemente le explicó lo que estaba ocurriendo. Ernesto la interrumpía y hacía preguntas antes de haber escuchado la respuesta anterior.

—¿Sabes lo que dice?

—Los muy hijos de puta —dijo Rubio.

—Exactamente —el italiano le dedicó una brillante sonrisa—. Pero ya se está levantando de la cama para venir a desayunar con nosotros. En cinco minutos estará listo. Podemos esperarlo abajo.

El comedor del hotel estaba casi vacío a esas horas. Los escasos viajeros o residentes dormían aún, ajenos a la tensión que comenzaba ya a flotar por las calles. Fabiani y Alejo se sentaron ante una mesa retirada y pidieron un café solo en tanto llegaba su amigo. Cesare no se mostraba preocupado o inquieto. Elegantemente vestido, con el cabello peinado hacia atrás y una vistosa corbata verde, parecía ataviado para una fiesta. Se sirvió una abundante ración de azúcar, casi tan negra como el propio café, después de retirar de cada cucharilla los hilos de los sacos que entreveraban los gránulos, y revolvió lentamente el líquido.

—No me has dicho una palabra de la amiguita de Robledo —dijo como si la cuestión le interesase muchísimo.

—Pues no hay mucho que decir.

—¿No mucho? Si dejó que le retrataras desnuda, también te dejaría que cobraras tu trabajo. Es lo normal.

Alejo Rubio dirigió los ojos a su taza de café y quedó en silencio. Al parecer, todo Madrid conocía ya su aventura con la famosa amiga del periodista, que después de ser públicamente repudiada por éste intentaba encontrar nuevo acomodo en alguna parte. La fotografía de Rubio había corrido de mano en mano como la propaganda más eficaz, y quienes conocían al artista sabían también la parte que había tenido en el asunto. La bailarina Susana, cuyos pechos habían alcanzado en los últimos meses renombre nacional, había salido de La Colmena del brazo de Alejo, muy derecha y sofisticada, susurrando a gritos que deseaba una foto de cuerpo entero, pero de cuerpo entero. Alejo a su lado parecía más encogido que nunca, con la joroba hinchada como un globo.

—En realidad —dijo Rubio— no me gustaba demasiado. Ha pasado por muchas manos, ¿comprendes?

—De todas maneras, cualquiera le hubiese echado una mano más…

—Pero a mí no me…, no me atraía. Eso es. Hay que tener en cuenta… En fin, no me gustó.

Tampoco ella, no. Las dos portentosas manzanas, que más parecían melones en sazón, no le habían alterado el ánimo lo más mínimo. Ni tampoco los muslos musculados ni el vientre un poco salido ni el vello oscuro y rizado que ante las cámaras ella destacaba por el procedimiento de simular ocultarlo con la mano. Se había fijado en todo ello con mucha atención, se había fijado en la luz que allí se derramaba, y luego intentó sacar fuerzas de flaqueza, esforzarse un poco más, pero sentía el cuerpo vacío, deshinchado, abúlico, como dormido. Incluso tocó aquí y allá para mejorar la postura; ella se dejaba tocar con risitas. Susana dijo «picarón», lo recordaba muy bien; «¡ay, qué picarón!», pero Alejo se hizo el digno, se hizo el profesional cuando supo que no le quedaba otro remedio, grabó la foto y no pidió pago alguno por su trabajo.

—En el retrato está muy favorecida por la cuestión de luces —dijo a Fabiani—. Tuve que ensayarlo mucho. Un fotógrafo menos experto la habría mostrado tal cual es y entonces me darías la razón. Es todo teatro y pintura.

—Ya, hombre, pero… —dijo el italiano.

—Vista en cueros no atrae mucho, no. Aunque parezca mentira.

Fabiani ignoraba las anteriores experiencias del fotógrafo y optó por darle la razón. De sobra sabía él que las apariencias suelen engañar. Sobre todo en cuestiones femeninas.

Aquella noche no había dormido por experimentar una vez más tales engaños. Se le estaban complicando demasiado las cosas y no tenía valor para descubrir a sus dos amigos el más secreto de sus hallazgos. ¿Cómo decirle a Alejo el tipo de relaciones que mantenía con su hermana cuando aquél se inquietaba por su paradero, por sus ocasionales amigos? ¿Podría alguna vez confesar a Ortuño de qué modo había

descubierto a Sim sola en su casa y las razones que finalmente lo habían conducido hasta ella?

—¿Has sabido algo de tu hermana? —preguntó.

—Ni una palabra. Se la ha tragado la tierra.

—Seguro que con esto de los alemanes vuelve a casa.

Todavía cuatro horas antes estaba convenciéndola de que visitara a su madre y a su hermano. La modesta habitación en que Sim se había refugiado, algo más acogedora desde que Fabiani intervenía en su mantenimiento, resultaba demasiado triste para ella. ¿Qué le impedía integrarse en su familia ahora que todo había pasado? También se podía empezar por ahí.

—Cuando vivamos juntos —había dicho Sim.

—Debo terminar antes unos cuantos trabajos.

—Esperaré.

—¿Por qué no esperas junto a ellos? Alejo te quiere.

—Prefiero esperar sola, César. Me gusta pensar que puedes volver en cualquier momento.

—Cuando hay peligro —dijo Rubio— vuelven los pájaros al nido.

—Ha sido muy dura la vida con ella.

—Con ella y con todos.

—No puedes quejarte.

—Si yo no me quejo. Pero mira por ahí. A nadie le atan los perros con longanizas.

Fabiani estaba pensando en una historia que no quería remover. Alejo le había dicho ya que aquel Ramón al que condujo a las tinieblas estaba loco, pero él mismo no lo creía así y tampoco su antigua mujer. Incluso estaba trabajando en un plan para sacarlo de la cárcel y enviarlo a México. Era inocente y tal vez la presencia de los alemanes iba a facilitarle el camino. Todo ello no le impedía sentirse profundamente desdichado. Cuando Sim se avino a contarle sus dolores pasados, tuvo que maldecir del destino y de sí mismo, de sus locuras ciegas. No quiso contarle a ella que también conocía a aquel hombre del que se resistía a hablar, porque no deseaba que pensase que intentaba reparar su infamia quedándose a su lado. Estaba con ella por otras razones más sencillas y claras. Sólo esperaba un momento de sosiego, la cristalización de su vida entera para que los hechos ahorrasen explicaciones.

Cesare Fabiani miró el pequeño reloj de oro que guardaba en el chaleco y se puso de pie.

—Ya debe de estar en la tienda Aniceto. Tengo que llamarlo.

Seguía aún en la cabina telefónica cuando apareció Ernesto manoteando el aire y golpeando con fuerza el suelo.

—¡Buenos días, muchacho! —dijo a Rubio, y luego, en voz muy baja—: ¿Dónde está ese maldito espía?

—Ha ido a telefonear a Ortuño hace un rato. Estará al llegar.

—¿Qué tiene que ver con esto ese obispo?

—¿Con qué? —preguntó Alejo.

—Con los alemanes.

—Yo no lo sé. Es muy amigo de César.

—Se llama Neves. Enrique Neves —dijo Hemingway.

—Ése se llama como le da la gana, ¿no?

—Naturalmente. Pero ¿por qué busca a ese cara de obispo?

—Ahora se lo preguntas. ¿Pides el desayuno?

Hemingway no se había acostumbrado al desayuno español. Soportaba los almuerzos pantagruélicos, las cenas pesadas e inacabables, pero no entendía aquel afán absurdo de desayunarse con una tacita de café y un suizo. Así pues, pidió una tortilla de dos huevos y unos torreznos, además de lo que ya tenían servido los otros. Y exigió que dejaran la cafetera a su lado.

Fabiani explicó en seguida la razón de su llamada: los tesoros de Ortuño. No dijo de qué tesoros se trataba, ni si eran legalmente suyos, de modo que Ernesto y Alejo pensaron únicamente en la tienda de antigüedades.

—Por suerte ya ha escondido lo realmente valioso. Se lo había aconsejado hace tiempo. A los alemanes les gustan mucho los cuadros antiguos y esas cosas… Menos mal. No se había enterado de nada y se asustó mucho.

—Con razón —dijo Rubio.

—¿Te dan miedo los alemanes?

—Fíjate si entran con sus tanques en Madrid. ¿Qué vamos a hacer? Los franceses no han podido pararlos y eso que tenían esa línea Maginot…

—De mucho les ha servido… —dijo Fabiani—. Como no la utilicen para almacenar patatas… Ni eso, porque se las comerían los alemanes.

—Lo que sí parece cierto —dijo Hemingway— es que poseen un armamento muy moderno y que están bien organizados. Llevan años preparándose para la guerra y saben hacerla. Fíjate que los franceses estaban temiendo la invasión desde el año dieciocho y también estaban preparados. Los han aplastado en un mes. No creo que vaya a ser fácil detenerlos.

—No va a ser necesario —dijo Fabiani.

—¿Y van a dejar a esos cabrones que se paseen por el mundo como por su casa? Alguien tendrá que ponerles el freno. No pueden dominar toda Europa como el que aplasta un hormiguero; eso no puede ser. Están locos.

—Pero tienen un armamento excepcional —dijo Fabiani.

—Aunque tengan lo que quieran, yo no voy a quedarme sentado —dijo Ernesto. Y comenzó a remover la silla.

—Espera a terminar el desayuno por lo menos —le pidió Alejo—. No creo que

lleguen a Madrid antes de dos o tres días.

—¿Y vais a dejar vosotros que os venzan así como así? —preguntó Hemingway al fotógrafo—. Derrotáis a los fascistas de dentro y ahora vais a rendiros ante los de fuera. ¿Qué ha pasado aquí?

—Oye, que yo no me he rendido —dijo Rubio un poco ofendido.

—Ha pasado —explicó con calma el italiano— que los españoles lo gastaron todo precisamente en echar de su patria a los fascistas. ¿Con qué van a luchar ahora?

—¡Con los dientes si es necesario! —dijo Rubio.

Cesare Fabiani sonrió como si acabara de recordar una historia muy divertida.

—Los dientes no resisten el acero de las bayonetas. Los dientes, como máximo, sólo sirven para enseñarlos.

—¡Pues se los enseñaremos!

—En eso estoy de acuerdo. Sin embargo —dijo Fabiani—, el gobierno ha decidido mantenerse en calma y como si aquí no estuviera pasando nada.

—Vas a decirme tú a mí que Prieto se está cagando de miedo —gritó Ernesto—. ¡Cómo si no lo conociera! Ése se asoma al balcón, llama a todos sus partidarios y se lanza sobre los alemanes.

—¿Para qué? —preguntó Fabiani recostándose en la silla—. ¿Para que los maten a todos? ¿Te gustaría eso?

—Repetiremos el dos de mayo si es preciso.

—¿Qué dos de mayo? —preguntó Ernesto.

—Cuando llegaron los franceses. Todo el mundo agarró palos y cuchillos y se puso a atacar a la caballería de Napoleón.

—Y los soldados de Napoleón fusilaron y mataron a la bayoneta a cuantos quisieron y luego Bonaparte puso a su hermano de rey. Es una historia muy ejemplar que yo mismo recordé al señor ministro —dijo Fabiani.

—¿Y van a hacerte caso? —preguntó Ernesto.

—Desde luego. Pero no porque lo dijese yo, sino porque ellos mismos lo entendían así. A estas alturas, o dentro de un momento, Besteiro y los miembros más destacados del gobierno tomarán un avión para Londres. Los alemanes no tendrán que disparar un solo tiro para apoderarse de España. Y no morirá nadie. ¿No es eso mejor que una matanza seguida de una derrota segura? Así es como hay que interpretar la historia —añadió mirando a Alejo.

—Los que mandan siempre son los primeros en largarse —respondió éste con rencor.

Ernesto tomó las palabras del italiano como si fueran una orden. Sorbió un trago de café y apoyó los codos en la mesa. Hundió la cabeza entre las manos y se quedó un rato en esa posición. Movido por su ejemplo, Alejo comenzó a rascarse la nariz y a pensar en lo que Fabiani había dicho. Al cabo de un momento, abandonó el gesto

meditabundo y terminó a mordiscos el último de los bollos que quedaba en una bandeja frente a él. Aquellos dos hombres discutían el porvenir de los españoles como si realmente estuviera en sus manos, como si alguien les hubiera encargado de hacerlo. ¿Pensaban de igual modo los gobernantes? ¿Iban a huir o habían huido ya?

—Tal vez tienes razón —dijo por fin Hemingway—. Pero no entiendo que también Prieto se vaya y lo deje todo.

—A él no tiene que gustarle mucho, ciertamente, pero debe hacerlo así —dijo Fabiani.

—Os digo que los que mandan son los primeros que huyen de la quema —insistió Alejo—. Ahí se las den todas a los que no tienen un avión o un barco a mano. Los conozco bien.

—Parece que Alfonso XIII ha condenado la invasión alemana, aunque fuera pacífica. Ha dicho en Roma que está al lado del pueblo español —dijo Fabiani.

—Por mí como si dice misa. Desde Roma o desde Londres también digo yo muchas cosas. Después del desayuno salieron a comprobar cómo se había tomado la noticia en las calles. Estaban rebosantes de personas que compraban nerviosas los periódicos y se apiñaban en torno a los receptores de radio que bares, comercios y ciudadanos privados habían ido sacando a las aceras.

La gente no parecía dominada por el pánico, sino por la sorpresa. El gobierno había hecho caso omiso de la declaración alemana de guerra, no había respondido con un documento similar, y, además, había desaparecido de Madrid.

—¿Se habrán llevado la cubertería de plata, como hizo Largo Caballero cuando Franco estaba a las puertas de Madrid? —preguntó muy serio Alejo Rubio a sus dos amigos.

Los continuos comunicados de la radio insistían en lo mismo: calma. No habría guerra, el ejército permanecería pasivo, nadie debía emprender acciones aisladas… Debía permitirse a los alemanes cruzar tranquilamente el país y que llegaran a Gibraltar si ése era su gusto. No había medios suficientes para organizar una defensa eficaz.

En algunos corrillos se escuchaban protestas por este derrotismo absurdo, pero fuerzas de asalto y de la Guardia Republicana procuraban disolver con energía los conatos de manifestaciones numerosas y cacheaban en plena calle a cuantos les resultaban sospechosos, en busca de armas. No se trataba de una rendición, insistía la radio, sino de indiferencia.

—No los miréis siquiera, haced vuestra vida normal, como si no existieran. Olvidad que están en nuestro suelo.

—¡Leches! —gritaba Alejo—. Va a votar a los socialistas su padre. Si estuviera aquí *la Pasionaria*…

Fue imposible confirmar la noticia de que Franco y sus compañeros venían con

las primeras columnas alemanas. Cesare Fabiani aseguraba muy firmemente que era falsa, aunque Pilar Primo de Rivera lo hubiese anunciado a bombo y platillo por la radio berlinesa. Quedaría anulada cualquier posibilidad del ex general por reintegrarse a su patria con la impopularidad de una acción de este tipo, decía. Aparte que carecía de ánimos para correr el riesgo de perder una vez más.

Las calles de Madrid se vaciaron de pronto mientras el general Rojo explicaba desde Barcelona los mismos puntos de vista repetidos a lo largo de la mañana. El bramido de los aviones fue creciendo de pronto y los madrileños corrían a refugiarse en los túneles del Metro y en los sótanos de las casas. Conocían muy bien aquella espantosa amenaza. Ernesto, Fabiani y Rubio, que se encontraban en la plaza de la Cibeles, se ocultaron en el Banco de España. Por las ventanas vieron una escuadrilla de pesados Junkers, flanqueados de pequeños y rápidos Messerschmitt, volando a baja altura. No venían disfrazados, como en los primeros bombardeos sobre la ciudad, en el primer año de la guerra. La cruz gamada brillaba al sol de mediodía en sus alas y fuselajes.

—¿Pero no salen a detenerlos? —preguntó Alejo.

—Ojalá no lo hagan; sería una catástrofe —dijo Fabiani.

—Verías tú algo hermoso si entraran en acción los aviones americanos. Los iban a barrer del cielo en tres minutos —Hemingway se dirigía al fotógrafo.

Ningún aparato republicano hostigó a los primeros emisarios de la Luftwaffe. Los bombarderos alemanes dieron algunas vueltas sobre Madrid, sin descargar su bagaje, y se perdieron hacia el Norte, por encima de la Casa de Campo. Aquel profundo crepitar de los motores, aquella evidente y cruel amenaza seguida de un lúgubre silencio convenció a los madrileños más que todos los discursos de la radio y todas las notas oficiales insertas en las nuevas ediciones de los periódicos.

Ernesto Hemingway salió a la calzada de Alcalá maldiciendo y agitando los brazos. Se puso a gritar a cuantos querían escucharle:

—¡Vosotros os quedaréis ahí, pero yo no! ¡Yo no voy a quedarme asustado como una rata, grandísimos hijos de perra!

—¿Vas a llamar al Séptimo de Caballería? —le preguntó Cesare procurando calmarle con su sonrisa.

—Ya debería estar aquí.

Sin prestar atención alguna a sus dos compañeros, comenzó a caminar hacia el hotel. Ni siquiera volvió los ojos para comprobar que Alejo y Fabiani lo seguían. En su habitación, recogió de prisa sus ropas y papeles ante la mirada incrédula del fotógrafo y el gesto tranquilo del italiano.

—Toma —dijo a Rubio—. Me lo guardas en tu casa.

—¿Pero dónde vas?

—Me voy con éste.

—Yo no voy a ninguna parte —dijo Fabiani.

—A mí no me engañas. Yo me voy contigo.

—De acuerdo. Saldremos esta noche.

—¿Y yo qué? —preguntó Alejo—. No voy a quedarme solo. ¿Se puede saber adonde vais?

—Será mejor que te quedes aquí cuidando a tu madre y a tu hermana. Te necesitan —dijo Cesare Fabiani.

—¿Me necesitan? Mi madre se las arregla muy bien ella sola y Simplicia no te digo.

—Podrías ayudarla mucho —insistió el italiano; ahora se refería solamente a la mujer que había prometido esperarle.

—Es mi oficio. Yo tengo que irme con Ernesto.

—De acuerdo, Aleksei —dijo el americano.

Casi a medianoche, los tres amigos salían de Madrid por la carretera de Burgos, en un automóvil alquilado. Dino Salvatori, siempre fiel a sí mismo, iba contando con todo género de pormenores de qué manera se estaba organizando en Francia la resistencia a los alemanes y cómo, en casos así, únicamente la guerrilla tenía alguna probabilidad de conseguir la victoria. Los riscos de Somosierra, que habrían de cruzar los nazis, no eran un mal lugar para hostigarlos.

A pesar de las decisiones del gobierno, la carretera estaba llena de automóviles y de gentes que iban a pie.

Febrero de 1975–junio de 1976.

MUCHAS VECES *he escuchado a los hombres de la generación de mi padre preguntas como éstas. ¿Qué hubiera pasado si hubiésemos ganado la guerra a los facciosos? ¿Qué habría sucedido si nos derrota la República? ¿Cómo sería ahora una España sin la larga presencia de Franco en el poder? Nosotros mismos, los que nacimos después de aquel dramático episodio, nos interrogamos a veces sobre nuestra propia vida partiendo de que los acontecimientos se hubieran desarrollado de modo inverso.*

De tales preguntas ha surgido este libro. No como una respuesta, ciertamente, sino como una proposición personal de lo que pudo haber ocurrido. En los dominios de la especulación imaginativa, caben muchas otras soluciones a esta fábula antihistórica. La que se ofrece aquí parte de una situación neutral —que posiblemente no satisfaga ni a troyanos ni a tirios— adoptada con ingenuidad inexperta y siguiendo los rastros de lo que España era a principios de 1939; España y algunos de sus ciudadanos más notorios, los cuales siguen en este cuento un rumbo insospechado, quizá incluso para ellos mismos. Confío en que los aún vivos no se sorprendan demasiado ni piensen que esta no historia es injusta, agria o irrespetuosa con ellos, como tampoco quiere serlo con los protagonistas que murieron ya. Por lo demás, no es imprescindible una gran cultura histórica de aquellos años para leerla, aunque esa cultura ayudaría a entender mejor ciertos hechos que, sin remedio, han de ofrecerse bajo algunas claves ocasionalmente humorísticas e incluso sarcásticas.

En fin, deseo expresar mi profundo agradecimiento a las numerosas personas que me ayudaron a escribir este libro con sus ideas, informaciones y comentarios. Muy especialmente a mis amigos Rafael Borrás y Marcel Plans —sin su apoyo ni siquiera existiría—, a Juan José Quiñones, Héctor Vázquez-Azpiri, J. L. Castillo-Puche y los numerosos autores de las obras consultadas. No tienen culpa alguna de los probables errores de interpretación que aparezcan en esta historia que jamás ocurrió, pero en la cual casi nada es mentira.

J. T.